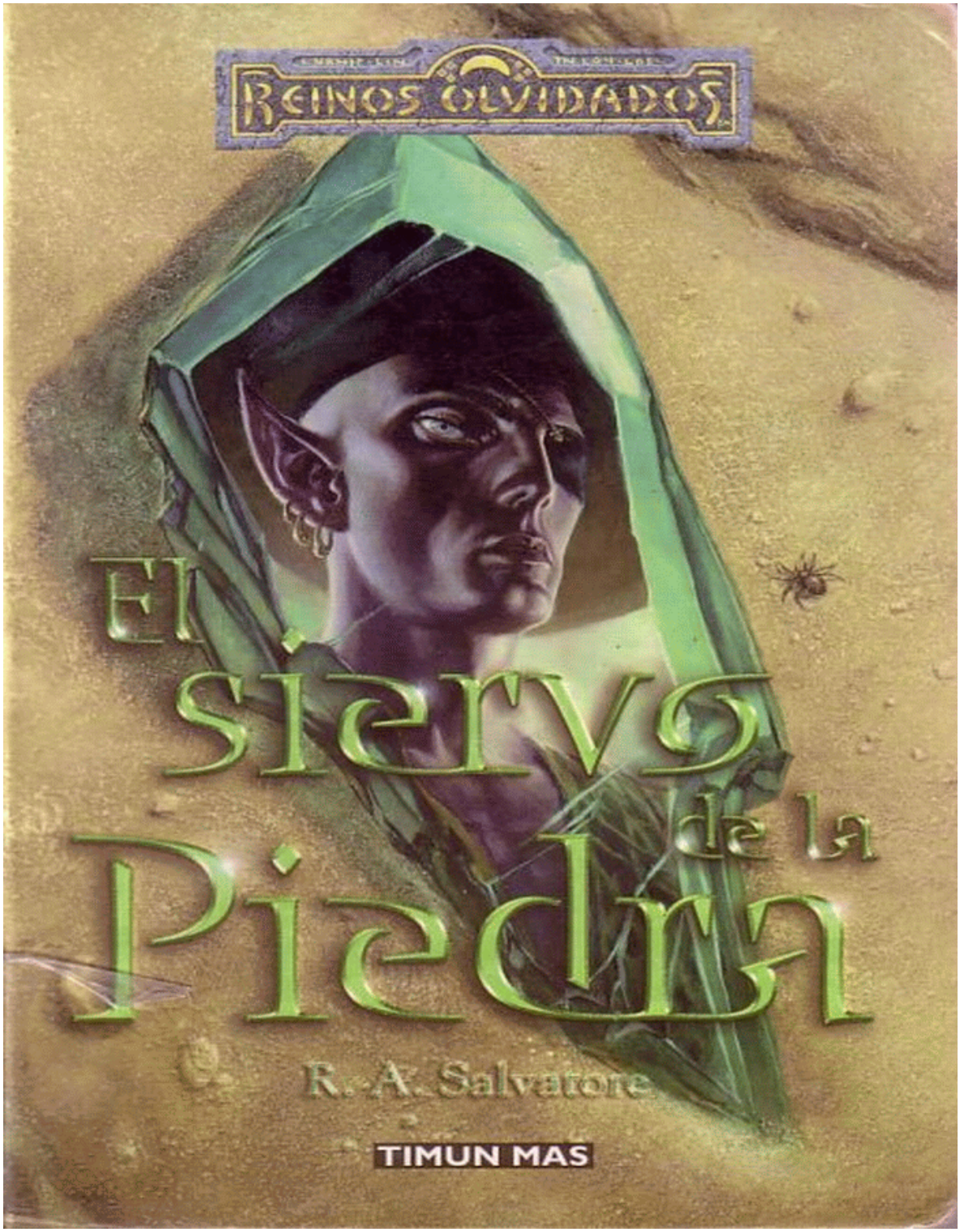
El siervo de la Piedra

R. A. Salvatore



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Prólogo

Se deslizaba bajo el agobiante calor del mediodía procurando, como era habitual en él, ocultarse en las sombras, aunque en ese lugar había pocas. Su actitud sugería que ni siquiera el polvo podría tocarlo. Como de costumbre, el mercado al aire libre estaba abarrotado de vendedores y clientes que regateaban a voz en grito por cada moneda de cobre. Los ladrones se situaban en los mejores lugares -los más concurridos-, para cortar los cordeles de los monederos sin que sus propietarios se dieran cuenta o, en el caso de ser descubiertos, mezclarse con la multitud en un revoloteo de brillantes colores y ropas ondeantes.

Artemis Entreri vio a los ladrones claramente. Con un simple vistazo era capaz de decir si alguien había acudido al mercado a comprar o a robar. En vez de eludir a los del segundo grupo, lo que hizo fue encaminarse expresamente hacia ellos, apartando un lado de su oscura capa para mostrar así su bien provisto monedero...

... así como la daga adornada con piedras preciosas que protegía tanto su dinero como a él mismo. Esa daga era su arma característica, una de las más temidas en las peligrosas calles de Calimport.

A Entreri le gustaba el respeto que le mostraban los jóvenes ladrones. Más aún, lo exigía. Se había ganado a pulso la reputación de ser el mejor asesino de Calimport, pero empezaba a hacerse mayor. Tal vez había empezado a perder su toque de genialidad, lo que intentaba compensar comportándose con más audacia que en sus años mozos, y retando a cualquiera que osara enfrentarse a él.

El asesino cruzó la concurrida avenida. Su meta era una pequeña taberna al aire libre, con muchas mesas redondas colocadas bajo un gran toldo. Pese a que todas las mesas estaban ocupadas, Entreri vio al momento a su contacto -el extravagante Sha'lazzi Ozoule- con su característico turbante amarillo. Entreri se dirigió directamente hacia la mesa de éste. Sha'lazzi compartía mesa con otros tres hombres, aunque para Entreri era evidente que no se trataba de amigos, ni siquiera de conocidos. Los tres hombres charlaban entre sí y se reían entre dientes, mientras que Sha'lazzi, recostado en su silla, miraba a su alrededor con nerviosismo.

Cuando llegó a la mesa y contempló con mirada interrogadora a los tres intrusos, Sha'lazzi se encogió nerviosamente de hombros.

-¿No les has dicho que esta mesa está reservada para nuestro almuerzo? -preguntó Entreri muy calmado.

Los tres hombres interrumpieron su conversación para mirar con curiosidad al recién llegado.

-Traté de explicárselo, pero... -empezó a decir Sha'lazzi, mientras secaba el sudor que perlaba su oscura frente.

Entreri alzó una mano, conminándolo al silencio, y clavó su impresionante mirada en los tres intrusos.

-Tenemos que hablar de negocios -les dijo.

-Y nosotros tenemos comida y bebida -replicó uno de los hombres.

Entreri no dijo nada. Se limitó a mirarle fijamente, sin parpadear. El hombre le sostuvo la mirada.

Los otros dos hicieron algunos comentarios que Entreri no escuchó. Seguía mirando fijamente al que lo había desafiado. Los segundos iban pasando, y Entreri continuaba

taladrando al hombre con la mirada, con creciente intensidad, mostrando la fuerza de voluntad, la fiera determinación y el control a los que se enfrentaba.

-Pero ¿qué pasa aquí? -preguntó uno de los otros dos hombres, levantándose y acercándose a Entreri.

Sha'lazzi masculló rápidamente el inicio de una conocida oración.

-Eh, te he hecho una pregunta -insistió el sujeto, mientras alargaba una mano para empujar a Entreri.

La mano del asesino salió disparada hacia arriba, agarró la del hombre por el pulgar, retorciéndosela e impulsándola hacia abajo, con lo que inmovilizó a su atacante en una dolorosa llave.

Durante todo el proceso Entreri ni parpadeó, ni apartó la mirada del primer hombre, al que mantenía inmovilizado con su atroz mirada sentado justo frente a él.

El hombre que había tratado de atacarlo gruñó por lo bajo cuando el asesino endureció la presión y se llevó la mano libre a la daga curva que le colgaba del cinto.

Sha'lazzi masculló otra línea de la oración.

El hombre sentado a la mesa, del que Entreri no apartaba su aterradora mirada, hizo un gesto a su amigo para que mantuviera la calma y no tratara de desenvainar su arma.

Entreri le dirigió una inclinación de cabeza, indicándole que cogiera a sus amigos y se largara. El asesino liberó al hombre que tenía al lado, el cual, aferrándose el dolorido pulgar, dirigió una amenazadora mirada a Entreri. No obstante, ni él ni ninguno de sus amigos le atacaron, limitándose a recoger sus bandejas y marcharse a toda prisa. Aunque no habían reconocido a Entreri, éste les había hecho saber quién era sin necesidad de desenvainar su arma.

-Yo iba a hacer lo mismo -comentó Sha'lazzi riéndose entre dientes, mientras los intrusos se alejaban y Entreri se sentaba frente a él.

El asesino le clavó la mirada, notando, por enésima vez, que el otro era realmente un bicho raro. Sha'lazzi tenía una cabeza enorme y un rostro grande y redondo pero su cuerpo era tan flaco que parecía descarnado. Además, ese gran rostro redondo siempre sonreía, revelando unos enormes y relucientes dientes blancos y cuadrados que contrastaban con su piel oscura y sus ojos negros.

Sha'lazzi carraspeó y añadió:

-Me sorprende que hayas salido para esta reunión. Te has ganado muchos enemigos con tu ascensión en la cofradía Basadoni. ¿No temes la traición, oh poderoso Entreri? -preguntó Sha'lazzi sarcásticamente, riéndose quedamente.

El asesino lo miró fijamente. Sí, había temido una traición, pero no iba a admitirlo ante Sha'lazzi. Kimmuriel Oblodra, un drow con poderes psíquicos a sueldo de Jarlaxle, había examinado a fondo la mente de Sha'lazzi y había llegado a la conclusión de que no se preparaba ninguna conspiración.

No obstante, teniendo en cuenta que esa información procedía de un elfo oscuro que no sentía ningún aprecio por él, Entreri no se sentía del todo tranquilo.

-Puede ser una cárcel para los poderosos, ¿sabes? -seguía divagando Sha'lazzi-. Me refiero a que ser poderoso puede ser como una cárcel. Piensa en todos los bajás que no osan poner un pie fuera de casa sin ir acompañados por un séquito de un centenar de guardias.

-Yo no soy un bajá.

-Por supuesto que no, pero Basadoni no es más que un pelele en tus manos y en las de Sharlotta.

Sha'lazzi estaba hablando de Sharlotta Vespers, la mujer que había usado sus tretas para convertirse en la lugarteniente del bajá Basadoni. Asimismo había sobrevivido a la toma de

poder de los drows para convertirse en el mascarón de proa de la cofradía, la cual había adquirido más poder del que nadie podría haber imaginado.

-Todo el mundo lo sabe -prosiguió Sha'lazzi, lanzando otra de sus irritantes risitas-. Siempre he sabido que eras bueno, amigo mío. ¡Pero tanto!

Entreri le devolvió la sonrisa mientras imaginaba el placer que sentiría al clavar su daga en el flacucho cuello de Sha'lazzi, por la única razón de que era un parásito y no lo soportaba.

Sin embargo, Entreri tenía que admitir que necesitaba a Sha'lazzi. Justamente así era como el bien conocido informante sobrevivía. Sha'lazzi se ganaba la vida vendiendo la información que cada uno necesitaba, y era todo un genio en lo suyo. De hecho, era tan bueno, estaba tan al tanto de cómo respiraban desde las familias gobernantes de Calimport hasta los matones de la calle, que se había convertido en una figura demasiado valiosa para las cofradías, a menudo enfrentadas, para ser asesinado.

-Vamos, háblame del poder que se oculta tras el trono de Basadoni. Seguro que hay más de lo que se ve -sonrió Sha'lazzi de oreja a oreja.

Entreri tuvo que esforzarse para mantener su imperturbable expresión. Por mucho que le divirtiera la honesta ignorancia de Sha'lazzi sobre la verdad de los nuevos Basadoni, el asesino sabía que una simple sonrisa por su parte revelaría demasiado. El informante nunca podría imaginarse que un ejército de elfos oscuros se había establecido en Calimport tras la fachada de la cofradía Basadoni.

-Creía que esta reunión era para hablar del oasis Dallabad -dijo Entreri.

Sha'lazzi suspiró, encogiéndose de hombros.

-Hay tantos temas interesantes de los que hablar... Y me temo que Dallabad no es uno de ellos.

-Ésa es tu opinión.

-Allí no ha cambiado nada en veinte años. No sé nada de Dallabad que tú no sepas y no hayas sabido todos estos años.

-¿Kohrin Soulez conserva todavía la *Garra de Charon*? -preguntó Entreri.

-Pues claro que sí -repuso Sha'lazzi con una risita-. La conserva y la conservará. Le ha servido durante cuatro décadas y, a su muerte, uno de sus treinta hijos se hará con ella, a no ser que su ruda hija Ahdahnia la consiga antes. ¡Es terriblemente ambiciosa! Si lo que querías preguntarme es si está dispuesto a desprenderse de ella, ya conoces la respuesta. Insisto, deberíamos hablar de temas más interesantes, como la cofradía Basadoni.

Entreri volvió a mirarlo con dureza.

-¿Qué razón tendría el viejo Soulez para venderla ahora? -preguntó Sha'lazzi, alzando dramáticamente sus descarnados brazos, que parecían grotescos junto a esa enorme cabeza-. ¿Qué te pasa, mi viejo amigo? ¿Tratas por tercera vez de comprar esa espléndida espada? ¡Sí, sí! Ya lo intentaste cuando no eras más que un mocoso andrajoso con unos cientos de monedas de oro, que por cierto te regaló Basadoni, ¿verdad?

Involuntariamente, Entreri hizo una mueca, aunque sabía que Sha'lazzi, pese a sus muchos defectos, sabía leer gestos y expresiones como nadie en Calimport y descubrir la verdad que se ocultaba detrás. Pese a ello, ese recuerdo, sumado a acontecimientos más recientes, provocó en el asesino una respuesta inconsciente. Sí, mucho tiempo atrás el bajá Basadoni había regalado varios cientos de monedas de oro a su lugarteniente más prometedor sin ningún motivo en concreto, excepto el deseo de hacerle un obsequio. Al recordarlo, Entreri se dijo que, posiblemente, Basadoni había sido la única persona que le había dado algo sin esperar recibir nada a cambio. Y él lo había matado hacía unos meses.

-Sí, sí -dijo Sha'lazzi, más para sí que para Entreri-, e intentaste de nuevo comprarla poco después de la muerte del bajá Pook. ¡Pero qué cara vendió su piel!

Entreri siguió mirándolo de hito en hito. Sólo entonces Sha'lazzi pareció darse cuenta de que estaba yendo demasiado lejos con el peligroso asesino, pues se aclaró la garganta, incómodo.

-Ya entonces te dije que era imposible. Y lo sigue siendo.

-Ahora tengo más dinero -replicó Entreri.

-¡Ni por todo el oro del mundo! -gimió Sha'lazzi.

Entreri ni se inmutó.

-¿Sabes cuánto oro hay en el mundo? -inquirió el asesino con una calma un tanto excesiva-. ¿Sabes cuánto oro se guarda en los cofres de la casa Basadoni?

-La casa Entreri, querrás decir -le corrigió el informante.

Entreri no lo negó, y Sha'lazzi abrió mucho los ojos. Ya tenía la confirmación, tan clara como si la hubiera escuchado con sus propios oídos. Circulaban algunos rumores de que el viejo Basadoni estaba muerto y de que tanto Sharlotta Vespers como los demás jefes de la cofradía no eran más que peleles en manos de quien realmente movía los hilos: Artemis Entreri.

-La *Garra de Charon* -reflexionó Sha'lazzi en voz alta, al tiempo que una sonrisa se le pintaba en el rostro-. Así pues, el poder que se oculta tras el trono de Basadoni es Entreri, y el poder que se oculta tras Entreri es... bueno, teniendo en cuenta lo empecinado que estás en conseguir esa espada, seguramente es un mago. Sí, un mago, y se está volviendo un poco peligroso, ¿verdad?

-Tú sigue haciendo suposiciones.

-Y tal vez acierte, ¿no?

-En ese caso, tendría que matarte -repuso el asesino con el mismo tono de ominosa calma-. Habla con el jeque Soulez y averigua su precio.

-No tiene ningún precio -insistió Sha'lazzi.

Artemis Entreri actuó con la rapidez de un rayo. Una mano se posó con fuerza en un hombro de Sha'lazzi, mientras la otra empuñaba la mortífera daga enjoyada. El temible asesino acercó peligrosamente su rostro al de su interlocutor hasta que sus cabezas casi se tocaron.

-Eso sería una pena para ti -le dijo.

Entreri empujó al informador de nuevo a su asiento, se irguió y echó un rápido vistazo a su alrededor, como si un extraño apetito se hubiera despertado en él y ahora buscara una presa con la que saciarlo. Miró de nuevo fugazmente a Sha'lazzi, abandonó la protección del toldo y se internó en el tumulto del mercado.

Cuando más tarde se calmó y recapacitó sobre la conversación que habían mantenido, Entreri se reprendió a sí mismo. El sentimiento de frustración empezaba a minar su autocontrol. Al mostrarse tan interesado en adquirir la *Garra de Charon* había revelado claramente cuáles eran las raíces de su problema, pues esa combinación de arma y guantelete había sido especialmente diseñada para combatir a magos.

¿Y tal vez a psionicistas?

Esos dos eran quienes le quitaban el sueño: Rai'gy y Kimmuriel, hechicero el uno y psionicista el otro, ambos lugartenientes de Bregan D'aerthe, que dirigía Jarlaxle. Entreri los detestaba profundamente y sabía que ellos también le odiaban a él. Para empeorar aún más las cosas, Entreri sabía que su única protección contra ese peligroso par era el mismo Jarlaxle. Para su sorpresa, poco a poco había llegado a confiar en el mercenario drow, pero dudaba que la protección de Jarlaxle durara siempre.

Después de todo, siempre hay accidentes.

Entreri necesitaba protección, pero debía actuar con su habitual paciencia e inteligencia, enredando el rastro de sus acciones para que nadie pudiera seguirlas y empleando la táctica

que había perfeccionado en sus muchos años de lucha en las duras calles de Calimport: embarullar múltiples capas de información correcta y errónea, de modo que ni sus amigos ni sus enemigos fuesen capaces de separar unas de la otras. Cuando sólo él supiera la verdad, él y sólo él estaría al mando.

A la luz de estas reflexiones, el asesino comprendió que la reunión con el perspicaz Sha'lazzi había sido un aviso, un recordatorio de que si quería sobrevivir a los elfos oscuros debía mantener un autocontrol absoluto.

De hecho, Sha'lazzi había estado muy cerca de descubrir en qué tipo de dificultades se encontraba. Había adivinado al menos la mitad, y era evidente que el informante ofrecería esa información a cualquiera que estuviera dispuesto a pagar bien por ella. En esos días corrían muchos personajes por las calles de Calimport que trataban de desentrañar el enigma del súbito y despiadado ascenso de la cofradía Basadoni.

Sha'lazzi sabía la mitad, por lo que se barajarían las opciones habituales: un poderoso archimago o varias cofradías de hechiceros.

Pese a estar de un humor de perros, Entreri no pudo evitar reírse entre dientes al imaginarse la cara que pondría Sha'lazzi si algún día descubría la otra mitad que se ocultaba tras el trono de Basadoni: ¡que un ejército de elfos oscuros había invadido la ciudad!

Por supuesto, su amenaza de matarlo no era vana. Si Sha'lazzi llegaba a imaginárselo, Entreri o cualquiera de los miles de agentes de Jarlaxle le rebanarían el pescuezo.

Sha'lazzi Ozoule se quedó sentado mucho rato a la pequeña mesa redonda, repasando cada palabra y cada gesto de Entreri. El informante sabía que su hipótesis de que el ascenso de Basadoni se debía al poder de un mago era correcta, aunque eso no era nada nuevo. Teniendo en cuenta la celeridad con la que se había producido ese ascenso y los estragos causados a las casas rivales, era de sentido común pensar que uno o, más probablemente, varios magos actuaban en beneficio de la cofradía Basadoni.

La verdadera revelación había sido la reacción visceral de Entreri. Artemis Entreri, el maestro del control, la sombra de la muerte, nunca había mostrado tal agitación interior o incluso miedo. ¿Cuándo había necesitado Artemis Entreri tocar a alguien para amenazarlo? No, él se limitaba a clavar esa espantosa mirada suya en quien fuera, con lo que esa persona sabía que si seguía por el mismo camino acabaría muy mal. Si la persona en cuestión no rectificaba, no había ninguna amenaza más, Entreri no lo agarraba ni lo golpeaba. Simplemente lo liquidaba.

La insólita reacción de Entreri intrigaba a Sha'lazzi. ¡Qué no daría él por saber qué ponía tan nervioso a Artemis Entreri! Aunque, al mismo tiempo, el comportamiento del asesino era una advertencia clara y aterradora. Sha'lazzi era consciente de que algo capaz de turbar al asesino podía destruir a Sha'lazzi Ozoule con toda facilidad.

Era una situación muy interesante, pero que a la vez, le aterraba profundamente.

Primera parte

Cogidos en la telaraña

Vivo en un mundo en el que el Mal se hace carne. No me refiero a hombres malvados, ni a goblins -por lo general ruines-, ni siquiera a los de mi propia raza -los elfos oscuros- que todavía son peores que los goblins. Todas ellas son criaturas capaces de realizar actos de gran crueldad, pero ni en el peor de los casos puede decirse que sean encarnaciones del Mal. Este calificativo únicamente puede aplicarse a demonios y espíritus malignos, a menudo conjurados por sacerdotes y magos. Estas criaturas pertenecientes a los planos inferiores representan el Mal en estado puro; la vileza más absoluta y sin restricciones. No existe para ellas ninguna posibilidad de redención, ninguna esperanza de hacer nada en su vida, por desgracia casi eterna, que pueda calificarse como casi bueno.

Muchas veces me he preguntado si esas criaturas podrían existir sin las tinieblas que anidan en los corazones de las razas pensantes. ¿Son una fuente de mal, como tantos hombres o drows malvados, o son el resultado de la podredumbre que invade el corazón de demasiados individuos, su manifestación física?

Yo creo que son esto último. No es coincidencia que los demonios y otros espíritus malignos solamente puedan acceder al plano de existencia material si son llamados por un ser racional. Sé bien que no son más que una herramienta, un instrumento para llevar a cabo obras perversas al servicio de la auténtica fuente del mal.

¿Y Crenshinibon*?* Es *un objeto, un artefacto -aunque sensible- que no existe en el mismo estado de inteligencia que un ser racional, pues la Piedra de Cristal no puede crecer, ni cambiar, ni modificar su comportamiento. Los únicos errores de los que puede aprender, y corregir, son sus intentos fallidos de manipulación, y sólo para controlar mejor a quienes tiene alrededor. Ni siquiera es capaz de considerar, ni reconsiderar, el objetivo que persigue tan desesperadamente. No, su propósito es siempre singular.*

¿Es entonces realmente malvada?

No.

No hace mucho tiempo hubiera opinado de manera distinta, incluso cuando yo mismo fui custodio del objeto y llegué a comprenderlo mejor. Pero recientemente leí un largo y detallado mensaje que me envió el Sumo Sacerdote Cadderly Bonaduce de Espíritu Elevado que me abrió los ojos a la verdad sobre la Piedra de Cristal. Así comprendí que el objeto en sí mismo es una monstruosidad, un error, y que su eterna hambre de poder y gloria a cualquier precio no es más que una perversión de la intención que guiaba a su segundo creador, el octavo espíritu que halló la manera de introducirse en su misma esencia.

Cadderly ha descubierto que la Piedra de Cristal fue hecha originalmente por siete lichs que pretendían crear un objeto de gran poder. A fin de ofender aún más a las razas que esos brujos no muertos pretendían conquistar, quisieron que compitiera contra el mismo sol, el dador de vida. Pero los lichs perecieron quemados cuando sus magias se fusionaron. Al contrario de lo que afirman algunos sabios, Cadderly insiste en que los aspectos conscientes de esas viles criaturas no fueron absorbidos por el poder de la piedra, sino que sus propiedades casi solares los eliminaron. Así pues, la pretendida ofensa se volvió contra ellos y los convirtió en cenizas, mientras que los restos de sus espíritus fueron asimilados.

Son muchos quienes conocen el misterio de cómo fue creada la Piedra de Cristal, incluyendo a los demonios que tan desesperadamente la ansían, pero la continuación de la historia, que Cadderly descubrió, es más complicada y revela la verdad de Crenshinibon*, el fracaso final de la piedra y la perversión de las buenas intenciones de su segundo creador.*

Crenshinibon *llegó por primera vez al plano material hace siglos, en un remoto país llamado Zakhara. En ese tiempo no era más que la herramienta de un mago, si bien extraordinariamente poderosa, capaz de lanzar bolas de fuego y conjurar muros de una luz tan intensa, que podía consumir la carne y dejar los huesos pelados. Poco se conoce del*

oscuro pasado de Crenshinibon *hasta que cayó en las manos de un sultán. Ese gran líder, cuyo nombre se ha perdido, descubrió la verdadera naturaleza de la Piedra de Cristal y, con la ayuda de los numerosos magos de la corte, decidió que los lichs no habían completado su trabajo. Así fue como acaeció la «segunda creación» de* Crenshinibon, *cómo aumentó su poder y cómo la conciencia de sí mismo quedó limitada.*

Ese sultán no pretendía dominar a sus numerosos y belicosos vecinos, sino convivir en paz con ellos. Usando el nuevo poder del objeto, imaginó y después levantó una línea de torres de cristal. Dicha línea discurría por el desierto, desde la capital hasta la segunda ciudad en importancia de su reino, situada en la frontera, que solía ser objeto de incursiones enemigas. El sultán levantó casi un centenar de torres cristalinas, situadas a un día de viaje entre ellas, hasta casi completar la impresionante línea de defensa.

Pero, por desgracia, el sultán sobrestimó los poderes de Crenshinibon *y, aunque él estaba convencido de que con cada torre que creaba reforzaba el poder del objeto, de hecho estaba debilitando la Piedra de Cristal y sus manifestaciones. Poco después, una violenta tormenta de arena azotó el desierto. Fue un desastre natural que sirvió de preludio a la invasión de un jeque vecino. Tan delgados eran los muros de las torres cristalinas, que se hicieron añicos bajo su propio peso, destrozando así el sueño de seguridad del sultán.*

Las hordas enemigas invadieron el reino y asesinaron a la familia del sultán ante la impotente mirada de éste. El despiadado jeque invasor decidió no matarlo, sino dejar que viviera atormentado por esos dolorosos recuerdos. Entonces Crenshinibon *tomó al sultán, al menos una parte de su espíritu.*

Poco más se sabe de esa época, ni siquiera Cadderly, algunas de cuyas fuentes son semidioses, pero el joven sumo sacerdote de Deneir está convencido de que esta «segunda creación» de Crenshinibon *es la que explica su ansia de poder. Si* Crenshinibon *hubiera conservado su máximo nivel de poder, si las torres cristalinas hubieran aguantado, las hordas enemigas habrían sido expulsadas, y la familia del sultán -su amada esposa y sus hermosos hijos e hijas- no habría sido asesinada.*

Ahora la Piedra de Cristal, imbuida de los aspectos retorcidos de siete lichs muertos y del espíritu herido y atormentado del sultán, continúa buscando desesperadamente alcanzar su máximo nivel de poder, al coste que sea, y conservarlo.

Esta historia tiene muchas implicaciones. En su mensaje, Cadderly me insinuaba, aunque sin afirmarlo, que la creación de las torres cristalinas fue de hecho el catalizador de la invasión, pues el jeque del país vecino temía que el sultán se anexionara las tierras fronterizas entre ambos países. ¿Debemos entender, entonces, la Piedra de Cristal como una gran lección? ¿Demuestra claramente que la ambición desmesurada es una locura, incluso si esa ambición está basada en buenas intenciones? El sultán deseaba contar con una defensa fuerte de su pacífico reino y, no obstante, trató de alcanzar un poder exagerado.

Eso fue lo que lo consumió a él, a su familia y a su reino.

¿Y Jarlaxle, entonces, que ahora posee la Piedra de Cristal? ¿Debería ir tras él y tratar de recuperarla para luego entregársela a Cadderly y que éste la destruya? Seguramente el mundo sería un lugar mejor sin ese poderoso y peligroso objeto en él.

Pero los malvados siempre encontrarían otro instrumento, otra personificación de su mal, ya sea un demonio, un espíritu maligno o una creación monstruosa similar a Crenshinibon.

No, el problema no son las personificaciones del mal, pues éstas no existirían ni prosperarían sin el mal que anida en el corazón de algunos seres racionales.

Guárdate, Jarlaxle, guárdate bien.

Drizzt Do'Urden

1
Una mirada introspectiva

Dwahvel Tiggerwillies entró de puntillas en la pequeña y oscura sala situada en la parte posterior de la planta baja de su establecimiento: La Ficha de Cobre. Dwahvel era una hembra halfling de lo más competente; astuta, buena con las dagas y, sobre todo, muy lista. No tenía por costumbre andar tan cautelosamente en ese local, que era tan seguro como podía serlo una casa en Calimport. Después de todo, ése era Artemis Entreri, y ningún sitio del mundo era realmente seguro cuando el asesino estaba en él.

Cuando Dwahvel entró, Entreri se paseaba impaciente y no pareció reparar en la llegada de la halfling. Dwahvel lo miró con curiosidad. Sabía que últimamente Entreri tenía los nervios a flor de piel y ella era una de las pocas personas ajenas a la casa Basadoni que estaban al tanto de lo que ocurría en esa cofradía. Los elfos oscuros estaban actuando en las calles de Calimport, y Entreri era su hombre de paja. Si Dwahvel tenía alguna idea preconcebida de lo terribles que podían llegar a ser los drows, una sola mirada a Entreri hubiera bastado para confirmar esas sospechas. El asesino nunca había sido del tipo nervioso -Dwahvel dudaba que ahora lo fuera-, ni tampoco de los que tenían conflictos interiores.

Lo más curioso del caso era que Entreri la había hecho su confidente. No era nada propio de él. No obstante, Dwahvel no creía que se tratara de una trampa. Por sorprendente que resultara, era exactamente lo que parecía ser. Entreri hablaba tanto consigo mismo como con ella para aclararse las ideas y por alguna razón, que a Dwahvel se le escapaba, permitía que ella lo oyera pensar en voz alta.

La halfling se sentía muy halagada, aunque era consciente del potencial peligro que entrañaba la situación. Con ese inquietante pensamiento en mente, la jefa de cofradía tomó silenciosamente asiento en una silla y escuchó con atención, buscando pistas o indicios. La primera, realmente sorprendente, la descubrió al echar un vistazo a una silla colocada contra la pared posterior de la sala y ver en ella una botella medio vacía de whisky de las Moonshaes.

-Me los encuentro en cada esquina de cada calle de esta maldita ciudad -decía Entreri-. Fanfarrones que exhiben sus cicatrices y sus armas como prendas de honor, hombres y mujeres tan obsesionados por la reputación, que han olvidado cuál es su verdadera meta. No son más que arribistas con ambición de fama.

Aunque no hablaba arrastrando las palabras como un borracho, Dwahvel se dio cuenta de que Entreri había bebido.

-¿Desde cuándo a Artemis Entreri le preocupan los rateros de las calles? -inquirió la halfling.

El asesino dejó de pasearse por la habitación y la miró con cara inexpresiva.

-Los veo y me fijo en ellos porque soy perfectamente consciente de que mi reputación me precede. Debido a ella, muchos de los que rondan por las calles estarían encantados de clavarme una daga en el corazón -replicó Entreri, paseándose de nuevo-. ¡Imagina qué prestigio para quien me matara! Saben que me he hecho mayor y creen que soy más lento que antes, lo cual es cierto; ya no me muevo con la misma rapidez que hace diez años.

Dwahvel entrecerró los ojos al oír tan sorprendente confesión.

-No obstante, aunque mi cuerpo haya envejecido y sea más torpe que antes, soy más astuto -prosiguió Entreri-. A mí también me preocupa la reputación, pero no tanto como antes. En el pasado, mi meta era ser el mejor de mi profesión, derrotar a mis enemigos con las armas y con la astucia; deseaba convertirme en el perfecto guerrero. Fue necesario que un elfo oscuro, al cual desprecio, me mostrara cuán equivocado estaba. Mi estancia en Menzoberranzan como invitado a la fuerza de Jarlaxle fue una prueba de humildad, me

mostró lo absurdo de mi fanatismo en querer ser el mejor, así como la futilidad de un mundo lleno de aquello que yo tanto ansiaba ser. En Menzoberranzan me vi reflejado en los drows: guerreros tan insensibles a todo lo que los rodeaba, tan obsesionados por su objetivo, que eran incapaces de gozar siquiera un poco del camino que debía llevarlos hasta su meta.

-Son drows. Nosotros no podemos entender sus verdaderas motivaciones -apuntó Dwahvel.

-Su ciudad es un lugar muy hermoso, mi menuda amiga, con tal poder que no puedes ni imaginarlo -replicó Entreri-. No obstante, es una ciudad vacía y hueca, desprovista de toda pasión excepto el odio. Mi estancia en esa ciudad de veinte mil asesinos me cambió, hizo temblar los cimientos de mi existencia. Después de todo, ¿qué sentido tiene?

Dwahvel entrelazó los dedos de sus manos menudas y regordetas y se las llevó a los labios, mientras estudiaba con atención al hombre. ¿Entreri le estaba anunciando su retirada? ¿Estaba renegando de la vida que había llevado, de la gloria que había alcanzado? La halfling lanzó un quedo suspiro, sacudió la cabeza y dijo:

-Todos nos preguntamos lo mismo, ¿no crees? Vivimos para alcanzar oro, respeto, bienes materiales, poder o...

-Sí claro -la interrumpió Entreri fríamente-. Ahora me conozco mejor a mí mismo y sé cuáles de los desafíos que se me plantean son verdaderamente importantes. Aún no sé dónde espero ir, qué retos me quedan, pero ahora comprendo que lo importante es disfrutar del camino que me llevará hasta allí.

»¿Realmente me importa mantener mi reputación? -prosiguió Entreri, justo cuando Dwahvel estaba a punto de preguntarle si tenía alguna idea de adónde le conducía su camino, lo que, dado el poder de la cofradía Basadoni, sería una información importante-. ¿Deseo seguir siendo considerado el mejor asesino de Calimport?

»Sí, deseo ambas cosas, pero no por las mismas razones por las que esos estúpidos se pavonean por las esquinas, ni por las mismas razones por las que muchos de ellos intentarían matarme sólo para acabar muertos en el arroyo. Si yo me preocupo de mi reputación es porque me permite ser mucho más eficaz en mi oficio. Me gusta que me conozcan, pero únicamente porque de ese modo mis enemigos me temen más, me temen más allá de lo racional y más allá de los límites de lo que dicta la prudencia. Incluso aunque vayan a por mí, me tienen miedo. En lugar de sentir un sano respeto, el miedo los paraliza, lo que hace que continuamente se cuestionen sus propios movimientos. Yo soy capaz de utilizar ese miedo contra ellos. Me basta con un simple bluf o una finta para que la duda los conduzca a una posición completamente errónea. Puesto que soy capaz de fingir vulnerabilidad y usar mis ventajas contra los incautos, en las ocasiones en las que soy realmente vulnerable, los cautos no me atacan de manera agresiva.

Entreri hizo una pausa y asintió, mientras ponía en orden sus pensamientos.

-Es una posición ciertamente envidiable -comentó la halfling.

-Que los estúpidos vengan a por mí, uno tras otro, en una línea interminable de ansiosos asesinos -prosiguió Entreri-. Por cada uno que mato, gano en sabiduría y la sabiduría me hace más fuerte.

El asesino se golpeó el muslo con el sombrero -una curiosa chistera negra de ala estrecha-, y lo hizo girar por el brazo hacia arriba con un giro de muñeca, de modo que rodó sobre su hombro hasta quedar posado sobre su cabeza, complementando el distinguido corte de pelo que acababa de hacerse. Fue entonces cuando Dwahvel reparó en que Entreri también se había recortado la espesa barba de chivo que solía llevar, dejando sólo un fino bigote y una línea de pelo bajo el labio inferior que al llegar al mentón se bifurcaba formando una T invertida.

Entreri miró a la halfling, le guiñó un ojo con aire malicioso y abandonó el local.

Dwahvel se preguntó qué significaba todo eso. Desde luego se alegraba de que el asesino se hubiera aseado, pues sabía por experiencia que las pocas ocasiones en las que se le veía desaliñado era signo de que estaba perdiendo el control y, peor todavía, el corazón.

Dwahvel se quedó sentada largo rato, pensativa, golpeándose levemente el labio inferior con sus manos entrelazadas, mientras se preguntaba por qué Artemis Entreri la había hecho partícipe de ese espectáculo, por qué habría sentido la necesidad de abrirse a ella, a otra persona, o incluso a él mismo. La halfling se dio cuenta de que Entreri había tenido una revelación y, de pronto, cayó en la cuenta de que ése también era su caso: Artemis Entreri era un amigo.

2
La vida en la senda oscura

-¡Más rápido! ¡Más rápido, te digo! -chilló Jarlaxle. El drow movió un brazo a gran velocidad, arrojando una andanada al parecer inagotable de dagas contra el asesino, que las eludía y rodaba sobre sí mismo.

Entreri blandía furiosamente daga y espada -un arma de factura drow que no le volvía loco precisamente- hacia adentro y hacia afuera a fin de parar los proyectiles y desviarlos, sin dejar ni un momento de mover los pies, corriendo de un lado al otro. El asesino buscaba una abertura en la soberbia postura defensiva de Jarlaxle, reforzada por el constante flujo de dagas que éste arrojaba.

-¡Una abertura! -gritó el mercenario drow, lanzando una, dos y tres dagas más.

Entreri movió la espada hacia el otro lado, aunque sabía que la valoración de su rival era correcta. No obstante, se zambulló y rodó sobre sí mismo, haciéndose un ovillo para tratar de proteger las zonas vitales.

-¡Excelente, excelente! -le felicitó Jarlaxle cuando Entreri se levantó de nuevo tras recibir un solo impacto. Tenía una daga clavada en un pliegue de la capa, en vez de en la carne.

Entreri notó la punta de la daga contra la parte posterior de la pierna al levantarse. Temiendo que lo hiciera tropezar, lanzó al aire su propia daga, se desprendió rápidamente de la capa y, en el mismo movimiento, hizo ademán de arrojarla a un lado.

Pero entonces tuvo una idea y, en lugar de desembarazarse de la capa, empuñó su mortífera daga y se la colocó entre los dientes. Entonces empezó a girar lentamente alrededor del drow agitando la capa, una *piwafwi* drow, como si fuera un escudo contra los proyectiles.

-Improvisación -dijo Jarlaxle con una sonrisa y en un tono de evidente admiración-. El sello del verdadero guerrero. -Pero aún no había acabado de hablar cuando ya movía de nuevo el brazo. Cuatro dagas volaron por el aire hacia el asesino.

Entreri reaccionó y dio una vuelta completa, al principio de la cual arrojó la capa y la recogió al completarla. Una daga resbaló sobre el suelo, otra le rozó la cabeza, mientras que las otras dos se enredaban en la tela, reuniéndose con la que ya estaba clavada.

El asesino continuó agitando la prenda, pero debido al peso de las tres dagas, ya no ondeaba con ligereza.

-No creo que sea un escudo muy adecuado -comentó Jarlaxle.

-Hablas mejor de lo que luchas. Mala combinación -replicó Entreri.

-Hablo porque me gusta luchar, mi rápido amigo.

Nuevamente, el mercenario drow movió un brazo, pero Entreri estaba en marcha. Con un brazo totalmente extendido mantenía la capa lejos de su cuerpo, para evitar tropezar con ella. El humano dio una voltereta hacia adelante y salvó la distancia que los separaba en un abrir y cerrar de ojos.

Jarlaxle lanzó una daga, que rozó la espalda de Entreri, cogió otra, que llevaba sujeta a un brazalete mágico, y torció la muñeca al mismo tiempo que pronunciaba una orden. La daga obedeció al punto, convirtiéndose en una espada. Cuando Entreri lo atacó con la intención de hundirle la espada en el vientre, el drow ya tenía una parada lista.

En vista de eso, el asesino no se levantó y avanzó por el suelo a rastras, agitando la capa en círculo para enredarla en las pantorrillas de su rival. Jarlaxle se apartó rápidamente y casi consiguió eludir el ataque, pero una de las dagas clavadas en la capa se le enganchó en una bota, haciéndolo caer de espaldas. Como todos los de su raza, Jarlaxle era muy ágil, pero

también lo era Entreri. El humano se levantó y se abalanzó sobre el drow, al que lanzó una estocada.

Jarlaxle la paró velozmente, y las espadas de ambos entrechocaron. Para asombro del drow, la espada del asesino salió volando. Jarlaxle entendió lo sucedido cuando la mano que Entreri tenía ahora libre le agarró el antebrazo y lo inmovilizó, impidiéndole usar su arma.

Con la otra mano empuñaba la mortífera daga con gemas incrustadas. Entreri tenía una abertura y la posibilidad de asestar el golpe; Jarlaxle no podría pararlo ni eludirlo. De pronto, el asesino se sintió invadido por una oleada de desaliento, una abrumadora sensación de desesperanza total y completa. Era como si alguien hubiera penetrado en su mente y se dedicara a esparcir todos sus pensamientos, deteniendo todos sus reflejos. Aprovechando la inevitable pausa, Jarlaxle adelantó el otro brazo, impulsó una daga contra el vientre de su rival y se apartó de un brinco.

El aluvión de emociones discordantes y paralizantes seguía causando estragos en la mente de Entreri. Sin ser apenas consciente de sus actos, retrocedió tambaleándose y, cuando empezó a ver con más claridad, se sorprendió al encontrarse en el otro extremo de la pequeña habitación, sentado contra la pared, frente a un sonriente Jarlaxle.

Entreri cerró los ojos y, con gran esfuerzo, puso orden en su mente. El asesino supuso que Rai'gy había intervenido. El mago drow había lanzado tanto sobre Entreri como sobre Jarlaxle hechizos de protección para que pudieran luchar el uno contra el otro como si les fuera la vida en ello, pero sin peligro de hacerse daño. Pero el mago no se veía por ninguna parte, por lo que Entreri se dijo que, seguramente, Jarlaxle había usado uno de los inagotables trucos que escondía en la manga. Tal vez había utilizado su última adquisición mágica -la poderosa *Crenshinibon*- para hacerle perder la concentración.

-Quizá sí que estás perdiendo facultades -comentó el mercenario drow-. ¡Qué lástima! Menos mal que ya conseguiste derrotar a tu más acérrimo enemigo, porque Drizzt Do'Urden seguiría siendo joven por muchos siglos.

Entreri fingió mofarse de estas palabras, aunque, en realidad, la idea lo carcomía por dentro. Él había vivido toda su vida rozando la perfección, estando en todo momento preparado. Incluso ahora, con casi cuarenta años, estaba seguro de poder vencer a casi cualquier enemigo, ya fuese con su habilidad con las armas o con la astucia, preparando de antemano el campo de batalla. El asesino se resistía a ir perdiendo facultades, especialmente ese toque de genialidad que había marcado su vida.

Entreri quería negar las palabras de Jarlaxle, pero no podía, pues en el fondo de su corazón sabía que de no haber sido por los poderes psíquicos de Kimmuriel Oblodra, Drizzt habría sido proclamado vencedor.

-No me has vencido limpiamente -le espetó el asesino, negando con la cabeza.

Jarlaxle se acercó a él, entrecerrando peligrosamente sus relucientes ojos en una expresión de amenaza e ira. Era una expresión ciertamente insólita en el hermoso rostro del siempre ponderado jefe del grupo de mercenarios drows.

-¡Yo tengo esto! -exclamó Jarlaxle, al mismo tiempo que se abría la capa y mostraba a *Crenshinibon*, la Piedra de Cristal, que asomaba por un bolsillo-. No lo olvides nunca. Sin esto, es muy posible que pudiera vencerte; aunque eres bueno, amigo mío, mejor que cualquier humano que haya conocido. Pero con *Crenshinibon* en mi poder... no eres más que un simple mortal. En comunión con *Crenshinibon* puedo destruirte con un simple pensamiento. Nunca lo olvides.

Entreri bajó los ojos, tratando de asimilar las palabras y el tono, así como la insólita expresión que se reflejaba en el rostro del drow, por lo general risueño. ¿En comunión con *Crenshinibon*?... ¿Un simple mortal? ¿Qué significaba eso, por los nueve infiernos? Nunca lo olvides, había dicho Jarlaxle y, ciertamente, era una lección que Entreri pensaba tener muy presente.

Cuando alzó de nuevo la mirada, Jarlaxle mostraba su rostro habitual: una expresión de astucia, ligeramente divertida, que decía a quienes lo miraban que ese ladino drow sabía más de lo que admitía, más de lo que debería saber.

El aspecto nuevamente relajado de Jarlaxle recordó a Entreri que esos lances que disputaban eran toda una novedad. El jefe mercenario se negaba a batirse con nadie excepto con él. Rai'gy se había quedado con la boca abierta cuando Jarlaxle le comunicó sus intenciones de enfrentarse regularmente a Entreri.

Entreri comprendía la idea que se ocultaba tras esa decisión. Si Jarlaxle sobrevivía era, en parte, porque seguía siendo un misterio incluso para quienes lo rodeaban. Nadie era capaz de penetrar esa coraza de reserva. El drow conseguía desconcertar tanto a amigos como a enemigos y, sin embargo, a él, Artemis Entreri, le estaba revelando muchas cosas.

-Esas dagas no eran más que una ilusión -dijo el asesino, sintiéndose nuevamente a gusto y adoptando su habitual expresión de astucia.

-En tu mente, tal vez -replicó el elfo oscuro con su típico hermetismo.

-Eran una ilusión -insistió Entreri-. Es imposible que llevaras tantas, y ninguna magia podría crearlas tan rápidamente.

-Sea -concedió Jarlaxle-, aunque te recuerdo que oíste cómo sonaban al chocar contra tus propias armas y notaste el peso cuando te atravesaron la capa.

-Me pareció que lo oía -lo corrigió Entreri, preguntándose si, al fin, había encontrado una rendija en el inacabable juego de adivinanzas del drow.

-¿Y no es lo mismo? -Jarlaxle se echó a reír, y el sonido sonó ominoso en los oídos de Entreri.

El asesino alzó la capa y vio varias dagas -dagas metálicas muy sólidas-, todavía clavadas en los pliegues, así como varios agujeros en la tela.

-Algunas sólo eran una ilusión -insistió aunque sin convicción.

Jarlaxle se limitó a encogerse de hombros. El drow nunca revelaba sus secretos.

Lanzando un suspiro de exasperación, Entreri se dispuso a marcharse.

-Amigo mío, ten siempre presente que una ilusión puede matarte si crees en ella -le dijo Jarlaxle a su espalda.

Entreri se detuvo y lanzó al drow una sombría mirada. No estaba acostumbrado a que lo avisaran o amenazaran de manera tan directa, aunque también sabía que las amenazas del mercenario drow nunca eran vanas.

-Y la realidad puede matarte tanto si crees en ella como si no -replicó el asesino, y se encaminó hacia la puerta.

Entreri se marchó sacudiendo la cabeza, frustrado y, al mismo tiempo, intrigado. Con Jarlaxle, siempre sucedía lo mismo, y lo más sorprendente era que justamente ese aspecto del inteligente drow era el que más le atraía.

Ésa es, transmitió por gestos Kimmuriel Oblodra a Rai'gy y Berg'inyon Baenre, que acababa de incorporarse al ejército de Bregan D'aerthe que actuaba en la superficie.

Como hijo favorito de la casa más poderosa de Menzoberranzan, Berg'inyon había tenido todo el mundo drow a sus pies, al menos tanto como podía tenerlo un varón en la sociedad de Menzoberranzan. Pero su madre, la poderosa matrona Baenre, había muerto dirigiendo un ataque contra un reino enano que acabó en desastre y sumió a la gran ciudad drow en el más absoluto caos. En esa época de total confusión y miedo, Berg'inyon se había unido a Jarlaxle y a su escurridiza banda de mercenarios llamada Bregan D'aerthe. Berg'inyon era uno de los mejores guerreros de la ciudad y pertenecía a la aún poderosa casa Baenre, por lo que fue acogido en la banda con los brazos abiertos y fue subiendo escalones dentro de la misma muy rápidamente, hasta alcanzar el grado de lugarteniente. Así pues, no estaba bajo las

órdenes de Rai'gy y de Kimmuriel, sino que era su igual. Ahora estaba en una especie de misión de entrenamiento.

El drow observó a la humana que Kimmuriel señalaba; una curvilínea hembra vestida como una puta callejera.

¿Has leído sus pensamientos?, inquirió Rai'gy, realizando complicados gestos con los dedos, que se complementaban a la perfección con las variadas expresiones y muecas de sus hermosas y angulosas facciones drow.

Es una espía Raker, aseguró silenciosamente Kimmuriel a sus compañeros. *La coordinadora del grupo. Todos pasan junto a ella para comunicarle qué han averiguado.*

Berg'inyon rebulló nervioso, sintiéndose incómodo por las revelaciones del extraño Kimmuriel, poseedor de extraños poderes. El joven esperó que Kimmuriel no le estuviera leyendo los pensamientos, pues se estaba preguntando cómo podía Jarlaxle sentirse seguro con él cerca. Kimmuriel era capaz de penetrar en la mente de otros al parecer con la misma facilidad con la que él, Berg'inyon, entraba por una puerta abierta. El guerrero soltó una risita, que enmascaró como un ataque de tos, al pensar que el inteligente Jarlaxle habría colocado una trampa en la puerta de su mente. También él tendría que aprender la técnica, si es que existía, para mantener a raya a Kimmuriel.

¿Sabéis dónde pueden estar los otros?, preguntó Berg'inyon en lenguaje gestual.

¿Estaría el espectáculo completo si no lo supiéramos?, fue la respuesta de Rai'gy. El mago sonrió de oreja a oreja, y los tres elfos oscuros mostraron expresiones arteras y hambrientas.

Kimmuriel cerró los ojos y respiró profundamente, tratando de calmarse. Rai'gy siguió su ejemplo y sacó de una de las múltiples bolsas que llevaba al cinto una pestaña incrustada en un trozo de goma arábiga. Entonces, volviéndose hacia Berg'inyon empezó a agitar los dedos. Instintivamente, el guerrero drow se encogió, como haría la mayoría de la gente si un mago drow empezara a lanzar un hechizo en su dirección.

Conjurado el primer encantamiento, Berg'inyon se tornó invisible y desapareció. Rai'gy empezó a conjurar un nuevo hechizo, esta vez destinado a hacerse con el control de la mente de la espía y capturarla.

La mujer se estremeció y, por un momento, pareció que el hechizo surtía efecto. No obstante, se liberó de él y miró nerviosamente a su alrededor, alertada.

Rai'gy gruñó y se dispuso a tejer de nuevo el hechizo. El invisible Berg'inyon lo miraba fijamente con una sonrisa casi burlona (ventajas de ser invisible). El mago siempre rebajaba a los humanos y los calificaba con todos los sinónimos posibles de basura y carroña en idioma drow. Rai'gy se mostraba sorprendido de que esa humana hubiera resistido su encantamiento -toda una hazaña mental-, aunque, tal como vio Berg'inyon, el retorcido mago había preparado más de un hechizo. Si no hubiera habido ninguna resistencia, con uno habría bastado.

Esta vez, la mujer dio un paso adelante y quedó paralizada a media zancada.

¡Ve!, ordenó Kimmuriel con los dedos. Mientras gesticulaba, con el poder de la mente abría la puerta entre los tres drows y la mujer. De pronto, allí estaba ella, aunque, en realidad, seguía en la calle a unos pocos pasos de distancia. Berg'inyon dio un brinco hacia ella, la agarró y la arrastró hacia el espacio extra-dimensional. Kimmuriel cerró la puerta.

Todo había ocurrido tan rápidamente que, si alguien lo hubiese visto, habría creído que la mujer simplemente se había esfumado.

El psionicista alzó una delicada mano negra hacia la frente de su víctima y ambas mentes se fundieron. Kimmuriel sentía el horror de la mujer pues, aunque su cuerpo físico se hallaba en estasis, su mente continuaba funcionando y se daba cuenta de que se hallaba frente a elfos oscuros.

Kimmuriel se recreó en ese terror sólo un instante, disfrutando por completo del espectáculo. Acto seguido, empezó a derramar sobre su víctima energía psiónica,

envolviéndola en una armadura de energía cinética absorbente con la técnica que había perfeccionado en el curso del enfrentamiento entre Entreri y Drizzt Do'Urden.

Al acabar, asintió con la cabeza.

Berg'inyon se hizo de nuevo visible, y su excelente espada drow ya atravesaba la garganta de la mujer, pues el ataque disipó casi de inmediato la magia defensiva que le proporcionaba el hechizo de invisibilidad de Rai'gy. El guerrero drow empezó a ejecutar una danza, clavando y cortando con sus dos espadas, hundiéndolas con saña y llegando incluso a descargar un potente mandoble contra la cabeza de la mujer.

Pero no saltó ni un chorro de sangre ni hubo gruñidos de dolor, pues la armadura conjurada por Kimmuriel absorbía todos los golpes, captando y reteniendo la tremenda energía que le ofrecía la brutal danza del guerrero drow.

Éste siguió atacando varios minutos más, hasta que Rai'gy le advirtió que el hechizo de control sobre la mujer estaba a punto de disiparse. Berg'inyon retrocedió y Kimmuriel volvió a cerrar los ojos, mientras el mago se disponía a lanzar otro encantamiento.

Tanto Berg'inyon como Kimmuriel esbozaron unas siniestras sonrisas cuando Rai'gy sacó una diminuta bola de guano de murciélago que desprendía un aroma sulfuroso. Acto seguido, la introdujo con un dedo en la boca de la mujer y pronunció las palabras mágicas. Un fuerte resplandor se encendió en la parte posterior de la boca de la víctima, tras lo cual desapareció por su garganta.

Kimmuriel abrió una segunda puerta dimensional en el mismo lugar de la acera, y Rai'gy empujó violentamente a la mujer hacia allí. Kimmuriel canceló la puerta, y los tres observaron, divertidos. El hechizo de control desapareció, y la mujer trastabilló. Trató de gritar, pero sólo pudo toser violentamente, pues la garganta le ardía. Una extraña expresión, de absoluto terror, invadió su rostro.

Siente la energía que contiene la barrera cinética, explicó Kimmuriel. *Ya no la retiene, es su propia voluntad la que le impide liberarse.*

¿Por cuánto tiempo?, preguntó inquieto Rai'gy, pero Kimmuriel se limitó a sonreír y a indicarles por gestos que miraran y se divirtieran.

La mujer echó a correr. Los tres elfos drows se fijaron en la gente que se movía a su alrededor; algunas personas se aproximaban a ella con cautela -probablemente otros espías-, otras simplemente parecían curiosas y, las más, procuraban apartarse, asustadas.

Durante todo el tiempo, la mujer intentaba gritar, pero la ardiente sensación en la garganta sólo le permitía toser. Tenía los ojos muy abiertos en una deliciosa mirada de absoluto terror. Era evidente que sentía la tremenda energía almacenada en su interior, de la que pugnaba por liberarse, pero sin saber cómo hacerlo.

La mujer no pudo contener la barrera cinética y, al percatarse del problema, su miedo se tornó en confusión. Súbitamente, el terrible asalto de Berg'inyon se desató contra la mujer en toda su brutalidad: todos los tajos y las estocadas, el mandoble contra la cabeza y la espada clavada en el corazón. Los que miraban vieron que se desmoronaba entre borbotones de sangre que manaban de cara, cabeza y pecho.

La mujer se desplomó casi al instante, pero antes de que nadie pudiera reaccionar, salir corriendo o acudir en su ayuda, el hechizo final de Rai'gy -una bola de fuego de efecto retardado- estalló, inmolando a la mujer, ya muerta, y a muchos de los que la rodeaban.

Los observadores más alejados contemplaron incrédulos los cuerpos carbonizados tanto de amigos como de inocentes transeúntes, con una expresión del más puro terror que llenó de gozo a los implacables elfos oscuros.

Un magnífico espectáculo, sí señor.

A Berg'inyon el espectáculo le sirvió como recordatorio de que debía cuidarse muy mucho de los otros lugartenientes de Bregan D'aerthe. Incluso para él, un elfo oscuro

acostumbrado como todos los de su raza al asesinato y la tortura, la brutalidad de Rai'gy y Kimmuriel y su maestría en ambos temas eran insólitas.

3
Un encuentro humillante

Había recuperado su antiguo cuarto, incluso había recuperado su nombre. Las autoridades de Luskan no tenían tan buena memoria como proclamaban.

El año anterior, Morik el Rufián había sido acusado de intentar asesinar al honorable capitán Deudermont del *Duende de Mar*, un famoso cazador de piratas. Puesto que en Luskan una acusación equivalía casi a una condena, Morik había estado a punto de sufrir una horrible muerte pública en la Feria de los Reos. De hecho, lo estaban sometiendo a la peor de las torturas cuando el capitán Deudermont, horrorizado por el truculento espectáculo, lo había indultado.

Con o sin perdón, Morik había sido desterrado de por vida de Luskan bajo pena de muerte si se le ocurría regresar. Desde luego, al año siguiente regresó. Al principio, asumió una identidad falsa, pero gradualmente fue adoptando su habitual aspecto externo, su típica forma de moverse, sus contactos en las calles, su cuarto y, finalmente, su nombre y su reputación. Las autoridades estaban al corriente, pero tenían tantos matones a los que torturar hasta la muerte, que prefirieron no darse por enterados.

Ahora Morik era capaz de volver la vista atrás hacia ese aciago día en la Feria de los Reos y verle el lado divertido. Era el colmo de la ironía que hubiese sido torturado por un crimen que no había cometido, cuando habrían podido acusarlo de tantos otros de los que sí era culpable.

Pero todo eso había quedado atrás, no era más que el recuerdo de un torbellino de intrigas y peligro que podía resumirse en un nombre: Wulfgar. Ahora era nuevamente Morik el Rufián y había recuperado su auténtico yo... o casi.

En la vida de Morik había irrumpido un nuevo elemento a la vez fascinante y aterrador. El rufián se aproximó a la puerta de su cuarto y estudió cautelosamente el estrecho pasillo, escrutando entre las sombras. Tras asegurarse de que estaba solo, se arrimó a la puerta, la tapó con su cuerpo de posibles ojos indiscretos que lo vigilaran mágicamente y dio inicio al proceso de retirar la casi una docena de trampas mortales colocadas a lo largo de la jamba, en ambos lados. Una vez hecho esto, sacó un juego de llaves y corrió los cerrojos -uno, dos y tres-. Y, finalmente, abrió la puerta. Aún tuvo que desarmar otra trampa -ésta explosiva- antes de poder entrar, para luego cerrar de nuevo la puerta, asegurarla y volver a colocar todas las trampas. Aunque el proceso completo le llevaba más de diez minutos, lo repetía cada vez que llegaba a su cuarto. Los elfos oscuros habían aparecido en la vida de Morik súbitamente y sin previa invitación, prometiéndole un tesoro digno de un rey si hacía lo que le pedían, aunque también le habían mostrado la parte menos amable del trato.

Morik revisó el pequeño pedestal situado a un lado de la puerta próxima y asintió con la cabeza, satisfecho de comprobar que nadie había tocado el orbe de dentro del ancho jarrón. El recipiente estaba recubierto con un veneno que actuaba por contacto y mantenía una trampa que se disparaba por presión. El orbe le había costado una suma de oro tan desorbitante, que tendría que robar de lo lindo durante todo un año para recuperarla. Pero, a los temerosos ojos de Morik, el objeto valía lo que había pagado por él. El orbe estaba encantado con un potente *duomer* antimagia que impedía que se abrieran las puertas dimensionales mediante las que cualquier mago podría plantarse en su cuarto con un hechizo de teletransporte.

Morik el Rufián no deseaba repetir la experiencia de despertar y encontrarse a un elfo oscuro junto a su lecho, mirándolo.

Pese a que todos los cerrojos estaban en su sitio y que el orbe se encontraba dentro del recipiente protector, una sutil señal, una brisa intangible, un cosquilleo que le erizaba los pelillos de la nuca indicó a Morik que había algo fuera de lugar. El bribón recorrió el cuarto

con la mirada, escudriñó las sombras y observó las cortinas que aún tapaban una ventana que había tapiado hacía tiempo. A continuación examinó la cama, con las sábanas bien recogidas para que no colgaran por el borde. Agachándose sólo un poco, pudo echar un vistazo bajo el lecho; no había nadie escondido. Las cortinas entonces, pensó, y se encaminó hacia la ventana dando un rodeo para no alertar al intruso. Con un rápido movimiento lateral se plantó delante de las cortinas, con una daga en una mano, las apartó a un lado y apuñaló con fuerza el aire.

El rufián se echó a reír, aliviado, ante su propia paranoia. Nada era igual desde la llegada de los elfos oscuros. Ahora tenía siempre los nervios de punta. Su primer encuentro con los drows se produjo cuando Wulfgar llegó a la ciudad y, por alguna razón que Morik aún no comprendía, le pidieron que cuidara del descomunal bárbaro. Contando esa vez, no había visto a los elfos oscuros más que en cinco ocasiones.

Siempre tenía los nervios de punta y siempre estaba a punto de saltar, pero se recordaba a sí mismo el beneficio que podría reportarle su alianza con los drows. Por lo que había podido adivinar, si era de nuevo Morik el Rufián era, en parte, porque uno de los secuaces de Jarlaxle había visitado a un mandamás de la ciudad.

El rufián soltó un suspiro de alivio y dejó ir las cortinas, pero se quedó helado de miedo cuando una mano le tapó la boca y el delgado filo de una daga se apoyó contra su garganta.

-¿Tienes las joyas? -le susurró una voz al oído. Pese a hablar en tono muy bajo, la voz transmitía una increíble fuerza y calma. La mano se apartó de la boca para posarse sobre la frente, obligándolo a echar ligeramente la cabeza hacia atrás para recordarle lo vulnerable que era su garganta.

Morik no respondió. En su mente repasaba todas las posibilidades, la menos probable de las cuales era la de la huida, pues la mano que lo sujetaba revelaba una fuerza aterradora, mientras que la daga apoyada en su garganta no temblaba ni un ápice. Fuese quien fuese su atacante, era muy superior a él.

-Te lo preguntaré una vez más y será la última -susurró el intruso.

-Tú no eres drow -replicó Morik, tratando de ganar tiempo y de asegurarse de que ese hombre, pues estaba seguro de que era un humano y no un elfo oscuro, no actuaba precipitadamente.

-Tal vez lo soy y oculto mi identidad bajo un hechizo. Pero eso es imposible, ¿verdad?, puesto que aquí ninguna magia funciona. -Dicho esto, propinó un brusco empellón al asustado Morik, lo agarró por un hombro y lo obligó a dar media vuelta. El rufián retrocedió.

Pese a ser un ladrón tan bueno como los muchos que deambulaban por las calles de Luskan, una ciudad llena de ladrones, no lo reconoció. Morik se había ganado a pulso su reputación, alimentada también por sus baladronadas, actuando en las entrañas de la urbe. Ese hombre que tenía frente a él, unos diez años mayor que él, y con una actitud tan calmada y serena...

Ese hombre se había introducido en su cuarto y había resistido el concienzudo escrutinio de Morik. El rufián se dio cuenta de que las sábanas se veían arrugadas, pero ¿no había observado y comprobado que estaban perfectamente lisas?

-Tú no eres drow -osó repetir el rufián.

-No todos los agentes de Jarlaxle son elfos oscuros, ¿verdad, Morik el Rufián?

Morik asintió con la cabeza y metió su daga en la funda que le colgaba del cinto. Era una acción destinada a reducir la tensión, algo que Morik deseaba desesperadamente.

-¿Y las joyas? -preguntó el hombre.

Morik no pudo ocultar su pánico.

-Deberías habérselas comprado a Telsburgher -comentó el intruso-. Tenías el camino libre y la misión era sencilla.

-Por desgracia, un juez de poca monta que no perdona se ha metido por medio -repuso Morik.

El intruso seguía mirándolo fijamente, sin mostrar ni especial interés ni ira. Su expresión era tan hermética, que Morik no sabía si le interesaban en absoluto sus excusas.

-Telsburgher está de acuerdo en vendérmelas al precio acordado -se apresuró a añadir Morik-. Si vacila es porque teme las represalias del juez Jharkheld. Ese maldito diablo me guarda rencor. Sabe que he regresado a Luskan y le encantaría llevarme de nuevo a rastras a su Feria de los Reos, pero, por lo que sé, sus superiores no se lo permiten. Da las gracias a Jarlaxle de mi parte.

-Jarlaxle se limita a cumplir su parte del trato -replicó el intruso, y Morik rebulló nervioso-. Él te ayuda para llenarse la bolsa de oro, no para llenarse el corazón de buenos sentimientos.

Morik asintió.

-Me da miedo ir tras Jharkheld -admitió el rufián-. ¿Cómo puedo dar el golpe sin ponerme en contra a las verdaderas autoridades de Luskan y, de rebote, perjudicar los intereses de Jarlaxle?

-No te preocupes por Jarlaxle. -El hombre habló con tal seguridad, que Morik se dio cuenta de que creía cada palabra-. Tú completa la transacción.

-Pero...

-Esta noche.

Dicho esto, el desconocido dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta. Bajo la mirada de Morik sus manos se movieron en asombrosos círculos, desactivando una trampa tras otra. A Morik le había costado casi diez minutos abrir esa puerta, y eso que conocía a la perfección cada trampa que él mismo había colocado y que poseía las tres llaves de los respectivos cerrojos, que se suponían casi invulnerables. No obstante, en cuestión de un par de minutos la puerta estuvo abierta de par en par.

El hombre miró hacia atrás y arrojó algo al suelo, a los pies de Morik.

Un trozo de alambre.

-Es de la trampa de abajo. Está tan estirado que ya no sirve. Lo he cambiado.

Entonces atravesó el umbral y cerró la puerta. Morik oyó los clics y los paneles deslizantes, sonidos que indicaban que el intruso estaba colocando en su sitio todas las trampas y cerrojos.

El rufián se acercó cautelosamente a la cama y apartó las sábanas. El intruso había hecho un agujero en el colchón justo de su medida. Morik no pudo por menos que echarse a reír, notando cómo su respeto por la banda de Jarlaxle se multiplicaba. No necesitaba comprobar el jarrón de la puerta para saber que el orbe que contenía era falso y que el verdadero acababa de salir por la puerta.

Entreri parpadeó cuando el sol de la tarde le dio en los ojos. El asesino se llevó una mano al bolsillo para tocar el objeto mágico que acababa de arrebatar a Morik. Ese pequeño orbe había frustrado a Rai'gy, había derrotado su magia cuando trató de visitar personalmente a Morik, cosa que seguramente hacía en esos mismos momentos. A Entreri le complacía pensar en un Rai'gy derrotado. A Bregan D'aerthe le había costado casi diez días descubrir la razón de la súbita distancia de Morik, cómo se las había arreglado el rufián para ocultar su cuarto a los indiscretos ojos de los magos. Así pues, la tarea había recaído en Entreri. El asesino no se hacía ilusiones; sabía que la misión no le había sido encomendada por su habilidad como ladrón, sino porque los elfos oscuros no estaban seguros de la resistencia que presentaría Morik y no deseaban poner en peligro a ningún drow para averiguarlo. A Jarlaxle no le haría ninguna gracia saber que Rai'gy y Kimmuriel habían obligado a Entreri a ir, pero ese par sabía que Entreri no le iría a Jarlaxle con el cuento.

Así pues, Artemis Entreri había hecho de chico de los recados para los temibles y aborrecidos elfos oscuros.

Sus instrucciones eran precisas: debía coger el orbe y poner fin a la alianza con Morik. Debía dejar a un lado el orbe y soplar el silbato mágico que Rai'gy le había entregado, para avisar a los elfos oscuros, que esperaban su señal en la lejana Calimport; pero el asesino no tenía ninguna prisa.

Sabía que debería haber matado a Morik, tanto por la impertinencia que había mostrado al tratar de ocultarse de los magos como por no haber sido capaz de conseguir las joyas. Rai'gy y Kimmuriel sin duda exigirían la cabeza del rufián, y Entreri tendría que justificar sus acciones para tratar de proteger a Morik.

Entreri conocía la ciudad de Luskan bastante bien, pues había estado en ella en varias ocasiones, incluyendo una estancia bastante prolongada sólo unos días antes, cuando en compañía de otros agentes drows, había descubierto el objeto antimagia con el que Morik se protegía. Llevaba pocos minutos deambulando por las calles cuando escuchó los gritos y los vítores de la cruel Feria de los Reos. Entró en la plaza abierta justo cuando a un pobre diablo le sacaban los intestinos, como quien tira de una cuerda; pero Entreri apenas reparó en el espectáculo, pues su mirada estaba fija en la menuda figura de afiladas facciones, ataviada con una túnica que dirigía la tortura.

El hombre gritaba a la víctima, que se retorcía, tratando de persuadirlo de que delatara a sus compinches allí mismo, antes de que fuese demasiado tarde.

-¡Asegúrate la posibilidad de vivir una vida más agradable después de la muerte! -chillaba el juez. Su voz era tan afilada como sus airadas y angulosas facciones-. ¡Vamos! ¡Confiesa antes de morir!

Pero el condenado se limitó a gemir. A Entreri le pareció que ya ni siquiera era capaz de captar el sentido de las palabras del magistrado.

Pocos minutos después expiró, poniendo así fin al espectáculo. La gente empezó a vaciar la plaza, la mayoría asintiendo con la cabeza y sonriendo, al tiempo que comentaba excitada el buen espectáculo que les había ofrecido Jharkheld ese día.

Entreri no necesitaba oír más.

Ocultándose en las sombras, siguió al juez por el corto trayecto que mediaba entre la plaza y la torre que albergaba las oficinas de los responsables de la Feria de los Reos, así como las mazmorras en las que estaban encerrados los condenados que pronto serían martirizados en público.

El asesino se felicitó por la buena suerte de llevar encima el orbe de Morik, pues en cierta medida lo protegía de cualquier mago que hubiese sido contratado para defender la torre. Tan sólo debería preocuparse por los centinelas y las trampas mecánicas, y Artemis Entreri no temía ni a los unos ni a las otras.

Entreri penetró en la torre justo cuando el sol se ponía por el oeste.

-Cuentan con demasiados aliados -insistió Rai'gy.

-Desaparecerán sin dejar rastro. Como si se esfumaran -replicó Jarlaxle con una amplia sonrisa.

El mago gruñó y sacudió la cabeza, mientras Kimmuriel, al otro lado de la habitación, sentado cómodamente en una silla de felpa y con una pierna apoyada en el reposabrazos acolchado, alzaba la vista al techo y ponía los ojos en blanco.

-¿Es que aún dudas de mí? -inquirió Jarlaxle en tono ligero e inocente, para nada amenazador-. Recuerda todo lo que ya hemos conseguido aquí, en Calimport, y en otros lugares de la superficie. Poseemos agentes en varias de las ciudades más importantes, incluyendo Aguas Profundas.

-Poseemos agentes exploradores en otras ciudades -lo corrigió Rai'gy-. En la actualidad, sólo tenemos un agente en activo fuera de Calimport, ese despreciable rufián de Luskan. -El mago hizo una pausa, miró a su compañero psionicista y sonrió-. O teníamos.

Kimmuriel se rió entre dientes al pensar en el segundo agente que actuaba en Luskan, y que Jarlaxle ignoraba que había abandonado Calimport.

-Los otros sólo preparan el terreno. Algunos prometen y otros no, pero ninguno de ellos se merece ser considerado agente nuestro, de momento -prosiguió Rai'gy.

-Eso cambiará pronto. ¡Muy pronto! -afirmó Jarlaxle, inclinándose hacia adelante en la silla, tan cómoda como la de Kimmuriel-. Se convertirán en asociados rentables o encontraremos a otros. No nos será nada difícil, pues los humanos son codiciosos. La situación aquí, en Calimport,... mira a tu alrededor. ¿Niegas que fue una buena idea venir? Las gemas y las joyas fluyen rápidamente hacia las manos de una población drow ansiosa por aumentar sus posesiones más allá de la limitada riqueza de Menzoberranzan.

-Seremos afortunados si las casas de Ched Nasad deciden que estamos perjudicando sus intereses económicos -comentó sarcásticamente Rai'gy, que era natural de esa otra ciudad drow.

Jarlaxle descartó la idea con una sonrisa.

-No niego que podemos sacar mucho provecho de Calimport, pero cuando planeamos subir a la superficie, acordamos que deberíamos obtener beneficios inmediatos y muy elevados. Acordamos que nuestra estancia en la superficie sería de corta duración y que, después de obtener los beneficios iniciales, reconsideraríamos nuestra posición y tal vez regresaríamos a la Antípoda Oscura, dejando en la superficie solamente algunas conexiones comerciales y a nuestros mejores agentes.

-Sí, acordamos que reconsideraríamos nuestra posición, y yo ya lo he hecho -dijo Jarlaxle-. Para mí, es evidente que subestimamos el potencial de nuestras operaciones en la superficie. ¡Así pues, digo que nos expandamos!

Nuevamente hubo caras largas. Kimmuriel seguía con la mirada clavada en el techo, en actitud de abierta oposición a Jarlaxle.

-Los Raker quieren que limitemos nuestras operaciones a una sección -les recordó el mercenario-, pero muchos de los artesanos que elaboran las mercancías más exóticas, que seguramente resultarían muy atractivas en Menzoberranzan, trabajan fuera de esta zona.

-Pues cerremos un trato con los Raker; dejémosles participar en este nuevo y provechoso mercado al que ellos no tienen acceso -propuso Rai'gy. A la luz de la historia de Bregan D'aerthe, una banda mercenaria y oportunista cuyo lema era «mutuo beneficio», era una sugerencia perfectamente razonable.

-No son más que granos -replicó Jarlaxle, extendiendo ante él los dedos pulgar e índice y presionando uno contra otro como si apretara un grano-. Y desaparecerán.

-No será tan sencillo como crees -intervino una voz femenina desde la entrada. Los tres drows miraron en esa dirección y vieron a Sharlotta Vespers entrando en la habitación con andares sinuosos. La mujer llevaba un vestido largo con una abertura lateral tan alta que dejaba totalmente al descubierto una de sus torneadas piernas-. Los Raker se precian de extender los tentáculos de su organización por todas partes. Aunque destruyeras todas sus casas y eliminaras a todos sus agentes conocidos, incluso a todas las personas que tienen algo que ver con sus agentes, todavía quedarían muchos testigos.

-¿Quién haría algo así? -preguntó Jarlaxle, que seguía sonriendo e incluso dio unos golpecitos en la silla que ocupaba para que Sharlotta se acercara y compartiera asiento con él, cosa que la mujer hizo, acurrucándose con familiaridad.

Esta imagen hizo que Rai'gy lanzara una fugaz mirada a Kimmuriel. Ambos sabían que Jarlaxle se acostaba con esa humana que, junto con Entreri, era el miembro más poderoso de la antigua cofradía Basadoni, y a ninguno de los dos le gustaba la idea. Sharlotta era astuta para ser humana, casi lo suficiente para merecer ser aceptada en la sociedad drow. Incluso había logrado aprender el idioma drow y ahora trataba de asimilar el complicado código mudo de signos. Rai'gy la encontraba francamente repulsiva, mientras que a Kimmuriel, pese a

considerarla exótica, tampoco le gustaba la idea de que susurrara peligrosas sugerencias al oído de Jarlaxle.

Pero en ese asunto en particular, Sharlotta parecía estar de su lado, por lo que no trataron de interrumpirla como solían hacer.

-Esos testigos contarían lo ocurrido a todas las demás cofradías e informarían a las autoridades de Calimshan -explicó la mujer-. La destrucción de la cofradía Raker pondría de manifiesto que un gran poder se ha infiltrado en Calimport.

-Lo cual es cierto -dijo Jarlaxle con una sonrisa burlona.

-Pero una de las bases de ese poder es seguir siendo secreto -replicó Sharlotta.

Jarlaxle la empujó fuera de su regazo y de la silla, por lo que la mujer tuvo que reaccionar rápidamente para no perder el equilibrio y mantenerse en pie con un mínimo de dignidad.

El jefe mercenario se levantó, pasó junto a Sharlotta sin siquiera mirarla, como si la opinión de la mujer fuera del todo irrelevante, y se dirigió a sus lugartenientes.

-En un principio imaginé que el papel de Bregan D'aerthe en la superficie sería de importador y exportador. Ya lo hemos conseguido. Pero ahora veo la verdad de las sociedades dominadas por los humanos, y esa verdad es su debilidad. Podemos y debemos ir más allá.

-¿Hablas de conquista? -inquirió Rai'gy en tono agrio y sarcástico.

-No como Baenre intentó conquistar Mithril Hall -se apresuró a explicar Jarlaxle-. Me refiero más bien a una absorción, para quienes se dejen absorber por supuesto -añadió con una malévola sonrisa.

-¿Y los que no, serán eliminados? -inquirió Rai'gy, pero su sarcasmo no hizo mella en el mercenario, el cual se limitó a sonreír más ampliamente.

-¿Acaso no ejecutasteis a una espía Raker el otro día?

-Hay una gran diferencia en defender nuestra intimidad y tratar de ampliar nuestras fronteras -respondió el mago.

-No es más que una cuestión semántica -replicó Jarlaxle, echándose a reír.

Detrás de él, Sharlotta Vespers se mordió un labio y sacudió la cabeza. Mucho se temía que sus nuevos benefactores estaban a punto de cometer un tremendo y peligroso error.

Desde un callejón próximo, Entreri escuchó los gritos y la confusión que procedían de la torre. Lo primero que había hecho tras entrar fue bajar una escalera y buscar un prisionero especialmente desagradable para liberarlo. Después de conducir al criminal a un lugar relativamente seguro -los túneles abiertos situados detrás de los calabozos-, había subido de nuevo a la planta baja y había recorrido lenta y silenciosamente los oscuros corredores, escasamente iluminados por las antorchas.

Hallar las dependencias de Jharkheld había sido un juego de niños. La puerta ni siquiera estaba cerrada con llave.

Si no hubiese acabado de presenciar la actuación del magistrado en la Feria de los Reos, Artemis Entreri hubiera tratado de hacerlo entrar en razón respecto a Morik. Ahora, el rufián tenía vía libre para conseguir las joyas.

Entreri se preguntó si los guardias ya habrían localizado al prisionero fugado, lógicamente el asesino del pobre Jharkheld, en el laberinto de túneles. El hombre no se imaginaba lo que le esperaba. Entreri esbozó una irónica sonrisa, pues no albergaba ningún sentimiento de culpabilidad por usar a ese pobre diablo en beneficio propio. Después de todo, se lo merecía por idiota. ¿Por qué debería un desconocido poner en peligro su propia vida para liberarlo? ¿Por qué no había preguntado nada a Entreri mientras éste le quitaba los grilletes? ¿Por qué, si era lo suficientemente listo para seguir viviendo, no había tratado de capturar a Entreri y encadenarlo, para que su desconocido salvador, al que nadie había dado vela en ese

entierro, se enfrentase al verdugo en su lugar? Por esos calabozos pasaban tantos prisioneros, que los carceleros ni siquiera se habrían percatado del cambio.

Así pues, ese matón se merecía lo que le esperaba y, en opinión de Entreri, se lo había buscado. Desde luego, el hombre juraría y perjuraría que alguien lo había ayudado a escapar y lo había dispuesto todo para que pareciera que él había asesinado al juez.

Pero a los responsables de la Feria de los Reos no les interesaban las excusas de los condenados. Y a Artemis Entreri tampoco.

El asesino descartó todo pensamiento sobre ese asunto, echó una mirada alrededor para asegurarse de que se encontraba solo y colocó el orbe que neutralizaba la magia en un lado del callejón. Entonces, se alejó de él y sopló el silbato, preguntándose cómo funcionaría. Obviamente, tendría que regresar a Calimport por medios mágicos, pero ¿funcionaría la magia si llevaba consigo el orbe? ¿O el *duomer* de éste impediría el teletransporte?

Junto a él apareció una cortina de luz azul. Era un portal mágico. No uno conjurado por Rai'gy, sino por Kimmuriel Oblodra. «Ah -se dijo-, entonces es que el orbe no es efectivo contra los psionicistas.»

O quizá sí. La duda causaba una profunda desazón al por lo general inconmovible Entreri. ¿Qué ocurriría si el orbe afectaba la distorsión dimensional de Kimmuriel?, se preguntaba mientras recogía el objeto antimágico. ¿Iría a parar a un lugar equivocado, quizás a otro plano de la existencia?

El asesino desechó la idea. Con o sin orbes mágicos, la vida era muy arriesgada cuando uno trataba con drows. Entreri procuró meterse el orbe en el bolsillo disimuladamente, por si alguien lo espiaba desde el oscuro callejón, tras lo cual se aproximó rápidamente a la puerta mágica y, tras inspirar profundamente, la atravesó.

Salió de ella mareado, pugnando por recuperar el equilibrio, a cientos de kilómetros de distancia de Luskan, concretamente en las habitaciones secretas destinadas a la hechicería en la sede de la cofradía.

Kimmuriel y Rai'gy lo miraban con dureza.

-¿Tienes las joyas? -le preguntó Rai'gy en lengua drow, que Entreri entendía sólo a medias.

-Pronto las tendré -respondió el asesino, chapurreando en drow-. Había un problema.

Ambos elfos oscuros arquearon las cejas, sorprendidos.

-He dicho «había» -dijo Entreri, acentuando el verbo en pasado-. Morik conseguirá las joyas enseguida.

-Así pues, Morik sigue con vida -comentó Kimmuriel de manera harto significativa-. ¿Y sus intentos de sustraerse a nuestra observación?

-Eran los magistrados locales, que trataban de aislarlo de cualquier influencia externa -mintió Entreri-. Mejor dicho, de un magistrado local. Pero ya he solucionado el problema -se apresuró a añadir al ver el gesto agrio de los drows.

Ni Rai'gy ni Kimmuriel parecían complacidos, pero ninguno protestó.

-¿Y dices que ese magistrado local aisló mágicamente el cuarto de Morik para que no pudiésemos observarlo? -insistió Rai'gy.

-Sí, en su cuarto no funcionaba ningún tipo de magia. Pero también he remediado eso.

-¿Era por el orbe? -quiso saber Kimmuriel.

-Morik adquirió el orbe. -Rai'gy entornó los ojos.

-Al parecer, no sabía qué estaba comprando -repuso Artemis Entreri con toda calma, sin alarmarse, pues sabía que su estratagema había funcionado.

Por supuesto, Rai'gy y Kimmuriel sospechaban que había sido obra de Morik y no de un juez de Luskan. Asimismo intuían que Entreri había maquillado la verdad en su propio

interés; pero el asesino sabía que no tenían nada sólido para actuar contra él sin despertar la ira de Jarlaxle.

Una vez más se daba cuenta de que su seguridad dependía casi exclusivamente del jefe mercenario, algo que a Entreri le turbaba. No le gustaba depender de nadie, pues para él dependencia equivalía a debilidad. Tenía que darle la vuelta a la situación.

-Entrégame el orbe -ordenó Rai'gy, mientras extendía una delgada mano engañosamente delicada.

-Será mejor que lo guarde yo y no tú -osó replicar el asesino. Sus palabras pusieron a ambos drows en pie de guerra.

Aún no había acabado de hablar, cuando Entreri sintió un cosquilleo en el bolsillo. Metió una mano dentro, y sus sensibles dedos percibieron una leve vibración que emanaba del corazón del objeto encantado. El asesino clavó la mirada en Kimmuriel. El psionicista tenía los ojos cerrados y parecía estar muy concentrado.

Entonces lo entendió. La magia del orbe nada podía contra los formidables poderes mentales de Kimmuriel, y Entreri había presenciado antes ese truco mental. Kimmuriel había entrado en contacto con la energía latente del interior del orbe y la estaba alimentando hasta alcanzar niveles explosivos.

El asesino acarició la idea de esperar hasta el último momento y después arrojar el orbe a la cara de Kimmuriel. ¡Cómo disfrutaría viendo a ese maldito drow atrapado en uno de sus propios trucos!

Con un ademán, Kimmuriel abrió una puerta dimensional que conducía a la polvorienta y casi desierta calle. Era una puerta lo suficientemente grande para el orbe, aunque demasiado pequeña para que Entreri la atravesara.

El asesino notaba cómo la energía iba creciendo más y más; las vibraciones ya eran evidentes. No obstante, seguía inmóvil mirando a Kimmuriel, simplemente mirándolo y esperando, para que el drow supiera que no estaba asustado.

De hecho, no se trataba de una prueba de fuerza entre ambos. Entreri tenía en el bolsillo una explosión en ciernes, mientras que Kimmuriel se había situado a suficiente distancia de él, de modo que el único efecto que sufriría serían las salpicaduras de la sangre de Entreri. Nuevamente el asesino consideró la posibilidad de arrojar el orbe a la cara de Kimmuriel, y de nuevo se percató de lo fútil de tal acción.

El psionicista se limitaría a dejar de alimentar la energía latente del orbe, con lo que evitaría la explosión tan eficazmente como quien apaga una antorcha sumergiéndola en agua. Además, eso daría a Rai'gy y a Kimmuriel la excusa que necesitaban para acabar con él. Probablemente, Jarlaxle se enfadaría, pero no podría negarles el derecho a defenderse.

Artemis Entreri no estaba preparado para luchar contra ellos. Aún no.

Así pues, lanzó el orbe por la puerta abierta y esperó. Un instante después, estalló convirtiéndose en polvo.

La puerta mágica se cerró.

-Practicas unos juegos muy peligrosos -comentó Rai'gy.

-Ha sido tu amigo el que ha provocado la explosión -replicó el asesino con toda tranquilidad.

-No me refiero a eso. Entre los de tu raza se afirma que es imprudente encomendar a un niño el trabajo de un hombre. Nosotros tenemos un dicho similar: es imprudente encomendar a un humano el trabajo de un drow.

Entreri no respondió, limitándose a clavar la mirada en el hechicero. Empezaba a sentirse como cuando estuvo atrapado en Menzoberranzan y era consciente de que en esa ciudad habitada por veinte mil elfos oscuros por bueno que fuera, por muy hábil que fuese en su oficio, nunca conseguiría ascender ni un solo peldaño en la sociedad drow.

Rai'gy y Kimmuriel intercambiaron unas cuantas frases, la mayoría de ellas insultos -algunos groseros y otros sutiles- pero todos dirigidos a Entreri.

El asesino tomó buena nota de todos ellos y nada dijo, porque nada podía decir. No podía dejar de pensar en el oasis Dallabad y en una particular combinación de espada y guantelete.

Aguantó las ofensas de los drows porque debía hacerlo. De momento.

4
Muchos caminos y muchos destinos

Escondido entre las sombras de la entrada, Entreri escuchaba con gran curiosidad el monólogo que se pronunciaba dentro de la habitación. Únicamente entendía retazos del discurso, pues quien hablaba, Jarlaxle, lo hacía muy rápida y excitadamente en drow. Al limitado dominio del vocabulario drow que poseía Entreri se añadía que, a la distancia que se encontraba, perdía algunas palabras.

-No podrán llevarnos la delantera, porque nosotros nos movemos demasiado aprisa -decía el jefe mercenario. Entreri oyó todas las palabras de esa oración y pudo traducirlas. Parecía que Jarlaxle trataba de animar a alguien-. Caerán calle a calle. ¿Quién se nos podrá oponer a ambos, unidos?

«¿Ambos unidos?», repitió el asesino para sus adentros, repitiendo una y otra vez la palabra drow para asegurarse de que la había entendido bien. «¿Ambos?» Jarlaxle no se podía estar refiriendo a su alianza con Entreri ni con los supervivientes de la cofradía Basadoni. Comparados con la pujanza de Bregan D'aerthe, no eran más que apéndices sin importancia. ¿Es que Jarlaxle había cerrado un nuevo trato a espaldas de Entreri? ¿Acaso con un bajá; o con alguien aún más poderoso?

El asesino se arrimó más a la puerta y procuró entender el nombre de algún demonio o espíritu maligno, o tal vez de un desollador mental. El asesino se estremeció al considerar esas tres posibilidades. Los demonios eran de naturaleza demasiado impredecible y salvaje para aliarse con ellos; harían cualquier cosa para satisfacer sus necesidades, sin importarles el bien de la alianza. Los espíritus malignos eran más predecibles -de hecho, demasiado predecibles. En su jerárquica concepción del mundo, inevitablemente se colocaban en la cúspide.

No obstante, comparados con la tercera posibilidad, la de los *illitas,* Entreri casi se hubiera alegrado de oír a Jarlaxle pronunciar el nombre de algún poderoso demonio. El asesino se había visto obligado a tratar con *illitas* durante su estancia en Menzoberranzan, pues los desolladores mentales eran parte integrante de la vida de la ciudad, y deseaba no volver a ver nunca jamás una de esas espantosas criaturas de blanda cabeza.

Escuchó un rato más, hasta que pareció que Jarlaxle se calmaba y se acomodaba en un asiento. El jefe mercenario seguía hablando solo, murmurando para sí acerca de la inminente caída de los Raker, cuando Entreri entró tranquilamente en la habitación.

-¿Estás solo? -le preguntó haciéndose el inocente-. Me pareció oír voces.

Aliviado, notó que Jarlaxle no llevaba puesto el parche mágico protector, lo que descartaba que se hubiera reunido con *illitas* o pensara hacerlo en el curso de ese día. El parche en el ojo protegía contra la magia mental, y en todo el mundo no existían seres más competentes en ese tipo de magia que los temibles desolladores mentales.

-Estaba poniendo en orden mis pensamientos -explicó Jarlaxle en la lengua común de la superficie, que hablaba con tanta soltura como su lengua materna-. Se preparan muchas cosas.

-En su mayoría peligrosas.

-Sólo para algunos -replicó el drow, riéndose entre dientes.

Entreri le lanzó una mirada dubitativa.

-No creerás en serio que los Raker pueden vencernos, ¿verdad? -inquirió incrédulamente el jefe mercenario.

-En una guerra abierta, no. En una lucha declarada, espada contra espada, los Raker no pueden ganar y, sin embargo, han hallado el modo de sobrevivir durante muchos años.

-Porque tienen suerte.

-No, porque están vinculados a poderes mayores por multitud de lazos -lo corrigió-. Un hombre no necesita ser físicamente fuerte si un gigante le guarda las espaldas.

-A no ser que ese gigante se haga amigo de un rival. Ya se sabe que la lealtad no es el lado fuerte de los gigantes.

-¿Has hecho un trato con los Señores de Calimport? -preguntó Entreri sin mucho convencimiento-. ¿Con quién? ¿Y por qué no se me ha incluido en las negociaciones?

Jarlaxle se encogió de hombros, sin revelar nada.

-Es imposible -decidió Entreri-. Aunque amenazaras a uno o a varios, hace demasiado tiempo que los Raker penetraron en la red de poder de todo Calimshan para que una traición contra ellos pueda prosperar. Poseen aliados que los protegen de otros aliados. Es imposible. Ni siquiera Jarlaxle y Bregan D'aerthe podrían haber acabado con la oposición para producir un cambio tan brusco y desestabilizador en la estructura de poder de la región como sería la eliminación de los Raker.

-Tal vez haya formado una alianza con el ser más poderoso que jamás haya venido a Calimport -repuso Jarlaxle con aire dramático y, como era habitual en él, críptico.

Entreri entrecerró sus oscuros ojos y los posó en el extravagante drow, tratando de buscar una pista, lo que fuera, sobre lo que podría significar el extraño comportamiento de Jarlaxle. Por lo general, éste se mostraba cerrado, casi misterioso, y siempre estaba listo para coger al vuelo cualquier oportunidad de adquirir más poder o riqueza. No obstante, en esa ocasión, algo fallaba. Para Entreri, el inminente asalto a la cofradía Raker era un grave error, y el legendario Jarlaxle nunca cometía errores. Así pues, parecía obvio que el artero drow había establecido realmente una poderosa conexión o alianza, o que poseía una información sobre la situación que nadie más sabía. Esto Entreri lo dudaba, puesto que era él, y no Jarlaxle, la persona mejor informada de lo que ocurría en las calles de Calimport.

Incluso aunque una de esas posibilidades fuese cierta, Entreri presentía que había gato encerrado. Jarlaxle era presuntuoso y arrogante, de eso no había duda, pero nunca antes se había mostrado tan seguro de sí mismo, especialmente en una situación tan explosiva como en la que se encontraban.

Y todavía lo era más al mirar más allá de la inevitable caída de los Raker. Entreri era perfectamente consciente de la malvada naturaleza de los drows y no le cabía la menor duda de que Bregan D'aerthe masacraría a la cofradía rival. Sin embargo, esa victoria tenía muchas implicaciones, demasiadas para que Jarlaxle se mostrara tan relajado.

-¿Sabes ya qué papel desempeñarás tú en todo esto? -inquirió Jarlaxle.

-No tendré ningún papel. Rai'gy y Kimmuriel me han dejado de lado. -Por su tono de voz, era evidente que el asesino se alegraba de ello.

Jarlaxle soltó una sonora carcajada, pues era obvio que Entreri había hecho todo lo posible para ser arrinconado.

El asesino lo miró completamente serio. Jarlaxle tenía que conocer los riesgos que afrontaba; era una situación potencialmente catastrófica que podía obligarlo a él y a Bregan D'aerthe a huir al oscuro agujero que era la Antípoda Oscura. Tal vez se trataba de eso, reflexionó el asesino. Tal vez Jarlaxle sentía nostalgia por su hogar y, astutamente, trataba de precipitar el regreso. La sola idea de volver a Menzoberranzan le ponía los pelos de punta. Prefería mil veces morir allí mismo que regresar por la fuerza a la ciudad drow.

Era posible que él se quedara atrás como agente drow, como Morik en Luskan. No, no sería suficiente, se dijo el asesino. Calimport era una ciudad mucho más peligrosa que Luskan, y si el poder de Bregan D'aerthe dejaba de actuar, él no correría tal riesgo. Tenía enemigos demasiado poderosos.

-Pronto empezará, si es que todavía no lo ha hecho. Así pues, pronto habrá acabado todo -comentó Jarlaxle.

«Antes de lo que tú crees», pensó Entreri, pero guardó silencio. Era un hombre que sobrevivía calculando cuidadosamente, sopesando escrupulosamente las consecuencias de cada paso que daba y de cada palabra que pronunciaba. Sabía que Jarlaxle y él eran espíritus gemelos, pero no podía estar en modo alguno de acuerdo con la operación que se iba a lanzar esa misma noche y que, se mirara por donde se mirara, era un riesgo innecesario.

¿Qué sabía Jarlaxle que Entreri ignorara?

Sería imposible imaginarse una figura más fuera de lugar que Sharlotta Vespers descendiendo por la escalera que conducía a una de las alcantarillas de Calimport. Como de costumbre, llevaba un vestido largo, el pelo pulcramente peinado y su exótico rostro delicadamente maquillado para acentuar sus almendrados ojos castaños. Pese a lo incongruente de su aspecto, allí se sentía como en casa, y nadie que la conociera se hubiera sorprendido de encontrarla allí.

Especialmente si la escoltaban unos personajes tan poderosos.

-¿Qué se cuece allí arriba? -le preguntó Rai'gy, hablando rápidamente en drow. Pese a los recelos que le inspiraba Sharlotta, el hechicero se sentía impresionado por la rapidez con que la mujer había aprendido su idioma.

-Hay mucha tensión -respondió Sharlotta-. Muchas cofradías han atrancado sus puertas esta noche. Incluso La Ficha de Cobre ha cerrado; algo sin precedentes. En las calles se huele que algo va a pasar.

Rai'gy lanzó una agria mirada a Kimmuriel. Justamente antes de llegar Sharlotta, ambos se habían mostrado de acuerdo en que el éxito de sus planes dependía, en gran parte, del factor sorpresa, y que todos los integrantes de la cofradía Basadoni y de Bregan D'aerthe deberían alcanzar sus objetivos simultáneamente para asegurarse de que no quedaban testigos.

¡Qué parecido era en eso a Menzoberranzan! En la ciudad drow era habitual que casas rivales se enfrentaran entre sí, y el éxito no se medía únicamente por el desenlace de la batalla sino por la habilidad de una de las casas en no dejar ningún testimonio fiable que pudiera dar fe de la traición. Aunque todos los habitantes de la ciudad supieran sin ninguna duda qué casa había iniciado la batalla, no se emprendía ninguna acción de castigo contra la casa atacante a no ser que las pruebas contra ella fuesen abrumadoras.

Pero no se encontraban en Menzoberranzan, se recordó Rai'gy. En la superficie una sospecha bastaba para desencadenar una investigación, mientras que en la ciudad drow una sospecha sin pruebas evidentes era digna de silencioso encomio.

-Nuestros guerreros están preparados -anunció Kimmuriel-. Los drows se encuentran bajo las casas de las cofradías en número suficiente para conquistarlas, y los soldados Basadoni han rodeado los tres edificios principales. Será una acción rápida, pues no se esperan que también los ataquen desde abajo.

Rai'gy no apartó la mirada de Sharlotta mientras su compañero drow exponía la situación, por lo que no le pasó por alto que la mujer enarcara ligeramente una ceja. ¿Acaso Bregan D'aerthe había sido traicionado? ¿Se preparaban los Raker para repeler un ataque procedente de las alcantarillas?

-¿Se ha aislado a los agentes? -preguntó el hechicero a Sharlotta, refiriéndose a la operación previa a la invasión: la anulación o, mejor dicho, el asesinato de los espías Raker apostados en las calles.

-No se ha podido localizar a los agentes -respondió la mujer con absoluta tranquilidad, lo que era sorprendente dadas las enormes implicaciones de lo que acababa de decir.

Nuevamente Rai'gy lanzó una fugaz mirada a Kimmuriel.

-Todo está en orden -insistió el psionicista.

-«Los túneles son un hervidero de los goblins de Keego» -replicó Rai'gy, repitiendo un arcaico proverbio drow que se refería a una batalla librada en un pasado muy remoto, durante la cual un inmenso ejército de goblins, liderados por un astuto esclavo rebelde llamado

Keego, había sido completamente destruido por los habitantes de una pequeña ciudad drow escasamente poblada. Los elfos oscuros habían abandonado la ciudad para atacar a los goblins, mucho más numerosos, en los estrechos túneles, en lugar de esperar a que atacaran la ciudad, apenas protegida. En la situación en la que se encontraban, la réplica de Rai'gy a las palabras de Kimmuriel significaba que todo estaba preparado para librar una batalla equivocada.

Sharlotta miró al hechicero con curiosidad, y éste comprendió su confusión, pues difícilmente podía afirmarse que los túneles situados bajo las casas de la cofradía Raker fuesen un «hervidero» de soldados de Bregan D'aerthe.

Claro que a Rai'gy le importaba un pimiento que Sharlotta lo entendiera o no.

-¿Sabemos dónde se han metido los agentes desaparecidos? -preguntó Rai'gy a Sharlotta-. ¿Sabemos dónde se han refugiado?

-Probablemente en las casas de la cofradía. Esta noche, apenas se ve a nadie por las calles.

Una pista, tan poco sutil como las anteriores, de que alguien se había ido de la lengua. ¿Había sido la propia Sharlotta? Rai'gy reprimió el impulso de interrogarla allí mismo usando técnicas de tortura drows, capaces de vencer rápida y eficazmente la resistencia de cualquier humano. Si lo hacía, tendría que vérselas con Jarlaxle, y Rai'gy no estaba preparado para enfrentarse a él... todavía.

Pero si suspendía la operación en el último instante, si todos los guerreros -tanto Basadoni como elfos oscuros- regresaban al cuartel general sin haber manchado sus armas con la sangre de los Raker, Jarlaxle se enfurecería. Pese a las protestas de todos sus lugartenientes, Jarlaxle se había empecinado en esa invasión.

Rai'gy cerró los ojos y evaluó la situación lógicamente, tratando de hallar la solución al dilema menos arriesgada para él. Una de las casas de los Raker se hallaba muy alejada de las otras y, probablemente, apenas estaría protegida. Aunque la destrucción de esa casa en concreto apenas debilitaría la estructura de la cofradía rival ni mermaría su capacidad de operación, tal vez bastara para satisfacer los deseos de conquista de Jarlaxle.

-Llama a los soldados Basadoni -ordenó el hechicero-. Que se retiren de manera bien visible. Ordena a algunos que entren en La Ficha de Cobre y otros establecimientos.

-La Ficha de Cobre ha cerrado sus puertas -le recordó la mujer.

-Pues abridlas. Di a Dwahvel Tiggerwillies que no hay ninguna razón para que ni ella ni ningún miembro de su clan se escondan esta noche. Procura que nuestros soldados se dejen ver por las calles, no como una fuerza de combate sino en grupos reducidos.

-¿Y Bregan D'aerthe? -inquirió Kimmuriel, algo preocupado. No obstante, Rai'gy notó que no mostraba la preocupación que sería de esperar, teniendo en cuenta que acababa de contradecir las órdenes explícitas de Jarlaxle.

-Ordena que Berg'inyon y todos los magos se dirijan a la posición número ocho -repuso Rai'gy. La posición número ocho era la alcantarilla que discurría bajo la aislada casa Raker.

Al oír la orden, Kimmuriel enarcó sus blancas cejas. Conocían la resistencia que se podía esperar en ese lejano puesto, y no creía que se necesitara a Berg'inyon y a todos los magos para conquistarlo.

-La operación debe ejecutarse de manera tan eficiente y cuidadosa como si estuviéramos atacando la mismísima casa Baenre -manifestó Rai'gy, y las cejas de Kimmuriel se arquearon aún más-. Retoca todos los planes y cambia de posición las fuerzas drows necesarias para lanzar el ataque.

-Podríamos llamar a nuestros esclavos kobolds. Ellos solos se bastarían para hacerlo -replicó Kimmuriel con desdén.

-Ni kobolds ni humanos. Ésta es una misión sólo para drows -insistió Rai'gy, pronunciando cada palabra de manera alta y clara.

Finalmente pareció que Kimmuriel comprendía el razonamiento de su colega, ya que en su rostro se pintó una sonrisa irónica. Echó un rápido vistazo a Sharlotta, luego al mago, y cerró los ojos. Usando sus energías mentales se preparó para ponerse en contacto con Berg'inyon y los demás oficiales de campo de Bregan D'aerthe.

Rai'gy centró toda su atención en Sharlotta. Ésta consiguió que ni su expresión ni su postura dejaran traslucir sus pensamientos. No obstante, Rai'gy estaba seguro de que ella debía preguntarse si el mago sospechaba que era la informante de los Raker.

-Dijiste que nuestro poder sería aplastante -comentó la mujer.

-Tal vez, para la batalla de esta noche. Pero un ladrón prudente no roba un huevo de dragón si la madre puede despertarse.

Sharlotta continuaba con la mirada clavada en el drow, preguntándose todavía qué sabría él. Rai'gy disfrutaba del mal rato que estaba haciendo pasar a esa humana, demasiado lista para su gusto, fuese o no culpable. Sharlotta dio media vuelta, se dirigió hacia la escalera y colocó un pie en el primer peldaño.

-¿Adónde crees que vas? -le preguntó Rai'gy.

-A llamar a las fuerzas de Basadoni -respondió la mujer, como si la explicación fuese necesaria.

El hechicero negó con la cabeza y le indicó con gestos que se apartara de la escalera.

-Kimmuriel se encargará de transmitir las órdenes.

Sharlotta vaciló y Rai'gy gozó de su confusión. Finalmente, la mujer puso de nuevo ambos pies sobre el suelo del túnel.

Berg'inyon se resistía a aceptar el cambio de planes. ¿Qué sentido tenía el ataque si el grueso de la cofradía Raker se iba a librar de la matanza? El drow se había criado en Menzoberranzan, una sociedad matriarcal en la que los varones aprendían a acatar las órdenes sin rechistar. También Berg'inyon lo había aprendido.

Había sido entrenado en las más refinadas tácticas de batalla de la primera casa de Menzoberranzan y tenía a su disposición una fuerza aplastante para llevar a cabo la misión que le habían encomendado: la destrucción de una pequeña y aislada casa Raker, un puesto avanzado de la cofradía rival situada en calles hostiles. Pese a la inquietud que le producían el cambio de planes y el dudoso objetivo de la misión, Berg'inyon Baenre exhibía una sonrisa expectante.

Los exploradores, los más sigilosos entre los sigilosos drows, regresaron. Pocos minutos antes habían penetrado en la casa a través de los túneles abiertos por los magos.

Sus dedos se movieron vertiginosamente, comunicándose en el código manual de los elfos oscuros.

La confianza de Berg'inyon aumentó tanto como su confusión al saber que todos los objetivos, menos el suyo, habían sido abandonados. La pequeña casa estaba solamente guardada por un puñado de humanos, ninguno de los cuales parecía poseer poderes mágicos. Según los exploradores drows, no eran más que matones callejeros, hombres que sobrevivían arrimándose al fuego que más calentaba.

Pero un elfo oscuro jamás se confía.

Mientras que Berg'inyon y su ejército tenían una idea cabal de lo que se encontrarían en la casa, los humanos ni siquiera sospechaban que su fin estaba cerca.

¿Conocen los jefes de destacamento todas las rutas de retirada?, preguntó Berg'inyon mediante gestos manuales y faciales. Para que no cupiera duda de que se refería a cualquier posible vía de escape que pudieran utilizar sus enemigos para huir, hizo la señal de retirada con la mano izquierda.

Los magos ocupan todas las posiciones, respondió silenciosamente el explorador.

Los jefes de los cazadores también han sido informados, añadió otro explorador.

Berg'inyon asintió con la cabeza, esbozó rápidamente la señal que daría inicio a la operación y fue a reunirse con su grupo de asalto. El suyo sería el último en penetrar en el edificio, aunque también el que usaría el camino más rápido hacia las estancias superiores.

El grupo de Berg'inyon contaba con dos hechiceros. Uno mantenía los ojos cerrados, preparado para transmitir la señal, mientras que el otro adoptó la posición de ataque, con ojos y manos dirigidos hacia el techo y un puñado de semillas de hongo *selussi,* que sólo crecía en la Antípoda Oscura, listo.

Es la hora, susurró una voz mágica en los oídos de todos los drows.

El hechicero que tenía la vista clavada en el techo empezó a tejer un encantamiento, entrelazando las manos como si dibujara semicírculos, con ambos pulgares y ambos meñiques en contacto, adelante y atrás, adelante y atrás, sin dejar de recitar por lo bajo.

El hechizo finalizó con un canto que más bien parecía un bufido. El mago alzó los dedos extendidos hacia el techo.

La parte del techo a la que apuntaba empezó a ondularse, como si el mago hubiera hundido los dedos en un estanque. El drow mantuvo la posición varios segundos. Las ondas se fueron haciendo cada vez mayores, y la piedra empezó a desdibujarse, hasta que finalmente desapareció, siendo reemplazada por un túnel vertical que atravesaba varios metros de piedra y desembocaba en la planta baja de la casa Raker.

Un Raker tuvo la mala fortuna de ser cogido por sorpresa, con los talones justo en el borde del agujero que acababa de surgir. El hombre agitó los brazos en amplios círculos, tratando de mantener el equilibrio. Los guerreros drows se colocaron debajo del agujero y dieron un brinco. Usando sus dotes naturales de levitación, flotaron hacia arriba.

Cuando el primero de ellos llegó arriba, agarró bruscamente al Raker por el cuello de la camisa y lo impulsó hacia atrás, haciéndolo caer por el agujero. El humano logró aterrizar sobre los pies, arqueó las piernas y rodó a un lado para absorber el impacto. Inmediatamente se irguió, ya equilibrado, empuñando una daga.

Su rostro mudó de color al ver lo que le rodeaba: elfos oscuros, ¡drows!, estaban invadiendo la casa de la cofradía. Un drow apuesto y fuerte, que empuñaba la espada de filo más agudo que hubiera visto el Raker, se le acercó.

El humano trató de razonar con el elfo oscuro y rendirse, pero mientras su boca pronunciaba las palabras adecuadas para intentar salvar el pellejo, su cuerpo, paralizado de terror, contradecía su discurso. El Raker continuaba sosteniendo la daga frente a él y, puesto que Berg'inyon no comprendía demasiado bien la lengua de los habitantes de la superficie, no tenía manera de saber que el hombre quería rendirse.

Tampoco le importaba. Berg'inyon arremetió con su magnífica espada, hundiéndola en el cuerpo del humano. Enseguida la extrajo, recuperó el equilibrio y atacó de nuevo. Con seguridad y sin vacilaciones, el acero atravesó carne y costillas, hundiéndose en el corazón de su víctima.

El humano se desplomó, ya muerto, con una expresión de asombro en su rostro.

Sin molestarse siquiera en limpiar la espada, Berg'inyon se agachó, tomó impulso y empezó a levitar hacia la casa. Aunque había despachado al hombre en unos pocos segundos, tanto el suelo de la habitación como del pasillo estaban ya sembrados de cadáveres humanos.

El grupo de Berg'inyon abandonó la habitación poco después, antes incluso de que el conjuro del hechicero drow expirara. Todos los humanos habían sido eliminados, mientras que los drows tan sólo habían encajado algunas heridas leves. Al acabar la operación en la casa Raker no quedaba ningún tesoro -ni siquiera las pocas monedas que algunos miembros de la cofradía habían escondido bajo algunas tablas sueltas del suelo-; por no quedar, no quedaban ni muebles. Los fuegos mágicos habían consumido todos los suelos de madera y todos los tabiques. Desde fuera la casa parecía tranquila y segura, pero ya no era más que una carcasa quemada y vacía.

Bregan D'aerthe había hablado.

-Sobran los elogios -comentó Berg'inyon Baenre cuando se reunió con Rai'gy, Kimmuriel y Sharlotta. Era una fórmula común entre los drows con la que se quería significar que el oponente vencido era tan indigno, que el vencedor no podía enorgullecerse de su victoria.

Kimmuriel sonrió irónicamente.

-Habéis hecho un buen trabajo. Nadie escapó. Has actuado como se esperaba de ti. No ha sido una acción gloriosa, pero sí digna de elogio.

Rai'gy continuaba el escrutinio de Sharlotta Vespers como había hecho durante todo el día. ¿Era consciente la humana de que Kimmuriel hablaba sinceramente y, en ese caso, comenzaba a comprender el verdadero alcance del poder que se había establecido en Calimport? El hecho que una cofradía aniquilara de manera tan completa una de las casas pertenecientes a una cofradía rival era toda una hazaña, a no ser que la cofradía atacante estuviera integrada por guerreros drows que comprendían mejor que ninguna otra raza las complejidades de la guerra entre casas rivales. ¿Se daba cuenta Sharlotta de ello? Y, en caso afirmativo, ¿sería lo suficientemente estúpida como para tratar de sacar ventaja de ello?

La mujer mostraba una expresión impenetrable, aunque con una pizca de curiosidad, lo que dijo a Rai'gy que la respuesta a ambas preguntas era que sí. El hechicero drow sonrió; Sharlotta Vespers andaba sobre terreno inseguro. *Quiensin ful biezz coppon quangolth cree, a drow*, rezaba un antiguo dicho en Menzoberranzan y en todo el universo drow: «Desdichados aquellos que creen que comprenden los designios de los drows».

-¿Qué llevó a Jarlaxle a cambiar los planes en el último momento? -preguntó Berg'inyon.

-Jarlaxle aún no sabe nada. Él prefirió quedarse al margen y dejar la operación en mis manos -respondió Rai'gy.

Berg'inyon ya se disponía a formular su pregunta dirigiéndose a Rai'gy, pero lo pensó mejor, y se limitó a dirigir una inclinación de cabeza al nuevo jefe.

-Tal vez más tarde puedas explicarme la razón de tu decisión, para así poder entender mejor a nuestros enemigos -dijo el guerrero respetuosamente.

Rai'gy asintió levemente.

-Tendrás que explicárselo a Jarlaxle -intervino Sharlotta, demostrando una vez más su asombroso dominio de la lengua drow-. Y no creo que él acepte tus cambios con una simple inclinación de cabeza.

Cuando la mujer dejó de hablar, la mirada de Rai'gy se posó rápidamente en Berg'inyon y captó el fugaz destello de ira que pasó por los relucientes ojos rojos del guerrero. Sharlotta tenía razón, por supuesto, pero tales palabras en boca de una no drow -de una *iblith*, que en la lengua drow también significaba basura- eran un insulto dirigido a Berg'inyon, el cual había aceptado la parca explicación del mago. Era un error sin importancia, pero un par más como ése con el joven Baenre, y de Sharlotta Vespers no quedarían más que unos pocos restos inidentificables.

-Debemos decírselo a Jarlaxle -manifestó el mago drow, tratando de distraer a Berg'inyon-. Para nosotros, los responsables de la operación, el cambio de planes era necesario, pero Jarlaxle se ha aislado, quizá demasiado, y es posible que vea las cosas de otro modo.

Tanto Kimmuriel como Berg'inyon lo miraron con curiosidad. ¿Qué mosca le picaba para hablar con tanta franqueza delante de Sharlotta? Pero el mago les indicó con un discreto gesto que le siguieran la corriente.

-Podríamos involucrar a Domo y a los hombres rata -propuso Kimmuriel, el cual obviamente había comprendido las intenciones del mago-. Aunque me temo que luego

tendríamos que tomarnos la molestia de masacrarlos. Lo cual sería en gran parte responsabilidad tuya -añadió, mirando a Sharlotta.

-Los soldados Basadoni fueron los primeros en retirarse y serán los primeros en regresar sin haber manchado sus espadas de sangre -agregó Rai'gy. Las miradas de los tres drows se posaron en Sharlotta.

La mujer no perdió la calma.

-Muy bien, involucraremos a Domo y los hombres rata -dijo, improvisando-. Seguramente se lo merecen. Sí, eso haremos. Quizá no conocían nuestros planes, pero, cosas del destino, el bajá Da'Daclan los contrató para guardar las alcantarillas. Puesto que no queríamos darnos a conocer completamente ante el cobarde de Domo, preferimos actuar en zonas despejadas, especialmente alrededor de la posición número ocho.

Los tres drows intercambiaron miradas y asintieron con la cabeza para indicarle que continuara.

-Sí -prosiguió Sharlotta, hablando cada vez con más rapidez y confianza-. También puedo sacar partido de esta situación con el bajá Da'Daclan. No hay duda que presintió la catástrofe que amenazaba a su cofradía, y ese temor aumentará cuando se entere de que una de sus casas ha sido completamente aniquilada. Es posible que crea que Domo es mucho más poderoso de lo que nadie se imagina y que se ha aliado con los Basadoni, y que si la casa Raker se libró de un ataque a mayor escala fue únicamente gracias a los antiguos tratos entre la casa Basadoni y la casa Raker.

-Pero ¿acaso eso no implicaría directamente a la cofradía Basadoni en el ataque contra esa casa aislada? -preguntó Kimmuriel, dando cuerda a Sharlotta.

-No, nosotros no actuamos directamente; sólo dejamos que sucediera. Nos limitamos a cerrar los ojos porque ellos han incrementado sus esfuerzos por espiar a nuestra cofradía. Y si logramos convencerlos, Domo les parecerá aún más poderoso. Si hacemos creer a los Raker que se encuentran al borde del desastre, se comportarán de manera más razonable, y Jarlaxle tendrá su victoria. -Sharlotta sonrió, y los tres drows sonrieron a su vez.

-Adelante -dijo Rai'gy, señalando con un ademán la escalera que conducía fuera de la alcantarilla.

La mujer sonrió de nuevo, ignorante de que había sido víctima de un engaño, y se marchó.

-Su engaño dirigido al bajá Da'Daclan inevitablemente afectará también a Jarlaxle, hasta cierto punto -comentó Kimmuriel, viendo claramente la red en la que Sharlotta iba a enredarse de un modo insensato.

-Al parecer, habéis llegado al convencimiento que algo le pasa a Jarlaxle -dijo Berg'inyon sin andarse por las ramas, pues era obvio que, en circunstancias normales, ni Rai'gy ni Kimmuriel actuarían de espaldas a su jefe.

-Sus puntos de vista han cambiado -replicó Kimmuriel.

-Vosotros no deseabais venir a la superficie -prosiguió Berg'inyon. Su irónica sonrisa ponía en duda los motivos de sus compañeros.

-Es cierto, y ansío ver de nuevo el resplandor de Narbondel -admitió Rai'gy, refiriéndose al gran reloj de Menzoberranzan, un pilar que marcaba las horas mediante calor a los elfos oscuros, que en la Antípoda Oscura percibían el espectro infrarrojo de luz-. Tú llevas poco tiempo aquí arriba y aún no te has dado cuenta de lo ridículo que es este mundo. Estoy seguro de que pronto sentirás nostalgia de tu hogar.

-Ya la siento -repuso Berg'inyon-. No me gusta este mundo ni el aspecto ni el olor de sus habitantes, y mucho menos de Sharlotta Vespers.

-Ella y ese estúpido Entreri -dijo Rai'gy-. Pero Jarlaxle los protege.

-Es posible que no siga liderando Bregan D'aerthe por mucho tiempo -afirmó Kimmuriel. Estas audaces palabras suscitaron expresiones de asombro en Berg'inyon y en Rai'gy.

No obstante, era justamente lo que ambos estaban pensando. Jarlaxle había ido muy lejos al llevarlos a la superficie, quizá demasiado lejos, y la banda de mercenarios podía perder el favor de sus antiguos benefactores, incluyendo a gran parte de las casas nobles de Menzoberranzan. Era una apuesta arriesgada, pero si salía bien, habría valido la pena, especialmente si no se interrumpía el flujo de mercancías exóticas, tan apreciadas en la ciudad drow.

El plan inicial era quedarse en la superficie sólo el tiempo suficiente para establecer nuevos agentes que aseguraran la continuidad del comercio con la superficie; pero Jarlaxle había cambiado los planes al hacerse con el control de la casa Basadoni y renovar las relaciones con el peligroso Entreri. Después, se había dedicado a perseguir al renegado Drizzt Do'Urden, al parecer solamente para divertirse. Tras dar por zanjado ese asunto y robar el poderoso artilugio mágico llamado *Crenshinibon,* había dejado que Drizzt se marchara, e incluso había obligado a Rai'gy a usar un hechizo otorgado por Lloth para salvar la miserable vida del drow renegado.

Para colmo, había empezado a actuar no para conseguir beneficios, sino poder, en un lugar en el que nadie de Bregan D'aerthe, excepto él, deseaba quedarse.

Jarlaxle había ido avanzando por ese camino a pasos lentos, pero ya llevaba recorrido un trecho largo y tortuoso. Había ido apartando cada vez más a Bregan D'aerthe de su misión inicial, del objetivo que había atraído a la mayoría de sus miembros a unirse a ella, entre ellos Rai'gy, Kimmuriel y Berg'inyon.

-¿Y qué hay de Sharlotta Vespers? -inquirió Kimmuriel.

-Ya se encargará Jarlaxle de eliminar ese problema -fue la respuesta de Rai'gy.

-Recuerda que Jarlaxle la protege -apuntó Berg'inyon.

-Está a punto de engañarlo. Nosotros lo sabemos, y ella sabe que lo sabemos, aunque aún no se ha dado cuenta de las catastróficas implicaciones de ello. A partir de ahora, seguirá nuestras órdenes.

El hechicero sonrió mientras repasaba mentalmente sus propias palabras. Disfrutaba enormemente cuando un *iblith* caía en la red de la sociedad drow y poco a poco se daba cuenta de que no había forma de liberarse de sus pegajosos hilos.

-Soy consciente de tu anhelo, pues yo también lo comparto -dijo Jarlaxle-. Esto no es como había imaginado, pero quizás aún no era el momento.

Tal vez confías demasiado en tus lugartenientes, replicó la voz que resonaba dentro de su cabeza.

-No, ellos vieron algo que nosotros, cegados por nuestra ansia, no vimos. Son conflictivos y a menudo irritantes, y no puedo confiar en ellos cuando su beneficio personal choca con el objetivo de la misión, pero éste no es el caso. Debo examinar este asunto más detenidamente. Tal vez haya modos más adecuados para lograr nuestra meta.

La voz empezó a responder, pero el mercenario puso fin al diálogo negándose a escucharla.

Lo brusco de la acción recordó a *Crenshinibon* que el respeto que le inspiraba el elfo oscuro estaba bien fundado. Ese Jarlaxle poseía una voluntad muy fuerte y, de todos aquellos que habían poseído la Piedra de Cristal a lo largo de los siglos -incluyendo a demonios muy poderosos-, ninguno había sido tan difícil de engatusar.

De hecho, sólo uno de ellos había sido capaz de hacer oídos sordos a su llamada. Se trataba del inmediato antecesor de Jarlaxle: otro drow llamado Drizzt Do'Urden. La barrera mental que protegía a ese elfo oscuro había sido construida con principios morales. *Crenshinibon* no habría estado peor en caso de haber caído en manos de un bondadoso

sacerdote o de un paladín del bien, estúpidos incapaces de compartir con ella la necesidad de alcanzar mayores cotas de poder.

Por todo ello, la continua resistencia de Jarlaxle resultaba verdaderamente impresionante, pues el artilugio sabía que ese elfo oscuro no poseía ningún principio moral. El corazón de Jarlaxle no comprendía que *Crenshinibon* era una creación maligna y que, por tanto, debía mantenerse alejado. No, *Crenshinibon* percibía que para Jarlaxle todos y todo eran herramientas, vehículos que le permitían avanzar por el camino deseado.

Si Jarlaxle se apartaba del camino, *Crenshinibon* podría crear bifurcaciones e incluso recodos más cerrados, pero no habría ningún cambio de dirección. Ya no.

Crenshinibon, la Piedra de Cristal, ni siquiera se planteaba la posibilidad de buscar un nuevo dueño, tal como solía hacer en el pasado cuando debía salvar algún obstáculo. Pese a que presentía una cierta resistencia en Jarlaxle, esa resistencia no implicaba ningún peligro ni falta de actividad. Para la sensible reliquia, Jarlaxle era poderoso, intrigante y prometía alcanzar cotas de poder a las que nunca antes había llegado.

El hecho de que ese drow no fuera un mero instrumento del caos y la destrucción, como tantos demonios o humanos incautos -tal vez el pensamiento más redundante que *Crenshinibon* hubiera tenido nunca- sólo lo hacía más interesante.

Crenshinibon estaba convencida de que tenían por delante un largo camino juntos. Gracias a él, alcanzaría el máximo poder, y el mundo padecería un sufrimiento sin igual.

5
Los primeros hilos de un espléndido tapiz

-Otros lo han intentado, y algunos han estado muy cerca de lograrlo -dijo Dwahvel Tiggerwillies, la empresaria y dirigente de la única cofradía de halflings de la ciudad, una caterva de carteristas e informantes que solían reunirse en La Ficha de Cobre-. Al parecer, unos cuantos incluso han llegado a tocar esa maldita cosa.

-¿Maldita? -inquirió Entreri, recostándose cómodamente en la silla, algo que el asesino raramente hacía.

Tan insólita era esa actitud, que él mismo se preguntó por qué se sentía tan cómodo en ese lugar. No era casualidad que ésa fuera la única taberna de todo Calimport en la que Entreri tomaba licor, si bien en cantidades muy moderadas. Desde que matara a su antiguo compinche, el lastimoso Dondon Tiggerwillies, en la habitación de al lado, el asesino solía dejarse caer por allí. Dwahvel era prima de Dondon y estaba al corriente de lo sucedido, pero también sabía que, en algunos aspectos, Entreri había hecho un favor al pobre diablo. De todos modos, cualquier rencor que la halfling pudiera guardar a Entreri había sido barrido por su pragmatismo.

Entreri lo sabía y también sabía que era bienvenido allí tanto por parte de Dwahvel como de los asociados de ésta. También sabía que, probablemente, La Ficha de Cobre era el lugar más seguro de toda la ciudad. No era que contase con unas defensas formidables -de hecho, Jarlaxle podía arrasarlo con una ínfima parte del poder que había llevado a Calimport-, sino que sus salvaguardas contra miradas curiosas eran tan buenas como las de una cofradía de magos. Dwahvel invertía gran parte de sus recursos en ese tipo de defensa, opuesta a las defensas físicas. Asimismo, La Ficha de Cobre era un lugar famoso porque en él se podía comprar información, razón por la que a todos les interesaba que siguiera existiendo. En muchos aspectos Dwahvel y sus camaradas utilizaban la misma técnica de supervivencia que Sha'lazzi Ozoule: ser útiles a todos sus posibles enemigos.

A Entreri le molestaba esta comparación. Sha'lazzi era un despreciable especulador que no era leal a nadie más que a sí mismo. No era más que un intermediario que obtenía información a cambio de dinero, no de inteligencia, y luego la vendía al mejor postor. En realidad, era un comerciante, aunque uno muy bueno. Era una verdadera sanguijuela, y Entreri sospechaba que un día lo encontrarían asesinado en un callejón y que a nadie le importaría.

Era posible que Dwahvel Tiggerwillies tuviera un final similar, pero, en su caso, muchos tratarían de vengar su muerte. Quizás incluso él.

-Maldita -confirmó Dwahvel tras una breve reflexión.

-Para aquellos que se sienten atraídos por ella.

-Para aquellos que la sienten, en general -insistió Dwahvel.

Entreri se movió a un lado y ladeó la cabeza, estudiando a su asombrosa y menuda amiga.

-Kohrin Soulez se ha convertido en su prisionero. Se ha encerrado en una fortaleza por miedo a que se la roben.

-Soulez posee muchos tesoros -arguyó Entreri, aunque sabía que Dwahvel tenía razón, al menos en lo que concernía a Kohrin Soulez.

-Sólo con ese tesoro está despertando la ira de los magos y la ira de quienes confían su seguridad a los magos -fue la predecible respuesta de la halfling.

Entreri asintió. No discrepaba de Dwahvel pero tampoco lo convencían sus argumentos. Era posible que la *Garra de Charon* fuese una maldición para Kohrin Soulez, pero eso era porque Soulez se había atrincherado en un lugar en el que un arma como ésa se percibía como

un constante reclamo o como una constante amenaza. Una vez que él se hiciera con la poderosa espada, no tenía ninguna intención de quedarse cerca de Calimport. Las cadenas de Soulez serían su escape.

-La espada es un antiguo artilugio -comentó Dwahvel, y sus palabras captaron toda la atención de Entreri-. Todos sus poseedores han muerto empuñándola.

Sin duda, la halfling creía que su advertencia sería dramática, pero a Entreri le entró por una oreja y le salió por la otra.

-Todos tenemos que morir, Dwahvel -replicó al punto el asesino, pensando en el infierno de vida que estaba viviendo-. Lo que importa es cómo se vive.

La halfling lo observó con curiosidad, y Entreri se preguntó si acaso había revelado demasiado o había picado lo suficiente su curiosidad para que tratara de descubrir qué poder respaldaba a Entreri y la cofradía Basadoni. Si la astuta halfling sabía demasiado, y Jarlaxle y sus lugartenientes se enteraban de ello, ninguna salvaguarda mágica, ninguno de sus asociados -ni siquiera Artemis Entreri-, ni su utilidad probada, la salvarían de los despiadados soldados de Jarlaxle. La Ficha de Cobre sería arrasada, y Entreri perdería el único lugar en el que podía relajarse.

Dwahvel seguía mirándolo fijamente con una mezcla de curiosidad profesional y personal así como ¿compasión?

-¿Qué es lo que tan trastornado tiene a Artemis Entreri? -preguntó la halfling, pero todavía no había acabado de formular la pregunta, cuando el asesino ya se sacaba su daga adornada con gemas y salvaba de un brinco la distancia que los separaba. Ocurrió tan rápidamente que los guardias de Dwahvel ni siquiera captaron el movimiento, y ésta no se dio cuenta de qué sucedía.

De pronto Entreri se cernía sobre ella, tirándole la cabeza hacia atrás por su abundante melena, y apoyaba la daga en su cuello.

La halfling sintió dolorosamente el contacto de la depravada arma, que absorbía la energía vital de sus víctimas. Pese a que la daga tan sólo le había hecho una pequeña herida, Dwahvel sentía cómo su fuerza vital abandonaba su cuerpo.

-Si esa pregunta se repite alguna vez fuera de estas paredes, te arrepentirás de que no te haya matado -la amenazó Entreri, echándole su cálido aliento en la cara.

Dicho esto se apartó de la halfling, la cual, inmediatamente, alzó una mano, agitando los dedos adelante y atrás. Era la señal para que sus ballesteros no dispararan. Con la otra mano se frotó la garganta y se presionó la pequeña herida.

-¿Estás del todo segura que aún está en manos de Kohrin Soulez? -inquirió Entreri, más por cambiar de tema y regresar a un terreno profesional que porque necesitara la información.

-Sí, aún la tiene él, y sigue vivo. Me parece prueba suficiente -respondió una Dwahvel todavía impresionada.

Entreri asintió con la cabeza y fue a sentarse de nuevo en la silla en una posición relajada que contrastaba con la peligrosa luz que brillaba en sus ojos.

-¿Todavía deseas abandonar la ciudad por una ruta segura? -quiso saber Dwahvel.

Entreri se limitó a asentir.

-Entonces necesitaremos a Domo y a sus hombres...

-No -la atajó el asesino.

-Pero tiene los...

-He dicho que no.

Dwahvel quiso protestar nuevamente. No sería nada fácil sacar a Artemis Entreri de Calimport sin que nadie lo supiera, ni siquiera con la colaboración de Domo. Todos en la ciudad conocían los fuertes vínculos de Entreri con la cofradía Basadoni, y esa cofradía era objeto de una atenta vigilancia por parte de todos los poderes de Calimport. La halfling

enmudeció. Esta vez Entreri no la había interrumpido con palabras sino con una mirada, una mirada de amenaza que el asesino había perfeccionado durante décadas. Con esa mirada decía a su víctima que estaba precipitando su propio fin.

-En ese caso, necesitaré más tiempo. No mucho, te lo aseguro. Quizás una hora -dijo Dwahvel.

-Nadie debe saberlo excepto tú -le ordenó Entreri en voz tan baja que los ballesteros apostados en los rincones en sombra de la sala no pudieran oírle-. Ni siquiera tus halflings de más confianza.

-Muy bien, pues dos horas -dijo la halfling, soltando un largo suspiro de resignación.

Entreri la miró marcharse. El asesino sabía que no podría abandonar Calimport sin que nadie lo supiera, pues las calles estaban vigiladas, pero sus palabras recordarían a la halfling que, si alguien de los suyos se iba de la lengua, Entreri la consideraría personalmente responsable.

El asesino no pudo evitar reírse entre dientes; no le entraba en la cabeza la idea de matar a Dwahvel. Le gustaba la halfling, y también la respetaba tanto por su coraje como por sus habilidades.

No obstante, su pequeña excursión debía ser un secreto. Si alguno de los otros, en especial Rai'gy y Kimmuriel, descubrían que había abandonado la ciudad, investigarían y, sin duda, no tardarían en saber adónde había ido. Entreri quería evitar que los dos peligrosos drows fijaran su atención en Kohrin Soulez.

Antes de que transcurrieran las dos horas que había predicho con pesimismo, Dwahvel regresó y entregó a Entreri un burdo mapa de la ciudad en el que había marcada una ruta.

-Habrá alguien esperándote al final de la avenida Media Luna, justo frente a la panadería -le explicó Dwahvel.

-En cuanto a la segunda parte del trayecto, ¿tus halflings han comprobado que esté despejado? -comentó el asesino.

Dwahvel asintió.

-Los míos y otros asociados.

-Y, desde luego, vigilarán los movimientos mientras se recogen los otros mapas -indicó Entreri.

-Tú eres un maestro del disfraz, ¿no? -replicó Dwahvel, encogiéndose de hombros.

Entreri no se molestó en contestar, sino que se puso en marcha inmediatamente, salió de La Ficha de Cobre y, después de recorrer un oscuro callejón, apareció al otro lado con veinte kilos más y una pronunciada cojera.

Antes de una hora se había alejado de Calimport y avanzaba rápidamente por la carretera del noroeste. El amanecer lo sorprendió en lo alto de una duna, desde la que observaba el oasis Dallabad. Durante mucho rato Entreri se exprimió los sesos, tratando de recordar todo lo que sabía sobre el anciano Kohrin.

-Anciano -repitió el asesino en voz alta, y suspiró pues, de hecho, Soulez acababa de entrar en la cincuentena y apenas era quince años más viejo que Artemis Entreri.

El asesino centró sus pensamientos en el palacio fortaleza, intentando recordar los detalles del lugar. Desde su atalaya, lo único que veía era unas pocas palmeras, un pequeño estanque, una roca solitaria y algunas tiendas, incluyendo un pabellón de considerables proporciones y, tras todo ello, la fortaleza amurallada de color marrón que parecía fundirse con la arena del desierto. Los pocos centinelas, ataviados con túnicas, que montaban guardia en los muros parecían aburridos. Pese a que la fortaleza Dallabad tenía un aspecto inexpugnable -desde luego no para alguien tan hábil como Artemis Entreri-, el asesino sabía que esa impresión era engañosa.

Entreri había visitado a Soulez y Dallabad en varias ocasiones cuando trabajaba para el bajá Basadoni y, más recientemente, para el bajá Pook. Por esta razón sabía que las murallas

cuadradas albergaban un edificio circular con pasillos en forma de espiral, cada vez más estrecha a medida que se aproximaban a las enormes cámaras del tesoro de Kohrin. En el centro de la espiral se encontraban los aposentos privados del jefe del oasis.

Con esos detalles en la memoria, Entreri recordó lo que Dwahvel le había dicho sobre Soulez y su palacio. El asesino rió sordamente al darse cuenta de que la halfling tenía toda la razón: Kohrin Soulez era un prisionero.

No obstante, la prisión lo era en ambas direcciones, por lo que le resultaría imposible infiltrarse en la fortaleza y llevarse el objeto de sus anhelos. El palacio era una fortaleza llena de soldados especialmente entrenados para frustrar cualquier intento de robo de los ladrones que infestaban la región.

Pero Dwahvel se equivocaba en una cosa, pensó Entreri; si Kohrin Soulez era prisionero no era por culpa de la *Garra de Charon* sino del mismo Soulez. El hombre tenía tanto miedo de perder la preciosa arma que había permitido que ésta lo dominara y lo consumiera. Su propio temor le impedía arriesgarse a perder la espada. ¿Cuándo había sido la última vez que Kohrin Soulez había salido de Dallabad? ¿Cuándo había acudido por última vez al mercado al aire libre o había charlado con sus antiguos socios en las calles de Calimport?

No, Entreri sabía perfectamente que la gente se construía su propia prisión, porque a él le había ocurrido lo mismo al permitir que Drizzt Do'Urden se convirtiera en una obsesión. Se había dejado consumir por la estúpida necesidad de enfrentarse a un insignificante elfo oscuro que, en realidad, no tenía nada que ver con él.

Pero Artemis Entreri tenía la absoluta confianza de que jamás volvería a cometer el mismo error. El asesino contempló Dallabad con una amplia sonrisa en el rostro. Sí, Kohrin Soulez había hecho bien en levantar una fortaleza para defenderse de cualquier ladrón que acechara en las sombras o avanzara al amparo de la noche, pero ¿cómo responderían esos centinelas al ataque de un ejército de elfos oscuros?

-Tú estabas con él cuando le informaron de la retirada. ¿Cómo se lo tomó? -preguntó Sharlotta Vespers a Entreri la noche siguiente. El asesino acababa de regresar subrepticiamente a Calimport.

-Con su calma habitual -respondió Entreri-. Jarlaxle lleva siglos al frente de Bregan D'aerthe y sabe ocultar bien sus emociones.

-¿Incluso a los ojos de Artemis Entreri, que es capaz de mirar a un hombre a los ojos y saber lo que cenó la noche anterior? -trató de provocarlo la mujer.

Pero la sonrisa burlona de Sharlotta desapareció ante la expresión de absoluta calma de Entreri.

-Ya veo que todavía no entiendes en absoluto a nuestros nuevos aliados -afirmó el asesino, muy serio.

-Invasores, dirás. -Era la primera vez desde que los drows se habían hecho con el control, que Entreri oía a Sharlotta decir algo en contra de los elfos oscuros. Sin embargo, no le sorprendió; ¿quién no aprendería rápidamente a aborrecerlos? Por otra parte, Entreri conocía a la mujer y sabía que ésta se hallaba siempre dispuesta a aceptar cualquier tipo de aliados que pudieran ayudarla en su empeño por ir subiendo en la pirámide de poder.

-Si quieren, pueden hacerlo -repuso Entreri inmediatamente, en su tono de voz más serio-. No subestimes ninguna faceta de los elfos oscuros, ni sus habilidades guerreras ni si se traicionan o no a sí mismos con expresiones, o acabarás mal.

La mujer fue a responder algo, pero se lo pensó mejor, pugnando por hacer desaparecer de su rostro una expresión de desesperanza insólita en ella. Entreri se dio cuenta de que Sharlotta empezaba a sentirse como él durante su estancia en Menzoberranzan, y como volvía a sentirse cada vez que tenía cerca a Rai'gy o a Kimmuriel. Era humillante compararse con esas hermosas y angulosas criaturas. Los drows siempre sabían más de lo que debían y nunca decían todo lo que sabían. El aura de misterio que los rodeaba se intensificaba por el

innegable poder que se ocultaba tras sus sutiles amenazas. Y no había que olvidar la condescendencia con la que solían tratar a cualquiera que no fuese drow. En la presente situación, con Bregan D'aerthe que podía barrer fácilmente a los supervivientes de la casa Basadoni -incluyendo a Artemis Entreri-, esa actitud condescendiente resultaba especialmente desagradable, pues le recordaba dolorosamente quiénes eran los amos y quiénes los esclavos.

Entreri notó que Sharlotta compartía ese mismo sentimiento, que se hacía más intenso a cada momento, y estuvo en un tris de utilizarlo para implicarla en su plan secreto para conquistar Dallabad y la más preciada posesión de Kohrin Soulez.

Pero en el último momento se echó atrás, horrorizado de que los sentimientos que le inspiraban Rai'gy y Kimmuriel hubieran estado a punto de hacerle cometer un grave error. Salvo en contadas ocasiones, Entreri siempre había trabajado solo y había usado su ingenio para ganar aliados involuntarios. No le gustaba tener cómplices, porque siempre acababan por saber demasiado. En esos momentos su única aliada era Dwahvel Tiggerwillies, y Entreri estaba casi del todo seguro de que la halfling jamás lo traicionaría, ni siquiera si los elfos oscuros la sometían a interrogatorio. Ésa había sido siempre la mayor virtud de Dwahvel y de sus camaradas halflings.

Entreri se recordó a sí mismo que Sharlotta era muy distinta. Si la implicaba en su plan para robar a Kohrin Soulez, ya no podría quitarle el ojo de encima. Era muy probable que fuera enseguida con el cuento a Jarlaxle o incluso a Rai'gy y Kimmuriel, y que usara el cadáver de Entreri para subir escalones de poder.

Además, Entreri no tenía ninguna necesidad de mencionar el asunto de Dallabad a Sharlotta, pues ya había tomado medidas para que la mujer se enterara. Dwahvel atraería a Sharlotta hacia Dallabad soltándole unas cuentas mentiras convincentes y Sharlotta, que era de lo más predecible cuando estaban en juego sus intereses, transmitiría la información a Jarlaxle, lo que contribuiría a reforzar la misma propuesta que le haría Entreri en el sentido de que conquistar Dallabad sería muy provechoso.

-Nunca creí que llegaría a echar de menos al bajá Basadoni -confesó Sharlotta de pronto. Era lo más revelador que la mujer había dicho hasta entonces.

-Tú odiabas a Basadoni -le recordó Entreri.

Sharlotta no lo negó, pero tampoco se retractó.

-No le temías tanto como temes a los drows, y haces bien -prosiguió el asesino-. Basadoni era leal y, por tanto, predecible. Pero los elfos oscuros no son ni una cosa ni la otra. Son demasiado peligrosos.

-Kimmuriel me contó que pasaste un tiempo en Menzoberranzan. ¿Cómo lograste sobrevivir?

-Sobreviví porque estaban demasiado ocupados para molestarse en matarme -respondió Entreri con toda sinceridad-. Para ellos yo era un *dobluth*, un marginado no drow, y no valía la pena ocuparse de mí. Además, ahora creo que Jarlaxle me usó para comprender mejor a los humanos de Calimport.

Una risita se escapó de los carnosos labios de Sharlotta.

-Jamás se me ocurriría pensar que Artemis Entreri es un humano típico de Calimport. Y si Jarlaxle hubiera creído que todos los habitantes de Calimport poseen tus habilidades, dudo que hubiera osado venir aquí, ni siquiera con toda la ciudad de Menzoberranzan marchando tras él.

Entreri agradeció educadamente el cumplido inclinando ligeramente la cabeza, aunque nunca le había gustado que lo adularan. Para su modo de pensar, uno era lo suficientemente bueno o no lo era, y ni todos los halagos del mundo podían cambiar eso.

-Y éste es por ahora nuestro objetivo, por nuestro bien -continuó Entreri-. Debemos mantener a los drows ocupados. Dado el súbito deseo de Jarlaxle por expandir rápidamente su

imperio en la superficie, no debería ser muy difícil. Estaremos más seguros si la casa Basadoni libra una guerra.

-Pero no dentro de la ciudad. Las autoridades empiezan ya a tomar nota de nuestros movimientos y no seguirán de brazos cruzados mucho tiempo más. Estaremos más seguros si los drows libran una guerra, pero no si ésta se circunscribe a las demás cofradías de la ciudad.

Entreri asintió. Se alegraba de que lo que Dwahvel había insinuado a Sharlotta, que otros ojos podrían estar centrados en la cofradía Basadoni, hubiera conducido tan rápidamente a la inteligente mujer a esas conclusiones. Ciertamente, si la casa Basadoni se elevaba demasiado y demasiado rápidamente, no tardaría en descubrirse el verdadero poder que la sustentaba. Una vez que el reino de Calimshan lo descubriera, lanzaría un contundente ataque contra la banda de Jarlaxle. Esto era lo que el mismo Entreri había esperado que sucediera hasta hacía poco tiempo, pero ahora lo descartaba. Dudaba que él, o cualquier otro *iblith* de la casa Basadoni, sobreviviera si Bregan D'aerthe regresaba a la Antípoda Oscura.

Así pues, el caos final se había convertido en la última opción, por si todo lo demás fallaba.

-Tienes razón -coincidió Sharlotta-. Debemos mantenerlos ocupados, al menos a su brazo militar.

Entreri sonrió y resistió fácilmente la tentación de incluirla en sus planes en contra de Kohrin Soulez. Dwahvel ya se encargaría de eso, y Sharlotta jamás llegaría a imaginar que había sido una marioneta en manos de Artemis Entreri.

Aunque era tan inteligente que tal vez un día descubriera la verdad. En ese caso, Entreri tendría que matarla.

Para Artemis Entreri, que llevaba muchos años soportando el doble juego de Sharlotta Vespers, no era una perspectiva desagradable.

6
En beneficio mutuo

Artemis Entreri reconoció sin duda la voz, pero no el tono. En todos los meses que había pasado junto a Jarlaxle, tanto allí como en la Antípoda Oscura, nunca había oído al líder mercenario alzar la voz, enfadado.

Jarlaxle estaba gritando y, para satisfacción de Entreri, gritaba a Rai'gy y a Kimmuriel, lo que despertó su curiosidad.

-Simbolizará nuestro ascenso -gritaba Jarlaxle.

-Atraerá la atención de nuestros enemigos -protestó Kimmuriel.

-Para ellos no será más que una nueva casa de una cofradía.

-Ciertamente, tales estructuras no son insólitas -intervino Rai'gy, hablando en un tono más sereno y controlado.

Ése fue el momento elegido por Entreri para entrar en la habitación y encontró a los tres drows de pie, encarados. Berg'inyon Baenre escuchaba sentado, recostado tranquilamente contra una pared.

-No sabrán que la torre ha sido levantada por drows -prosiguió Rai'gy, tras lanzar una mirada rápida y desdeñosa al humano-, pero sí que la cofradía Basadoni cuenta con un nuevo poder.

-Eso ya lo saben -arguyó Jarlaxle.

-Lo sospechan, como sospechan que el viejo Basadoni está muerto -replicó el hechicero-. No les confirmemos sus sospechas. No lo reconozcamos.

Jarlaxle entrecerró su único ojo visible -ese día el parche mágico le cubría el ojo izquierdo-, y bruscamente posó la mirada en Entreri.

-Tú conoces la ciudad mejor que ninguno de nosotros. ¿Qué opinas? Tengo la intención de construir una torre, una imagen cristalina de *Crenshinibon* similar a la torre en la que destruiste a Drizzt Do'Urden. Mis socios temen que las demás cofradías, e incluso las autoridades supremas de Calimshan, reaccionen de manera peligrosa.

-Desde luego, la cofradía de magos lo haría. Es un grupo peligroso -respondió Entreri tranquilamente.

Jarlaxle retrocedió un paso, en apariencia sorprendido de que Entreri no lo hubiera apoyado inmediatamente.

-Las cofradías no paran de construir nuevas casas -arguyó el jefe mercenario-. Y algunas son más espléndidas que la que yo pienso crear con *Crenshinibon.*

-Sí, pero contratan abiertamente a los artesanos necesarios así como a hechiceros, si es que precisan magia -explicó Entreri.

El asesino estaba pensando con rapidez, perplejo ante el arriesgado plan de Jarlaxle. Entreri no deseaba ponerse de parte de Rai'gy y Kimmuriel, pues sabía que nada tenía que ganar con esa alianza. No obstante, la idea de construir una imagen de *Crenshinibon* allí, en el corazón de Calimport, era, cuanto menos, imprudente.

-¿Qué te decía yo? -interrumpió Rai'gy con una risa satisfecha-. Ni siquiera tu lacayo cree que sea una idea viable y mucho menos prudente.

-No me pongas palabras en la boca, Rai'gy -saltó inmediatamente Entreri. El hechicero le lanzó tal mirada de odio, que, por un momento, estuvo seguro de que iba a acabar con él allí mismo.

-Si levantamos una torre en Calimport, nos crearemos muchos problemas, pero no es imposible -explicó Entreri a Jarlaxle-. Tal vez podríamos contratar a un mago de la cofradía

más importante para salvar las apariencias. Pero, de todos modos, sería más sencillo si situáramos la torre en las afueras de la ciudad, en el desierto quizá, donde además disfrutaría más de la brillante luz del sol.

-De lo que se trata es de erigir un símbolo de nuestra fuerza -manifestó Jarlaxle-. De nada serviría impresionar a los lagartos y a las víboras en el desierto.

-La política de Bregan D'aerthe ha sido siempre ocultar su fuerza. ¿Vamos a cambiar ahora una política tan efectiva, cuando nos encontramos en un mundo lleno de enemigos potenciales? Parece que olvidas quiénes somos, Jarlaxle, y dónde estamos -osó decir Kimmuriel.

-A cambio de una bonita suma podemos enmascarar la verdadera naturaleza de la torre. Y tal vez yo pueda dar con una ubicación que sirva a nuestros propósitos -razonó Entreri, dirigiéndose a Jarlaxle-, y, al mismo tiempo, aplacar vuestros temores fundados -agregó, mirando a Rai'gy y Kimmuriel.

-Hazlo. Demuestra que sirves para algo y que me he equivocado contigo -repuso Rai'gy.

Entreri aceptó el ambiguo cumplido con tranquilidad. En su mente ya tenía la ubicación perfecta, un motivo más para empujar a Jarlaxle y a Bregan D'aerthe contra Kohrin Soulez y el oasis Dallabad.

-¿Tenemos ya una respuesta de los Raker? -inquirió Jarlaxle. El drow se dirigió a un lado de la habitación y tomó asiento.

-En estos mismos instantes, Sharlotta Vespers está reunida con el bajá Da'Daclan -respondió Entreri.

-¿No crees que es probable que la mate, como venganza? -preguntó Kimmuriel.

-No perderíamos nada -replicó sarcásticamente Rai'gy.

-El bajá Da'Daclan está demasiado intrigado para... -empezó a decir Entreri.

-Impresionado, querrás decir -lo corrigió el mago.

-No, demasiado intrigado -insistió Entreri- para actuar de manera precipitada. No creo que esté enfadado por haber perdido un puesto sin importancia, sino que está más interesado en averiguar cuál es nuestra verdadera fuerza y nuestras intenciones. Si la mata, será para comprobar qué respuesta provoca.

-Si lo hace, quizá lo destruiremos por completo a él y a toda su cofradía.

Las palabras de Jarlaxle despertaron sorpresa en casi todos los presentes, excepto en Entreri. El asesino empezaba a sospechar que tras la aparente locura de Jarlaxle había un cierto método. Normalmente, alguien como Jarlaxle buscaría el modo de sacar un beneficio de un hombre tan consolidado en las estructuras de poder como el bajá Da'Daclan, líder de los Raker. No era habitual que el mercenario drow malgastara tiempo, energía y valiosos soldados en destruir más de lo necesario para conseguir un punto de apoyo. Pero ese punto ya estaba seguro en Calimport y, no obstante, las ansias de poder de Jarlaxle sólo hacían que aumentar.

Entreri no lo entendía, pero tampoco le preocupaba en demasía, pues pensaba que encontraría el modo de utilizarlo en beneficio propio.

-Antes de hacer nada contra el bajá Da'Daclan, debemos debilitar su apoyo exterior -afirmó el asesino.

-¿Qué apoyo exterior? -preguntaron al unísono Jarlaxle y Rai'gy.

-Los brazos del bajá Da'Daclan son muy largos. Sospecho que ha creado un anillo exterior de seguridad que quizá llegue incluso más allá de los límites de Calimport.

Por las expresiones de los elfos oscuros, Entreri se dio cuenta de que éstos habían picado y que, por el momento, no necesitaba decir nada más. De hecho, conocía al bajá Da'Daclan y sabía que el anciano no haría ningún daño a Sharlotta Vespers; no iba con su carácter tomarse una venganza tan directa. No, lo que haría sería promover un diálogo

continuado con Sharlotta, pues Da'Daclan razonaría que si los Basadoni iban contra él de manera tan descarada como para destruir una de sus casas, debían de poseer nuevas y poderosas armas o aliados. El bajá Da'Daclan trataría de averiguar si el ataque se debía meramente al engreimiento de los nuevos líderes de la cofradía -si es que Basadoni estaba realmente muerto, tal como se rumoreaba-, o era debido a una confianza bien fundada. El hecho de que fuese la mismísima Sharlotta, que en el caso de la muerte de Basadoni debería haber alcanzado el nivel de poder más alto dentro de la organización, la elegida para ir a visitarlo, sugería que la segunda era la explicación más probable del ataque. Y, en ese caso, el bajá Da'Daclan no tendría ninguna intención de precipitar su fin.

Así pues, Sharlotta saldría de casa de Da'Daclan vivita y coleando, tras lo cual respondería a la llamada de Dwahvel Tiggerwillies. Cuando esa noche informara a Jarlaxle, el mercenario tendría la confirmación de que Da'Daclan contaba con un aliado fuera de la ciudad. Más adelante Entreri se encargaría de señalar que la base de operaciones de ese aliado sería el lugar perfecto para levantar una nueva e impresionante torre.

Sí, todo salía según el plan.

-Silencia a Kohrin Soulez, y el bajá Da'Daclan se quedará sin voz fuera de Calimport -explicó Sharlotta Vespers a Jarlaxle esa misma noche.

-No necesita voz fuera de la ciudad. Según la información que me habéis proporcionado tú y mis demás lugartenientes, Da'Daclan cuenta ya con el suficiente respaldo aquí, dentro de Calimport, para plantearnos seriamente una conquista.

-Pero el bajá Da'Daclan no lo entiende así -replicó Sharlotta sin dudar.

Para Jarlaxle era evidente que la mujer había dado muchas vueltas a ese asunto. Sharlotta había regresado de su encuentro con Da'Daclan y otros informantes de la calle muy animada y excitada. De hecho, no había logrado nada concluyente con el bajá, pero había intuido que el hombre estaba a la defensiva. La destrucción total de una de sus casas, aunque fuera un puesto avanzado sin importancia, lo tenía muy preocupado. Da'Daclan ignoraba cuánto poder poseía la cofradía Basadoni ni si se estaba librando una lucha interna por hacerse con el control, y esto lo inquietaba.

-¿Cree que el bajá Basadoni está muerto? -preguntó por tercera vez el drow, apoyando su anguloso mentón en una delicada mano negra.

-Sí -respondió Sharlotta también por tercera vez.

-¿Y no supone eso que la cofradía Basadoni es débil?

-Quizá sea así en tu mundo, en el que las casas son gobernadas por madres matronas que sirven directamente a Lloth. Pero aquí la pérdida de un jefe no supone nada más que inestabilidad, y los rivales se asustan. Por lo general, las cofradías no se enfrentan abiertamente entre sí, pues sería perjudicial para todos. Esto es algo que los viejos bajás han aprendido después de años e incluso décadas de experiencia, y que, durante generaciones, han transmitido a sus hijos o a sus sucesores.

Jarlaxle comprendía ese modo de proceder, por supuesto, pero mantuvo una expresión de perplejidad que instaba a Sharlotta a continuar. En realidad, el drow estaba aprendiendo más cosas sobre Sharlotta que sobre la convivencia entre las cofradías clandestinas de Calimport.

-A raíz de nuestro ataque, el bajá Da'Daclan cree en los rumores que hablan de la muerte del viejo Basadoni -prosiguió la mujer-. A su modo de ver, Basadoni está muerto o ha perdido el control de la cofradía, por lo que ahora somos muy peligrosos. -Sharlotta esbozó su característica sonrisa pérfida e irónica.

-Así pues, con cada hilo exterior que cortemos, primero la casa y luego el oasis Dallabad, Da'Daclan se sentirá menos y menos seguro -razonó Jarlaxle.

-Y me pone las cosas más sencillas para obligar a los Raker a cerrar un trato muy ventajoso para nosotros. Es posible que Da'Daclan nos ceda toda la manzana alrededor de la

casa destruida para aplacarnos. Después de todo, arrasamos su centro de operaciones en esa área -replicó Sharlotta.

-Era un puesto avanzado sin importancia -comentó Jarlaxle.

-Por supuesto, pero imagina cómo nos respetarán las demás cofradías cuando se enteren de que el bajá Da'Daclan nos ha cedido parte de su territorio pese a haberlo atacado -ronroneó Sharlotta. Su incesante juego de intrigas, su continua busca del beneficio personal aumentó el respeto que le tenía Jarlaxle.

-¿El oasis Dallabad? -inquirió el drow.

-Sería una gran conquista, incluso sin tener en cuenta la ventaja que nos daría en nuestras negociaciones con el bajá Da'Daclan.

Jarlaxle se quedó un momento pensativo, asintió y, mirando pícaramente a Sharlotta, señaló el lecho con la cabeza. Para él, pensar en grandes beneficios era el mejor de los afrodisíacos.

Después de despedir a Sharlotta para reflexionar en privado sobre la información que le había proporcionado, Jarlaxle se dedicó a dar vueltas por la alcoba. Según Sharlotta -engañada por Dwahvel-, el oasis Dallabad era una especie de estación repetidora en beneficio del bajá Da'Daclan, desde la cual éste transmitía información a poderosos aliados situados muy lejos de Calimport. Dallabad era una fortaleza independiente, que oficialmente no formaba parte de la cofradía Raker ni de ninguna otra, administrada por un funcionario insignificante llamado Soulez. Al parecer, ese Soulez servía a los intereses de Da'Daclan a cambio de dinero y, según Sharlotta, a veces cobraba peajes a los viajeros que transitaban por los caminos del noroeste.

Mientras paseaba por la habitación, Jarlaxle trataba de digerir la información, que cuadraba con lo que Artemis Entreri había insinuado ese mismo día. Aunque percibía la llamada telepática de su nuevo aliado, el drow se limitó a ajustarse mejor el parche para sustraerse a ella.

Tenía que haber alguna conexión entre una cosa y otra, una verdad dentro de la verdad, alguna relación calculada entre la frágil posición de Dallabad y la mera conveniencia de todo ese asunto. ¿Acaso Entreri no le había sugerido que conquistara algún lugar fuera de Calimport donde poder construir con mayor seguridad la torre cristalina?

Y ahora esto: una ubicación perfecta, de fácil conquista, que se le ofrecía en bandeja de plata. Un lugar con una situación tan conveniente que Bregan D'aerthe mataría dos pájaros de un tiro.

Los intentos por infiltrarse en su mente no cesaban. Era una llamada poderosa, la más intensa que Jarlaxle había sentido a través del parche que le cubría un ojo.

Quiere algo, resonó la voz de *Crenshinibon* en su cabeza.

La reacción de Jarlaxle fue desestimar de inmediato las palabras de la Piedra de Cristal, convencido de que pensando por sí mismo se haría una imagen más clara de la situación en su conjunto, pero la siguiente afirmación de *Crenshinibon* fue más allá de las conclusiones a las que el drow llegaba lentamente.

Artemis Entreri actúa movido por otras intenciones. Tal vez por un viejo rencor o para lograr un tesoro.

-Nada de rencor -repuso Jarlaxle en voz alta, mientras se quitaba el parche protector a fin de que él y la Piedra de Cristal pudieran comunicarse sin estorbos-. Si Entreri albergara tales sentimientos, se encargaría personalmente de eliminar al tal Soulez. Él siempre se ha enorgullecido de trabajar solo.

¿Crees que es una simple coincidencia que, de pronto, traten de convencerte de que el oasis Dallabad, un lugar que jamás había sido mencionado antes, es la perfecta solución a nuestro problema con los Raker y nuestra necesidad de construir una torre?, preguntó la Piedra de Cristal y, sin esperar ninguna respuesta, se contestó a sí misma. *Artemis Entreri tiene algún motivo oculto para querer que ataquemos el oasis Dallabad. De eso no hay duda.*

Probablemente sabía que nuestros informadores nos sugerirían que, conquistando Dallabad, asustaríamos al bajá Da'Daclan y reforzaríamos de manera considerable nuestra posición para negociar con él.

-Más probablemente, el mismo Artemis Entreri se ha encargado de que nuestros informadores llegasen a esa conclusión. -Jarlaxle terminó su razonamiento riendo quedamente.

Tal vez es un modo de llevarnos a la destrucción. De ese modo, sería libre y podría gobernar solo.

Pero Jarlaxle negó con la cabeza antes de que el último razonamiento de la Piedra de Cristal acabara de resonar en su cabeza.

-Si Artemis Entreri deseara verse libre de nosotros, encontraría una excusa para abandonar la ciudad.

¿Y huir tan lejos como Morik el Rufián, quizá?, inquirió *Crenshinibon* irónicamente.

Jarlaxle tenía que admitir que la Piedra de Cristal estaba en lo cierto. Bregan D'aerthe ya había demostrado que tenía unos brazos muy largos en la superficie, tal vez lo suficientemente largos para atrapar a cualquier desertor que huyera. Sin embargo, Jarlaxle discrepaba con la Piedra de Cristal en esto último. Para empezar, Artemis Entreri era lo suficientemente inteligente para comprender que Bregan D'aerthe no se lanzaría a ciegas contra Dallabad ni contra ningún otro enemigo. Además, si lo que pretendía Entreri era precipitar la caída de Bregan D'aerthe en la superficie, era un plan demasiado arriesgado. Sería muchísimo más sencillo informar a las autoridades de Calimshan de que había una banda de elfos oscuros actuando en Calimport.

El mercenario transmitió todos estos pensamientos a *Crenshinibon*, y conjuntamente llegaron a la conclusión de que la opción más probable era lo que había sugerido la piedra: que Entreri ambicionara un tesoro custodiado en el oasis Dallabad.

Jarlaxle cerró los ojos y absorbió las sensaciones de la Piedra de Cristal acerca de esas verosímiles sospechas, que cada vez cobraban más cuerpo. Al comprender que él y la mágica piedra habían aceptado esa conclusión y pensaban lo mismo al respecto, se echó a reír nuevamente. El sentimiento que predominaba en ambos no era la furia, sino que se sentían divertidos e impresionados. Fuesen cuales fuesen los motivos que movían a Entreri, y fuera o no cierta la información que relacionaba al bajá Da'Daclan con Dallabad, el oasis sería una conquista beneficiosa y, según todos los indicios, segura.

Más para la reliquia que para el elfo oscuro, pues *Crenshinibon* le había dejado bastante claro a Jarlaxle que debía construir una imagen de sí misma, una torre que recogiera los brillantes rayos del sol.

Era un paso más hacia su objetivo final, que siempre era el mismo.

7
La ventaja se convierte en desastre

Kohrin Soulez alzó un brazo al frente y centró todos sus pensamientos en el guantelete negro con galones rojos que llevaba en la mano derecha. Los galones parecían palpitar, transmitiendo al reservado Soulez, que vivía recluido, una sensación que le era ya muy familiar.

Unos ojos curiosos estaban posados en él y en su fortaleza.

Soulez se concentró aún más en la manopla mágica. Recientemente, un mediador de Calimport le había sondeado por si le interesaba vender su amada espada, la *Garra de Charon.* Por supuesto, Soulez había descartado de inmediato tan absurda idea. La espada le era más querida que muchas de sus muchas esposas, incluso más que muchos de sus numerosos hijos. Había sido una oferta en firme, que le prometía riquezas inimaginables a cambio de la espada.

Soulez conocía lo suficiente a los miembros de las cofradías de Calimport y había poseído la *Garra de Charon* el tiempo suficiente para saber lo que podría ocurrir tras rechazar de plano una oferta como ésa, por lo que no le sorprendió descubrir que se había convertido en el centro de atención de unos ojos curiosos. Según sus propias investigaciones, el posible comprador podría ser Artemis Entreri y la cofradía Basadoni, por lo que Soulez había centrado su atención en ellos.

Por mucho que buscaran sus puntos débiles, no encontrarían ninguno y tendrían que retirarse, creía él.

A medida que el hombre se sumergía más y más en las energías del guantelete, empezó a percibir un nuevo elemento, que sugería que, esta vez, tal vez no sería tan sencillo disuadir al potencial ladrón. Lo que Soulez percibía no era la energía mágica de un hechicero, ni las oraciones de un sacerdote adivino. No, la energía que sentía era distinta a lo que esperaba, aunque no era nada que él y el guantelete no pudieran comprender.

-Psionicistas -dijo en voz alta, apartando la mirada del guantelete para posarla en sus lugartenientes, que se mantenían en posición de firmes en la sala del trono.

Tres de ellos eran hijos suyos, el cuarto era un gran comandante militar de Memnon y el quinto un reputado ladrón de Calimport ya retirado. Soulez se alegró de que se tratara de un antiguo miembro de los Basadoni.

-Al parecer, Artemis Entreri y la cofradía Basadoni, si es que son ellos, cuentan con los servicios de un psionicista.

Los cinco lugartenientes murmuraron entre sí acerca de las implicaciones de ese hecho.

-Quizás ésta ha sido la ventaja con la que contaba Artemis Entreri durante todos estos años -sugirió el lugarteniente más joven, una hija de Soulez de nombre Ahdahnia.

-¿Entreri? -se rió Preelio-. ¿Que tiene gran fortaleza mental? Sí, sin duda. ¿Pero psionicistas? ¡Bah! Es tan bueno con la espada que nunca los ha necesitado.

-Pues quienquiera que sea que ambiciona mi tesoro tiene acceso a poderes mentales -repuso Soulez-. Creen que han hallado un punto débil en mí y en mi tesoro que pueden aprovechar. Desde luego, eso los hace aún más peligrosos. Debemos prepararnos para un ataque.

Los cinco lugartenientes se pusieron rígidos al oír esas palabras, aunque ninguno pareció demasiado preocupado. Kohrin Soulez había pagado una buena suma de dinero para asegurarse de que las cofradías de Calimport no habían urdido una conspiración contra Dallabad. Los cinco lugartenientes sabían que ninguna cofradía, ni siquiera dos o tres de ellas

aliadas, podría reunir poder suficiente para conquistar Dallabad, no mientras Soulez conservara la *Garra de Charon,* que anulaba los poderes de cualquier mago.

-Ningún soldado logrará atravesar nuestros muros, y ningún ladrón conseguirá introducirse deslizándose entre las sombras -afirmó Ahdahnia con una sonrisa de seguridad.

-A no ser mediante algún diabólico poder mental -apostilló Preelio, mirando al anciano Soulez.

Pero el patriarca se limitó a reír.

-Ellos creen que han encontrado un punto débil -repitió-. Pero yo puedo detenerlos con esto -alzó el guantelete- y, por supuesto, con otros medios. -Soulez dejó que esta última idea flotara en el aire y su sonrisa pintó expresiones similares en los rostros de todos los presentes. Había un sexto lugarteniente, un discreto personaje al que apenas se consultaba y que se encargaba de los interrogatorios y la tortura, y que prefería pasar el menor tiempo posible con humanos.

-Reforzad todas las defensas -ordenó Soulez-. Yo me encargaré de los poderes mentales.

Con un ademán despidió a sus lugartenientes y volvió a concentrarse en su poderoso guantelete negro, concretamente en el pespunte rojo que lo recorría como hilos de sangre. Sí, podía sentir una débil mirada fisgona y, mientras deseaba que lo dejaran de una vez en paz, se dijo que disfrutaría poniendo un poco de emoción en su vida.

Sin duda, Yharaskrik lo haría.

Muy por debajo de la sala del trono de Kohrin Soulez, en lo más profundo de unos túneles cuya existencia muy pocos conocían, Yharaskrik había descubierto ya que alguien con poderes psíquicos había violado el oasis. Yharaskrik era un desollador mental, un *illita,* una criatura humanoide con una protuberante cabeza semejante a un enorme pulpo, con varios tentáculos que le nacían del rostro donde deberían haber estado la nariz, la boca y la barbilla. Los *illitas* eran seres repugnantes que poseían una enorme fuerza física, aunque sus verdaderos poderes eran mentales; unas energías mentales que eclipsaban los poderes de los magos humanos e incluso de hechiceros drows. Los *illitas* vencían a sus rivales apabullándolos con descargas de energía mental, tras lo cual los esclavizaban anulándoles la mente, o introducían sus horribles tentáculos dentro del cuerpo de la indefensa víctima y se daban un banquete con el tejido cerebral.

Yharaskrik llevaba muchos años trabajando con Kohrin Soulez. Éste lo consideraba un simple subalterno y creía que había cerrado un trato justo con él después de que lo hubiera vencido en una breve batalla durante la cual había atrapado la descarga enviada por la mente del *illita* dentro de la red mágica de su guantelete, que dejó a Yharaskrik incapaz de defenderse de un ataque con la mortífera espada. En verdad, si Soulez hubiera atacado, Yharaskrik se habría fundido con la piedra usando energías no dirigidas contra el humano y, por tanto, fuera del alcance del guantelete.

Pero, tal como Yharaskrik había calculado, Soulez no había atacado. En vez de eso, el humano le había propuesto un trato: su vida y un lugar cómodo en el que meditar -o fuese lo que fuese lo que hiciesen los *illitas*- a cambio de ciertos servicios, especialmente la defensa del oasis Dallabad.

En todos los años transcurridos desde entonces, Soulez jamás había tenido la más mínima sospecha de que Yharaskrik había ido a Dallabad y se había dejado vencer expresamente. El *illita* había sido elegido entre los miembros de su raza para buscar y estudiar la *Garra de Charon,* siguiendo la costumbre de los desolladores mentales de reunir conocimientos sobre todo aquello capaz de vencerlos. Yharaskrik apenas se había enterado de nada de interés sobre el guantelete en cuestión, pero no se sentía inquieto. Los brillantes *illitas* eran una de las razas más pacientes del universo, capaces de disfrutar más del proceso que de la consecución de sus objetivos. Yharaskrik se sentía satisfecho viviendo en ese túnel.

El desollador mental había captado un flujo de energía psiónica con la suficiente intensidad para estar seguro de que no procedía de otro *illita* que husmeara por el oasis Dallabad.

Yharaskrik, convencido de su superioridad como todos los de su raza, estaba más intrigado que preocupado. De hecho, le perturbaba un poco que ese idiota de Soulez hubiese capturado la llamada psíquica con su guantelete, pero, la llamada había regresado, redirigida a otro sitio. Yharaskrik la había contestado, internándose mentalmente cada vez más profundamente en las entrañas de la tierra.

Al descubrir la fuente de la energía, el *illita* no trató de disimular su asombro, y la criatura presente al otro lado, un drow, también quedó pasmado.

¡Haszakkin!, la mente del drow gritó instintivamente la palabra drow que significaba *illita*, y que llevaba una carga de respeto que los elfos oscuros otorgaban a muy pocas criaturas de otras razas.

¿Dyon G'ennivalz?, preguntó Yharaskrik. Era el nombre de una ciudad drow que el *illita* conoció bien en su juventud.

Menzoberranzan, respondió el drow telepáticamente.

Casa Oblodra, manifestó el brillante *illita*, pues esa atípica casa drow era bien conocida en todas las comunidades de desolladores mentales ubicadas en la Antípoda Oscura.

Ya no.

Yharaskrik percibió ira en esa respuesta y comprendió la razón cuando Kimmuriel le transmitió sus recuerdos sobre la caída de su arrogante familia. Durante el Tiempo de Conflictos toda la magia había quedado anulada durante un período de tiempo, pero no así los poderes psíquicos. En ese breve espacio de tiempo, las dirigentes de la casa Oblodra habían desafiado a las principales casas de Menzoberranzan, incluyendo a la poderosa matrona Baenre. Cuando la guerra entre los dioses dio un giro, la situación se invirtió y, mientras la magia convencional volvió a funcionar, los poderes psiónicos desaparecieron temporalmente. La respuesta de la matrona Baenre a las amenazas de la casa Oblodra fue arrasar la casa y eliminar a todos los miembros de la familia -excepto Kimmuriel, el cual logró huir de la ciudad utilizando su relación con Jarlaxle y Bregan D'aerthe- arrojándolos al abismo denominado Grieta de la Garra.

¿Pretendes conquistar el oasis Dallabad?, preguntó Yharaskrik. Honestamente esperaba una respuesta, pues entre las criaturas con poderes psíquicos solía establecerse un vínculo de lealtad más fuerte incluso que los vínculos de sangre.

Dallabad será nuestro antes del amanecer, contestó sinceramente Kimmuriel.

La conexión se interrumpió bruscamente. Yharaskrik comprendió la razón al ver a Kohrin Soulez irrumpir en la oscura cámara con la mano derecha enfundada en ese maldito guantelete que provocaba tantas interferencias con la energía psiónica.

El *illita* saludó con una reverencia a su supuesto amo.

-Nos han sondeado -dijo Soulez sin andarse por las ramas. El repugnante desollador mental percibió inmediatamente su tensión.

-Una incursión mental. Sí, también yo la he sentido -replicó el *illita* con su floja voz física.

-¿Poderosa?

Yharaskrik emitió un quedo gorgoteo, el equivalente *illita* a encogerse de hombros, con el que mostraba su falta de respeto hacia cualquier psionicista que no fuese *illita*. Pese a que el psionicista en cuestión no fuese humano sino drow y vinculado a una casa drow muy conocida entre el pueblo de Yharaskrik, era una valoración honesta. Aunque al desollador mental no le inquietaba demasiado tener que enfrentarse al psionicista drow, conocía a los elfos oscuros lo suficiente como para saber que Kimmuriel Oblodra sería el menor de los problemas de Kohrin Soulez.

-El poder siempre es un concepto relativo -contestó el *illita* enigmáticamente.

Mientras subía la larga escalera de caracol que lo conduciría de regreso a la planta baja de su palacio, Kohrin Soulez sentía el hormigueo de la energía mágica. El jeque de Dallabad echó a correr tan aprisa como pudo, poniendo al límite sus músculos y sus viejos huesos. Tenía el presentimiento de que el ataque ya había comenzado.

Poco a poco se fue calmando, dejó de correr y resopló, tratando de recuperar el aliento. Al llegar al nivel de la casa de la cofradía, se encontró con muchos de sus soldados que deambulaban hablando excitadamente, aunque parecían más curiosos que asustados.

-¿Es cosa tuya, padre? -le preguntó Ahdahnia. Los oscuros ojos de la mujer resplandecían.

Kohrin Soulez la miró curioso, comprendiendo que debía seguirle la corriente. Ahdahnia lo guió a una habitación exterior con una ventana que miraba al este.

Allí, en medio del oasis de Dallabad, ¡dentro de las murallas de su fortaleza!, se alzaba una torre cristalina que relucía bajo la brillante luz del sol. Era una imagen de *Crenshinibon,* la tarjeta de visita de la fatalidad.

Mientras contemplaba la mágica estructura, Kohrin Soulez sintió el hormigueo de la energía y cómo la mano derecha le palpitaba. Su guantelete era capaz de capturar energías mágicas e incluso volverlas en contra de quien las había conjurado. Nunca le había fallado, pero, con sólo echar un vistazo a la espectacular torre, Soulez tuvo conciencia de su propia insignificancia y de la de sus juguetes. No necesitaba salir afuera para saber que jamás podría absorber las energías mágicas de esa torre y que, si lo intentaba, lo consumirían a él y a su guantelete. El jeque se estremeció mientras se imaginaba una manifestación física de esa absorción, a él mismo paralizado como una gárgola en el borde superior de esa magnífica construcción.

-¿Es cosa tuya, padre? -insistió Ahdahnia.

La palidez del rostro de Kohrin Soulez apagó el entusiasmo en la voz de su hija así como la chispa que relucía en sus ojos.

Al otro lado de las murallas de Dallabad, protegido por un bosquecillo de palmeras y rodeado por globos mágicos de oscuridad, Jarlaxle lanzó una llamada a la torre. El muro exterior de ésta se alargó y envió una prolongación, un túnel con una escalera, que atravesó los globos de oscuridad y llegó hasta los pies del mercenario. Seguro de que todos los soldados ocupaban las posiciones asignadas, Jarlaxle inició el ascenso. Dirigió un pensamiento a la Piedra de Cristal y el túnel se retrajo, aislándolo en su interior.

Desde su privilegiada atalaya en medio de la fortaleza, Jarlaxle contempló el drama que se desarrollaba a su alrededor.

¿Puedes atenuar la luz?, preguntó telepáticamente a la torre.

La luz es fuerza, respondió *Crenshinibon.*

Para ti, quizá, pero a mí me molesta.

Jarlaxle tuvo una sensación semejante a una risita ahogada por parte de la Piedra de Cristal, pero ésta accedió a su petición e hizo más grueso el muro oriental, mitigando así la luminosidad que reinaba en la sala. Asimismo creó para Jarlaxle una silla flotante para que pudiera desplazarse sin esfuerzo por el perímetro de la torre y observar la batalla que estaba a punto de comenzar.

Fíjate, Artemis Entreri piensa tomar parte en el ataque, señaló la Piedra de Cristal, al mismo tiempo que enviaba al drow flotando al lado norte de la habitación. Jarlaxle miró con atención hacia abajo, más allá de los muros de la fortaleza, hacia las tiendas, los árboles y las rocas. Finalmente, con la ayuda de *Crenshinibon,* localizó al asesino, que acechaba en las sombras.

»No lo hizo cuando planeamos el ataque contra el bajá Da'Daclan, agregó la piedra. Por supuesto, la Piedra de Cristal sabía que Jarlaxle pensaba lo mismo que ella: el comportamiento de Entreri reforzaba las sospechas de que el asesino tenía un objetivo personal en esa aventura, algo que ganar que estaba fuera del dominio de Bregan D'aerthe o tendría consecuencias en la jerarquía del segundo nivel de la banda.

Fuese una cosa o la otra, tanto a Jarlaxle como a *Crenshinibon* les parecía más divertido que amenazador.

La silla flotante cruzó de nuevo la pequeña sala circular, poniendo a Jarlaxle en línea con el primero de los ataques de diversión; una serie de globos de oscuridad lanzados contra la parte superior de la muralla. Los soldados que defendían la fortaleza se dejaron invadir por el pánico, y corrieron para formar una nueva línea defensiva lejos de esas manifestaciones mágicas -Jarlaxle notó que lo hacían de manera bastante ordenada-. Pero el verdadero ataque se preparaba bajo el patio interior de la fortaleza.

Rai'gy había cruzado el patio, avanzando dificultosamente tres metros cada vez, mientras con una varita lanzaba una serie de hechizos. A continuación, a partir de un túnel natural que afortunadamente ya existía bajo la fortaleza, el hechicero drow tejió el último de sus encantamientos que hizo desaparecer una sección de piedra y tierra.

Inmediatamente, los soldados de Bregan D'aerthe pasaron a la acción y ascendieron al patio interior levitando, al mismo tiempo que lanzaban hacia arriba más globos de oscuridad para tratar de confundir a sus enemigos y atenuar el cegador impacto del odiado sol.

-Deberíamos haber atacado de noche -dijo Jarlaxle en voz alta.

Durante el día es cuando mi poder es máximo, replicó enseguida *Crenshinibon,* y Jarlaxle sintió vívidamente el resto del razonamiento.

Crenshinibon le recordaba de manera no especialmente sutil que era más poderosa que todas las fuerzas combinadas de Bregan D'aerthe.

Por razones que aún no había empezado a desentrañar, esa manifestación de confianza desconcertó no poco al jefe mercenario.

Desde el agujero, Rai'gy impartía órdenes a los elfos oscuros, que corrían, cogían carrerilla para empezar a levitar y flotaban hacia la superficie, ansiosos por entrar en batalla. El hechicero se sentía especialmente animado ese día. La sangre le hervía, como siempre durante una conquista, aunque no le gustaba nada que Jarlaxle hubiera decidido lanzar el ataque al alba. Poner a los guerreros drows, acostumbrados a la oscuridad del mundo subterráneo, en desventaja simplemente para construir una torre cristalina desde la que observar la batalla le parecía un proceder estúpido. Sin duda, la torre ofrecía un aspecto impresionante y servía para exhibir ante los defensores de la fortaleza el poder de los invasores. Rai'gy reconocía el mérito de causar tal terror, pero cada vez que veía a un soldado drow entrecerrar los ojos cuando emergía del agujero y debía enfrentarse a la luz del sol, se irritaba al pensar en el sorprendente comportamiento de su jefe y tenía que apretar los dientes.

Asimismo le parecía demasiado arriesgado usar tan abiertamente a elfos oscuros en el ataque. ¿No podrían haber conquistado la fortaleza como planeaban hacer contra el bajá Da'Daclan, usando a humanos e incluso a soldados kobolds, mientras los drows se infiltraban sigilosamente? ¿Qué quedaría de Dallabad después de la conquista? Casi todos los supervivientes del ataque -y habría muchos, pues los elfos oscuros utilizaban en sus asaltos dardos impregnados con una droga narcótica- deberían ser ejecutados para que no pudiesen revelar a nadie la identidad de los invasores.

Rai'gy se recordó a sí mismo el lugar que ocupaba dentro de la cofradía. Sabía que si quería conseguir dentro de la organización el apoyo necesario para derrocar a Jarlaxle, éste debía cometer un error monumental que costara la vida a muchos soldados de Bregan D'aerthe. Tal vez ése sería el error.

El hechicero percibió un cambio en el timbre de los gritos que le llegaban desde arriba. Al alzar la vista, notó que la luz del sol parecía más brillante, ya que los globos de oscuridad habían desaparecido. El pozo creado mágicamente también se cerró de repente, atrapando entre la piedra a dos drows que levitaban. Sólo duró un momento, como si alguien hubiera anulado los *duomers* que habían abierto los túneles, pero lo suficiente para aplastar a los infortunados soldados drows.

El mago maldijo a Jarlaxle, aunque procuró hacerlo en voz baja. Tuvo que recordarse que debía esperar en un lugar seguro el final del ataque y que, incluso si resultaba un completo desastre, era posible que no le fuera personalmente beneficioso.

Kohrin Soulez inició la retirada. Se sentía apabullado tanto por la presencia de elfos oscuros en el aislado Dallabad como por el contraataque mágico que había vencido a su guantelete. Soulez había salido del edificio principal con la idea de reunir a sus soldados, trazando en el aire líneas de lívida oscuridad con la hoja desnuda de la *Garra de Charon* color rojo sangre. Soulez había corrido hacia la zona en la que se producía la invasión, donde los globos de oscuridad y los chillidos de dolor anunciaban la batalla.

El guantelete no tuvo dificultad alguna en disipar esos globos de oscuridad ni tampoco en cerrar el agujero en el suelo por el que el enemigo se introducía dentro de la fortaleza, pero Soulez casi fue aplastado por una oleada de energía que respondía al contraataque mágico que él mismo lanzaba. Era una descarga de energía tan brutal, tan pura, que jamás podría contenerla. El jeque sabía que procedía de la torre.

¡La torre! ¡Elfos oscuros! ¡Dallabad estaba condenado!

Así pues, se retiró hacia el edificio principal tras ordenar a sus soldados que lucharan hasta la muerte. Mientras corría por los pasillos casi desiertos que conducían a sus aposentos, seguido por su querida Ahdahnia, envió una llamada telepática a Yharaskrik para que acudiera a ayudarlo.

No hubo respuesta.

-Me ha oído -aseguró Soulez a su hija-. Solamente debemos mantenernos lejos de los invasores hasta que Yharaskrik nos ayude a escapar. Entonces correremos a informar a los señores de Calimport de que los elfos oscuros están aquí.

-Las trampas y las puertas en los corredores contendrán al enemigo -replicó Ahdahnia.

Pese a la sorprendente naturaleza de los enemigos, la mujer estaba convencida de lo que decía. La red de largos corredores que recorrían el edificio principal de Dallabad, de forma casi circular, estaban flanqueados por pesadas puertas de piedra o madera reforzadas con metal capaces de repeler casi cualquier invasión de fuerzas físicas o mágicas. Asimismo, entre la muralla exterior y el sanctasanctórum de Kohrin Soulez se habían colocado tantas trampas, que detendrían incluso al ladrón más avezado.

Pero no al más listo.

Artemis Entreri había llegado hasta la base del muro septentrional de la fortaleza sin que nadie reparase en su presencia. No había sido tarea fácil -de hecho, en circunstancias normales habría sido del todo imposible, pues entre la fortaleza y la zona de árboles, tiendas, rocas y los pequeños lagos que formaban el oasis había unos treinta metros de campo abierto-, pero ésas no eran circunstancias normales. Después de ver cómo una torre se materializaba en el interior de la ciudadela, la mayoría de los guardias había corrido de acá para allá tratando de descubrir si se trataba de una invasión o si era un proyecto secreto de Kohrin Soulez. Incluso los guardias que custodiaban las murallas no habían podido evitar contemplar, maravillados y espantados, la asombrosa torre.

Entreri se atrincheró. La capa oscura que había tomado prestada -una *piwafwi* de camuflaje que no aguantaría mucho la luz del sol- le ofrecía algo de protección por si a alguno de los guardias se le ocurría asomarse por la muralla de más de seis metros de altura y mirar hacia abajo. El asesino esperó hasta que dentro estallaron gritos de lucha.

Para unos ojos no expertos, las murallas de la fortaleza de Dallabad parecían inexpugnables. Las junturas de mármol blanco pulido contrastaban agradablemente con la arenisca marrón y el granito gris. Pero para Entreri más que un muro era una escalera con grietas en las que apoyar los pies y asideros para las manos.

Escaló el muro en cuestión de segundos y se asomó por el borde. Los dos únicos guardias estaban ocupados cargando a toda prisa sus ballestas. Miraban hacia el patio, donde se libraba la batalla.

El asesino salvó el muro silenciosamente, embozado en la *piwafwi,* y pocos segundos después descendía por el otro lado de la muralla vestido como uno de los guardias de Kohrin Soulez.

Entreri se unió a un grupo de guardias que corría frenéticamente hacia el patio delantero, pero se alejó de él tan pronto como tuvo a la vista la batalla. El asesino trató de confundirse con el muro, mientras se acercaba a la puerta principal abierta, donde divisó a Kohrin Soulez. El jeque combatía la magia drow blandiendo su maravillosa espada. Cuando Soulez emprendió la retirada, Entreri procuró mantenerse algunos pasos por delante y entró en el edificio principal antes que Soulez y su hija.

El asesino corrió por los pasillos silenciosamente, sin que nadie lo viera, atravesando puertas abiertas, pasando por delante de las trampas, siempre por delante de los Soulez que huían así como de los soldados que cubrían la retirada de su jefe y aseguraban los corredores por detrás. El asesino llegó a la puerta principal de los aposentos privados de Soulez con tiempo suficiente para percatarse de las alarmas y las trampas colocadas en ella y anularlas.

Así pues, cuando Ahdahnia Soulez empujó la espléndida puerta decorada con pan de oro que conducía a los aposentos, en apariencia seguros, de su padre, Entreri ya estaba allí, esperando en silencio detrás de un tapiz que iba del suelo al techo.

Los tres soldados de Dallabad -bien entrenados, bien armados y bien pertrechados con su armadura de brillante cota de malla y pequeñas hebillas- se encararon a los tres elfos oscuros junto al muro occidental de la fortaleza. Pese a hallarse muy asustados, los humanos conservaron el suficiente aplomo para formar una defensa triangular y asegurarse las espaldas con el muro que se alzaba tras ellos.

Los drows se desplegaron y a continuación atacaron al unísono. Cada uno de ellos empuñaba dos asombrosas espadas drows, con las que ejecutaban los movimientos de ataque circular tan velozmente, que apenas podía distinguirse dónde acababa una espada y dónde empezaba la otra.

Los humanos se mantuvieron firmes en su posición, parando y desviando los golpes y reprimiendo el impulso de cargar ciegamente contra los rivales, tal como hacían algunos de sus camaradas con resultados desastrosos. Gradualmente, hablando rápidamente entre ellos para analizar todos los movimientos del enemigo, el trío empezó a descifrar la engañosa y brillante danza drow lo suficiente para lanzar uno o dos contraataques.

La lucha se prolongó. Los humanos, prudentemente, mantenían la posición sin seguir a ninguno de los elfos oscuros que fingían retirarse, ya que eso solamente conseguiría debilitar sus defensas. Las espadas mágicas con las que Kohrin Soulez había equipado a sus mejores soldados eran dignas oponentes de las armas drows.

Los elfos oscuros intercambiaron unas palabras que los humanos no entendieron, tras lo cual atacaron los tres a una, blandiendo las seis espadas en un vertiginoso movimiento. Los soldados de Soulez alzaron espadas y escudos para enfrentarse al desafío, y el entrechocar de metal contra metal resonó como una única nota.

Esa nota cambió poco después, perdió intensidad, y los tres humanos se dieron cuenta de que, por alguna razón que se les escapaba, los drows ahora sólo empuñaban una espada cada uno.

Mientras se defendían del continuado ataque drow alzando armas y escudos, se dieron cuenta demasiado tarde que habían dejado la parte inferior del cuerpo desprotegida al oír los chasquidos de tres pequeñas ballestas y sentir un pinchazo en el abdomen.

Los elfos oscuros recularon un paso. Tonakin Ta'salz, el soldado del centro, gritó a sus compañeros que lo habían alcanzado pero se encontraba bien. El compañero de su izquierda empezó a decir lo mismo, pero hablaba vacilando y arrastrando las palabras. Tonakin le echó un vistazo justo a tiempo de ver cómo caía de bruces al suelo. De la derecha no le llegó ninguna respuesta.

Tonakin se había quedado solo. El soldado inspiró profundamente y fue reculando a lo largo del muro mientras los tres elfos oscuros recogían sus espadas. Uno de ellos le dijo algo, que no entendió, aunque tampoco era necesario pues la expresión de su rostro era suficientemente elocuente.

El drow le estaba diciendo que hubiera sido mejor que se hubiera dormido. Tonakin no podía estar más de acuerdo con él, pues los tres drows se abalanzaron sobre él en un brutal y perfecto ataque combinado de seis espadas.

Tonakin Ta'salz era un guerrero muy bien entrenado, por lo que consiguió detener a dos.

La lucha se prolongaba en el patio y a lo largo de la muralla. Con armas físicas y magia, los mercenarios de Jarlaxle arrollaron a los soldados de Dallabad. El líder de Bregan D'aerthe había ordenado a sus drows que mataran al menor número posible de defensores, procurando dormirlos con los dardos narcóticos envenenados, y que aceptaran rendiciones. Sin embargo, se percató que bastantes elfos oscuros no daban opción a que los enemigos que no sucumbían al narcótico se rindieran.

El líder drow se limitó a encogerse de hombros, sin importarle la suerte de los humanos. Ni él ni sus mercenarios tenían suficientes oportunidades de combatir en una batalla declarada. Si morían demasiados soldados de Kohrin Soulez como para que el oasis siguiera funcionando, él y *Crenshinibon* sencillamente buscarían sustitutos. En cualquier caso, el poder de la Piedra de Cristal había obligado a Soulez a refugiarse en el edificio, y el asalto había llegado a la segunda fase.

Todo salía de maravilla. Tras asegurar el patio y la muralla, y penetrar en el edificio principal por varios puntos, Kimmuriel y Rai'gy aparecieron por fin en escena.

Kimmuriel ordenó que condujeran a su presencia a varios de los prisioneros aún despiertos, a los que obligó a que entraran en la casa antes que él. Usando sus poderes mentales, les leería los pensamientos mientras lo guiaban por el laberinto lleno de trampas hasta el objetivo: Soulez.

Jarlaxle se quedó dentro de la torre de cristal. Un parte de él deseaba ir abajo y unirse a la fiesta, pero decidió quedarse al margen y compartir ese momento con su más poderoso aliado, la Piedra de Cristal. Incluso permitió que *Crenshinibon* volviera a hacer menos espeso el muro oriental para que la luz del sol invadiera la habitación.

-¿Dónde se ha metido? ¡Yharaskrik! -Kohrin Soulez echaba chispas y daba vueltas airadamente por la habitación.

-Tal vez no puede llegar hasta aquí -razonó Ahdahnia. Mientras hablaba se acercó al tapiz.

Entreri sabía que podía salir de detrás del tapiz, matarla e ir a por su premio, pero resistió la tentación, intrigado y cauteloso.

-Tal vez la misma fuerza de la torre... -sugirió Ahdahnia.

-¡No! -la atajó Kohrin Soulez-. Yharaskrik está por encima de tales cosas. Su gente ve cosas, todo, de modo distinto.

Todavía no había acabado de hablar, cuando Ahdahnia ahogó una exclamación y retrocedió, cruzando el campo de visión de Entreri. La joven abrió muchos los ojos con la mirada posada en su padre, al que ahora Entreri ya no podía ver.

Confiando en que Ahdahnia estaba absorbida por lo que fuera que mirara, Entreri hincó sigilosamente una rodilla y osó asomarse por el borde del tapiz.

Lo que vio fue a un *illita* salir de una puerta dimensional y plantarse frente a Kohrin. ¡Un desollador mental allí!

El asesino buscó refugio de nuevo detrás del tapiz. La cabeza le daba vueltas. Muy pocas cosas en el mundo eran capaces de poner nervioso a Artemis Entreri, el cual había tenido que aprender a sobrevivir en las calles desde su más tierna infancia y había escalado posiciones hasta llegar a la cumbre de su profesión; había sobrevivido en Menzoberranzan y había salido bien parado de muchos combates contra elfos oscuros. Pero los desolladores mentales eran una de esas cosas. Entreri había visto a unos cuantos en la ciudad drow y los detestaba más que a cualquier otra criatura. Lo que tanto alteraba al asesino no era su aspecto físico, aunque cualquiera que no fuese *illita* los encontraría verdaderamente repulsivos, sino su conducta, esa visión del mundo radicalmente distinta a la que había hecho alusión Kohrin.

A lo largo de toda su vida Artemis Entreri había llevado siempre las de ganar porque comprendía a sus enemigos mejor de lo que éstos lo comprendían a él. Con los elfos oscuros le había costado un poco más, pues los drows poseían una experiencia demasiado dilatada y eran maestros en el arte de conspirar, por lo que no lograba llegar a su corazón.

Pese a que apenas había tratado con los *illitas*, su desventaja respecto a ellos era aún más fundamental e insalvable. Artemis Entreri jamás podría entender a ese particular enemigo, porque nunca podría llegar a mirar el mundo como un *illita.*

Era del todo imposible.

Así pues, el asesino trató de hacerse muy pequeño mientras escuchaba con atención todo lo que se decía, las inflexiones de voz e incluso las respiraciones.

-¿Por qué no has acudido antes a mi llamada? -preguntó Kohrin Soulez.

-Son elfos oscuros. Están dentro del edificio -contestó Yharaskrik con una voz gorgoteante y floja que a Entreri le recordó a un hombre muy anciano con la garganta llena de flema.

-¡Deberías haber venido antes! -gritó Ahdahnia-. Podríamos haber vencido a... -la mujer ahogó una exclamación al quedarse sin voz, se tambaleó hacia atrás y pareció que iba a caer. Entreri supo que el desollador le había lanzado una descarga de energía mental.

-¿Qué hago? -gimoteó Kohrin Soulez.

-No puedes hacer nada. Estás perdido -respondió Yharaskrik.

-¡Ne... negocia con ellos, padre! -exclamó Ahdahnia, que empezaba a recuperarse-. Dales lo que quieren o te matarán.

-De todos modos cogerán lo que quieren -le aseguró Yharaskrik, y añadió dirigiéndose a Kohrin-: No tienes nada que ofrecerles. Estás perdido.

-¿Padre? -de pronto, la voz de Ahdahnia sonaba débil, casi lastimera.

-¡Atácalos! ¡Acaba con ellos! -ordenó Kohrin Soulez al *illita*, amenazándolo con su mortífera espada.

Yharaskrik emitió un sonido que Entreri, el cual había hecho acopio de valor suficiente para asomarse por el borde del tapiz, interpretó como una expresión de regocijo. No una risa, sino más bien una tos entrecortada aunque clara.

Kohrin Soulez interpretó del mismo modo ese sonido, pues enrojeció de rabia.

-Son drows. ¿Es que no entiendes eso? No hay esperanza -dijo el *illita.*

Kohrin Soulez iba a ordenarle de nuevo que atacara a los invasores, pero, preso de una súbita inspiración, hizo una pausa, miró fijamente a su compañero de cabeza semejante a la de un pulpo y le acusó:

-Tú lo sabías. Cuando se produjo esa incursión mental en Dallabad, supiste que...

-Que el psionicista era drow -confirmó el *illita.*

-¡Traidor!

-No ha habido traición. Tú y yo nunca hemos sido ni amigos ni aliados -razonó el *illita* con lógica.

-¡Pero lo sabías!

Yharaskrik no se molestó en responder.

-¿Padre? -Ahdahnia temblaba como una hoja.

Kohrin Soulez respiraba dificultosamente. El jeque se llevó la mano izquierda al rostro para limpiarse el sudor y las lágrimas.

-¿Qué debo hacer? -se preguntó en voz alta-. ¿Qué...?

Yharaskrik tosió de nuevo para manifestar su regocijo y, esta vez, Entreri comprendió que el desollador mental se burlaba del pobre Kohrin. De pronto éste recuperó la compostura y fulminó con la mirada al *illita.*

-¿Te parece divertido? -le espetó.

-Me divierten las ironías de las especies inferiores. Cuánto se parecen tus gemidos a los que lanzaban las personas a las que has matado. ¿Cuántas te suplicaron en vano que les perdonaras la vida, del mismo modo que tú vas a suplicar en vano clemencia a unos enemigos tan poderosos que jamás podrías entenderlos?

-¡Pero tú los conoces muy bien! -exclamó Kohrin.

-Prefiero los drows a los lastimosos humanos -admitió Yharaskrik con franqueza-. Ellos nunca suplican clemencia si saben que no se les concederá. A diferencia de los humanos, aceptan los fallos de los seres individualistas. No existe una comunidad entre ellos, como tampoco existe entre los humanos, pero ellos comprenden y aceptan que son falibles. -El *illita* inclinó levemente la cabeza y añadió-: Éste es todo el respeto que puedo demostrarte ahora, en la hora de tu muerte. Podría lanzarte un flujo de energía para que la capturaras y la dirigieras contra los elfos oscuros, que ya están muy cerca te lo aseguro, pero no lo haré.

Artemis Entreri supo entonces que Kohrin Soulez pasaría de la desesperación a la cólera de quien no tiene nada que perder; una reacción que había presenciado muchas veces durante las duras décadas vividas en la calle.

-¡Aún tengo el guantelete! -exclamó Kohrin con voz sonora, mientras apuntaba a Yharaskrik con su magnífica espada-. ¡Al menos tendré el placer de ser testigo de tu muerte!

Antes de que acabara de hablar, el *illita* ya había desaparecido como si se hubiera fundido con la piedra.

-¡Maldito sea! ¡Maldito...! -El jeque interrumpió sus diatribas cuando en la puerta resonó un golpe.

-¡La varita! -gritó Kohrin a su hija, volviéndose hacia ella y hacia el gran tapiz que decoraba sus aposentos privados.

Ahdahnia, con ojos desorbitados, ni siquiera trató de coger la varita que llevaba al cinto. Sin mudar de expresión, se desplomó.

Allí estaba Artemis Entreri.

Kohrin Soulez contempló boquiabierto cómo su hija se derrumbaba aunque, en el fondo, solamente le importaba la suerte de Ahdahnia por lo que pudiera afectar a su seguridad, así que clavó la mirada en Entreri.

-Hubiera sido mucho más fácil si me hubieras vendido la espada -comentó el asesino.

-Sabía que tú estabas detrás de esto, Entreri -gruñó Kohrin Soulez, dando un paso hacia él, empuñando la espada de filo rojo sangre, que relucía.

-Te ofrezco otra oportunidad para venderla. -Kohrin se quedó inmóvil, con una expresión de total incredulidad en el rostro-. La espada a cambio de su vida -propuso el asesino, señalando a Ahdahnia con la punta de su daga-. No te puedo ofrecer salvar la tuya; eso tendrás que negociarlo con otros.

Al otro lado de la puerta sonó otro golpetazo, seguido por ruidos de lucha.

-Están muy cerca, Kohrin Soulez. Están cerca y son imparables.

-Has traído elfos oscuros a Calimport -gruñó Kohrin.

-Vinieron por voluntad propia. Yo simplemente fui lo bastante prudente como para no tratar de oponerme a ellos. Te lo ofrezco por última vez: la *Garra de Charon* a cambio de Ahdahnia. No está muerta, sólo dormida. -Como para demostrarlo enseñó a Kohrin un extraño dardo de pequeño tamaño, un dardo drow impregnado con una droga narcótica-. Dame la espada y el guantelete, y tu hija vivirá. Después podrás negociar para tratar de salvar la vida. La espada no te servirá de nada contra los drows, pues pueden destruirte sin necesidad de usar magia.

-Pero, si debo negociar para salvar la vida, ¿por qué no hacerlo espada en mano?

En lugar de responder, Entreri echó una mirada a Ahdahnia dormida.

-¿Puedo confiar en tu palabra? -preguntó Kohrin Soulez.

En vez de responder, Entreri le clavó su gélida mirada.

En la pesada puerta resonó un fuerte golpe. Como incitado por ese sonido de peligro inminente, Kohrin se abalanzó sobre Entreri blandiendo la espada.

El asesino podría haber matado a Ahdahnia y después eludir el ataque, pero no lo hizo. Su táctica consistió en ocultarse rápidamente detrás del tapiz e ir avanzando de rodillas. Detrás de él, Soulez hundía una y otra vez la *Garra de Charon* en el pesado tejido, destrozándolo con facilidad y llevándose incluso pedazos de muro.

Al salir por el otro lado, Entreri se encontró con un Soulez que avanzaba en su dirección con una expresión mezcla de locura y alborozo.

-Los drows me creerán muy valioso cuando entren aquí y vean que he matado a Artemis Entreri -chilló con voz aguda, lanzó una estocada, hizo un amago y trató de herir al asesino en un hombro.

Pero Entreri había desenvainado ya su espada, que sujetaba con la mano derecha mientras que en la izquierda blandía la daga, y la movió hacia arriba para desviar el golpe. Soulez era bueno, muy bueno, y antes de que Entreri pudiera avanzar hacia él con la daga, ya había adoptado una posición defensiva con su formidable arma.

El respeto lo mantenía alejado del hombre y, sobre todo, de esa devastadora arma. Sabía lo suficiente acerca de la *Garra de Charon* para comprender que un simple pinchazo, incluso en la mano a resultas de una parada, se infectaría y, muy probablemente, acabaría por matarlo.

Seguro de que había encontrado la abertura que necesitaba, el avezado asesino fue acechando a su rival lenta, muy lentamente.

Soulez atacó de nuevo con una estocada baja que Entreri eludió saltando hacia atrás, y otra alta, ante la cual el asesino se agachó. A continuación impulsó la espada hacia el abdomen de su rival en un movimiento brillante y veloz con el que hubiera logrado herir, aunque fuese superficialmente, a cualquier otro oponente.

En ningún momento Soulez estuvo cerca de tocar a Entreri. El jeque retrocedió dificultosamente y tuvo que lanzar una estocada lateral para mantener a raya al asesino, que se las había arreglado para colocarse a su derecha, mientras contrarrestaba con fuerza la tercera estocada.

Kohrin Soulez gruñó de frustración, viéndose de nuevo en igualdad de condiciones; se quedaron uno frente a otro, mirándose desde una distancia de aproximadamente tres metros. Entreri seguía acechando a su rival serenamente. Soulez avanzó hacia él oblicuamente con la intención de interceptarlo.

Entreri se dio cuenta de que Soulez avanzaba manteniendo un pie retrasado, listo para cambiar de dirección si a su rival se le ocurría huir.

-Estás desesperado por conseguir la *Garra de Charon*, pero no tienes ni idea de cuál es su auténtica belleza -le espetó Kohrin Soulez, riéndose entre dientes-. ¿Puedes imaginarte su poder y sus trucos, asesino?

Entreri continuaba retrocediendo, ora a la izquierda ora a la derecha, permitiendo que Soulez restringiera el campo de batalla. El asesino empezaba a ponerse nervioso, y los ruidos en la puerta indicaban que la resistencia en el pasillo había sido aplastada. Pese a que la puerta era sólida y muy resistente, acabaría por ceder, y Entreri necesitaba terminar el duelo antes de la entrada de Rai'gy y los elfos oscuros.

-Crees que soy un viejo -manifestó Soulez, al mismo tiempo que se lanzaba a fondo contra el asesino.

Entreri desvió el golpe y contraatacó, metió su acero bajo la espada de Soulez y la deslizó hacia afuera. Inmediatamente dio media vuelta y avanzó, atacando con la daga, pero tuvo que apartarse demasiado pronto de la poderosa espada de su rival. El ángulo de la parada era tal que el arma encantada se acercaba peligrosamente a una de sus manos. Al dejar de bloquear la espada, tuvo que recular rápidamente mientras Soulez lanzaba su ataque.

-Sí, soy un viejo, pero la espada me da fuerzas -afirmó Soulez, con voz impertérrita-. Estamos igualados, Artemis Entreri y, mientras yo tenga mi espada estás condenado.

Nuevamente atacó, pero Entreri lo esquivó fácilmente, deslizándose hacia la pared opuesta a la puerta. Sabía que se estaba quedando sin espacio, pero para él eso solamente significaba que lo mismo le ocurría a Soulez; se estaba quedando sin espacio, y sin tiempo.

-Ah, sí, corre y huye como un conejo -se mofó de él Soulez-. Te conozco, Artemis Entreri. Te conozco muy bien. ¡Guárdate de mí! -Dicho esto, empezó a blandir la espada frente a él, y Entreri tuvo que parpadear pues el arma dejaba tras de sí estelas de oscuridad.

Sorprendido, el asesino descubrió que, en realidad, la espada emitía oscuridad. Kohrin Soulez se estaba creando un campo de batalla a su medida con esa densa ceniza que flotaba en el aire, formando amplios abanicos.

-¡Te conozco! -repitió Soulez, y avanzó mientras creaba más cortinas de ceniza.

-Sí, me conoces -replicó Entreri con toda calma. Soulez aflojó el ritmo. El timbre de voz de Entreri le había hecho recordar el poder de su rival-. Sueñas conmigo de noche, Soulez. Cuando miras las sombras más oscuras de esas pesadillas, ¿no ves unos ojos que te acechan?

Antes de acabar de hablar, dio un paso hacia adelante lanzando la espada en el aire, frente a él, en el ángulo justo para que fuese lo único que Kohrin Soulez pudiese ver.

La puerta de la habitación estalló en miles de fragmentos. Pero Soulez apenas se dio cuenta, tan ofuscado estaba contrarrestando el ataque y golpeando la espada de su rival primero en la parte superior, luego en la inferior y, finalmente, desviándola a un lado. Tan bien había calculado Entreri el ángulo del lanzamiento, que las paradas de Soulez, muy rápidas, dieron al jeque la impresión de que Entreri seguía empuñando el arma.

Soulez saltó hacia adelante, atravesó los opacos abanicos de ceniza generados por su espada y se lanzó hacia donde suponía al asesino.

De pronto, notó la punzada en su espalda y se quedó rígido. La daga de Entreri se le hundió en la carne.

-¿Ves unos ojos que te acechan desde las sombras de tus pesadillas, Kohrin Soulez? -preguntó Entreri-. Pues son mis ojos.

Soulez sintió cómo la daga del asesino le iba arrebatando la fuerza vital. Entreri no se la había clavado hasta el fondo, pero tampoco era necesario. Soulez estaba perdido y lo sabía. La *Garra de Charon* cayó al suelo y el brazo que la sostenía quedó laxo colgando a un lado.

-Eres un demonio -espetó al asesino.

-¿Yo? -replicó Entreri-. No he sido yo quien estaba dispuesto a sacrificar a mi hija por una espada.

Apenas había acabado de hablar, cuando, con la mano libre, le quitó violentamente de la mano derecha el guantelete negro. Para asombro del jeque, el guantelete cayó al suelo justo al lado de la espada.

En el umbral sonó una voz melodiosa pero cortante, en un idioma que sonaba muy suave, aunque plagado de consonantes duras y fuertes.

Entreri se apartó de Soulez. Éste se volvió y vio varios elfos oscuros entre la cortina de ceniza que caía lentamente el suelo.

Kohrin Soulez hizo una profunda inspiración y trató de calmarse. En silencio se recordó a sí mismo que había tratado con seres peores que los drows: había negociado con un *illita* y había sobrevivido a diversos enfrentamientos con los más notorios jefes de las cofradías de Calimport. Soulez se concentró en Entreri y vio que el asesino hablaba con el que parecía ser el dirigente de los drows, mientras se alejaba cada vez más de él.

Allí, justo a su lado, estaba su espada -su posesión más preciada-, que estaba dispuesto a conservar incluso a cambio de la vida de su hija.

Entreri se alejó un poco más de él. Ninguno de los elfos oscuros avanzó hacia Soulez. En realidad, no le prestaban ninguna atención.

La *Garra de Charon,* tan convenientemente cerca de él, parecía llamarlo.

Kohrin Soulez hizo acopio de toda su energía, tensó los músculos y calculó cuál era la mejor opción. De repente se lanzó, se enfundó en la mano derecha el guantelete negro con repuntes rojos y, sin percatarse de que no le quedaba exactamente igual de ajustado que antes, empuñó la poderosa espada encantada.

-Diles que quiero hablar con su jefe... -gruñó en dirección a Entreri, pero las palabras se le confundían, el tono de voz era cada vez más grave y apenas podía articular, como si algo le estrujara las cuerdas vocales.

El rostro de Soulez se contrajo de manera extraña, y todas sus facciones parecieron alargarse hacia la espada.

Las conversaciones cesaron y todos los ojos se volvieron, incrédulos, hacia Soulez.

-¡Mal... maldito seas, En... Entreri! -balbució el jeque, salpicando cada palabra con un ronco gruñido.

-¿Qué está haciendo? -preguntó Rai'gy a Entreri.

El asesino no respondió. Se lo estaba pasando en grande viendo cómo Kohrin Soulez luchaba contra el poder de la *Garra de Charon.* Nuevamente se le alargó la cara, y de su cuerpo empezaron a salir volutas de humo. Soulez trató de gritar, pero lo único que logró emitir fue un indescifrable gorgoteo. El humo fue haciéndose más denso, mientras Soulez temblaba violentamente sin dejar de esforzarse en hablar.

Pero de su boca sólo salía humo.

Entonces, pareció que todo acababa. Soulez se quedó de pie, pugnando por respirar, con los ojos clavados en Entreri.

Kohrin Soulez vivió el tiempo suficiente para adoptar la expresión más horrorizada y atónita que Artemis Entreri hubiese visto jamás. Fue una expresión que le complació enormemente. Había algo demasiado familiar en el modo en que Soulez había traicionado a su hija.

El hombre estalló en una súbita y chisporroteante explosión. La piel de la cabeza se consumió, quedando tan sólo un cráneo chamuscado y unos horrorizados ojos abiertos de par en par.

Nuevamente la *Garra de Charon* cayó al suelo con un sonido sordo que nadie esperaría de un arma de metal. El cuerpo sin vida de Soulez se derrumbó a su lado.

-Explícate -ordenó Rai'gy.

Entreri se acercó al cadáver y, llevando un guantelete en apariencia idéntico al de Kohrin Soulez, aunque no era su pareja porque era también para la mano derecha, recogió tranquilamente el trofeo que acababa de ganar.

-Reza para que no vaya a los Nueve Infiernos, que es donde tú habrás acabado, Kohrin Soulez, porque si te encuentro allí te seguiré atormentando por toda la eternidad -dijo el asesino al cadáver.

-¡Explícate! -exigió el hechicero.

-¿Que me explique? -Entreri se volvió para mirar al enfadado mago y se encogió de hombros, como si la respuesta fuese evidente-. Yo estaba preparado, y él era un estúpido.

Rai'gy le lanzó una ominosa mirada, pero Entreri se limitó a sonreír con la esperanza de que su sonrisa incitara al mago a pasar a la acción.

Ahora esgrimía la *Garra de Charon* y llevaba el guantelete con el que atrapar y redirigir la magia.

El mundo acababa de cambiar de un modo que ese maldito Rai'gy ni siquiera se imaginaba.

8
Cuestión de razón

-La torre se queda donde está. Jarlaxle lo ha decidido -anunció Kimmuriel-. La fortaleza apenas ha sufrido daños, por lo que Dallabad puede seguir funcionando como antes, y nadie de fuera del oasis sabrá que se ha producido un ataque.

-Funcionando -repitió Rai'gy, pronunciando con desdén esa odiosa palabra. El mago se quedó mirando fijamente a Entreri, que entró en la torre de cristal a su lado. La mirada de Rai'gy decía claramente que lo consideraba responsable de todo lo ocurrido ese día y que tendría que responder con la vida si algo iba mal-. ¿Es que Bregan D'aerthe va a dedicarse ahora a recaudar peajes?

-Dallabad será más provechoso para Bregan D'aerthe de lo que supones -respondió Entreri en su deficiente idioma drow-. Por lo que respecta a todos los demás, podemos mantener este lugar separado de la casa Basadoni. Los aliados que dejaremos aquí vigilarán la carretera y se enterarán de las noticias mucho antes de que éstas lleguen a Calimport. Podemos lanzar muchas de nuestras operaciones desde aquí, lejos de las miradas curiosas del bajá Da'Daclan y sus esbirros.

-¿Y quiénes son esos aliados de confianza que harán funcionar Dallabad en beneficio de Bregan D'aerthe? -inquirió Rai'gy-. Yo pensaba en Domo.

-Domo y sus repugnantes hombres rata no abandonarán las cloacas -dijo Sharlotta Vespers.

-Un agujero demasiado bueno para ellos -masculló Entreri.

-Jarlaxle ha insinuado que quizá con los supervivientes de Dallabad será suficiente. Han muerto pocos -explicó Kimmuriel.

-¿Aliarnos con la cofradía conquistada? -Rai'gy sacudió la cabeza-. ¿Una cofradía cuya caída hemos precipitado nosotros?

-No es en absoluto comparable a lo que sería aliarse con una casa conquistada en Menzoberranzan -declaró Entreri, que había percibido el error en la analogía que había establecido interiormente el elfo oscuro. Rai'gy estaba mirando las cosas a través del cristal oscuro de Menzoberranzan, considerando las contiendas y las rencillas generacionales entre miembros de la misma familia o de las diversas familias.

-Ya veremos -repuso el mago, e indicó por señas a Entreri que se quedara con él mientras Kimmuriel, Berg'inyon y Sharlotta empezaban a subir la escalera que conducía al primer piso de la torre mágica de cristal.

-Sé que deseabas la conquista de Dallabad por razones personales -dijo Rai'gy cuando se quedaron solos-. Quizá por venganza, o para conseguir ese guantelete que llevas así como la espada que ahora te cuelga de la cadera. De un modo u otro, no creas que me has engañado, humano.

-Dallabad es una valiosa adquisición -replicó Entreri, sin ceder ni un ápice-. Jarlaxle ha encontrado un lugar donde poder construir la torre cristalina y mantenerla con seguridad. Todos hemos salido ganando.

-Sobre todo, Artemis Entreri.

En respuesta, el asesino desenvainó la *Garra de Charon* y se la ofreció en posición horizontal a Rai'gy para que la examinara y se apercibiera de su belleza. La espada poseía una reluciente hoja delgada y muy afilada de color rojo, con figuras embozadas y altas guadañas grabadas desde la empuñadura hasta la punta, y una acanaladura negra en el centro. Entreri entreabrió la mano para que Rai'gy viera el pomo en forma de calavera y una empuñadura semejante a vértebras blanqueadas. Hasta el gavilán, la empuñadura había sido forjada de

modo que pareciera una columna vertebral y una caja torácica, mientras que el gavilán se asemejaba a los huesos de la pelvis, con las piernas muy abiertas dobladas hacia la cabeza, de modo que la mano del espadachín encajaba perfectamente entre los límites del hueso. Tanto el pomo como la empuñadura y el gavilán eran blancos, como huesos descoloridos, con la única excepción de las cuencas de los ojos del cráneo, pues un momento eran como dos pozos negros y al otro parecían relucir con destellos rojos.

-Estoy muy contento con el trofeo que he conseguido -admitió Entreri.

Rai'gy examinaba la hoja sin pestañear aunque, lenta e inevitablemente, fue a posarse en el otro tesoro, menos obvio: el guantelete negro con pespuntes rojos que Entreri llevaba en la mano derecha.

-Las armas como éstas pueden convertirse fácilmente en una maldición -declaró el hechicero-. Pecan de arrogancia y con demasiada frecuencia infectan la mente de quienes las poseen con ese mismo orgullo estúpido, y los resultados suelen ser desastrosos.

Las miradas de ambos se quedaron prendidas. Poco a poco, Entreri esbozó una sonrisa irónica.

-¿Que extremo preferirías sentir? -le preguntó, aproximando un poco más hacia Rai'gy la mortífera espada, y contestando así a la amenaza del mago con otra.

Rai'gy entrecerró sus ojos oscuros y se marchó.

Entreri conservó la sonrisa mientras miraba cómo ascendía los peldaños aunque, en verdad, las palabras de Rai'gy le habían tocado una fibra sensible. La *Garra de Charon* poseía una voluntad muy fuerte -Entreri la sentía claramente- y, si alguna vez se descuidaba, podría llevarlo al desastre o destruirlo, tal como había hecho con Kohrin Soulez.

El asesino bajó la mirada para contemplar su propia postura, mientras se repetía -una humilde advertencia a sí mismo- que jamás debía tocar ninguna parte de la espada con la mano desnuda.

Ni siquiera Artemis Entreri podía negar la necesidad de ser cauteloso si no quería sufrir una muerte tan terrible como la que había presenciado, cuando la *Garra de Charon* quemó la piel de la cabeza de Soulez.

-*Crenshinibon* domina fácilmente a la mayoría de los supervivientes -anunció Jarlaxle a sus principales consejeros poco después, en la sala de audiencias que había creado en el segundo nivel de la torre-. Los observadores externos creerán que, simplemente, se ha producido un golpe dentro de la familia Soulez, seguido por una fuerte alianza con la cofradía Basadoni.

-¿Ahdahnia Soulez ha aceptado quedarse? -preguntó Rai'gy.

-Estaba dispuesta a asumir el mando en Dallabad antes incluso de que *Crenshinibon* invadiera sus pensamientos -explicó Jarlaxle.

-Vaya lealtad la suya -dijo Entreri por lo bajo.

Mientras el asesino lanzaba su sarcástica pulla a media voz, Rai'gy admitía:

-Esa joven empieza a gustarme más.

-¿Podemos confiar en ella? -quiso saber Kimmuriel.

-¿Acaso confiáis en mí? -fue la réplica de Sharlotta Vespers-. La situación se repite.

-Excepto que el líder de la cofradía era su padre -dijo Kimmuriel.

-No tenemos nada que temer de Ahdahnia Soulez ni de ninguno de los otros que van a quedarse en Dallabad -intervino Jarlaxle con energía, poniendo fin a la discusión-. Los supervivientes ahora pertenecen a *Crenshinibon*, y *Crenshinibon* me pertenece a mí.

A Entreri no se le escapó la expresión dubitativa que apareció en la faz de Rai'gy al oír las palabras de Jarlaxle. Él mismo se preguntaba si el líder mercenario no estaría confundido respecto a quién poseía a quién.

-Los soldados de Kohrin Soulez no nos traicionarán. Ni tampoco recordarán lo sucedido hoy -prosiguió Jarlaxle con total confianza-. Aceptarán como verdadera la historia que les vendamos, si eso es lo que queremos hacer. El oasis Dallabad estará tan seguro como si dejáramos aquí un ejército de elfos oscuros para vigilar las operaciones.

-¿Y confiarás el mando a esa Ahdahnia, aunque acabemos de matar a su padre? -dijo Kimmuriel. Era más una afirmación que una pregunta.

-A su padre lo mató su obsesión por una espada. Ella misma me lo ha dicho. -Mientras él hablaba, todas las miradas convergieron en el arma que Entreri llevaba al cinto. Rai'gy, en particular, no apartó su amenazante mirada de Entreri, como si repitiera silenciosamente la advertencia que le había hecho en su última conversación.

Para el hechicero era más una amenaza que una advertencia, un modo de recordarle que él, Rai'gy, vigilaría todos y cada uno de sus movimientos con mucha más atención y que estaba convencido de que, en efecto, había utilizado a Bregan D'aerthe en beneficio personal, lo cual era una práctica muy peligrosa.

-A ti no te gusta esto -comentó Kimmuriel a Rai'gy, ya de regreso a Calimport.

Jarlaxle se había quedado en el oasis Dallabad, asegurando lo que quedaba de las fuerzas de Kohrin Soulez y para explicar a Ahdahnia Soulez el ligero cambio de orientación en las operaciones de la cofradía.

-Pues claro que no. Cada día que pasa, es como si el objetivo que nos trajo a la superficie se ampliara. Creía que a estas alturas ya habríamos regresado a Menzoberranzan y, en vez de eso, estamos echando tallos cada vez más profundos.

-Raíces, querrás decir -lo corrigió Kimmuriel en un tono que demostraba bien a las claras que tampoco él aprobaba la continua expansión de las actividades de Bregan D'aerthe en la superficie.

En un principio, los planes de Jarlaxle consistían en salir a la superficie y establecer una serie de contactos, en su mayoría humanos, que actuarían como hombres de paja en las transacciones comerciales de la banda de mercenarios drows. Aunque nunca había entrado en detalles, las explicaciones de Jarlaxle hicieron creer a ambos que pasarían en la superficie un corto período de tiempo.

Pero Bregan D'aerthe se había expandido, habían construido incluso una estructura física, y había más planificadas, y habían añadido una segunda base de operaciones a la casa Basadoni. Aunque no lo decían en voz alta, ambos elfos oscuros pensaban que lo peor de todo no era eso, sino que quizás había algo más detrás del progresivo cambio de actitud de Jarlaxle. Tal vez el líder mercenario se había equivocado al arrebatar al renegado Drizzt Do'Urden una cierta reliquia.

-Jarlaxle le ha cogido gusto a la superficie -prosiguió Kimmuriel-. Todos sabíamos que estaba un poco cansado de las continuas luchas internas de Menzoberranzan, pero tal vez subestimamos hasta qué punto.

-Es posible. O es posible que, sencillamente, nuestro amigo necesite que le recuerden que éste no es nuestro lugar.

Kimmuriel se quedó mirándolo fijamente, preguntando en silencio cómo podría nadie «hacer recordar» algo al temible Jarlaxle.

-Empezaremos por los bordes -respondió Rai'gy, repitiendo una de las máximas favoritas de Jarlaxle y una de las tácticas favoritas de Bregan D'aerthe. Siempre que la banda iniciaba una operación de infiltración o conquista, empezaban royendo los bordes del enemigo, es decir rodeando el perímetro y avanzando poco a poco hasta cerrar el círculo-. ¿Ha entregado ya las joyas Morik?

Allí estaban, ante él, en todo su malvado esplendor.

Artemis Entreri contempló largo rato la *Garra de Charon* sin apartar ni por un momento la vista, frotando los dedos contra las palmas húmedas de sus manos desnudas. Una parte de él quería alargar una mano, asir la espada y librar cuanto antes una batalla que sabía inevitable entre su propia fuerza y la de la silente arma. Si él ganaba, la espada le pertenecería verdaderamente, pero si perdía...

El asesino revivió los últimos y horribles momentos de la miserable vida de Kohrin Soulez.

Y fue justamente el recuerdo de esa vida lo que lo impulsó hacia una acción en apariencia suicida. Él no quería convertirse en otro Soulez. No quería ser el prisionero de la espada, un hombre encerrado en una prisión que él mismo se había creado. No, sería el amo, o moriría.

No obstante, era un modo de morir tan espantoso...

Entreri alargó un brazo hacia la espada, mientras hacía acopio de toda su fuerza de voluntad para resistir el ataque.

Entonces oyó movimiento en el pasillo, fuera de su cuarto.

Inmediatamente se enfundó la manopla, asió la espada con la mano derecha y la devolvió a la vaina que le colgaba de la cadera, todo esto en un único y elegante movimiento, que completó justo cuando la puerta de sus aposentos privados -si es que una habitación ocupada por un humano podía ser considerada privada en Bregan D'aerthe- se abrió de golpe.

-Ven conmigo -le ordenó Kimmuriel, quien dio media vuelta y salió.

Entreri no se movió. Tan pronto como el drow se dio cuenta de ello, regresó con una expresión burlona en su hermoso rostro anguloso. Pero esa expresión curiosa se tornó amenazadora cuando sus ojos se posaron en el asesino, que se mantenía casi inmóvil.

-Ahora posees un arma verdaderamente excelente -comentó Kimmuriel-. Un magnífico complemento a tu inmunda daga. No temas. Ni Rai'gy ni yo subestimamos el poder del guantelete que pareces llevar siempre puesto en la mano derecha. Conocemos sus poderes, Artemis Entreri, y también cómo vencerlos.

Entreri continuaba mirando sin pestañear al psionicista drow. ¿Era un bluf? ¿O acaso los ingeniosos Kimmuriel y Rai'gy habían hallado realmente un modo de burlar el guantelete que anulaba la magia? El asesino sonrió irónicamente, seguro de que fuese cual fuese el secreto al que el drow hacía referencia no le serviría de nada allí y entonces. Entreri sabía, y se lo comunicó con la mirada a Kimmuriel, que podía cruzar la habitación, superar fácilmente cualquier defensa mental que el drow pudiese levantar y atravesarlo con la poderosa *Garra de Charon.*

Si el drow, siempre tan frío y seguro de sí, se sentía molesto o preocupado, su rostro no lo reveló.

Pero el de Entreri tampoco.

-Hay algo que hacer en Luskan -habló al fin Kimmuriel-. Nuestro amigo Morik no ha entregado las joyas, como debía.

-¿Seré de nuevo vuestro mensajero? -preguntó Entreri con sarcasmo.

-No, esta vez no hay ningún mensaje para Morik. Nos ha fallado -respondió Kimmuriel fríamente.

Era una declaración tan definitiva que afectó profundamente a Entreri, aunque logró disimular su sorpresa hasta que Kimmuriel hubo dado media vuelta y salió nuevamente de la habitación. Desde luego, el asesino se daba cuenta de que el drow acababa de ordenarle que fuera a Luskan y matara a Morik. No era nada insólito, pues, al parecer, Morik no estaba a la altura de las expectativas de Bregan D'aerthe. No obstante, a Entreri se le antojaba extraño que Jarlaxle estuviera dispuesto a cortar tan sencillamente el único hilo que lo unía a un mercado tan prometedor como Luskan sin siquiera pedir algún tipo de explicación al taimado

rufián. Últimamente Jarlaxle se comportaba de manera rara, desde luego, pero ¿tan confuso estaba?

Mientras echaba a andar en pos de Kimmuriel, al asesino se le ocurrió que quizás esa operación no tenía nada que ver con Jarlaxle.

Sus sentimientos y sus temores se acrecentaron cuando entró en una pequeña habitación, siguiendo a Kimmuriel, y dentro sólo encontró a Rai'gy -Kimmuriel había desaparecido- esperándolo.

-Morik nos ha vuelto a fallar -declaró el hechicero de inmediato-. No podemos darle ninguna otra oportunidad. Sabe demasiado de nosotros y, en vista de tal falta de lealtad, ¿qué podemos hacer? Ve a Luskan y elimínalo. Será sencillo. Las joyas no nos interesan. Si las tiene, gástatelas como te apetezca. Lo único que quiero es el corazón de Morik. -Mientras acababa de hablar, se hizo a un lado y dejó a la vista una puerta mágica que había creado. La borrosa imagen del interior mostró a Entreri el callejón situado al lado de donde vivía Morik.

-Tendrás que quitarte el guante para atravesar la puerta -dijo Kimmuriel con picardía, lo que hizo que Entreri se preguntara si, tal vez, todo eso era una artimaña para atacarlo cuando fuera vulnerable. Sin embargo, el asesino ya había previsto tal contingencia mientras seguía a Kimmuriel, por lo que se limitó a reírse quedamente, aproximarse a la puerta mágica y atravesar el umbral sin vacilar.

Inmediatamente se halló en Luskan y volvió la mirada para ver cómo la puerta mágica se cerraba a su espalda. Kimmuriel y Rai'gy lo miraban con unas caras que eran todo un poema.

Entreri les dijo adiós con un gesto burlón de la mano enguantada, mientras la puerta dimensional se esfumaba. El asesino sabía que los drows se estarían preguntando cómo era posible que ejerciera un control tan completo sobre el guantelete mágico. Estaban tratando aún de calibrar su poder y sus limitaciones, cosas que ni siquiera Entreri conocía todavía. Desde luego, no pensaba dar ninguna pista a sus discretos adversarios, por lo que había cambiado el guantelete real por el falso con el que tan bien había engañado a Kohrin Soulez.

Cuando la puerta mágica se cerró, salió del callejón, se enfundó el guante verdadero y guardó el otro en una pequeña bolsa que llevaba bajo los pliegues de su capa, enganchada en el cinturón, a la espalda.

Primero fue a la habitación de Morik y descubrió que el ratero no había reforzado la seguridad con ninguna trampa o truco nuevos. Este comportamiento sorprendió a Entreri, pues si Morik estaba decepcionando a sus despiadados patrones debería esperar una visita como la suya. Además, era obvio que el rufián no había huido.

Como no le apetecía quedarse allí y esperar, el asesino salió a las calles de Luskan a recorrer todas las tabernas y esquinas. Los pocos mendigos que se le acercaron huyeron al toparse con su gélida mirada. Un carterista tuvo la osadía de tratar de robarle la bolsa, que Entreri había sujetado al cinturón en el lado derecho, pero Entreri le destrozó la muñeca con una simple torsión de la mano y lo dejó sentado en el arroyo.

Algo más tarde, cuando pensó que ya era hora de regresar a casa de Morik, se topó con una posada llamada Cutlass, situada en la calle de la Media Luna. El local estaba casi vacío. El corpulento tabernero frotaba la sucia barra, mientras un hombrecillo flacucho sentado frente a él no dejaba de parlotear. Uno de los pocos clientes que quedaban llamó la atención del asesino.

El hombre estaba cómodamente sentado en el extremo más alejado de la barra, a la izquierda, con la espalda contra la pared y la capucha de una harapienta capa echada sobre el rostro. A juzgar por su respiración, sus hombros hundidos y la inclinación de su cabeza parecía dormir, pero Entreri se fijó en algunos signos muy reveladores -tenía la cabeza inclinada en el ángulo correcto para gozar de una espléndida visión de lo que le rodeaba-, que indicaban lo contrario.

Al asesino no le pasó por alto la leve tensión de uno de los hombros del durmiente cuando él entró en su campo de visión.

Entreri fue directo a la barra y se colocó junto al hombrecillo nervioso y flacucho, que dijo:

-Arumn ya no sirve más por esta noche.

Con una sola mirada de sus ojos oscuros, Entreri tomó la medida a quien había hablado.

-¿Mi oro no es lo suficientemente bueno para ti? -preguntó al tabernero, volviéndose lentamente hacia el corpulento hombre situado detrás de la barra.

Entreri se dio cuenta de que el tabernero le dirigía una larga mirada apreciativa, tras la cual asomó un nuevo respeto en sus ojos. No le sorprendió. Ese tabernero, como otros de su oficio, sobrevivía fundamentalmente porque comprendía a su clientela. Los movimientos elegantes y sólidos de Entreri revelaban de qué era capaz. El presunto durmiente no dijo nada, así como tampoco el hombrecillo nervioso.

-Eh, Josi sólo bromeaba, como siempre -comentó Arumn, el tabernero-. Aunque es cierto que esta noche pensaba cerrar antes. Apenas he tenido clientela.

Dándose por satisfecho, Entreri echó un vistazo a la izquierda, hacia la figura que fingía dormir.

-Dos jarras de aguamiel -pidió, al tiempo que depositaba sobre la barra un par de relucientes monedas de oro, que era diez veces más de lo que costaba la bebida.

El asesino continuaba observando al «durmiente» como si ni Arumn ni Josi existieran. Este último no paraba de rebullir a su lado e incluso le preguntó su nombre, pero el asesino hizo oídos sordos, limitándose a evaluar al durmiente, estudiando cada movimiento y comparándolos con lo que ya sabía de Morik.

Al oír el tintineo de cristal sobre la barra, se volvió. Entreri cogió una jarra con la mano derecha, protegida por el guantelete, y se llevó el oscuro líquido a los labios, mientras asía la segunda jarra y, en vez de alzarla, la lanzaba hacia la izquierda. La jarra resbaló veloz sobre la barra en un curso ligeramente diagonal hacia el borde exterior, perfectamente calculado para que cayera sobre el regazo del hombre supuestamente dormido.

El tabernero lanzó un grito de sorpresa, mientras Josi Puddles se ponía de pie de un brinco y daba un paso hacia Entreri, el cual lo ignoró.

La sonrisa del asesino se hizo más amplia cuando Morik -porque realmente era Morik- alzó una mano en el último segundo para detener la jarra de aguamiel, moviendo la mano en un amplio arco para absorber el impacto y asegurarse de que, si salpicaba algo, no le cayera encima.

Entreri bajó del taburete, cogió su jarra de aguamiel e hizo una seña a Morik para que lo acompañara afuera. Pero apenas había dado un paso cuando percibió un movimiento hacia su brazo. Se volvió y pilló a Josi Puddles a punto de agarrarlo por el brazo.

-¡Ni hablar del peluquín! -exclamó el hombrecillo flacucho-. ¡De aquí no sale nadie llevándose las jarras de Arumn!

Entreri observó la mano que se le acercaba y alzó la vista para mirar a Josi Puddles directamente a los ojos. Con sólo una mirada y ese ominoso comportamiento sereno y mortal, le dijo que si llegaba siquiera a rozarle el brazo, muy probablemente lo pagaría con su vida.

-Nadie se lleva... -empezó a repetir Josi, pero la voz le falló y la mano se quedó inmóvil. Lo sabía. Vencido, el enclenque hombrecillo tuvo que apoyarse en la barra.

-Las monedas que te he dado pagarán de sobra las jarras -dijo Entreri al tabernero, que pareció haberse contagiado del nerviosismo de Josi.

Mientras se encaminaba hacia la puerta, Entreri aún tuvo el placer de oír cómo Arumn reñía a Josi por su estupidez.

Fuera, la calle aparecía silenciosa y oscura. Por la postura cautelosa y el modo en que sus ojos miraban rápidamente en todas direcciones, Entreri notaba el desasosiego de Morik.

-Tengo las joyas -anunció el rufián enseguida y echó a andar hacia su casa, seguido por Entreri.

Al asesino le pareció muy curioso que Morik le entregara las joyas -y por el tamaño de la bolsa había conseguido todas las que los drows querían- tan pronto como entraron en la oscura habitación. Si Morik las tenía, ¿por qué no las había entregado en el momento convenido? Morik el Rufián no era ningún tonto y tenía que darse cuenta de que sus jefes eran extremadamente peligrosos.

-Me preguntaba cuándo vendrías a buscarlas -dijo Morik. Era evidente que hacía esfuerzos por parecer completamente calmado-. Las conseguí al día siguiente de que te marcharas, pero no he sabido nada de Kimmuriel ni de Rai'gy.

Entreri asintió, sin mostrar sorpresa. De hecho, cuanto más lo pensaba, menos le sorprendía. Después de todo, se trataba de drows, seres que mataban a su conveniencia o capricho. Tal vez le habían enviado a él a matar a Morik con la esperanza de que el rufián resultara ser el más fuerte de los dos. Tal vez no les importaba quién de los dos muriera y sólo querían gozar del espectáculo.

O, tal vez, Rai'gy y Kimmuriel estaban ansiosos de sacudir los fundamentos que Jarlaxle estaba creando para Bregan D'aerthe. Matar a Morik y a cualquier otro como él, cortar todos los vínculos y regresar a su hogar. El asesino alzó el guante en el aire para tratar de percibir cualquier tipo de emanación mágica. Detectó algunas en Morik así como otros *duomers* de poca importancia dentro y alrededor de la habitación, pero nada que pareciera un hechizo de adivinación. Tampoco podría haber hecho nada en caso de detectar ese tipo de hechizo o la presencia de psionicistas en la zona, pues ya había aprendido que el guantelete únicamente podía atrapar energías mágicas dirigidas específicamente contra él. De hecho, sus poderes eran bastante limitados. Podría detener uno de los rayos de Rai'gy y devolvérselo, pero si el mago drow llenaba la habitación con una bola de fuego mágico...

-¿Qué estás haciendo? -preguntó Morik al distraído asesino.

-Fuera de aquí. Sal de este edificio y vete de la ciudad, al menos por una temporada.

Morik lo miró perplejo.

-¿Estás sordo o qué?

-¿Es una orden de Jarlaxle? -inquirió el rufián-. ¿Teme que me hayan descubierto y que puedan llegar a él a través de mí?

-¡Que te largues! Soy yo quien te lo ordena, ni Jarlaxle ni mucho menos Rai'gy o Kimmuriel.

-¿Soy una amenaza para ti? ¿Estoy impidiendo tu ascenso dentro de la cofradía?

-¿Cómo puedes ser tan estúpido?

-¡Me prometieron que me harían rico! -protestó Morik-. La única razón por la que...

-Fue porque no tenías otro remedio -lo interrumpió Entreri-. Sé que fue así, y quizá por eso estoy dispuesto a perdonarte la vida.

Morik sacudió la cabeza, muy alterado y aún escéptico.

-Luskan es mi hogar -empezó a decir.

La *Garra de Charon* abandonó su vaina en un estallido rojo y negro. Entreri la blandió hacia abajo, junto a Morik, a izquierda y derecha, tras lo cual trazó un arco justo por encima de la cabeza del ladrón. La espada dejó estelas de ceniza negra que dejaron a Morik casi encerrado dentro de esas paredes opacas. Los movimientos de Entreri habían sido tan veloces, que el confundido y deslumbrado rufián ni siquiera había tenido tiempo de sacar su daga.

-No me han enviado para recoger las joyas ni siquiera para reñirte o avisarte, grandísimo idiota, sino para matarte -dijo Entreri con una voz tan fría que helaba la sangre.

-Pero...

-No tienes ni idea de la maldad de tus nuevos aliados. Huye, Morik, abandona esta casa y esta ciudad. Corre si quieres salvar la vida, idiota. Si no te encuentran fácilmente, no te buscarán. Para ellos no merece la pena molestarse por ti. Huye a donde no te encuentren y reza para haberte librado de ellos.

Morik se quedó allí, rodeado por las paredes de ceniza negra que flotaban mágicamente en el aire, con la mandíbula desencajada por el asombro. El rufián echó un vistazo a derecha e izquierda y luego tragó saliva, indicando así a Entreri que acababa de darse cuenta de que estaba en sus manos. Pese a que en su anterior visita el asesino había salvado fácilmente todas las trampas colocadas por Morik, éste no había entendido la extrema peligrosidad de Entreri hasta que presenció esa brutal exhibición de esgrima.

-¿Por qué... -osó preguntar Morik-. Soy su aliado, soy los ojos de Bregan D'aerthe en el norte. El mismo Jarlaxle me ordenó que...

La carcajada de Entreri lo silenció.

-Eres un *iblith*, o sea basura, un no drow, lo cual te convierte en un mero juguete en manos de los elfos oscuros. Me han ordenado que viniera a matarte.

-Pero tú los desafías. -Su voz no dejaba entrever si creía a Entreri.

-Crees que esto es una prueba de lealtad -supuso Entreri correctamente, sacudiendo la cabeza-. Morik, los elfos oscuros no ponen a prueba la lealtad de nadie, porque no la esperan. Ellos se limitan a predecir acciones basadas meramente en el miedo.

-Pero tú los estás traicionando al dejar que me escape. Tú y yo no somos amigos, apenas nos hemos visto y no me debes nada. ¿Por qué haces esto?

Entreri se inclinó hacia atrás y reflexionó sobre las palabras de Morik más profundamente de lo que éste podría haber esperado. El ladrón tenía razón: sus acciones carecían de lógica. Entreri podría haber cumplido la misión encomendada y regresar a Calimport sin asumir ningún riesgo. Por lógica, nada ganaba perdonando la vida a Morik.

¿Por qué lo hacía?, se preguntó el asesino. Había matado a muchas personas y a menudo en situaciones similares; a instancias de un jefe de cofradía que quería castigar a un insolente o a un subordinado que lo amenazaba. Había matado a personas sin saber qué delito habían cometido, personas quizá semejantes a Morik, que no había hecho nada.

No, esto último no era del todo cierto. Todos y cada uno de sus asesinatos habían sido cometidos contra personas asociadas con el mundo del crimen, o contra personas honestas que, de algún modo, se habían visto involucradas en asuntos sucios y se le habían cruzado en el camino. Incluso Drizzt Do'Urden, el paladín drow, se había convertido en enemigo de Entreri al evitar que éste capturara a Regis y recuperara el rubí mágico que el insensato halfling había robado al bajá Pook. Le había costado años, pero la muerte de Drizzt Do'Urden había sido un punto álgido de su carrera, además del castigo por haber metido las narices en lo que no le importaba. Tanto en la mente como en el corazón de Entreri, todos quienes habían muerto a sus manos participaban de un modo u otro en el gran juego y habían renunciado a su inocencia en la búsqueda del poder o del beneficio material.

Para él, todos a quienes había asesinado se lo merecían, pues él era un asesino entre asesinos, un superviviente en un juego brutal que no permitía que las cosas fuesen de otro modo.

-¿Por qué? -preguntó de nuevo Morik, arrancando a Entreri de sus cavilaciones.

El asesino se quedó mirando al ladrón un instante y dio una respuesta rápida y sencilla a una pregunta demasiado compleja en esos momentos. Pero en el fondo esa respuesta contenía más verdad de lo que Entreri imaginaba.

-Porque odio a los drows más que a los humanos.

Segunda parte

¿Quién es el esclavo y quién es el amo?

¿Entreri y Jarlaxle de nuevo confabulados?

¡Qué pareja tan singular! Para algunos (también para mí en un principio) es la visión de su peor pesadilla. Creo que no hay en el mundo nadie más artero e ingenioso que Jarlaxle de Bregan D'aerthe, un consumado oportunista, un astuto jefe capaz de levantar un reino a partir del estiércol de rotes. Jarlaxle, un varón que en una sociedad matriarcal como la de Menzoberranzan ha alcanzado un poder equiparable al de cualquier madre matrona.

Jarlaxle el misterioso, que conoció a mi padre y afirma que fueron amigos.

¿Cómo es posible que un amigo de Zaknafein sea capaz de aliarse con alguien como Artemis Entreri? A primera vista, parece una idea ridícula, incluso descabellada y, no obstante, yo creo a Jarlaxle cuando dice que él y Zaknafein eran amigos, y sé positivamente que se ha aliado de nuevo con Entreri.

En el aspecto profesional, es una unión que carece de misterio. Artemis Entreri siempre ha preferido quedarse en las sombras, vendiendo muy caros sus servicios a un amo. No, amo no. Dudo que Entreri haya tenido nunca amo sino que, incluso cuando ha trabajado para las cofradías, ha sido un mercenario. No me extraña que alguien tan hábil como él en su oficio encontrara un lugar en Bregan D'aerthe, especialmente desde que se estableció en la superficie y, probablemente, necesitaba humanos para que fuesen sus hombres de paja. Así pues, para Jarlaxle la alianza con Entreri tiene muchas ventajas.

Pero hay algo, hay algo más entre ellos. Lo sé por cómo Jarlaxle me habló de Entreri, y también por el hecho que el jefe mercenario llegase al extremo de hacer algo tan insólito en él como arreglar nuestro último duelo. Desde luego fue para hacer un favor a Entreri -que no podía pensar en otra cosa-, y no para hacerme un favor a mí, y también para divertirse. Jarlaxle considera a Entreri un amigo, además de valorar sus múltiples habilidades como asesino.

Es esto lo que me parece incongruente.

Pues, aunque Entreri y Jarlaxle se complementen profesionalmente, no encajan ni por temperamento ni por principios morales, que son dos aspectos esenciales en cualquier amistad.

O tal vez no.

Jarlaxle posee un corazón mucho más generoso que Artemis Entreri. Desde luego el mercenario drow puede ser brutal; pero nunca indiscriminadamente. Jarlaxle es eminentemente práctico y actúa siempre para conseguir un beneficio, pero por muy pragmático y eficiente que sea, muchas veces su corazón puede más que su afán de lucro y poder. A mí me ha dejado escapar en varias ocasiones, incluso cuando tuvo la oportunidad de lograr una importante recompensa entregándome a la matrona Malicia o a la matrona Baenre. ¿Posee Artemis Entreri la misma generosidad?

No.

De hecho, sospecho que si Entreri se enterara de que Jarlaxle me salvó de mi supuesta muerte en la torre, primero trataría de matarme a mí y luego a Jarlaxle. Es posible que, un día, lleguen a enfrentarse y, si eso ocurre, creo que Artemis Entreri se dará cuenta de que jamás podría ganar. No porque no sea rival para Jarlaxle -si bien es cierto que el drow es un guerrero muy hábil y astuto- sino porque el pragmático Jarlaxle posee innumerables aliados muy peligrosos.

Esto explica el interés de Jarlaxle por Artemis Entreri y cómo lo controla. El mercenario es consciente de la valía de Entreri y no lo teme, porque él domina perfectamente el arte de crear una organización independiente, cosa que Artemis Entreri es totalmente incapaz de hacer. Entreri no tratará de matar a Jarlaxle, porque Entreri necesita a Jarlaxle.

Jarlaxle se ocupa de que así sea y teje su red alrededor del asesino. Se trata de una red que siempre resulta beneficiosa para todos, una red en la que la seguridad -contra los muchos enemigos de Bregan D'aerthe- se basa inevitablemente en Jarlaxle, que controla y calma los ánimos. Él es quien, a fin de cuentas, crea consenso; es un hábil diplomático, mientras que Entreri es un lobo solitario, un hombre que debe dominar todo lo que le rodea.

Jarlaxle coacciona y Entreri domina con la fuerza.

Pero con Jarlaxle jamás lo conseguirá, pues el jefe mercenario tiene las ideas claras y es demasiado inteligente para dejarse controlar.

Pese a ello, estoy convencido de que su alianza se mantendrá y de que se irán haciendo amigos. Desde luego, entre ellos surgirán conflictos, algunos muy peligrosos. Tal vez Entreri ya sabe que Jarlaxle me ayudó a escapar y ya ha matado al drow o ha muerto en el intento. Pero, cuanto más tiempo se sostenga su alianza, más fuerte será su amistad y más difícil de romper.

Digo esto porque creo que, al final, la filosofía de Jarlaxle acabará por imponerse. De los dos, Artemis Entreri es quien está más limitado por sus carencias. Su ansia de controlarlo todo nace de su incapacidad para confiar en nadie. Esa ansia de control le ha llevado a convertirse en uno de los mejores espadachines y luchadores que he conocido, pero también lo ha empujado a una existencia que, tal como él empieza a darse cuenta ahora, está vacía.

Profesionalmente Jarlaxle ofrece a Artemis Entreri seguridad, una base para sus esfuerzos, a cambio de lo cual Entreri da a Jarlaxle y a todo Bregan D'aerthe una conexión clara con el mundo de la superficie.

Pero, personalmente, Jarlaxle ofrece más que Entreri; le ofrece una oportunidad para, finalmente, ser capaz de abandonar su vida de guerrero solitario. Recuerdo cuando Entreri y yo abandonamos Menzoberranzan, donde ambos estuvimos prisioneros, cada uno de un modo distinto. Entonces ya se había unido a Bregan D'aerthe, pero en Menzoberranzan Artemis Entreri se miró en un espejo oscuro y vacío, y no le gustó lo que vio. ¿Por qué, entonces, ha regresado junto a Jarlaxle?

Quizás es una prueba más del gran atractivo que posee Jarlaxle, de esa intuición y esa capacidad que posee el inteligente drow para generar entusiasmo y lealtad. El mero hecho de que Entreri se haya aliado de nuevo con Jarlaxle me dice que el jefe mercenario está ganando en el inevitable conflicto que debe surgir entre sus conceptos de vida, su temperamento y sus principios morales. Aunque Entreri aún no lo entienda, estoy seguro de que Jarlaxle lo hará más fuerte, no con su alianza sino con su ejemplo.

Tal vez, con la ayuda de Jarlaxle, Artemis Entreri hallará el modo de abandonar su vacía existencia.

O, tal vez, Jarlaxle lo acabará matando.

De un modo u otro, el mundo será un lugar mejor, espero.

Drizzt Do'Urden

9
Control y cooperación

La Ficha de Cobre estaba muy concurrida esa noche. Los clientes, en su mayoría halflings, se aglomeraban en torno a las mesas para jugar a los huesos o a otros juegos de azar, mientras comentaban en susurros los últimos acontecimientos acaecidos en la ciudad y los alrededores. Todos procuraban no alzar la voz, pues entre el puñado de humanos presentes en la taberna destacaban dos que habían tomado parte muy activa en los recientes sucesos tumultuosos.

Sharlotta Vespers era muy consciente de ser el blanco de casi todas las miradas y sabía que muchos de los halflings eran aliados secretos del hombre que la acompañaba. Había estado a punto de rechazar la invitación de Entreri para reunirse con él allí, en el local de Dwahvel Tiggerwillies, aunque se daba cuenta de lo acertado de la elección. La Ficha de Cobre estaba a salvo de las intromisiones de Rai'gy y Kimmuriel, algo que, a decir de Entreri, era imprescindible para poder hablar con libertad.

-No puedo creer que te pasees tranquilamente por las calles de Calimport con esa espada -criticó Sharlotta en voz baja.

-Admito que es un arma inconfundible -repuso Entreri con tranquilidad.

-Es una espada muy famosa. Cualquiera que conociera mínimamente a Kohrin Soulez y Dallabad sabe que él nunca se hubiera desprendido de ella voluntariamente. Y tú vas por ahí mostrándosela a todo el mundo. Muchos lo relacionarán con la caída de Dallabad y con la casa Basadoni.

-¿Cómo? -preguntó Entreri, haciéndose el inocente y provocando la exasperación de Sharlotta.

-Kohrin está muerto y Artemis Entreri lleva su espada -contestó la mujer en tono desabrido.

-¿Para qué quiere la espada si está muerto? -replicó Entreri despreocupadamente-. Todos creen que fue asesinado por su propia hija, para hacerse con el poder y, según todos los rumores, Ahdahnia no quiere dejarse atrapar por la *Garra de Charon* como su padre.

-¿Y así es como ha llegado a manos de Artemis Entreri? -inquirió Sharlotta, incrédulamente.

-También se rumorea que la negativa de Kohrin a vender la espada por el precio que le ofrecían (una cantidad de oro inmensa) precipitó el golpe por el poder -prosiguió el asesino, recostándose cómodamente en la silla-. Cuando Ahdahnia se enteró de que había rechazado el trato...

-Imposible -protestó Sharlotta, hablando entre dientes-. ¿De verdad esperas que alguien se trague ese cuento?

Entreri se limitó a sonreír irónicamente.

-Las palabras de Sha'lazzi Ozoule tienen credibilidad. Pocos días antes del golpe en Dallabad, se propuso a Kohrin la venta por medio de Sha'lazzi.

Sharlotta se apoyó en el respaldo de la silla mientras trataba con todas sus fuerzas de digerir y clasificar esa información. Ciertamente, en las calles se rumoreaba que Kohrin había sido asesinado en un golpe interno por el poder. Jarlaxle dominaba las fuerzas supervivientes de Dallabad por medio de la Piedra de Cristal, lo que daba consistencia a todos los informes procedentes del oasis. Mientras *Crenshinibon* tuviera en su poder a los antiguos soldados de Kohrin, nada indicaría que alguien había atacado Dallabad. Si Entreri no mentía -y Sharlotta no tenía ninguna razón para creerlo-, la negativa de Kohrin Soulez de vender la espada no se

relacionaría con ningún robo ni ataque de la casa Basadoni, sino que se consideraría uno de los catalizadores del golpe.

Sharlotta miraba fijamente a Entreri con una mezcla de enfado y admiración. El asesino había planeado a la perfección cómo hacerse con la codiciada espada. Sabiendo cómo estaban las cosas entre Entreri y los peligrosos Rai'gy y Kimmuriel, Sharlotta no tenía la más mínima duda de que Entreri había favorecido el ataque drow contra Dallabad con el objetivo de conseguir la *Garra de Charon.*

-Estás tejiendo una malla muy embrollada -comentó la mujer.

-Supongo que hace demasiado tiempo que trato con elfos oscuros.

-Pero te mueves al filo del desastre. Muchas cofradías ya han relacionado la caída de Dallabad con la casa Basadoni, y ahora tú te exhibes con la *Garra de Charon.* Aunque los rumores que corren por la ciudad son verosímiles, tus acciones no contribuyen a distanciarnos del asesinato de Kohrin Soulez.

-¿Cuál es la postura del bajá Da'Daclan y del bajá Wroning? -inquirió Entreri con fingida inquietud.

-Da'Daclan es cauteloso y se mantendrá a la espera -contestó Sharlotta muy seriamente, y Entreri tuvo que reprimir una sonrisa al comprobar que había picado el anzuelo-. No obstante, no le gusta nada la situación, ni las graves implicaciones de lo sucedido en Dallabad.

-No creo que ocurra nada, a no ser que Jarlaxle se vuelva demasiado atrevido construyendo torres cristalinas -razonó Entreri con voz dramática y muy seria, para medir la reacción de Sharlotta sin decirle nada que ella no supiera ya. El asesino percibió un leve temblor en el labio de la mujer. ¿Era frustración, miedo, repugnancia? Entreri sabía que Rai'gy y Kimmuriel no aprobaban las acciones de Jarlaxle. Ambos lugartenientes tenían ideas propias y creían que la silente y dominante Piedra de Cristal podría causar serios problemas. Era obvio que a él lo habían enviado a matar a Morik para debilitar la presencia de Bregan D'aerthe en la superficie; pero ¿por qué entonces seguía viva Sharlotta? ¿Se habría aliado con quienes pretendían sentarse en el oscuro trono de Bregan D'aerthe?

»Lo hecho, hecho está y ya no puede cambiarse -sentenció Entreri-. Reconozco que deseaba la *Garra de Charon* (¿qué guerrero no la desearía?), pero con Sha'lazzi Ozoule difundiendo chismes acerca de la generosa oferta que se hizo a Kohrin y que éste rechazó, y con Ahdahnia Soulez proclamando el desdén que le inspiraban las decisiones de su padre, especialmente en lo referente a la espada, todo juega a favor de Bregan D'aerthe y de nuestro trabajo aquí. Jarlaxle necesitaba un refugio en el que alzar la torre, y yo le di uno. Ahora Bregan D'aerthe tiene ojos fuera de la ciudad, un lugar desde el que controlar cualquier posible amenaza que surja más allá de nuestra zona de control inmediata. Todos hemos salido ganando.

-Y Artemis Entreri tiene ahora la espada.

-Todos hemos salido ganando -repitió el asesino.

-Hasta que demos un paso en falso, nos pongamos en evidencia y todos se unan contra nosotros.

-Jarlaxle ha vivido en el borde del precipicio durante siglos y aún no se ha despeñado.

Sharlotta iba a replicar, pero en el último momento se tragó sus palabras. Entreri las conocía sin necesidad de oírlas. Eran palabras fruto del rápido toma y daca de la conversación, de la creciente excitación y del impulso del momento, que habían hecho que Sharlotta bajara la guardia brevemente. Estaba a punto de decir que en todos esos siglos *Crenshinibon* nunca había poseído a Jarlaxle.

-No digas nada de nuestras inquietudes a Rai'gy ni a Kimmuriel -exhortó Entreri-. Ya están lo suficientemente alarmados y cualquier ser asustado, incluso un drow, corre el peligro de cometer graves errores. Tú y yo lo miraremos de lejos; tal vez, si se llega a una guerra interna, encontraremos el modo de sobrevivir.

Sharlotta asintió y comprendió que las últimas palabras de Entreri eran una despedida. Así pues, se levantó, dijo adiós con una inclinación de cabeza y se marchó.

Entreri no se creyó sus asentimientos ni por un momento. Era muy probable que Sharlotta fuera inmediatamente a hablar con Kimmuriel y Rai'gy para tratar de sacar provecho de su conversación. Pero de eso se trataba, ¿no? Entreri acababa de forzar a Sharlotta para que la mujer descubriera quiénes eran sus verdaderos aliados en esa red de intrigas cada vez más tupida. El asesino sabía que sus últimas palabras, en el sentido de que ellos dos podrían hallar el modo de salvarse juntos, no harían mella en Sharlotta, pues la mujer lo conocía demasiado bien para creerse que Artemis Entreri iba a molestarse en incluirla en sus planes para escaparse de Bregan D'aerthe. Entreri había eliminado a otros aliados anteriormente -desde Tallan Belmer hasta Rassiter (el hombre rata) -, y no dudaría en clavar a Sharlotta una daga por la espalda. Sharlotta lo sabía, y Entreri sabía que ella lo sabía.

El asesino pensó que quizá Sharlotta, Rai'gy y Kimmuriel no se equivocaban al pensar que *Crenshinibon* ejercía una influencia negativa sobre Jarlaxle; que la reliquia estaba conduciendo al astuto mercenario en una dirección que podía condenar al fracaso los planes de Bregan D'aerthe en la superficie. Desde luego, a Artemis Entreri eso le importaba bien poco y se alegraría de ver a los elfos oscuros regresar a Menzoberranzan. Lo que realmente preocupaba al asesino era la dinámica de su relación con los principios de la banda drow. Rai'gy y Kimmuriel eran racistas declarados que odiaban a cualquiera que no fuese drow, especialmente a Entreri porque sus habilidades y su instinto de supervivencia representaban una amenaza para ellos. Sin la protección de Jarlaxle, Entreri podía imaginarse cuál sería su suerte. Aunque se sentía más fuerte con la *Garra de Charon* -la pesadilla de los magos- en sus manos, no se engañaba creyendo que tendría alguna posibilidad de victoria en un enfrentamiento contra el hechicero drow y el psionicista. Si Rai'gy y Kimmuriel asumían conjuntamente el mando de Bregan D'aerthe, con más de un centenar de guerreros drows a su disposición...

Artemis Entreri tenía todas las de perder.

Sabía, sin lugar a dudas, que si Jarlaxle caía, él estaba perdido.

Kimmuriel avanzaba por los túneles subterráneos de Dallabad invadido por el sentimiento de zozobra que le producía el inminente encuentro con un *haszakkin*, un desollador mental, un miembro de una raza tan impredecible como mortífera. No obstante, el drow acudía solo a la cita, para lo cual había tenido que engañar a Rai'gy.

Había cosas que sólo los poseedores de poderes mentales eran capaces de entender y juzgar.

Al doblar un súbito recodo en el túnel, Kimmuriel se topó con la criatura de cabeza bulbosa, sentada tranquilamente en una roca y recostada contra la pared. Yharaskrik tenía los ojos cerrados, pero Kimmuriel sabía que estaba despierto por la potente energía mental que emanaba de la criatura.

Parece que no me equivoqué al apostar por Bregan D'aerthe, dijo telepáticamente el *illita. No había duda de quién vencería.*

Los drows son más fuertes que los humanos, coincidió con él Kimmuriel, usando el vínculo telepático del *illita* para transmitirle sus pensamientos.

Más fuertes que esos humanos en concreto, lo corrigió Yharaskrik.

Kimmuriel asintió con la cabeza, pues no tenía ningún interés en discutir sobre ese tema, pero el *illita* insistió.

Más fuertes que Kohrin Soulez, obsesionado como estaba por un artilugio mágico en particular.

Kimmuriel empezó a entender qué unía al desollador mental con la lamentable cofradía del oasis Dallabad. ¿Por qué un ser del poder de Yharaskrik iba a perder su tiempo con criaturas tan inferiores a él?

Viniste aquí para observar la espada y el guantelete mágicos, declaró el drow.

Deseamos comprender todo aquello que puede ser capaz de vencernos, confesó Yharaskrik honestamente. *Pero tanto la espada como el guantelete tienen sus limitaciones. Ninguno de ellos es tan poderoso como creía Kohrin Soulez, o vuestro ataque jamás habría tenido éxito.*

De eso ya nos hemos dado cuenta.

No tenía previsto quedarme mucho más tiempo junto a Kohrin Soulez, dijo el *illita.* Pocas razas eran más meticulosas que los desolladores mentales, y si Yharaskrik pensaba marcharse era porque la *Garra de Charon* ya no tenía secretos para él.

El humano, Artemis Entreri, confiscó ambos objetos, explicó el drow.

Justamente ésta era su intención. El humano te teme, con razón. Posees un espíritu muy fuerte, Kimmuriel de la casa Oblodra.

El drow volvió a inclinar la cabeza.

Respeta la espada llamada Garra de Charon *y aún más el guantelete que el humano lleva puesto ahora. Con ambos objetos puede utilizar tus poderes en tu contra, si no eres cauteloso.*

Kimmuriel le aseguró mentalmente que vigilaría muy de cerca a Artemis Entreri y a su peligrosa nueva arma.

¿Ya ha acabado tu labor de observación de ambos objetos?, preguntó el drow.

Es posible.

Tal vez Bregan D'aerthe podría ofrecerte un puesto adecuado a tus especiales talentos, sugirió Kimmuriel. Sería fácil convencer a Jarlaxle de que aceptara al *illita,* ya que los elfos oscuros y los desolladores mentales solían ser aliados en la Antípoda Oscura.

El silencio de Yharaskrik fue muy revelador para el perspicaz e inteligente drow.

-¿Acaso tienes una oferta mejor? -preguntó en voz alta, riéndose entre dientes.

Será mejor que me mantenga al margen y que nadie en Bregan D'aerthe, excepto Kimmuriel Oblodra, conozca mi existencia, respondió Yharaskrik muy serio.

En un principio esta respuesta confundió al drow. ¿Acaso el *illita* temía que Bregan D'aerthe se pusiera del lado de Entreri y la *Garra de Charon* si surgía un conflicto entre él y el humano? Pero antes de poder asegurar al desollador mental de que tal cosa no ocurriría, Yharaskrik le transmitió una imagen muy clara: una torre cristalina que relucía bajo el sol entre las palmeras del oasis Dallabad.

-¿Las torres? -preguntó Kimmuriel a viva voz-. No son más que manifestaciones de *Crenshinibon.*

Crenshinibon, repitió Yharaskrik mentalmente, dándole un sentido de urgencia y gran importancia.

No es más que un artilugio mágico. Un nuevo juguete para la colección de Jarlaxle, explicó el drow.

No, es mucho más que eso. Yo la temo, y tú también deberías temerla.

Kimmuriel entrecerró sus relucientes ojos rojos, mientras se concentraba por completo en los pensamientos de Yharaskrik con la esperanza de confirmar los temores que tanto él como Rai'gy albergaban desde hacía un tiempo.

Crenshinibon *se introduce en la mente de Jarlaxle, pero yo no puedo. Algo me lo impide,* dijo el *illita.*

Es un parche que le tapa un ojo. Impide que ningún hechicero, ningún sacerdote ni nadie con poderes mentales le lea la mente.

Pero algo tan simple no es ninguna barrera para Crenshinibon, declaró Yharaskrik.

¿Cómo sabes tanto de ella?

Crenshinibon *no es ningún misterio para mi pueblo. Se trata de una reliquia muy antigua que se ha cruzado en nuestro camino muchas veces,* admitió el *illita. De hecho,* Crenshinibon, *la Piedra de Cristal, nos desprecia porque somos los únicos a los que no puede seducir. Nuestra gran raza es la única que posee la disciplina mental necesaria para oponerse a su ansia de control absoluto. También tú, Kimmuriel, puedes sustraerte a la influencia de* Crenshinibon.

El drow reflexionó durante un largo instante sobre las implicaciones de las palabras de Yharaskrik, pero, naturalmente, enseguida llegó a la conclusión de que el *illita* quería decir que tan sólo los poseedores de poderes mentales podían defenderse de las intrusiones de la Piedra de Cristal, pues el potente parche de Jarlaxle basaba su eficacia en la magia tradicional y no en los poderes psíquicos.

Crenshinibon *dirige sus ataques al ego,* explicó el *illita. Convierte a su dueño en su esclavo con promesas de grandeza y riqueza.*

Más o menos como los drows, replicó Kimmuriel, pensando en las tácticas que Bregan D'aerthe había utilizado con Morik.

Yharaskrik rió con un sonido gorgoteante y efervescente.

Cuanto más ambicioso es quien la posee, más fácilmente lo controla.

Pero ¿y si es ambicioso pero también cauteloso?, inquirió Kimmuriel, que nunca había visto a Jarlaxle anteponer su ambición al buen juicio, al menos hasta entonces, pues últimamente él, Rai'gy y otros habían empezado a cuestionar el acierto de algunas de las decisiones del jefe mercenario.

Algunos inferiores pueden sustraerse a su llamada, admitió el *illita.* Para Kimmuriel era evidente que Yharaskrik consideraba inferior a cualquiera que no fuese *illita* o, al menos, poseedor de poderes mentales. Crenshinibon *no es capaz de influir sobre paladines, sacerdotes bondadosos, reyes justos o campesinos nobles, pero cualquiera que desee más -¿y quién de las razas inferiores no lo desea, drows incluidos?- y que no descarte el engaño y la destrucción como medios para lograr sus fines, inevitablemente caerá en las garras de* Crenshinibon.

Desde luego, a Kimmuriel le parecía muy lógico. Esto explicaba por qué la Piedra de Cristal no había influido en Drizzt Do'Urden ni en sus «heroicos» amigos. También explicaba el comportamiento reciente de Jarlaxle, y confirmaba las sospechas de Kimmuriel de que Bregan D'aerthe estaba en peligro.

En circunstancias normales, no rechazaría una oferta de Bregan D'aerthe, agregó Yharaskrik seguidamente, aunque dando tiempo a Kimmuriel para que asimilara la información previa. *Al menos, tú y los de tu raza sois interesantes, y probablemente podría aprender algo de vosotros, pero mucho que temo que, muy pronto,* Crenshinibon *dominará todo Bregan D'aerthe.*

¿Por qué teme Yharaskrik algo así si, con Crenshinibon *al mando, nos moverían las mismas ambiciones de siempre?,* preguntó el drow, aunque temía conocer la respuesta.

No confío en los drows, pero conozco lo suficiente vuestros deseos y vuestros métodos para darme cuenta de que no tenemos por qué ser enemigos entre el ganado humano. No confío en ti, pero no te temo, porque no ganarías nada con destruirme. Eres consciente de que estoy unido a una comunidad y que, si me mataras, te ganarías unos enemigos muy peligrosos.

Kimmuriel asintió con la cabeza, dándole la razón al *illita.*

Sin embargo, los actos de Crenshinibon *no son racionales,* prosiguió Yharaskrik. *La Piedra de Cristal lo devora todo, es un azote para el mundo; controla todo lo que puede y destruye lo que no puede controlar. Es la pesadilla de los demonios, aunque éstos ansían poseerla, y niega las leyes porque anhela la destrucción que provoca el caos. Tu diosa Lloth adoraría un artilugio como éste y gozaría con el caos que genera, aunque, naturalmente, lo que no le gustaría es que* Crenshinibon *no actúa con un fin concreto (como hacen sus agentes*

drows) sino simplemente para devorar. Crenshinibon *proporcionará mucho poder a Bregan D'aerthe -fíjate si no en los nuevos esclavos que os ha dado, incluyendo a la misma hija del hombre al que derrocasteis- pero, al final,* Crenshinibon *os abandonará y os enfrentará a enemigos tan poderosos que no podréis vencerlos. Ésta es la historia de la Piedra de Cristal, que se ha repetido una y otra vez a lo largo de los siglos.* Crenshinibon *es puro anhelo sin disciplina, por lo que inexorablemente acaba en pura destrucción.*

Sin poder evitarlo, Kimmuriel se estremeció; había visto que ése era el destino que llamaba a la puerta de Bregan D'aerthe.

Lo devora todo, repitió Yharaskrik. *Controla todo lo que puede y destruye lo que no puede controlar.*

¿A ti, por ejemplo?, preguntó Kimmuriel.

-A mí y a ti -respondió Yharaskrik con su débil voz física-. «Torre de Voluntad Férrea y Mente en Blanco» -recitó el *illita.* Eran dos defensas mentales típicas y rápidamente disponibles que los psionicistas solían utilizar cuando se enfrentaban entre sí.

Kimmuriel gruñó al comprender la trampa que acababa de tenderle el *illita,* la alianza de necesidad que Yharaskrik -temeroso de que el drow lo traicionara a Jarlaxle y a la Piedra de Cristal- acababa de imponerle. Por supuesto Kimmuriel conocía esas defensas mentales y, si la Piedra de Cristal trataba de controlarlo, ahora que sabía que con esas defensas podía impedírselo, más aún, que automática e inevitablemente recurriría a ellas. Como cualquier ser dotado de poderes mentales, como cualquier ser racional, el ego de Kimmuriel nunca se avendría a ser poseído.

El drow clavó largamente la mirada en el *illita.* Odiaba a Yharaskrik, pero también simpatizaba con los temores que *Crenshinibon* le inspiraba. Se le ocurrió que, tal vez, Yharaskrik acabara de salvarlo. Tarde o temprano *Crenshinibon* iría a por él, para dominarlo o destruirlo, y si Kimmuriel no hubiera descubierto el modo de impedir a tiempo la intrusión de la Piedra de Cristal, se hubiera convertido en un enemigo situado en una posición muy desfavorable. Pero ahora era él, y no *Crenshinibon,* quien tenía la sartén por el mango.

-¿Nos seguirás? -preguntó al *illita* con la esperanza de obtener una respuesta afirmativa.

El drow se sintió invadido por una oleada de pensamientos. Pese a que eran muy ambiguos, Kimmuriel supo que Yharaskrik tenía la intención de no perder de vista a la peligrosa Piedra de Cristal.

Así pues, la necesidad los había convertido en aliados.

-No me gusta nada -dijo con su vocecilla aguda Dwahvel Tiggerwillies. La halfling se aproximó a la mesa de Entreri arrastrando los pies y se sentó en la silla que había dejado libre Sharlotta.

-¿Es su belleza y su estatura lo que tanto te molesta? -replicó sarcásticamente el asesino.

-No -repuso la halfling, lanzándole una mirada de incredulidad-. Es su deshonestidad.

Entreri enarcó una ceja. ¿Acaso todos los habitantes de Calimport no eran básicamente unos manipuladores, incluyéndolo a él y a la misma Dwahvel? Si en Calimport ser deshonesto era razón suficiente para que a alguien le disgustara otra persona, la persona que pensara de ese modo estaría muy sola.

-Hay una diferencia -explicó Dwahvel, al mismo tiempo que interceptaba a un camarero que pasaba portando una bandeja llena y cogía una bebida.

-Es decir, que el problema sí es la belleza y la estatura -la reprendió Entreri con guasa.

Realmente encontraba divertidas sus propias palabras, pero lo que de verdad le causaba regocijo era ser capaz de hablar en ese tono. A lo largo de toda su vida, Artemis Entreri había conocido a muy pocas personas con las que poder mantener una conversación distendida, pero con Dwahvel se sentía tan a gusto que incluso había pensado en la conveniencia de contratar los servicios de un hechicero para descubrir si la halfling usaba algún tipo de encantamiento

con él. Entreri apretó la mano enfundada en el guantelete y se concentró brevemente en el artilugio, tratando de descubrir cualquier tipo de emanación mágica proveniente de Dwahvel.

Pero tan sólo percibió un honesto sentimiento de amistad, algo que para Artemis Entreri era la más exótica de las magias.

-Muchas veces me he sentido celosa de las hembras humanas -respondió Dwahvel con sarcasmo, logrando mantener una cara muy seria-. La mayoría de ellas son tan altas que resultan irresistibles para los ogros.

Entreri rió en una manifestación de regocijo tan insólita que él fue el primer sorprendido.

-Hay una diferencia entre Sharlotta y muchos otros, incluido tú -prosiguió Dwahvel-. Todos participamos en el juego (después de todo, así es como sobrevivimos) y todos engañamos y conspiramos, mezclando la verdad y la mentira para lograr nuestros objetivos. Pero algunos, entre ellos Sharlotta, están confundidos en sus objetivos. Yo te comprendo. Sé cuáles son tus deseos, tus objetivos y sé que si te impido lograr esos objetivos, corro un riesgo. Pero también sé que, mientras no me cruce en tu camino, no tengo nada que temer de ti.

-Lo mismo pensaba Dondon Tiggerwillies -la atajó Entreri, refiriéndose al primo de Dwahvel, el que en otro tiempo fuera su mejor amigo en la ciudad. Entreri lo mató poco después de regresar de su duelo final con Drizzt Do'Urden, al hallarlo en un estado lastimoso.

-Lo que hiciste no le sorprendió, te lo aseguro. Era buen amigo tuyo y también él te habría matado en caso de haberte encontrado en la misma situación. Le hiciste un favor.

Entreri se encogió de hombros. Él no estaba tan seguro de eso, ni siquiera de cuáles habían sido sus verdaderas motivaciones para matarlo. ¿Lo había hecho para liberar a Dondon de su apetito voraz, de las cadenas que lo mantenían prisionero en una habitación y en un estado de incapacidad permanente? ¿O había matado al fracasado Dondon simplemente porque estaba enfadado con él, porque no podía soportar mirar el despojo en el que se había convertido?

-Sharlotta no es de fiar porque no se puede entender cuáles son sus verdaderos objetivos ni motivaciones -continuó Dwahvel-. Sharlotta desea poder, sí, como tantos otros, pero con ella uno no se imagina dónde cree que puede encontrarlo. No es leal ni siquiera con quienes son coherentes con su carácter y sus acciones. No, Sharlotta trata siempre de sacar beneficio a expensas de todo y de todos.

Entreri asintió con la cabeza en manifiesta aprobación. Sharlotta nunca había sido santo de su devoción y, al igual que Dwahvel, jamás había confiado en ella. Sharlotta Vespers no tenía escrúpulos ni principios; era una manipuladora nata.

-Se pasa de la raya continuamente -declaró Dwahvel-. A mí nunca me han gustado las mujeres que utilizan su cuerpo para lograr lo que desean. Yo también tengo mis encantos, ya sabes, pero nunca me he rebajado hasta ese punto.

El desenfadado comentario de la halfling pintó otra sonrisa en el rostro de Entreri, aunque sabía que sólo bromeaba a medias. Realmente Dwahvel poseía sus propios encantos: un físico agradable y atractivo, ropa que le sentaba bien, un ingenio muy agudo y un sentido muy desarrollado de lo que la rodeaba.

-¿Qué tal te va con tu nueva compañera? -inquirió la halfling.

Entreri la miró con curiosidad. Dwahvel tenía por costumbre saltar de un tema a otro.

-Me refiero a la espada -se explicó Dwahvel con fingida exasperación-. Por fin la posees, o ella te posee a ti.

-Yo la poseo a ella -le aseguró el asesino, llevándose una mano a la ósea empuñadura.

Dwahvel le lanzó una mirada suspicaz.

-Todavía no he medido mis fuerzas con la *Garra de Charon* -tuvo que admitir Entreri, sin apenas poderse creer lo que estaba haciendo-, pero no creo que deba temer su poder.

-¿Igual que Jarlaxle tampoco cree que deba temer a *Crenshinibon*? -preguntó Dwahvel, y Entreri volvió a enarcar una ceja-. Ha construido una torre de cristal -arguyó la halfling con su habitual perspicacia-. Si debemos creer a los viejos sabios, éste es uno de los deseos más básicos de la Piedra de Cristal.

Entreri iba a preguntarle cómo podía ella saber algo acerca de la Piedra de Cristal, de la torre en Dallabad ni de la conexión entre ambas cosas, pero decidió ahorrarse la molestia. Pues claro que Dwahvel lo sabía. Ella siempre sabía, y éste era otro de sus encantos. En las conversaciones que habían mantenido, Entreri había dejado caer suficientes indirectas para que la halfling sacara conclusiones, y además tenía un número increíble de otras fuentes. Si Dwahvel Tiggerwillies se había enterado de que Jarlaxle poseía un artilugio llamado *Crenshinibon*, sin duda habría acudido a los sabios para que le dijeran, a cambio de unas monedas, cualquier detalle, por insignificante que pareciera, sobre la poderosa reliquia.

-Jarlaxle cree que la controla -dijo Dwahvel.

-No subestimes a Jarlaxle. Muchos lo han hecho y ahora están muertos.

-No subestimes a la Piedra de Cristal -replicó la halfling-. Muchos lo han hecho y ahora están muertos.

-Pues qué combinación tan maravillosa -comentó Entreri con total naturalidad. Se llevó una mano a la barbilla, se acarició la suave piel de la mejilla y se tironeó la exigua perilla, mientras reflexionaba sobre lo dicho y sus implicaciones.

Dwahvel se encogió de hombros, sin comprometerse.

-Más que eso -prosiguió Entreri-. Jarlaxle aceptará gustosamente la unión si *Crenshinibon* demuestra que está a su altura. Aquí radica la diferencia entre él y yo -aunque se dirigía a Dwahvel, Entreri hablaba más bien para sí mismo, para tratar de poner en orden sus pensamientos sobre ese complicado asunto-. Jarlaxle se asociará con *Crenshinibon*, si es necesario, y hallará el modo de que los objetivos de ambos coincidan.

-Pero Artemis Entreri no tiene socios.

Entreri pensó sobre ello cuidadosamente e incluso miró fugazmente la espada que ahora le pertenecía, un arma sensible y poderosa, una espada con un espíritu hecho sin duda para quebrar y dominar.

-Es cierto. No tengo socios y tampoco los quiero. La espada me pertenece y me será útil. Eso es todo.

-¿O?

-O la arrojaré a la ácida boca de un dragón negro -masculló con firmeza el asesino en un tono que no invitaba a discrepar.

-¿Quién es más fuerte, entonces? ¿Jarlaxle, que cuenta con socios, o Entreri, el solitario?

-Yo -respondió Entreri sin el menor titubeo-. Es posible que ahora Jarlaxle parezca el más fuerte, pero inevitablemente uno de sus socios lo traicionará y provocará su caída.

-Nunca has podido soportar que te dieran órdenes -comentó Dwahvel con una carcajada-. Por eso el mundo, tal como es, te irrita.

-Yo no acepto órdenes si no confío en quien las imparte -replicó Entreri en tono de broma, lo que indicaba que no se había ofendido. De hecho, ponía un calor en las palabras poco habitual en él, únicamente atribuible al encanto de Dwahvel Tiggerwillies-. Es por esto, mi querida Dwahvel Tiggerwillies, que el mundo tal como es me irrita. Era muy joven cuando aprendí que no podía confiar en nadie y que sólo podía contar conmigo mismo. Si confías en otros, estás llamando al engaño y la traición, y muestras una vulnerabilidad que otros pueden explotar. Es una debilidad.

Dwahvel se recostó en la silla para digerir las palabras de Artemis Entreri.

-Pero, al hablarme como acabas de hacerlo, demuestras que me tienes confianza. ¿Eres por eso más débil, amigo mío?

Entreri sonrió de nuevo. Era una sonrisa torcida que tanto podía ser de regocijo como de advertencia para que no siguiera por esa línea.

-Tal vez es, simplemente, que os conozco a ti y a tu banda lo suficiente para saber que no tengo nada que temer -declaró con arrogancia el asesino, levantándose y estirándose-. O tal vez es que nunca has sido tan estúpida como para darme una orden.

Ahora Dwahvel también sonreía, pero ella lo hacía sinceramente. En los ojos de Entreri percibía un destello de reconocimiento. Quizás, a modo de ver de Entreri, las conversaciones que mantenían eran una pequeña debilidad pero, le gustara o no admitirlo, lo cierto era que el asesino realmente confiaba en ella, acaso más profundamente de lo que había confiado en nadie en toda su vida. Al menos, más que desde que alguien -que Dwahvel imaginaba que debió ser uno de sus padres o un pariente cercano- lo había traicionado, provocándole una herida que aún no había cicatrizado.

Entreri se encaminó a la puerta con su habitual andar natural y despreocupado, tan equilibrado y elegante como el de un bailarín. Muchas cabezas se volvieron para ver cómo se iba, pues eran muchos quienes siempre querían saber por dónde andaba el peligroso Artemis Entreri.

Pero no era éste el caso de Dwahvel Tiggerwillies. Al poco de la muerte de Dondon, había comprendido la relación que los unía, su especial amistad. Sabía que, si algún día se cruzaba en el camino de Artemis Entreri, éste la mataría, pero también sabía hasta dónde podía llegar sin peligro.

La sonrisa de Dwahvel era genuina y satisfecha mientras contemplaba cómo su peligroso amigo abandonaba La Ficha de Cobre.

10
No tan listo como piensan

-Mi amo dice yo pago a ti, ¿sí? -dijo el hombrecillo de piel morena a uno de los guardias de la fortaleza-. Kohrin Soulez es Dallabad, ¿sí? Mi amo dice yo pago a Kohrin Soulez por agua y sombra, ¿sí?

El soldado de Dallabad miró a su regocijado compañero, y ambos contemplaron a su vez al hombrecillo, que continuaba cabeceando estúpidamente.

-¿Ves esa torre? -preguntó el primero, haciendo que el pequeño sirviente fijara su atención en la estructura cristalina que se alzaba resplandeciente en medio de Dallabad-. Es la torre de Ahdahnia. Ahora Ahdahnia Soulez gobierna Dallabad.

El hombrecillo levantó la mirada hacia la torre, obviamente intimidado.

-Ah-da-nia -repitió lenta y cuidadosamente, como si hiciera un gran esfuerzo para memorizarlo-. Soulez, ¿sí? Como Kohrin.

-La hija de Kohrin Soulez -explicó el guardia-. Ve y di a tu amo que ahora Ahdahnia Soulez manda en Dallabad. Le pagarás a ella a través de mí.

-Sí, sí -accedió el hombrecillo, moviendo frenéticamente la cabeza y entregando al guardia un modesto monedero-. Y mi amo se reúne con ella, ¿sí?

El guardia se encogió de hombros.

-Tal vez, aunque tendría que preguntárselo -respondió al mismo tiempo que tendía la mano. El criado lo miró con curiosidad.

»Si encuentro tiempo para molestarme en ir a preguntárselo -continuó el guardia de manera harto significativa.

-¿Yo pago a ti para decir a ella? -inquirió el hombrecillo. El segundo guardia soltó un sonoro resoplido y sacudió la cabeza ante tanta estupidez.

-Tú me pagas, yo se lo digo -replicó el primer guardia sin rodeos-. Si no me pagas, tu amo no la verá.

-Pero si yo pago a ti, nosotros... ¿él la ve?

-Si ella accede, sí. Se lo preguntaré, aunque no prometo nada.

El hombrecillo continuaba meneando la cabeza, pero desvió la mirada como si considerara la alternativa.

-Pago -decidió al fin, y tendió al guardia otro monedero, éste más pequeño.

El guardia se lo arrebató bruscamente y lo hizo saltar en una mano para comprobar el peso. Entonces sacudió la cabeza y puso mal gesto, indicando claramente que no era suficiente.

-¡No tengo más! -protestó el hombrecillo.

-Pues consíguelo -ordenó el guardia.

El pobre hombre empezó a dar saltitos; parecía inseguro y muy preocupado. Entonces tendió la mano para recuperar el segundo monedero, pero el guardia lo apartó, mirándolo con el entrecejo fruncido. El hombrecillo rebulló un poco más, dio unos brincos, soltó un agudo grito y se marchó a todo correr.

-¿Crees que nos atacarán? -preguntó el otro guardia, aunque por su tono de voz era evidente que esa posibilidad no le preocupaba demasiado.

Esa mañana una caravana formada por seis carretas había llegado a Dallabad para refugiarse del sol abrasador. Los conductores eran veinte hombretones, ninguno de los cuales tenía un aspecto demasiado amenazador ni se parecían remotamente a un hechicero. Cualquier

ataque de ese grupo contra Dallabad tan sólo proporcionaría unos momentos de diversión a los soldados de Ahdahnia Soulez.

-Creo que nuestro pequeño amigo ya se ha olvidado del monedero -repuso el primer guardia-. O, al menos, no recuerda cómo lo ha perdido.

Su compañero rió. Casi nada había cambiado en el oasis desde la caída de Kohrin Soulez. Seguían siendo la misma banda de piratas dedicada a cobrar peaje. Desde luego, el guardia comunicaría a Ahdahnia que el jefe de la caravana deseaba reunirse con ella, pues así era como, principalmente, la mujer conseguía información. En cuanto a haber extorsionado a un pobre diablo, eso era algo sin importancia.

Sí, realmente pocas cosas habían cambiado.

-Así pues, es cierto que Kohrin ha muerto -comentó Lipke, el jefe de la partida de exploradores que actuaba como jefe de la «caravana de mercaderes».

El hombre echó una fugaz mirada a la resplandeciente torre a través de una rendija en la puerta de su tienda. Esa torre había causado una gran zozobra en Calimshan. Nadie se había llevado las manos a la cabeza porque Kohrin Soulez hubiese sido asesinado, ni tampoco porque su hija se hubiera hecho con el poder en el oasis Dallabad. Lo que había puesto a los muchos caudillos de la región en pie de guerra eran los rumores que relacionaban ese suceso con otro cambio, éste más traumático, en la cúpula de poder de una de las principales cofradías de Calimport.

-También es cierto que su hija ha ocupado su lugar -replicó Trulbul, mientras se quitaba de la espalda el relleno de la «joroba», parte de su disfraz de pobre diablo-. Maldita sea su nombre por volverse contra su padre.

-Es posible que no tuviera elección -sugirió Rolmanet, otro de los responsables del grupo de exploradores-. Artemis Entreri ha sido visto en Calimport portando la *Garra de Charon.* Tal vez Ahdahnia se la vendió, como algunos afirman, o tal vez la cambió por la magia que le permitiera construir esa torre, como dicen otros. O tal vez ese inmundo asesino desvalijara el cadáver de Kohrin Soulez.

-Los Basadoni tienen que estar detrás de esto -razonó Lipke-. Conozco a Ahdahnia y ella nunca se hubiera vuelto contra su padre de una manera tan brutal, y mucho menos por la venta de una espada. Dallabad posee suficientes riquezas.

-Pero ¿por qué la cofradía Basadoni la ha dejado al mando de Dallabad? -inquirió Trulbul-. O, para ser más exactos, si Ahdahnia conserva algún vestigio de lealtad hacia su padre, ¿cómo han podido dejarla al mando? Los guardias con los que hablé no eran soldados de Basadoni. Estoy seguro. Tenían la típica piel estropeada de los habitantes del desierto, como la milicia de Dallabad, y no la mugre de las calles de Calimport. Kohrin Soulez trataba bien a los miembros de su cofradía; incluso el más insignificante de sus soldados y ayudantes llevaba siempre oro para apostar en las tiendas de juego. ¿Qué razón tendrían para olvidar tan rápidamente la lealtad que le debían?

Los tres se miraron y rompieron a reír. La lealtad nunca había sido el fuerte de ninguna de las cofradías y bandas de Calimshan.

-Creo que tienes razón -declaró Trulbul-, pero algo me huele mal. Estoy convencido de que esto no ha sido un simple golpe por el poder.

-Todos estamos de acuerdo en eso -replicó Lipke-. Artemis Entreri lleva ahora la poderosa espada de Kohrin; si Ahdahnia Soulez hubiera decidido hacerse con el control del oasis Dallabad, ¿habría renunciado tan fácilmente a tan importante arma defensiva? ¿Justamente cuando más debía temer represalias?

-A no ser que contratara a Entreri para matar a su padre, y el pago fuese la *Garra de Charon* -razonó Rolmanet. Mientras hablaba asentía con la cabeza, seguro de haber dado con una explicación muy verosímil.

-Si fue así, sería el asesinato más caro de Calimshan en muchos siglos -comentó Lipke.

-¿Se te ocurre otra explicación? -replicó un frustrado Rolmanet.

-Basadoni. Tiene que ser cosa de los Basadoni -afirmó Trulbul, muy seguro de sí mismo-. Primero extienden su zona de control dentro de la ciudad y luego vuelven a atacar para conquistar un lugar lejos de miradas curiosas. Debemos confirmarlo.

Los otros dos asintieron de mala gana.

Jarlaxle, Kimmuriel y Rai'gy estaban cómodamente sentados en el primer piso de la torre cristalina. Gracias a un espejo mágico, creado por Rai'gy en colaboración con *Crenshinibon,* habían sido testigos de la conversación entre los tres exploradores, después de que el espejo siguiera al supuesto idiota desde el momento que entregó el monedero a un guardia de la fortaleza.

-Esto debe acabar. Estamos yendo demasiado lejos y llamando la atención -osó decir Rai'gy a Jarlaxle.

Aquí no. No dentro de la réplica de Crenshinibon, advirtió telepáticamente Kimmuriel a su amigo hechicero. Mientras enviaba el mensaje, sintió la energía de la Piedra de Cristal que acechaba más allá de sus defensas mentales. Kimmuriel tenía muy presentes las advertencias de Yharaskrik y no deseaba alertar a *Crenshinibon* sobre su verdadera naturaleza, por lo que interrumpió rápidamente toda actividad psíquica.

-¿Qué piensas hacer con ellos? -preguntó Rai'gy con más calma. El mago lanzó una fugaz mirada a Kimmuriel para decirle que había recibido el mensaje y que seguiría su sabia advertencia.

-Destruirlos -dijo Kimmuriel.

-No, se unirán a nosotros -lo corrigió Jarlaxle-. Evidentemente, los veinte componentes de la partida están conectados con otras cofradías. Serían magníficos espías.

-Es demasiado arriesgado -protestó Rai'gy.

-Quienes se sometan a la voluntad de *Crenshinibon* nos servirán -repuso Jarlaxle con extrema calma-. Y los que no, serán ejecutados.

Rai'gy no parecía muy convencido e iba a replicar, pero Kimmuriel le puso una mano sobre el antebrazo para que se contuviera.

-¿Te ocuparás tú de ellos o prefieres que enviemos algunos soldados para capturarlos y llevarlos ante la Piedra de Cristal para que los juzgue? -preguntó Kimmuriel a Jarlaxle.

-*Crenshinibon* puede penetrar en sus mentes desde la torre -contestó el jefe mercenario-. Quienes se sometan eliminarán a aquellos de sus compañeros que opongan resistencia.

-¿Y si los que se resisten son mayoría? -no pudo evitar preguntar Rai'gy, y nuevamente Kimmuriel le hizo señas para que guardara silencio. El psionicista se levantó y pidió al hechicero que lo acompañara afuera.

-Con los cambios en la jerarquía de Dallabad y la evidente presencia de la torre, tendremos que estar en guardia durante algún tiempo -dijo Kimmuriel a Jarlaxle antes de irse.

-*Crenshinibon* es muy cautelosa -contestó Jarlaxle.

En respuesta, Kimmuriel sonrió, aunque la convicción que demostraba Jarlaxle lo ponía nervioso, ya que confirmaba que la información sobre la negativa influencia de la Piedra de Cristal era cierta.

Rai'gy y Kimmuriel dejaron a su jefe a solas con su nuevo aliado: la silenciosa reliquia.

Rolmanet y Trulbul parpadearon repetidamente al salir a la brillante luz del sol, que hería sus ojos. A su alrededor, todos los demás miembros del grupo trabajaban metódicamente, aunque sin gran entusiasmo, cepillando los caballos y los camellos, y llenando los odres con el agua que necesitaban para proseguir su viaje hasta Calimport.

Algunos deberían estar explorando el perímetro del oasis y contando los guardias de la fortaleza de Dallabad, pero Rolmanet se dio cuenta de que ninguno de los dieciséis

componentes de la partida se había alejado del campamento. También se fijó en que muchos los miraban con una extraña expresión.

Un hombre en particular le llamó la atención.

-¿Todavía no ha llenado los odres? -preguntó Rolmanet en voz baja a su compañero-. ¿Y no debería estar junto a la muralla oriental, contando centinelas? -Al mirar a Trulbul, sus últimas palabras se perdieron en el aire. Trulbul miraba fijamente y en silencio la torre de cristal con un destello de nostalgia en sus ojos oscuros.

-¿Trulbul? -preguntó Rolmanet e hizo ademán de acercarse a su compañero pero, de golpe, sintió que pasaba algo raro y en vez de acercarse, se alejó de él.

En el rostro de Trulbul apareció una expresión de total serenidad.

-¿No la oyes? -preguntó, lanzando una mirada a Rolmanet-. La música.

-¿Música? -Curioso, Rolmanet pasó brevemente la mirada por su compañero y luego se fijó en la torre, escuchando con atención.

-Qué música tan hermosa -comentó Trulbul en voz alta, y varios de los hombres más próximos asintieron.

Rolmanet trató de normalizar su respiración para dar, al menos, impresión de calma. Entonces oyó la música, una sutil melodía que transmitía un mensaje de paz y prosperidad, que prometía beneficios y poder y... que exigía fidelidad.

-Yo me quedo en Dallabad -anunció Lipke de pronto mientras salía de la tienda-. Aquí las oportunidades son mejores que con el bajá Broucalle.

Sin poderlo evitar, Rolmanet abrió mucho los ojos y tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para no mirar alarmado a su alrededor ni salir corriendo de allí. Entonces lo comprendió y empezó a respirar entrecortadamente: eran víctimas del encantamiento de un hechicero, que convertía en amigos a los enemigos y viceversa.

-Qué música tan bonita -dijo otro hombre situado cerca.

-¿La oyes? -preguntó Trulbul a Rolmanet.

Éste luchó por tranquilizarse y adoptar una expresión de calma antes de volverse para mirar a su amigo.

-No, no la oye -respondió Lipke antes de que Rolmanet hubiera completado el giro-. Él no ve la oportunidad que se nos ofrece. ¡Él nos traicionará!

-¡Es un hechizo! -gritó Rolmanet, al tiempo que desenvainaba su espada curva-. ¡Un mago intenta hacernos prisioneros! ¡Luchad! ¡Resistíos al hechizo, amigos míos!

Lipke le atacó con la espada, lanzándole una impetuosa estocada que el avezado Rolmanet logró parar con habilidad. Antes de poder pasar al contraataque, Trulbul se puso al lado de Lipke y lanzó una estocada contra el corazón de Rolmanet.

-¿Es que no lo entendéis? -gritó Rolmanet frenético, y solamente por suerte pudo defenderse del segundo ataque.

Mientras retrocedía, lanzaba rápidas miradas a su alrededor en busca de aliados y tratando de evitar nuevos enemigos. Junto al agua se libraba otra lucha; varios hombres se habían abalanzado sobre un compañero, lo habían derribado y lo golpeaban brutalmente con pies y puños, sin dejar de gritarle que no podía oír la música, que los traicionaría en ésa su hora de gloria.

Otro hombre que se resistía a la seductora llamada echó a correr hacia un lado, e inmediatamente el grupo emprendió la persecución, dejando boca abajo en el agua al hombre al que habían matado a golpes.

A un lado, estalló otra lucha.

Rolmanet se volvió hacia sus dos adversarios, los dos hombres que habían sido sus mejores amigos durante años.

-¡Es una mentira, un truco! -insistió-. ¿Es que no lo veis?

Lipke lo atacó con un astuto golpe bajo, seguido por una cuchillada ascendente, que ejecutó doblando la muñeca, y por otro tajo hacia arriba que obligó a Rolmanet a inclinar el cuerpo hacia atrás en precario equilibrio. Aprovechando su posición vulnerable, Lipke cargó de nuevo lanzándole una estocada directa.

Pero la espada de Trulbul interceptó el golpe mortal.

-¡Espera! -gritó Trulbul a su asombrado compañero-. ¡Rolmanet dice la verdad! ¡Reflexiona sobre lo que promete la música, te lo suplico!

Pero Lipke se encontraba por completo bajo el influjo de la Piedra de Cristal, por lo que únicamente hizo una breve pausa para hacer creer a Trulbul que reflexionaba sobre sus palabras. Cuando Trulbul asintió sonriendo y bajó la espada, Lipke le abrió la garganta de un solo tajo.

Al volverse, vio que Rolmanet huía a toda velocidad, dirigiéndose hacia los caballos atados junto al agua.

-¡Detenedlo! ¡Detenedlo! -gritaba Lipke mientras se lanzaba en su persecución. Otros hombres se unieron a él intentando tapar todas las rutas de escape. Rolmanet montó sobre su caballo y le hizo dar media vuelta. Los cascos del animal rechinaron en la arena. Rolmanet era un excelente jinete y escogió la vía de escape acertada, por lo que no pudieron detenerlo.

El hombre huyó de Dallabad al galope, sin poder ayudar a los otros que resistían, a los cuales les habían cortado la retirada y pronto serían atrapados y reducidos. No, el arenoso camino lo conducía directamente y a una velocidad casi suicida hacia la lejana Calimport.

Los pensamientos de Jarlaxle y de *Crenshinibon* orientaron el espejo mágico para observar la ruta del solitario fugitivo.

El jefe mercenario sentía el poder que se estaba acumulando dentro de la torre de cristal. A medida que la torre absorbía energía del sol y la concentraba a través de una serie de prismas y espejos en el vértice de la puntiaguda torre, emitía un suave zumbido. Jarlaxle comprendió qué se proponía la Piedra de Cristal. Dadas las consecuencias de permitir que alguien escapara, parecía la solución más lógica.

No lo mates, ordenó Jarlaxle a *Crenshinibon* sin saber qué le inducía a hacerlo. *No podrá decir a sus superiores muchas cosas que no sepan ya. Los espías no tienen ni idea de quién está detrás del cambio de poder en Dallabad y creerán simplemente que un mago...* El drow sintió cómo la energía se seguía concentrando, sin que la reliquia le respondiera, protestara ni dijera nada en absoluto.

Jarlaxle miró en el espejo la imagen del aterrorizado fugitivo. Cuanto más pensaba en ello, más razón creía tener; no había ninguna necesidad de matarlo. De hecho, sería ventajoso para Bregan D'aerthe que informara a sus superiores del absoluto fracaso de su misión en Dallabad. No se habría confiado una misión tan importante a espías de poca monta, y el modo en que el grupo había sido aplastado sin duda impresionaría a los otros bajás, quizá lo suficiente para que se acercaran a Dallabad para negociar y firmar una tregua.

El drow transmitió todos esos pensamientos a la Piedra de Cristal, repitiendo la orden de que se detuviera por el bien de la banda, aunque secretamente deseaba evitar una muerte inútil.

Pero la energía acumulada crecía cada vez más y buscaba el modo de liberarse.

-¡Ya basta! ¡No! -ordenó en voz alta.

-¿Qué ocurre, jefe? -preguntó Rai'gy. El mago y su amigo Kimmuriel regresaron corriendo a la habitación.

Al entrar, vieron a Jarlaxle mirando muy enfadado el espejo.

Entonces, el espejo se iluminó. ¡Y cómo! Se produjo un destello tan intenso y doloroso para los ojos de los drows como el mismo sol. De la punta de la torre salió disparado un rayo

de abrasadora energía dirigida al jinete y su caballo, a los que envolvió con un resplandor mortal.

Un instante después, los huesos carbonizados de Rolmanet y del animal yacían en las arenas del desierto.

Jarlaxle cerró los ojos y apretó los dientes, tragándose la rabia y los deseos de gritar.

-Realmente impresionante -comentó Kimmuriel.

-Quince se han pasado a nuestro bando, y los cinco restantes están muertos. La victoria ha sido completa -dijo Rai'gy.

Jarlaxle no estaba tan seguro de eso, pero recobró rápidamente la compostura y miró a sus lugartenientes con expresión serena.

-*Crenshinibon* decidirá quiénes han sucumbido más fácilmente y de modo más completo a su poder -informó al receloso par-. Ésos serán enviados de vuelta a su cofradía (o cofradías, pues se trataba de una operación conjunta) con una explicación apropiada para la derrota. Los otros serán interrogados, y os aseguro que contestarán de buen grado a todas nuestras preguntas, para averiguar lo máximo posible acerca de quién está metiendo las narices en nuestros asuntos.

Rai'gy y Kimmuriel intercambiaron una mirada que no escapó a Jarlaxle. Era una clara indicación de que, al entrar, se habían fijado en su consternación. El jefe mercenario no sabía qué conclusiones sacarían, pero en esos momentos no se sentía nada satisfecho.

-¿Entreri ha regresado a Calimport? -preguntó.

-Sí, está en la casa Basadoni -contestó Kimmuriel.

-Como debe ser. Interrogaremos a los hombres que acaban de incorporarse a la banda y luego se los entregaremos a Ahdahnia. Dejad aquí a Berg'inyon y un pequeño contingente para que vigilen la operación.

Los dos lugartenientes volvieron a intercambiar una fugaz mirada, pero no objetaron nada. Con una inclinación de cabeza abandonaron la habitación.

Jarlaxle clavó los ojos en los huesos ennegrecidos que mostraba el espejo.

Era preciso, le susurró mentalmente *Crenshinibon. Hubiera alertado a otros, que hubieran venido mejor preparados. Todavía no estamos listos para eso.*

Jarlaxle se dio cuenta de que la Piedra de Cristal mentía. *Crenshinibon* no temía la intrusión de ojos curiosos ni tampoco el ataque de ningún ejército. Arrogante como era, la Piedra de Cristal estaba convencida de que podría convertir a la mayoría de cualquier fuerza de ataque de modo que se volviera contra quienes se negaran a someterse a ella. Jarlaxle se preguntó a cuántos podría llegar a controlar. ¿A cientos, a miles, a millones?

Crenshinibon «oyó» las silenciosas preguntas y las contestó proyectando en la mente de Jarlaxle imágenes de dominación, no sólo de las calles de Calimport, sino de todo el reino.

El drow cambió la posición del parche y se concentró en él para debilitar su conexión con la reliquia, al tiempo que se esforzaba en ocultarle, todo lo posible sus pensamientos. Jarlaxle sabía que *Crenshinibon* mentía, que no había matado al fugitivo por miedo a posibles represalias. Tampoco había desatado una fuerza tan aplastante contra el solitario jinete porque se opusiera a los argumentos de Jarlaxle a favor de salvarle la vida.

No. La Piedra de Cristal había matado al hombre justamente porque Jarlaxle le había ordenado lo contrario, porque el drow había cruzado la raya que marcaba su alianza y había tratado de asumir el control.

Crenshinibon no podía tolerar algo así.

¿Pero podría ella cruzar la raya en sentido contrario?

Era una idea desagradable que inquietó a Jarlaxle, el cual había pasado la mayor parte de su vida sin ser el servidor de nadie, ni siquiera de una madre matrona.

-Tenemos a los nuevos aliados totalmente dominados, lo que nos hace más fuertes -declaró Rai'gy sarcásticamente cuando se quedó a solas con Kimmuriel y Berg'inyon.

-A medida que nuestras filas crecen, también aumenta el peligro de que nos descubran -coincidió con él Berg'inyon.

-Y el peligro de que nos traicionen -añadió Kimmuriel-. Recordad que uno de los espías, que estaba bajo la influencia de *Crenshinibon*, se volvió contra nosotros cuando la lucha empezó. La dominación no es completa ni inquebrantable. Con cada nuevo soldado que se incorpora a nuestras filas, aumenta el riesgo de que estalle una rebelión interna. No es probable que ninguno de ellos se sustraiga a la dominación de *Crenshinibon* y nos cause un daño real (después de todo no son más que unos pobres humanos); pero no podemos descartar la posibilidad de que alguno escape y revele a su cofradía quiénes son los nuevos amos de la casa Basadoni.

-Todos estamos de acuerdo en cuáles serían las consecuencias si se descubriera nuestra presencia en la superficie -añadió Rai'gy en tono ominoso-. Ese grupo de espías vino a Dallabad en busca de la respuesta a esa pregunta, y cuanto más ampliemos la fachada de la cofradía Basadoni, más probable es que nos descubran. Estamos arriesgando nuestro anonimato por un estúpido anhelo de expansión.

Los otros dos guardaron silencio largo rato. Por fin, Kimmuriel preguntó en voz baja:

-¿Vas a decirle esto mismo a Jarlaxle?

-¿Debemos plantear este problema a Jarlaxle o al verdadero líder de Bregan D'aerthe? -replicó Rai'gy con amargo sarcasmo.

La atrevida proclamación del hechicero dio a sus interlocutores mucho que pensar. Por fin alguien se había atrevido a decir sin ambages que Jarlaxle había entregado el control de la banda a un artilugio sensible.

-Tal vez ha llegado el momento de que demos un golpe de timón -dijo Kimmuriel sombríamente.

Tanto él como Rai'gy habían servido a las órdenes de Jarlaxle durante muchísimo tiempo, por lo que comprendían las tremendas dificultades de lo que se planteaban. Arrebatar a Jarlaxle las riendas de Bregan D'aerthe sería tan complicado o más que tratar de robar la casa Baenre a su matrona durante los siglos que ésta la había gobernado con mano de hierro. En muchos aspectos, Jarlaxle era tan taimado, poseía tantas defensas y disfrutaba de una comprensión tan profunda de todo lo que lo rodeaba, que podría resultar un enemigo aún más formidable.

No obstante, los tres veían claramente que el asalto al poder había empezado a fraguarse cuando la casa Basadoni inició su expansión.

-Tengo una fuente que puede proporcionarnos más información sobre la Piedra de Cristal. Tal vez haya un modo de destruirla o, al menos, de anularla temporalmente para que Jarlaxle sea vulnerable -dijo Kimmuriel.

Rai'gy miró a Berg'inyon, y ambos asintieron con graves semblantes.

Artemis Entreri empezaba a comprender que se estaba cociendo la ruina de Jarlaxle y, por ende, la suya propia. Poco después de que la mayoría de los elfos oscuros regresara a la casa Basadoni, se había enterado del incidente en Dallabad y, por la expresión y el tono de voz de los drows, supo que muchos de los subordinados de Jarlaxle no se sentían precisamente entusiasmados con los últimos acontecimientos.

Tampoco Entreri. El asesino sabía que las quejas de Rai'gy y Kimmuriel tenían fundamento, y que la política de expansión de Jarlaxle estaba llevando a Bregan D'aerthe por un camino extremadamente peligroso. Cuando se filtrara la verdad sobre la casa Basadoni y del cambio de poder en Dallabad -y Entreri no tenía duda de que se acabaría sabiendo- todas las cofradías, todos los señores y todos los poderes de la región harían un frente común contra Bregan D'aerthe. Jarlaxle era astuto, y la banda de mercenarios poderosa -más aún ahora que

contaban con la Piedra de Cristal-; pero, al final, todos serían definitivamente eliminados, uno a uno.

No, se dijo el asesino, seguramente no se llegaría a eso. El trabajo preliminar ya había sido hecho, y Entreri estaba convencido de que Rai'gy y Kimmuriel atacarían a Jarlaxle, y pronto. Los dos lugartenientes ponían cada día caras más largas, y sus palabras eran más y más audaces.

Esto planteó a Entreri una cuestión desconcertante. ¿Sería posible que la Piedra de Cristal estuviera alentando el golpe por el poder, tal y como la diosa Lloth alentaba los ataques entre las diferentes casas de Menzoberranzan? ¿Acaso pensaba la reliquia que saldría ganando si se aliaba con alguno de los dos lugartenientes de Bregan D'aerthe con poderes mágicos? ¿O quizá Jarlaxle estaba provocando el golpe mediante sus acciones a instancias de *Crenshinibon* o bajo su influencia directa?

Fuese como fuese, Entreri sabía que, pese a su última adquisición mágica, su posición se estaba debilitando. Desde cualquier perspectiva que contemplara la situación, Jarlaxle era vital para su propia supervivencia.

El asesino enfiló una familiar avenida, moviéndose discretamente entre la muchedumbre que abarrotaba las calles a primera hora de la noche, procurando mantenerse en las sombras sin meterse en líos. Tenía que hallar el modo de conseguir que Jarlaxle recuperara el mando y volviera a pisar terreno firme. Necesitaba que Jarlaxle controlara Bregan D'aerthe, no sólo las acciones de los mercenarios sino también sus corazones. Sólo así podría desbaratar un golpe que, si triunfaba, sellaría el destino de Entreri.

Sí, tenía que afianzar la posición de Jarlaxle y después buscar el modo de alejarse lo más posible de los elfos oscuros y sus peligrosas intrigas.

Los centinelas apostados a la puerta de La Ficha de Cobre no se sorprendieron al verlo y le informaron de que Dwahvel lo esperaba en la sala del fondo.

El asesino dedujo que la halfling ya estaba enterada de los últimos sucesos acaecidos en Dallabad y sacudió la cabeza, recordándose que precisamente era esa asombrosa habilidad de la halfling para obtener información lo que le había llevado esa noche a la taberna.

-Fue la casa Broucalle de Memnon -le informó Dwahvel tan pronto como Entreri hubo entrado en la sala y se hubo sentado en uno de los lujosos cojines colocados en el suelo frente a la halfling.

-Ha actuado con mucha rapidez -replicó Entreri.

-La torre de cristal es como un enorme faro que se alza en la arena del desierto. ¿Por qué se empeñan tus aliados en llamar la atención, cuando necesitan mantener su existencia en secreto?

Entreri no contestó con palabras, pero su expresión lo decía todo sobre los temores que lo embargaban.

-Se están equivocando -prosiguió Dwahvel, compartiendo los mismos temores que el asesino-. Tienen ya la casa Basadoni, una espléndida pantalla para comerciar con mercancías exóticas. ¿Por qué ir más allá y provocar una guerra que no pueden ganar?

Entreri tampoco respondió a eso.

-¿O acaso ha sido éste desde siempre el propósito de la banda drow? -inquirió Dwahvel con auténtica preocupación-. Tal vez te engañaron acerca de sus intenciones y te hicieron creer que habían venido en busca de beneficios, cuando no son más que la avanzadilla de un ejército que desea conquistar Calimport y todo Calimshan.

-No -la contradijo el asesino-. Conozco bien a Jarlaxle. Vino aquí para sacar provecho para su banda y beneficiar asimismo a quienes trabajaran con él. Así es como funciona él. No creo que jamás accediera a formar parte de algo tan peligroso como la avanzadilla de un ejército invasor. Jarlaxle no es un caudillo guerrero ni tiene las habilidades para serlo. Es más bien un oportunista al que le importa muy poco la gloria y mucho los lujos.

-Pero está llamando al desastre al construir un monumento tan evidente y tentador, como es esa torre. -Dwahvel ladeó su regordeta cabeza mientras estudiaba con atención la expresión preocupada de Entreri-. Por cierto, ¿qué es?

-¿Qué sabes tú de *Crenshinibon*, la Piedra de Cristal?

Dwahvel arrugó la frente y se abstrajo un momento en sus pensamientos antes de negar con la cabeza.

-Apenas nada -admitió-. Sólo que crea torres a su imagen.

-Se trata de una reliquia sensible de gran poder -le explicó Entreri-. No estoy seguro de que los fines de *Crenshinibon* y de Jarlaxle sean los mismos.

-Muchas reliquias poseen voluntad propia. No sería tan extraordinario que ésta también la tuviera.

-Averigua todo lo que puedas sobre la Piedra de Cristal -le pidió Entreri-, y hazlo rápido, antes de que tus temores se hagan realidad. -El asesino hizo una pausa y consideró cuál sería el curso de acción más conveniente para Dwahvel a la luz de los últimos acontecimientos-. Intenta descubrir cómo llegó a manos de Drizzt y dónde...

-Por los Nueve Infiernos, ¿qué es un «drizzt»?

Entreri iba a explicárselo, pero cambió de idea y se echó a reír al recordar que el mundo era, verdaderamente, muy grande.

-Era un elfo oscuro. Ahora está muerto.

-Ah, ya. Tu rival. Ese al que llamabas Do'Urden.

-Olvídalo, como yo he hecho -le ordenó Entreri-. Tan sólo es relevante porque fue a él a quien un secuaz de Jarlaxle arrebató la Piedra de Cristal. Se hizo pasar por un sacerdote de renombre llamado Cadderly, creo, que reside en las montañas Copo de Nieve.

-Un viaje muy largo -comentó la halfling.

-Mereció la pena. Y ambos sabemos que la distancia no es problema para un mago que conozca los hechizos adecuados.

-Te saldrá caro.

Con un giro de sus musculosas piernas, un movimiento que incluso hubiera resultado difícil a un avezado guerrero con la mitad de años que Entreri, el asesino se levantó. Su alta figura se cernía amenazadora sobre Dwahvel. Entonces, se inclinó hacia ella y le palmeó un hombro con la mano derecha enfundada en el guantelete mágico.

La halfling captó el mensaje.

11
Algo gordo se cuece

¿Era esto lo que deseabas desde el principio?, preguntó Kimmuriel a Yharaskrik sin andarse por las ramas.

El *illita* se hizo el sorprendido. Yharaskrik había estado explicando al drow cómo defenderse de las intrusiones mentales de la Piedra de Cristal. El *illita* había querido desde el principio que se llegara a la situación presente.

¿De quién será: tuya o de Rai'gy?, preguntó a su vez telepáticamente Yharaskrik.

De Rai'gy, contestó el drow. *Él y* Crenshinibon *se complementarán a la perfección. La propia* Crenshinibon *se lo ha comunicado.*

Eso es lo que ambos creéis. Pero también parece lógico suponer que Crenshinibon *te considera a ti una amenaza; y puede que te esté empujando para destruirte a ti y a tus compañeros.*

No descarto tal posibilidad, replicó Kimmuriel sin mostrarse alterado. *Ésta es la razón por la que he acudido a ti.*

El *illita* guardó un largo silencio mientras asimilaba la información.

La Piedra de Cristal es un artilugio muy poderoso, dijo al fin. *Pedirme que...*

No sería más que algo provisional, lo interrumpió el drow. *No deseo que tengas que enfrentarte a* Crenshinibon; *sé que no tendrías ninguna posibilidad contra ella.* Kimmuriel transmitió estos pensamientos sin temor a ofender al desollador mental. El drow sabía que los *illitas* eran una raza absolutamente lógica y, por tanto, capaces de controlar su ego. Desde luego, estaban convencidos de su superioridad respecto a otras razas -por descontado a los humanos e incluso a los drows-, pero junto a esa seguridad mantenían un elemento de razón que les impedía ofenderse por afirmaciones objetivas. Yharaskrik era consciente de que *Crenshinibon* era capaz de destruir a cualquier criatura, salvo quizás a un dios.

Tal vez haya una forma, replicó el *illita,* y la sonrisa de Kimmuriel se ensanchó. *La influencia de una Torre de Voluntad Férrea podría rodear a* Crenshinibon, *y vencer sus intrusiones mentales y su control sobre cualquier torre que haya alzado cerca del campo de batalla. Temporalmente,* añadió la criatura enfáticamente. *Se necesitaría un ejército de* illitas *para debilitar de manera permanente los poderes de* Crenshinibon.

-Un poco de tiempo bastará para provocar la caída de Jarlaxle. No pido más -dijo Kimmuriel en voz alta. El drow se despidió con una inclinación de cabeza. Mientras atravesaba la puerta dimensional que lo llevaría de vuelta a los aposentos que compartía con Rai'gy en Calimport, estas últimas palabras resonaban en su mente.

¡La caída de Jarlaxle! Kimmuriel no acababa de creerse que formara parte de una conspiración contra Jarlaxle. ¿Acaso el jefe mercenario no le había ofrecido protección frente a su propia madre matrona y sus crueles hermanas, y después lo había salvado cuando la matrona Baenre declaró que la casa Oblodra debía ser completamente exterminada? Y aparte de su lealtad hacia Jarlaxle, quedaba el problema práctico de cómo decapitar a Bregan D'aerthe. Precisamente Jarlaxle había propiciado la ascensión de la banda mercenaria, la había convertido en lo que era en la actualidad hacía más de un siglo, y ningún otro miembro de la banda -ni siquiera el tan seguro de sí mismo Rai'gy- ponía en duda la importancia política de Jarlaxle para la supervivencia de Bregan D'aerthe.

Estas ideas llenaban la mente de Kimmuriel mientras se disponía a reunirse con Rai'gy. El mago estaba ensimismado planeando la caída de Jarlaxle.

-¿Tu nuevo amigo puede ayudarnos? -preguntó el impaciente sacerdote hechicero apenas vio a Kimmuriel.

-Es muy posible.

-Si logramos neutralizar la Piedra de Cristal, el ataque será un éxito -declaró Rai'gy.

-No subestimes a Jarlaxle. Ahora posee la Piedra de Cristal, así que lo primero es eliminar la poderosa reliquia, pero incluso sin ella Jarlaxle ha pasado muchos años consolidando su control sobre Bregan D'aerthe. Si no fuera por la negativa influencia de *Crenshinibon*, jamás se me habría ocurrido ir contra él.

-Pero justamente eso es lo que ha debilitado su posición. Incluso los soldados rasos tienen miedo del rumbo que han tomado sus acciones.

-También he oído a algunos hablar en términos admirativos de nuestro aumento de poder -arguyó Kimmuriel-. Algunos están convencidos de que Bregan D'aerthe dominará el mundo de la superficie, y que con Jarlaxle la banda conquistará primero a los débiles humanos y después regresará a Menzoberranzan en toda su gloria para conquistar asimismo la ciudad.

Rai'gy se echó a reír ante tamaña estupidez.

-*Crenshinibon* es poderosa, desde luego, pero su poder es limitado, te lo aseguro. ¿Es que el desollador mental no te dijo que *Crenshinibon* anhela alcanzar el control absoluto?

-En la presente situación, es irrelevante que esa fantasía de conquista sea o no irrealizable -replicó Kimmuriel-. Lo que importa es qué creen los soldados de Bregan D'aerthe.

Rai'gy no sabía qué objetar a eso, aunque no se sentía inquieto.

-Pese a que Berg'inyon está de nuestro lado, el papel de los drows en la batalla será limitado. Disponemos de humanos y de miles de kobolds.

-Muchos de esos humanos nos sirven gracias a *Crenshinibon* -le recordó Kimmuriel-. Y si Yharaskrik no logra neutralizar completamente la Piedra de Cristal, a ésta no le costará nada controlar a los kobolds.

Pero el mago no se dejó amilanar.

-Nos quedan los hombres rata. Las criaturas metamórficas resisten mucho mejor las intrusiones mentales, ya que su conflicto interno actúa como barrera contra las influencias externas.

-¿Has reclutado a Domo?

-No -admitió el mago-. Domo es difícil, pero he reclutado a varios de sus lugartenientes. Si Domo es eliminado, nos apoyarán. Para lograrlo, he revelado a Sharlotta Vespers que el jefe de los hombres rata ha estado hablando más de la cuenta acerca de Bregan D'aerthe con el bajá Da'Daclan y también con el jefe de una de las cofradías que intentaron espiar en Dallabad. Ella se encargará de decírselo a Jarlaxle.

Kimmuriel asintió, aunque en su rostro se seguía reflejando su preocupación. Jarlaxle era un duro rival en ese tipo de juegos de engaño y podía darse cuenta de que se trataba de una estratagema y utilizar a Domo para lograr el apoyo de los hombres rata.

-Las acciones de Jarlaxle serán muy reveladoras -prosiguió Rai'gy-. Sin duda, *Crenshinibon* querrá creer a Sharlotta, pero Jarlaxle será más cauteloso antes de atacar a Domo.

-En el fondo, estás convencido de que Domo morirá hoy mismo -concluyó Kimmuriel tras un momento de reflexión.

-La Piedra de Cristal se ha convertido en la fuerza de Jarlaxle y, por lo tanto, en su debilidad -repuso el mago con una pérfida sonrisa.

-Primero el guantelete y ahora esto -dijo Dwahvel Tiggerwillies con un profundo suspiro-. Ay, Entreri, ¿qué haré yo para ganarme un dinero extra cuando tú ya no estés?

-Date prisa -replicó secamente el asesino, al que el comentario de la halfling no le había hecho ni pizca de gracia.

-Parece que las acciones de Sharlotta te han puesto muy nervioso -dijo Dwahvel, que había observado las numerosas idas y venidas de la humana por las calles así como sus reuniones con conocidos agentes de la cofradía de los hombres rata.

Entreri se limitó a asentir con la cabeza. Por si acaso, no deseaba compartir con Dwahvel las últimas noticias. El asesino sabía que los acontecimientos se estaban precipitando. Rai'gy y Kimmuriel estaban poniendo las bases de su ataque, pero, al menos, Jarlaxle parecía haberse dado cuenta por fin de lo que se cocía. El jefe mercenario lo había hecho llamar pocos minutos antes y le había ordenado que se reuniera con un hombre rata especialmente repugnante llamado Domo. Si Domo estaba metido en la conspiración, Rai'gy y Kimmuriel iban a sufrir su primera baja.

-Volveré antes de dos horas. Tenlo preparado -dijo el asesino.

-No tenemos el material adecuado para hacer lo que pides -se lamentó Dwahvel.

-Lo importante es el color y la consistencia. El material no tiene que ser exacto.

La halfling se encogió de hombros.

Entreri se internó en la noche de Calimport, moviéndose rápidamente embozado en su capa. No lejos de La Ficha de Cobre, se metió en un callejón y, tras echar un rápido vistazo alrededor para asegurarse de que nadie lo seguía, se introdujo ágilmente en una boca de alcantarilla que conducía a los túneles que recorrían la ciudad bajo tierra.

Pocos minutos después, se encontraba con Jarlaxle en el lugar acordado.

-Sharlotta me ha informado que Domo se está yendo de la lengua respecto a nosotros -declaró el jefe mercenario.

-¿Lo has hecho llamar?

-Sí, y probablemente acudirá a la cita con muchos aliados. ¿Estás preparado para luchar?

Entreri esbozó la primera sonrisa sincera en muchos días. ¿Preparado para luchar contra hombres rata? ¿Cómo no estarlo? No obstante, debía tener presente la fuente de información. El asesino se daba cuenta de que Sharlotta estaba jugando a dos bandas: conspiraba junto con Rai'gy y Kimmuriel, pero no cortaba abiertamente los lazos que la unían a Jarlaxle. Entreri dudaba que Sharlotta y sus aliados drows pretendieran que ésa fuera la batalla final por el control de Bregan D'aerthe. Algo así requería una planificación más prolongada, y las alcantarillas de Calimport no serían el lugar elegido para librar la inevitable batalla.

No obstante...

-Tal vez deberías haberte quedado en Dallabad un tiempo, dentro de la torre de cristal, supervisando la nueva operación -sugirió Entreri.

-Domo no me asusta -replicó Jarlaxle.

Entreri se quedó mirándolo. ¿Realmente no se daba cuenta de lo que se gestaba en el seno de Bregan D'aerthe? De ser así, ganaría fuerza la hipótesis de que la Piedra de Cristal estaba alimentando la deslealtad de Rai'gy y Kimmuriel. ¿O acaso era él mismo quien se estaba volviendo paranoico y veía traiciones y alzamientos donde no los había?

El asesino inspiró hondo y sacudió la cabeza para tratar de aclararse las ideas.

-Sharlotta podría estar equivocada -dijo al fin-. O es posible que tenga sus propias razones para desear desembarazarse del problemático Domo.

-Muy pronto lo sabremos -repuso Jarlaxle, haciendo una seña con la cabeza en dirección al túnel por el que Domo, encarnado en una enorme rata humanoide, se aproximaba junto con otros tres hombres rata.

-Mi querido Domo -lo saludó Jarlaxle, y el aludido inclinó la cabeza.

-Me alegro de que hayas bajado. No me gusta subir a la superficie a esta hora del día, ni siquiera a los sótanos de la casa Basadoni. Siempre hay demasiado alboroto.

Entreri entrecerró los ojos y estudió al repugnante mutante, pensando que su respuesta era como mínimo curiosa, pero resistiéndose a interpretarla en un sentido u otro.

-¿Los agentes de las demás cofradías también bajan aquí para reunirse contigo? -preguntó Jarlaxle, con lo que ponía en guardia a Domo.

El asesino clavó la mirada en el drow y se dio cuenta de que seguía instrucciones de *Crenshinibon* para que la piedra leyera más fácilmente cualquier pensamiento de traición que albergara el hombre rata. Sin embargo, Jarlaxle se estaba precipitando. Con un poco de charla intrascendente y de diplomacia podría haberlo sabido sin recurrir a las crudas intrusiones mentales de la reliquia.

-En las raras ocasiones en las que debo reunirme con agentes de otras cofradías, sí, suelen ser ellos quienes vienen a mí -respondió Domo, tratando de mantener la calma, aunque el modo en que cambió el peso del cuerpo de un pie al otro dijo a Entreri que se estaba poniendo en guardia. Con movimientos lentos, el asesino se llevó las manos al cinto y apoyó las muñecas encima de los pomos de sus dos formidables armas. Era una postura más relajada y cómoda, pero que sobre todo le permitía estar en contacto con las armas, listo para desenvainarlas y atacar.

-¿Y te has reunido con alguno de ellos últimamente? -preguntó Jarlaxle.

Domo se estremeció varias veces. Entreri comprendió que *Crenshinibon* estaba tratando de sondear la mente del hombre rata.

Las tres ratas humanoides situadas detrás de su jefe intercambiaron miradas y se agitaron, inquietas.

El rostro de Domo se contrajo y empezó a adoptar facciones humanas, pero a media transformación volvió a su forma de hombre rata. De su garganta surgió un grave gruñido animal.

-¿Qué ocurre? -preguntó uno de los hombres rata.

Entreri vio una expresión de frustración en la cara de Jarlaxle y, lleno de curiosidad, volvió la mirada hacia Domo, pensando que quizás había subestimado a la horrenda criatura.

Jarlaxle y *Crenshinibon* eran incapaces de leer los pensamientos del hombre rata, pues la intrusión de la Piedra de Cristal había activado la lucha interna del licántropo y ese muro de dolor y rabia les impedía el acceso.

Jarlaxle, sintiéndose cada vez más frustrado, fulminaba con la mirada a Domo.

Nos ha traicionado, decidió de pronto *Crenshinibon.*

Jarlaxle se sintió confuso y con dudas, pues él no había llegado a la misma conclusión.

Ha tenido un momento de debilidad, le explicó *Crenshinibon. Un destello de verdad ha atravesado el muro de furioso tormento. Nos ha traicionado... dos veces.*

Jarlaxle se volvió hacia Entreri enviándole una sutil señal. El asesino, que aborrecía a los hombres rata, la captó de inmediato.

También la captaron Domo y sus aliados, que desenvainaron sus espadas sin dudarlo. Para cuando las armas salieron de sus respectivas vainas, Entreri ya arremetía contra ellos. La *Garra de Charon* conjuró en el aire una cortina de ceniza negra a fin de dividir el campo de batalla e impedir que los enemigos actuaran de manera coordinada.

El asesino giró a la izquierda, rodeando la cortina de ceniza con el cuerpo agachado, eludiendo así el arco que dibujó el largo y delgado acero de Domo. Entreri alzó su espada y desvió la del hombre rata. Todavía agachado, se lanzó rápidamente contra su oponente con la daga por delante.

Entonces, uno de los compañeros de Domo acudió en su ayuda, obligando a Entreri a retroceder y a defenderse del ataque con la espada. El asesino rodó sobre sí mismo hacia atrás, apoyó la mano derecha en el suelo y se impulsó con ella para ponerse de nuevo en pie de un

salto. Al incorporarse, adoptó enseguida su posición inicial. El estúpido hombre rata lo siguió, abandonando a Domo y a sus otros dos compañeros al otro lado de la cortina de ceniza.

Por detrás de Entreri, Jarlaxle lanzó hasta tres dagas, que surcaron el aire rozando la cabeza de Entreri y se hundieron en la flotante cortina de ceniza, perforándola.

Al otro lado se oyó un gruñido, lo que indicaba que Domo se había quedado con sólo dos aliados.

El número se redujo a uno un instante después, pues el asesino contrarrestó la arremetida del hombre rata imprimiendo a su espada un movimiento ascendente, y desviando así el arma del contrario. Entreri se lanzó al frente, y lo mismo hizo el hombre rata con la intención de morderlo. Pero pronto lamentó profundamente esa decisión al encontrarse con la daga de Entreri hundida en la boca.

Un segundo golpe lanzó hacia atrás la cabeza del ser medio rata medio hombre. Rápidamente el asesino retiró el arma y dio media vuelta. Vio al otro hombre rata que se le echaba encima atravesando la cortina de ceniza y oyó los pasos de Domo, huyendo.

El asesino se zambulló y rodó sobre un hombro, por debajo de la cortina de ceniza, agarró los tobillos del hombre rata y lo lanzó por encima de él, de tal modo que cayó de bruces delante de Jarlaxle.

Sin pararse a ver qué ocurría, Entreri rodó hacia adelante, se puso en pie y emprendió de inmediato la persecución de Domo.

Entreri estaba familiarizado con la oscuridad, incluso con la absoluta negrura que reinaba en los túneles. De hecho, ése había sido el escenario de algunos de sus mejores trabajos, pero era consciente de que Domo le llevaba ventaja gracias a su visión infrarroja, por lo que extendió frente a sí la poderosa *Garra de Charon* y le ordenó que le diera luz con la esperanza de que, al igual que tantas otras espadas mágicas, produjera algún tipo de resplandor.

Pero no se esperaba un resplandor como el que obtuvo. Era una luz con un matiz negro, distinta a cualquiera que hubiese visto antes, y que daba al corredor un aspecto de ensueño. El asesino bajó la mirada hacia la espada para comprobar si aparecía como una fuente de luz ostensible, pero no emitía ningún resplandor. Eso le dio la esperanza de que, pese a ser él la fuente de luz, podía actuar con un cierto sigilo.

Al llegar a una bifurcación se detuvo, volvió la cabeza y aguzó los sentidos.

A su izquierda percibió el eco de unos pasos, y echó a correr hacia allí.

Jarlaxle liquidó al hombre rata tendido boca abajo en un momento, lanzándole una daga tras otra, mientras el otro se retorcía. Después, se metió una mano en un bolsillo, en el que llevaba la Piedra de Cristal, y se lanzó en pos de Entreri atravesando el agujero en la cortina de ceniza.

Guíame, ordenó al artilugio.

Sube, replicó *Crenshinibon. Han regresado a las calles.*

Jarlaxle, desconcertado, se paró bruscamente.

¡Sube!, ordenó más enfáticamente la piedra. *Ve a las calles.*

El mercenario dio media vuelta y corrió en dirección opuesta, hacia la escalera que subía hasta la boca de la alcantarilla que se abría en un callejón cercano a La Ficha de Cobre.

Guíame, ordenó de nuevo a la Piedra de Cristal.

Estamos demasiado expuestos. Ocúltate en las sombras y vuelve a la casa Basadoni. Artemis Entreri y Domo han ido hacia allí.

Al doblar un recodo, Entreri aflojó el paso con precaución. Allí, ante él, estaban Domo y dos hombres rata más, todos ellos armados con espadas. El asesino, pensando que lo habían visto, empezó a avanzar hacia ellos con la intención de atacar antes de que los tres pudieran

organizar la defensa. Pero, de pronto, se detuvo al oír susurrar al hombre rata situado a la izquierda de Domo:

-Lo huelo. Está cerca.

-Demasiado cerca -convino con él otra de las ratas, entrecerrando los ojos y poniendo en evidencia el típico resplandor rojo de la visión nocturna.

Entreri se preguntó para qué necesitaban la visión infrarroja. Él los veía claramente a la luz negra que emanaba de la *Garra de Charon*, tan claramente como si todos se encontraran en una habitación iluminada tenuemente. El asesino sabía que debía atacar sin más vacilaciones, pero se le había despertado la curiosidad, por lo que se apartó de la pared colocándose en mitad del corredor, sin tratar de ocultarse.

-Sí, yo también lo huelo -dijo Domo. Ahora los tres hombres rata escrutaban nerviosamente su entorno, agitando las espadas-. ¿Dónde están los demás?

-Dijeron que vendrían pero no se han presentado. Me temo que nos han traicionado -respondió el de su izquierda.

-¡Malditos sean los drows, por los Nueve Infiernos! -exclamó Domo.

Entreri apenas podía creer que, gracias a su maravillosa espada, no lo vieran. Se preguntó si podrían verlo en el espectro de luz normal, pero eso tendría que dilucidarlo otro día. Concentrándose en moverse con absoluto sigilo, puso un pie y luego el otro delante de él, acercándose a Domo por la derecha.

-Tal vez deberíamos haber escuchado al mago drow -susurró el hombre rata de la izquierda.

-¿Y ponernos en contra de Jarlaxle? -inquirió Domo incrédulamente-. Eso sería nuestra perdición.

-Pero... -empezó a protestar el otro, pero Domo susurró algo con dureza mientras clavaba el dedo en el rostro de su subordinado.

Entreri aprovechó que estaban distraídos para acercarse por la espalda al tercero del grupo y amenazarlo con la daga en el espinazo. El hombre rata se puso en tensión cuando Entreri le susurró al oído que echara a correr.

Pero obedeció. Domo se olvidó de la discusión con su subordinado para correr detrás del que huía, al tiempo que le lanzaba amenazas.

-Corre -dijo Entreri al otro hombre rata, al que se había aproximado sigilosamente.

Sin embargo, éste no le obedeció, sino que lanzó un chillido y se dio media vuelta, blandiendo la espada a la altura del pecho.

Entreri eludió fácilmente el acero agachándose y, al alzarse, asestó al hombre rata una puñalada en las costillas. La criatura lanzó otro aullido, tras lo cual empezó a sufrir espasmos y violentas convulsiones.

-¿Qué pasa? -preguntó Domo, girando sobre sus talones.

El hombre rata se desplomó y aún seguía moviéndose cuando murió. Entreri se quedó allí, al descubierto, con la daga engarzada con joyas en la mano e invocando su resplandor.

Domo dio un salto hacia atrás y blandió la espada frente a él.

-¿Espada danzante? ¿Eres tú, hechicero drow? -preguntó en voz baja.

-¿Espada danzante? -repitió Entreri asimismo en voz baja, mirando la daga que resplandecía. Era absurdo. Posó de nuevo la vista en Domo y vio cómo el resplandor rojo se apagaba en esos ojos a medida que se transformaba de hombre rata en un ser casi humano, y pasaba de la visión infrarroja al espectro de luz normal.

Domo estuvo a punto de dar un brinco al ver claramente frente a sí a Artemis Entreri.

-¿Qué truco es éste? -exclamó con voz entrecortada.

Entreri no sabía qué responder. No tenía ni idea de cómo actuaba la luz negra de la *Garra de Charon.* ¿Bloqueaba completamente la infravisión pero poseía un extraño efecto

luminoso que la hacía claramente visible en el espectro normal? ¿Funcionaba como una hoguera, aunque él no notaba que despidiera calor alguno? Cualquier fuente de calor intensa afectaba la visión en la oscuridad.

Era intrigante -uno de los muchos enigmas que se le planteaban-, y su solución debería esperar.

-Te has quedado sin ningún aliado -dijo el asesino a Domo-. Sólo estamos tú y yo.

-¿Qué teme Jarlaxle de mí? -inquirió el hombre rata cuando Entreri avanzó un paso.

-¿Temerte? -Entreri no siguió avanzando-. ¿Es miedo u odio? No son lo mismo, ¿sabes?

-¡Somos aliados! Yo estoy de su parte y estoy dispuesto a defenderlo incluso ante los ataques de sus subordinados.

-Eso es lo que le dijiste a ése -comentó Entreri, bajando brevemente la mirada hacia la forma que seguía gruñendo y agitándose-. ¿Qué sabes? Si quieres salir vivo de ésta, habla claramente.

-¿Me vas a perdonar la vida como hiciste con Rassiter? -preguntó el hombre rata, torciendo el gesto. Domo se refería a uno de sus más grandes predecesores en la cofradía de hombres rata, un poderoso dirigente que, al igual que Entreri, servía al bajá Pook y al que el asesino había matado. Los hombres rata nunca lo habían olvidado.

-Te lo pregunto por última vez -declaró Entreri con toda calma.

El asesino percibió un movimiento y supo que el primer hombre rata había regresado y que ahora esperaba en las sombras para lanzarse sobre él. Entreri, en modo alguno asustado, se dijo que era previsible.

-Jarlaxle y sus compañeros no forman una fuerza tan compacta como crees -se mofó Domo, esbozando una amplia sonrisa que puso al descubierto los dientes.

Entreri avanzó otro paso.

-Tendrás que esforzarte un poco más -dijo, pero antes de que acabara de hablar, Domo lanzó un alarido y saltó hacia él, tratando de clavarle su delgada espada.

Entreri movió la *Garra de Charon* lo justo para interceptar el acero de Domo y desviarlo a un lado.

El hombre rata retrocedió inmediatamente y lanzó otra estocada y otra más. Entreri fue interceptando los golpes con movimientos mínimos, con paradas perfectas y calculando los ángulos al milímetro. La espada de Domo pasaba casi rozándolo.

Nuevamente el hombre rata retrocedió, pero esta vez reanudó el ataque con una brutal arremetida.

No obstante, había retrocedido demasiado, por lo que Entreri únicamente tuvo que inclinarse un poco hacia atrás para que el acero de su rival hendiera el aire.

Ése fue el momento que eligió el compañero de Domo para lanzar su previsible ataque. Domo desempeñó a la perfección su parte, abalanzándose a fondo sobre Entreri.

Domo no comprendía la belleza, la efectividad de Artemis Entreri. Nuevamente la *Garra de Charon* detuvo el ataque y lo devolvió, pero esta vez Entreri giró la mano y la pasó por debajo de la parte exterior de la hoja de Domo. Mientras impulsaba hacia arriba la espada del hombre rata y creaba otra cortina de ceniza negra que oscurecía el aire que los separaba, encogió el estómago. Siguiendo el impulso que llevaba, el asesino completó el giro hacia la derecha. Al quedarse de nuevo frente a frente con Domo, blandió hacia abajo la espada, que fue dejando tras de sí otra estela de ceniza, mientras cruzaba el brazo izquierdo sobre su cuerpo por encima del hendiente, hundiendo así la daga en el abdomen del hombre rata que cargaba contra él.

La *Garra de Charon* completó un círculo entero en el aire entre los combatientes, creando un ancho muro circular. Domo lo atravesó sin dudarlo al tiempo que lanzaba otra tenaz estocada, pero Entreri ya no estaba allí. El asesino se zambulló en una voltereta, se puso

en pie y dio media vuelta, mientras descargaba un fuerte cortapiés contra el hombre rata que se seguía debatiendo con la daga clavada en el vientre. Para sorpresa y placer del asesino, la poderosa espada no sólo atravesó la rodilla más próxima, sino también la otra. La criatura se desplomó sobre el suelo de piedra gritando agónicamente, mientras se desangraba.

Lejos de aflojar el ritmo, Entreri giró sobre sí mismo y se irguió con un fuerte impulso, desvió a un lado la espada de Domo y blandió la *Garra de Charon* hacia abajo y en diagonal para interceptar la daga que le había arrojado con gran puntería el líder de los hombres rata.

La expresión de Domo cambió rápidamente, pues ya no le quedaban más trucos. Ése era el momento de Entreri de pasar a la ofensiva, y lo hizo con una rutina de potentes estocadas hacia arriba, el centro y abajo, que obligó a Domo a retroceder como buenamente pudo, luchando con todas sus fuerzas para mantener el equilibrio.

Entreri dio un salto hacia adelante, poniéndoselo aún más difícil a la ya vencida criatura. La espada del asesino se movía con furia, unas veces arrojando ceniza y otras no, con una precisión pensada para limitar la visión de Domo y sus opciones. A los pocos minutos, lo tenía casi arrinconado contra la pared del fondo, y un vistazo le bastó para saber que al jefe de los hombres rata no le hacía ninguna gracia la idea de quedar acorralado.

Esa mirada dio pie al asesino para redoblar sus ataques, creando una cortina de ceniza perpendicular al suelo y una segunda perpendicular a la primera, formando así una L que impedía a Domo ver a Entreri así como lo que tenía inmediatamente a su derecha.

El hombre rata gruñó y lanzó una desesperada estocada hacia la derecha, pensando que Entreri usaría las cortinas de ceniza para rodearlo, pero sólo encontró aire. Entonces sintió la presencia del asesino a su espalda, pues éste, previendo el pensamiento de Domo, lo había rodeado por la izquierda.

Domo arrojó su espada al suelo.

-Te lo diré todo -gritó-. Te lo...

-Ya lo has hecho -declaró Entreri. El hombre rata se tensó cuando la *Garra de Charon* se le hundió en la columna vertebral hasta el pomo, atravesándolo hasta salir por el otro lado, debajo de las costillas.

-Qué... dolor -dijo Domo jadeando.

-De eso se trata -replicó Entreri. El asesino dio una súbita sacudida a la espada, Domo lanzó un grito ahogado y murió.

Entreri liberó la espada y corrió a recuperar la daga. Los pensamientos se agolpaban en su cabeza, pues Domo le había confirmado que se preparaba una rebelión en el seno de Bregan D'aerthe, y eso le planteaba muchas incógnitas. Domo no había traicionado a Jarlaxle ni tampoco estaba implicado en la conspiración contra el jefe mercenario, de eso Entreri estaba convencido. Pero había sido Jarlaxle quien había ordenado el ataque contra Domo. ¿O no?

Artemis Entreri salió de las alcantarillas de Calimport preguntándose hasta qué punto la Piedra de Cristal obraba en interés de Jarlaxle o contra él.

-Precioso -comentó Rai'gy a Kimmuriel. Ambos habían presenciado en un espejo mágico lo ocurrido en las alcantarillas. El hechicero interrumpió el contacto casi de inmediato, pues, por la expresión de su rostro, parecía que Artemis Entreri presentía que lo espiaban-. Sin saberlo, hace justo lo que deseamos. Ahora los hombres rata se pondrán en contra de Jarlaxle.

-Pobre Domo -dijo Kimmuriel, riéndose. Pero enseguida puso gesto serio para añadir-: Pero ¿y Entreri? Es un guerrero formidable, especialmente ahora que posee el guantelete y la espada, y es demasiado prudente para que podamos convencerlo de que se una a nosotros. Tal vez convendría eliminarlo antes de ocuparnos de Jarlaxle.

Rai'gy se quedó pensativo un momento, tras lo cual asintió con la cabeza.

-Sí, pero debe parecer cosa de Sharlotta y de sus subordinados. Después de todo, apenas harán nada importante en la operación.

-Jarlaxle se enfurecería si supiera que queremos eliminar a Entreri. Sí, que sea Sharlotta y no por orden nuestra. Yo me encargaré de sembrar en su mente la idea de que Entreri quiere matarla.

-Si cree eso, simplemente huirá -objetó Rai'gy.

-Es demasiado orgullosa para huir. A través de otras fuentes le haré saber sutilmente que Entreri ha perdido el favor de muchos miembros de Bregan D'aerthe y que incluso Jarlaxle está harto de su independencia. Si cree que Entreri ha emprendido en solitario una caza contra ella por rivalidad, no huirá sino que atacará con todas sus armas. -El psionicista lanzó otra carcajada-. Pero, a diferencia de ti, Rai'gy, yo no estoy tan seguro de que ni Sharlotta ni toda la casa Basadoni consigan acabar con Entreri.

-Al menos lo mantendrán ocupado y no nos molestará. Después, una vez que Jarlaxle esté fuera de juego...

-Probablemente Entreri ya estará muy lejos. Huirá, tal como lo ha hecho Morik. Tal vez deberíamos encontrar a Morik, para que sirviera de lección a Artemis Entreri.

El hechicero sacudió la cabeza, indicando que él y Kimmuriel tenían problemas más urgentes que buscar a un despreciable desertor en una ciudad lejana e insignificante.

-Artemis Entreri no podrá huir suficientemente lejos -afirmó muy convencido-. Me irrita tanto que jamás podría olvidarlo ni perdonarlo.

A Kimmuriel las palabras de su compañero se le antojaron algo extravagantes pero, en esencia, estaba de acuerdo. Quizás el mayor crimen de Entreri era su propia habilidad, se dijo. Quizá lo que inflamaba el odio de Rai'gy y el suyo propio era que Entreri fuese demasiado bueno para ser humano. Tanto el psionicista como el hechicero eran lo suficientemente inteligentes como para darse cuenta de ello.

Pero eso no mejoraba en nada la situación de Artemis Entreri.

12
Cuando todo es mentira

-¡Capas y más capas! -bramó Artemis Entreri. El asesino golpeó con el puño una mesita en la habitación trasera de La Ficha de Cobre, el único lugar en Calimport donde se sentía razonablemente a salvo de los ojos curiosos de Kimmuriel y Rai'gy. ¡Qué a menudo los sentía clavados en él últimamente!-. Hay tantas capas que giran unas sobre otras formando un bucle infinito.

Dwahvel Tiggerwillies se recostó en la silla y estudió al hombre con interés. Desde que conocía a Entreri, jamás lo había visto tan animado ni tan enfadado, y cuando Artemis Entreri estaba enfadado, todos tenían que andarse con pies de plomo. Pero lo que más sorprendía a la halfling era que el asesino siguiera tan enojado después de matar al odioso Domo. Normalmente, matar a un hombre rata lo ponía de buen humor al menos durante todo un día. No obstante, Dwahvel entendía su frustración. Entreri trataba con elfos oscuros y, aunque a ella se le escapaba la complejidad de la cultura drow, había visto lo suficiente para saber que los elfos oscuros eran unos maestros en el arte de la intriga y el engaño.

-Demasiadas capas -dijo Entreri, ya más calmado después de haberse desahogado. El asesino se volvió hacia Dwahvel y añadió, sacudiendo la cabeza-: Estoy perdido en una red dentro de otra. Ya no sé qué es real y qué no lo es.

-Todavía estás vivo. Así pues, me imagino que estarás actuando con acierto.

-Me temo que matar a Domo haya sido un grave error -admitió Entreri, sacudiendo la cabeza-. Nunca me han gustado los hombres rata, pero, tal vez, en esta ocasión debería haberlo dejado con vida aunque sólo fuera para que se opusiera a la conspiración contra Jarlaxle.

-Ni siquiera sabes si Domo y sus repugnantes compañeros mentirosos te han dicho la verdad acerca de la conspiración drow -le recordó Dwahvel-. Es posible que su intención fuese confundirte y confundir a Jarlaxle, provocando así una escisión en Bregan D'aerthe. O quizá Domo dijo todo eso para salvar el pellejo. Él conocía tu relación con Jarlaxle y también sabía que, mientras él esté al mando, tú estás a salvo.

Entreri miró a la halfling fijamente. ¿Domo sabía todo eso? Naturalmente, se dijo el asesino. Por mucho que odiara al hombre rata, no podía negar la astucia con la que controlaba la cofradía más problemática de Calimport.

-De todos modos, es irrelevante -prosiguió Dwahvel-. Ambos sabemos que, en el mejor de los casos, los hombres rata serán simples peones en cualquier lucha interna dentro de Bregan D'aerthe. Si Rai'gy y Kimmuriel asestan un golpe, ni Domo ni los suyos podrían detenerlos.

Entreri volvió a sacudir la cabeza. Sentía una profunda frustración. Estaba convencido de que solo podría vencer con la espada o el ingenio a cualquier drow, pero no estaban solos, nunca lo estaban. Las camarillas que se habían formado en el seno de la banda se movían con tal armonía, que Entreri ya no estaba seguro de nada. La Piedra de Cristal aún complicaba más las cosas y no permitía ver de dónde procedía el ataque -si existía tal ataque-, de tal modo que el asesino debía preguntarse si Jarlaxle seguía al mando o si ya no era más que un esclavo de la reliquia. Por consciente que fuera de la protección que le brindaba Jarlaxle, también lo era de que la Piedra de Cristal lo quería ver muerto.

-Te estás olvidando de todo lo que has aprendido -comentó Dwahvel con voz serena-. Las intrigas de los drows no superan a las que solía urdir el bajá Pook, o el bajá Basadoni, o cualquiera de los otros. Su juego es el mismo que ha tenido lugar en Calimport durante siglos.

-Pero los drows dominan mejor ese juego.

-Tal vez, pero ¿acaso la solución no es la misma? Cuando todo es fachada... -La halfling dejó el resto de la frase en suspenso. Era una de las verdades básicas de la calle, y sin duda Artemis Entreri la conocía tan bien como cualquier otro-. ¿Cuándo todo es fachada...? -Dwahvel lo incitó a acabar la frase.

Entreri hizo un esfuerzo por serenarse, por descartar ese respeto excesivo, rayano al miedo, que empezaban a inspirarle los drows, en especial Rai'gy y Kimmuriel.

-En una situación en la que las capas se superponen, cuando todo es fachada tejida en las redes del engaño, la verdad es lo que uno elija -recitó Entreri. Era una lección básica para cualquiera que deseara medrar dentro de una cofradía.

Dwahvel asintió.

-Sabrás cuál es el camino de la verdad porque ése será el camino que tú harás real -convino con él la halfling-. No hay nada que duela más a un mentiroso que el que un oponente convierta en verdad una de sus mentiras.

Entreri asintió, más tranquilo. Justamente para calmarse se había escabullido de la casa Basadoni al sentirse vigilado, para dirigirse directamente a La Ficha de Cobre.

-¿Crees a Domo? -inquirió la halfling.

Tras pensárselo unos momentos, Entreri asintió.

-Ya se ha dado la vuelta al reloj de arena, y la arena está cayendo. ¿Tienes la información que te pedí?

Dwahvel metió la mano debajo del polvoriento volante de la silla, que casi tocaba el suelo, y sacó una carpeta llena de pergaminos.

-Cadderly -se limitó a decir, tendiéndosela al asesino.

-¿Y qué hay de lo otro?

Nuevamente la halfling buscó debajo de la silla y esta vez sacó una bolsa idéntica a la que Jarlaxle llevaba atada al cinto. Sin siquiera mirar, Entreri supo que contenía un fragmento de cristal de aspecto semejante a *Crenshinibon.*

El asesino la tomó con cierta inquietud pues, a su entender, ésa era la última y definitiva prueba de que estaba a punto de tomar un rumbo muy peligroso, quizás el más peligroso de su vida.

-No es mágico -le aseguró Dwahvel al ver su expresión preocupada-. Lo que notas es un aura mística que ordené colocar para que pasara cualquier control mágico superficial.

El asesino asintió y se ató la bolsa al cinturón por detrás de la cadera, para ocultarla bajo la capa.

-Podemos sacarte de la ciudad -le sugirió Dwahvel-. Habría sido muchísimo más barato contratar a un hechicero para que te teletransportara muy lejos.

Entreri se rió quedamente al imaginárselo. Esa idea le había cruzado la mente miles de veces desde que Bregan D'aerthe se instalara en Calimport, aunque siempre la había desechado. ¿Dónde iba a esconderse para que Kimmuriel y Rai'gy no lo encontraran?

-Mantente cerca de él. Cuando ocurra, tendrás que ser el más rápido -le advirtió Dwahvel.

Entreri asintió y, ya se disponía a levantarse, cuando se detuvo, taladrando a Dwahvel con la mirada. Se había dado cuenta de que a la halfling le preocupaba sinceramente lo que pudiera pasarle y eso, que la preocupación de Dwahvel no tuviera nada que ver con un beneficio personal, le tocaba la fibra sensible. Le mostraba algo que apenas había conocido en su miserable existencia: la amistad.

Antes de salir de La Ficha de Cobre, Entreri se refugió en una habitación contigua para echar un vistazo a la información que Dwahvel había recogido sobre el sacerdote llamado Cadderly. ¿Sería ese hombre la respuesta al dilema de Jarlaxle y, por tanto, al dilema de Entreri?

La frustración guiaba los movimientos de Jarlaxle mientras regresaba a toda prisa a Dallabad, usando diversos objetos mágicos que le permitían hacerlo de manera silenciosa y casi invisible. Expresamente se abstuvo de pedir ayuda a la Piedra de Cristal.

El jefe drow era consciente de que ésa era la verdadera prueba de su última alianza. De pronto, se había empezado a preguntar si acaso *Crenshinibon* no dominaba demasiado en la relación entre ambos, razón por la cual había decidido dejar las cosas claras.

Tenía la intención de derribar la torre de cristal.

Crenshinibon lo sabía. Jarlaxle notaba cómo la reliquia latía descontenta en la bolsa y se preguntó si el poderoso artilugio iba a forzar una desesperada lucha de voluntades de la que solamente uno de ellos podría salir vencedor.

Jarlaxle estaba preparado para ello. Él siempre había estado dispuesto a compartir la responsabilidad y la toma de decisiones, aunque sin perder nunca de vista sus propios objetivos. Pero, últimamente, empezaba a percibir que la Piedra de Cristal estaba alterando esos objetivos y lo conducía hacia rumbos que él no había elegido.

La noche en Calimshan era muy oscura. Poco después del atardecer Jarlaxle llegó donde se alzaba la torre cristalina y la contempló fijamente. El drow se reafirmó en su decisión y se preparó mentalmente para la lucha que sabía que inevitablemente se produciría. Después de echar un último vistazo alrededor para asegurarse de que estaba solo, metió la mano en la bolsa y sacó el sensible artilugio.

¡No!, gritó *Crenshinibon* en su cabeza. Obviamente la piedra sabía exactamente qué se proponía el elfo oscuro. *Te lo prohíbo. Las torres son una manifestación de mi... de nuestra fuerza y la aumentan. ¡Te prohíbo que destruyas la torre!*

¿Que me lo prohíbes, dices?, replicó Jarlaxle.

Va en contra de tus intereses que...

Yo decido qué va en contra de mis intereses, interrumpió Jarlaxle con determinación. *Y ahora derribar esta torre va en mi propio interés.* El drow concentró toda su energía mental en lanzar una única y poderosa orden a la Piedra de Cristal.

Así empezó una titánica aunque silenciosa lucha de voluntades entre Jarlaxle -que poseía una sabiduría de siglos y gran astucia- y el *duomer* de miles de años de existencia que era *Crenshinibon.* Pocos segundos después de iniciar la batalla, Jarlaxle sintió que su voluntad empezaba a flaquear como si la reliquia fuera a doblegarle la mente. El drow sentía cómo todos los miedos que alguna vez hubiera alimentado en algún oscuro rincón de su mente de pronto se hacían reales e, inexorablemente, iban invadiendo sus pensamientos, sus recuerdos, su identidad misma.

¡Qué desnudo se sentía! ¡Qué indefenso ante los dardos y las flechas de la Piedra de Cristal!

Jarlaxle logró serenarse y, con un tremendo esfuerzo, logró separar las imágenes, singularizar cada horrible manifestación y aislarla de las otras. A continuación, se concentró al máximo en uno de esos horrores tan vívidamente imaginados y contraatacó usando sentimientos de poder y fuerza, recurriendo a todas las situaciones conflictivas que había tenido que capear para convertirse en lo que era: el jefe de Bregan D'aerthe, un elfo oscuro varón que había penetrado en el infierno matriarcal de Menzoberranzan.

Una a una, las pesadillas fueron cayendo ante él. Cuando las luchas internas empezaron a remitir, Jarlaxle recogió la fuerza de voluntad de lo más profundo de su mente para lanzarla contra *Crenshinibon,* mientras impartía una única y poderosa orden:

¡Derriba la torre de cristal!

La Piedra de Cristal conjuró en su mente imágenes de gloria, de ejércitos que caían ante campos de torres cristalinas, de reyes que se postraban ante el drow y le ofrecían los tesoros de su reino, de las madres matronas de Menzoberranzan que lo ungían como soberano

perpetuo de su consejo y hablaban de él en unos términos que antes reservaban a la misma Lloth.

En muchos aspectos, este segundo intento de manipulación era más difícil de controlar y vencer. Jarlaxle no podía sustraerse al atractivo de esas imágenes y, sobre todo, no podía negar las posibilidades para Bregan D'aerthe y para él mismo que le ofrecía la poderosa *Crenshinibon.*

Jarlaxle sintió cómo su resolución se esfumaba y vio un posible compromiso entre él y la piedra, que les permitiera a ambos alcanzar lo que deseaban.

Estaba a punto de liberar la reliquia de su control, de admitir que era ridículo derribar la torre, a punto de ceder y firmar una nueva alianza de la que ambos se beneficiarían.

Pero entonces recordó.

Ellos no eran aliados. Para la Piedra de Cristal, él no era un socio real, controlable, reemplazable y previsible. No. Jarlaxle se recordó a sí mismo que la Piedra de Cristal era una reliquia, un objeto encantado que, pese a ser sensible, poseía una inteligencia artificial, un método de razonamiento basado en un objetivo fijo y predeterminado. Al parecer, su objetivo era captar tantos seguidores como fuera posible y adquirir el máximo poder que le permitiera su magia.

Aunque Jarlaxle simpatizaba con ese objetivo e incluso lo aplaudía, se recordó enfáticamente que él era quien debía llevar la voz cantante. El elfo oscuro luchó contra las tentaciones y se opuso a la manipulación de la Piedra de Cristal del mismo modo que antes se había enfrentado a su fuerza bruta.

Entonces sintió un clic en su mente, tan tangible como una soga que se rompe, y que le dio la respuesta que buscaba.

Él era el amo. Él era el jefe de Bregan D'aerthe y mandaba sobre la Piedra de Cristal.

Jarlaxle supo, sin lugar a dudas, que podía destruir la torre, por lo que volvió a ordenárselo a *Crenshinibon.* Esta vez Jarlaxle no sintió ni ira, ni rechazo, ni recriminaciones; sólo tristeza.

El artilugio, vencido, empezó a zumbar con las energías que necesitaba para destruir su réplica mágica a gran escala.

Jarlaxle abrió los ojos y sonrió satisfecho. La lucha había sido tan dura como se había temido pero, al final, sabía sin lugar a dudas que había vencido. El drow sentía un hormigueo a medida que la estructura cristalina empezaba a debilitarse. Muy pronto la energía que la mantenía en pie dejaría de sostenerla, y la materia que *Crenshinibon* había unido con su magia se desparramaría por todas partes. Por la orden que había impartido, y que *Crenshinibon* acataría, no estallaría, ni sus muros se derrumbarían, sino que simplemente se disiparía.

El jefe mercenario asintió, más satisfecho con esa victoria que con cualquier otra que hubiera conseguido en una larga vida de luchas.

Se imaginó Dallabad sin la torre y se preguntó qué otros espías meterían la nariz con la misión de determinar qué había pasado con la torre, por qué había aparecido allí y si, por tanto, Ahdahnia seguía al mando.

-¡Detente! -mandó a la piedra-. Te ordeno que la torre siga en pie.

Inmediatamente el zumbido cesó y la Piedra de Cristal, fingiendo humildad, se unió a los pensamientos de Jarlaxle.

La sonrisa del drow se ensanchó. Sí, la torre se quedaba donde estaba y por la mañana construiría otra junto a la primera. Serían las torres gemelas de Dallabad, las torres gemelas de Jarlaxle.

Y quizás habría más.

El jefe mercenario ya no temía a las torres ni a la fuente que le había inspirado erigir la primera. No, había ganado la lucha y podía usar el poder de la Piedra de Cristal para llegar a alturas insospechadas. Jarlaxle sabía que *Crenshinibon* nunca volvería a amenazarlo.

Artemis Entreri paseaba nervioso por la pequeña habitación que había alquilado en una anodina posada lejos de la casa Basadoni y de las demás cofradías. Sobre la mesilla de noche, junto a la cama, estaba el guantelete negro con repunte rojo, brillando a la luz de las velas.

Entreri no estaba seguro de lo que iba a hacer. Se preguntó qué pensaría el posadero si se encontraba su cadáver en el suelo con el cráneo pelado.

El asesino se recordó a sí mismo que era una posibilidad muy real. Cada vez que utilizaba la *Garra de Charon,* el arma le mostraba un nuevo aspecto, un nuevo truco, y Entreri conocía lo suficiente la magia sensible para saber que cuantos más poderes poseyera una espada como ésa, mayor sería también su fuerza de voluntad. Ya había visto los resultados de una derrota en una lucha de voluntades contra esa peligrosa arma. Aún tenía grabado en la memoria el horrible final de Kohrin Soulez, tan vívidamente como si hubiera ocurrido esa misma mañana; la piel de la cara del hombre deshaciéndose y dejando los huesos al descubierto.

Pero debía hacerlo, allí y entonces. Muy pronto debería enfrentarse a la Piedra de Cristal, y pobre de él si para entonces todavía no había dirimido la batalla mental contra su propia espada. Con ese temor en mente, se planteó la posibilidad de vender la *Garra de Charon* o esconderla en alguna parte, pero dada la naturaleza de sus enemigos -Rai'gy y Kimmuriel-, debía conservarla.

Sí, debía conservarla y dominarla completamente. No había más remedio.

El asesino se encaminó a la mesilla de noche, se frotó las manos, luego se las llevó a los labios y sopló en ellas.

Antes de decidirse a coger la espada dio una vuelta sobre sí mismo, pensando, buscando una alternativa. Nuevamente se preguntó si no sería mejor vender la peligrosa espada o entregársela a Dwahvel para que la enterrara en un agujero muy profundo hasta que los elfos oscuros se marcharan de Calimport y, tal vez entonces, él pudiera regresar.

Pero la idea de que los malditos lugartenientes de Jarlaxle lo echaran de la ciudad lo inflamó, y se acercó resueltamente a la mesilla. Sin detenerse a considerar las posibles implicaciones, gruñó y asió la *Garra de Charon* con la mano desnuda.

Inmediatamente sintió el tirón. No era un tirón físico, sino algo más profundo, algo que buscaba la esencia de Artemis Entreri, su espíritu. La espada estaba hambrienta; Entreri notaba perfectamente su hambre. Quería consumirlo, destruir su misma esencia simplemente porque había mostrado la osadía, o la estupidez, de cogerla sin el guantelete protector.

¡Oh, qué hambre de él sentía la espada!

Entreri notó un temblor en la mejilla, una sensación de excitación en la piel y se preguntó si iba a consumirse. Haciendo un esfuerzo, apartó esa idea de su mente y volvió a concentrarse en la batalla que libraba contra la espada.

La *Garra de Charon* tiraba sin parar, implacablemente, y Entreri oyó en su cabeza algo semejante a una carcajada. Era una risa de suprema confianza que le decía que la espada no se cansaría, y él, en cambio, sí. Con su siguiente pensamiento se dio cuenta de que ni siquiera podía soltar la espada aunque quisiera, que estaba enzarzado en un combate sin marcha atrás y sin posible rendición.

Era una estratagema de la diabólica espada; transmitir a cualquiera que la desafiara la sensación de absoluta desesperanza, decirle claramente que la batalla tendría un final muy amargo y desastroso para él. Ese mensaje había quebrado el espíritu de muchos antes que Entreri, cosa que la *Garra de Charon* había aprovechado para alzarse con la victoria.

Pero con Entreri esa estratagema únicamente sirvió para inflamar aún más su rabia y erigir un muro rojo de rechazo y de cólera resuelta, concentrada.

-¡Yo soy el amo! -proclamó el asesino, haciendo rechinar los dientes-. ¡Tú no eres más que una posesión, una cosa, un trozo de metal batido! -Entreri levantó ante él la centelleante espada roja y le ordenó que conjurara su luz negra.

La espada no obedeció, sino que continuó atacando a Entreri tal como había atacado a Kohrin Soulez, tratando de vencerlo mentalmente, amenazando con consumirlo como había hecho con tantos otros antes que él.

-Eres mía -repitió Entreri con mayor serenidad, pues aunque la espada no había cejado en su ataque, en el asesino crecía la confianza de poder vencerla.

De pronto, la *Garra de Charon* le lanzó toda su energía, y el asesino sintió un pinchazo en su interior y tuvo la sensación de que se quemaba. Pero, en vez de rechazarla, aceptó esa energía y la tomó. Ésta fue aumentando hasta alcanzar un vibrante *crescendo*, y finalmente estalló.

La luz negra iluminó el cuarto y a un sonriente Entreri. Esa luz era la confirmación de que había vencido a la *Garra de Charon*, de que él era realmente el amo de la espada. Entreri bajó el acero y respiró hondo varias veces tratando de tranquilizarse y olvidar que había hecho equilibrios en el borde del precipicio.

Pero eso ya no importaba. Había vencido a la espada, había quebrado el espíritu de la *Garra de Charon*, y ahora el arma le pertenecía del mismo modo que la daga enjoyada que le colgaba de la otra cadera. Desde luego, debería estar alerta, pues la espada trataría de liberarse, pero a lo sumo no sería más que una ligera molestia.

-Eres mía -repitió tranquilamente, y ordenó a la espada que apagara la luz negra.

Nuevamente el cuarto quedó iluminado únicamente por la luz de las velas. La *Garra de Charon*, la espada de Entreri, estaba sometida.

Jarlaxle creía que lo sabía. Jarlaxle creía que había vencido. Pero *Crenshinibon* lo engañaba. *Crenshinibon* quería que la batalla entre el jefe mercenario y sus levantiscos lugartenientes fuera honesta, para así poder determinar quién merecía más poseerla.

La Piedra de Cristal tenía preferencia por Rai'gy, pues sabía que el hechicero era más ambicioso y no dudaba en matar, incluso disfrutaba con ello.

Pero al artilugio no se le escapaban las posibilidades que se le presentaban si se quedaba con Jarlaxle. No había sido tarea fácil envolverlo en diversas capas de engaños, pero, al fin, *Crenshinibon* tenía a Jarlaxle justamente donde quería.

Al alba del día siguiente se alzó en el oasis Dallabad una segunda torre cristalina.

13
Otra vuelta del reloj de arena

-¿Sabes qué debes hacer en cualquier contingencia? -preguntó Entreri a Dwahvel en la improvisada reunión que se desarrollaba en el callejón situado junto a La Ficha de Cobre, una zona protegida de las artes adivinatorias de los hechiceros gracias a los potentes artilugios antiespías de Dwahvel.

-En cualquiera de las contingencias que has mencionado -replicó la halfling con una sonrisita de advertencia.

-Entonces sabes qué hacer en todos los casos. -El asesino respondió a la sonrisa de Dwahvel con otra de total confianza.

-¿Estás seguro de haber previsto todas las posibilidades? Estamos tratando con elfos oscuros, maestros de la manipulación y la intriga, que crean las capas de su propia realidad y de las normas que rigen en esa realidad de múltiples capas.

-Pero aquí son forasteros y no comprenden los matices de Calimport -le aseguró Entreri-. Ellos ven el mundo como una prolongación de Menzoberranzan, una prolongación en temperamento y, lo que es más importante, en su forma de juzgar las reacciones de quienes los rodean. Yo soy un *iblith* y, por tanto, inferior, por lo que no esperarán el giro que está a punto de dar su versión de la realidad.

-¿Ha llegado la hora? -inquirió Dwahvel, aún dubitativa-. ¿O acaso estás precipitando el momento crítico?

-La paciencia nunca ha sido una de mis virtudes -admitió Entreri, y su pícara sonrisa no se esfumó sino que se intensificó.

-Así pues, has previsto cualquier contingencia y, por tanto, todas las capas de la realidad que quieres crear. Cuidado, mi competente amigo, no sea que te pierdas en la mezcla de tus realidades.

Entreri estuvo a punto de enfurruñarse pero reprimió los pensamientos negativos al comprender que Dwahvel le ofrecía un consejo muy sensato. Ciertamente estaba jugando a algo muy arriesgado con los enemigos más peligrosos que había conocido en toda su vida. Incluso en el mejor de los casos, Artemis Entreri era consciente de que su éxito, y por consiguiente su vida, dependerían de los movimientos de una fracción de segundo y que bastaba un poco de mala suerte para que todo acabara en desastre. Su acción no era el golpe de precisión de un asesino profesional, sino el ataque desesperado de un hombre entre la espada y la pared.

Sin embargo, al mirar a su amiga halfling, Entreri notó cómo crecían su confianza y su resolución. Sabía que Dwahvel no le fallaría y que le ayudaría a crear el engaño.

-Si triunfas, no volveré a verte -comentó la halfling-. Y si fracasas, es muy posible que no halle los restos de tu cuerpo desgarrado y hecho pedazos.

Entreri interpretó esas crudas palabras como la expresión de un afecto que sabía genuino. Así pues, esbozó una sonrisa amplia y sincera, algo insólito en el asesino.

-Me volverás a ver -aseguró a Dwahvel-. Los drows se cansarán de Calimport y regresarán a sus oscuros agujeros, adonde realmente pertenecen. Es posible que pasen meses o incluso años, pero al final se marcharán. Es su naturaleza. Rai'gy y Kimmuriel comprenden que expandir sus negocios en la superficie no les reportará ningún beneficio a largo plazo a ellos ni a Bregan D'aerthe. Si fuesen descubiertos, se desencadenaría una guerra total contra ellos. Ésta es la principal razón de que estén encolerizados con Jarlaxle. Los drows se marcharán, pero tú te quedarás y yo regresaré.

-Suponiendo que los drows no te maten, tu vida seguirá corriendo el mismo peligro. ¿Acaso Artemis Entreri concibe otro tipo de vida? -preguntó Dwahvel con un resoplido que acabó en sonrisa burlona-. Yo diría que no. De hecho, con tu nueva espada y el guantelete defensivo es probable que te dediques a asesinar a destacados magos. Y, por supuesto, al final uno de esos magos descubrirá la verdad de tus nuevos juguetes y sus limitaciones, y te convertirá en un cadáver humeante. -La halfling se rió entre dientes mientras sacudía la cabeza-. Vamos, ve a por Khelben Vangerdahast o Elminster. Al menos tendrás una muerte rápida e indolora.

-Ya te he dicho que la paciencia no es una de mis virtudes.

Para su sorpresa y la de la halfling, Dwahvel corrió hacia el hombre, se abalanzó sobre él y le dio un gran abrazo. Inmediatamente se soltó y retrocedió, tratando de serenarse.

-Eso es para que te dé suerte -se explicó la halfling-. Huelga decir que prefiero que ganes tú que los elfos oscuros.

-Pero sólo porque son elfos oscuros -dijo Entreri, intentando conservar un tono desenfadado.

El asesino sabía lo que le aguardaba. Sería una prueba brutal de sus habilidades -de todas ellas- y de coraje. Se estaba moviendo en el filo del desastre. Nuevamente se recordó que podía contar con Dwahvel Tiggerwillies, la halfling más competente que conocía. Entreri la miró fijamente y comprendió que Dwahvel iba a seguirle el juego de su último comentario, que no iba a darle la satisfacción de mostrarse en desacuerdo y admitir que lo consideraba un amigo.

Artemis Entreri se hubiera sentido decepcionado si Dwahvel hubiera actuado de otro modo.

-Procura no enredarte en las mentiras que tú mismo has urdido -dijo la halfling cuando Entreri empezó a alejarse, confundiéndose con las sombras.

Entreri se tomó esas palabras a pecho. La combinación de posibles sucesos era asombrosa. Tal vez únicamente su capacidad de improvisación lo salvara en esa crítica situación, y Entreri había sobrevivido toda su vida al borde del abismo. Se había visto obligado a recurrir a su ingenio y a su capacidad de improvisación docenas, casi cientos de veces y, de algún modo, se las había arreglado para seguir con vida. Mentalmente había trazado planes de emergencia en previsión de cualquier eventualidad. Confiaba en sí mismo y en aquellos que había colocado a su alrededor en posiciones estratégicas, pero ni por un momento olvidaba que, si se presentaba una circunstancia que no hubiera previsto, si la situación daba un giro adverso y él no era capaz de contrarrestarlo, moriría.

Y, conociendo a Rai'gy, sabía que tendría una muerte horrible.

Como la mayoría de las avenidas de Calimport, la calle era un hervidero de personas, y, de entre ellas, la más notable era la que menos se hacía notar. Artemis Entreri, disfrazado de mendigo, se ocultaba en las sombras tratando de moverse sin levantar sospechas y fundiéndose contra el telón de fondo de la animada calle.

Sus movimientos tenían un propósito: no perder de ojo a su presa.

A Sharlotta Vespers no le interesaba mantener el anonimato mientras caminaba por la vía pública. Era una de las figuras representativas de la casa Basadoni y se adentraba en la zona de influencia del peligroso bajá Da'Daclan. Muchos ojos la miraban con recelo e incluso odio con más detenimiento de lo normal, pero nadie se atrevió a atacarla. Siguiendo órdenes de Rai'gy, Sharlotta había solicitado una reunión con Da'Daclan, y había sido aceptada, dándole protección. Así pues, la mujer avanzaba haciendo gala de una confianza tan absoluta que bordeaba la bravuconería.

Sharlotta no parecía advertir que uno de los que la vigilaban desde las sombras no obedecía órdenes del bajá Da'Daclan.

Entreri conocía muy bien esa zona, pues en el pasado había trabajado en varias ocasiones para los Raker. El comportamiento de Sharlotta le dijo claramente que se dirigía a una negociación formal. Tras barajar varios puntos de reunión posibles, Entreri dedujo con exactitud dónde tendría lugar la cita. Pero lo que no sabía era lo importante que iba a ser esa reunión para Kimmuriel y Rai'gy.

-¿Observas cada paso de Sharlotta con tus extraños poderes mentales, Kimmuriel? -preguntó el asesino en voz baja.

Repasaba los planes de emergencia que debía mantener en espera por si acaso. No creía que los dos drows, ocupados como estaban en urdir su propia trama, estuvieran controlando cada movimiento de Sharlotta, aunque no había que descartarlo. Si ése era el caso, muy pronto lo averiguaría. Al menos, estaría preparado y podría modificar sus planes sobre la marcha.

Entreri avanzó rápidamente y dejó atrás a la mujer por callejones laterales, trepó a un tejado y fue saltando de uno al otro.

A los pocos minutos llegó a la casa que lindaba con el callejón, que el asesino creía que Sharlotta tomaría. Sus sospechas se confirmaron, ya que en el tejado de la casa, desde el que se dominaba todo el callejón, se había apostado un centinela.

Silencioso como la misma muerte, Entreri se colocó detrás del centinela. El hombre estaba absorto vigilando el callejón y no reparó en su presencia. Con un infinito cuidado, pues sabía que habría otros guardianes, Entreri recorrió lentamente la zona con la mirada hasta localizar a dos centinelas más apostados sobre sendos tejados al otro lado del callejón y otro en su mismo lado, en el tejado del edificio situado inmediatamente detrás del que él se encontraba.

El asesino observó a esos tres centinelas más atentamente que al hombre que tenía delante, midiendo todos sus movimientos, incluso hasta el menor giro de su cabeza. Sobre todo, trataba de calcular en qué centraban su atención. Finalmente, cuando se convenció de que no estaban alerta, el asesino atacó y arrastró velozmente a su víctima detrás de una buhardilla.

Un momento después, los cuatro centinelas del bajá Da'Daclan parecían estar en sus puestos, todos ellos concentrados en vigilar el callejón por el que apareció Sharlotta Vespers seguida de un par de guardias del bajá.

Empezó a rodarle la cabeza; cinco enemigos y una supuesta camarada que parecía más enemiga que los otros. El asesino no se hacía ilusiones de que los cinco soldados estuvieran solos. Probablemente, una parte significativa de las personas que deambulaban por la avenida principal eran asimismo marionetas de Da'Daclan.

Aun así, Entreri siguió adelante, rodó por el borde del tejado del edificio de dos pisos agarrándose con una mano y, después de estirarse al máximo, se dejó caer ágilmente al lado de la sorprendida Sharlotta.

-Es una trampa -susurró ásperamente a la mujer y, a continuación, se volvió hacia los dos soldados que la seguían y alzó una mano para detenerlos-. Kimmuriel ha abierto una puerta dimensional en el tejado para que podamos escapar.

La expresión de Sharlotta pasó de la sorpresa a la cólera y a la calma tan rápidamente, de una manera tan perfectamente estudiada, que solamente Entreri lo notó. El asesino sabía que había conseguido confundirla, que su mención de Kimmuriel había dado credibilidad a su extravagante afirmación de que se trataba de una trampa.

-Me la llevo -anunció Entreri a los guardias.

Un poco más adelante y al otro lado del callejón unos ruidos le indicaron que dos de los otros tres centinelas, entre ellos el apostado en el mismo lado de la calle que Entreri, se acercaban para ver qué pasaba.

-¿Quién eres tú? -preguntó con suspicacia uno de los soldados que escoltaban a Sharlotta, al mismo tiempo que se llevaba una mano bajo su ordinaria capa de viaje para empuñar una espada delicadamente forjada.

-Ve -susurró el asesino a Sharlotta.

En vista de que la mujer dudaba, Entreri la incitó inequívocamente a que se retirara. El asesino se apartó la capa, revelándose en todo su esplendor con la daga enjoyada y la *Garra de Charon*. Inmediatamente saltó hacia adelante, blandiendo la espada y lanzando la daga al segundo soldado.

En respuesta, los soldados desenvainaron sus espadas. Uno interceptó el arco que trazaba la *Garra de Charon*, pero para ello tuvo que retroceder, que era justamente lo que deseaba Entreri. Pero el segundo soldado no tuvo tanta fortuna. Al adelantar la espada para parar el golpe, Entreri giró la muñeca de manera casi imperceptible y pasó la daga por encima del acero para después hundirla en el abdomen del soldado.

Otros se le acercaban, por lo que el asesino no tuvo tiempo de matar a su rival aunque sí mantuvo la daga clavada en su cuerpo el tiempo suficiente para que el arma le arrebatara energía vital, produciendo al soldado el mayor horror que jamás hubiera conocido. Pese a que sus heridas no eran graves, el esbirro de Da'Daclan cayó al suelo, agarrándose con fuerza el vientre y aullando de terror.

El asesino se apartó y se alejó un poco del muro que Sharlotta Vespers estaba escalando para llegar al tejado.

Uno de los soldados a los que la *Garra de Charon* había obligado a retroceder atacó a Entreri por la izquierda, mientras otro hacía lo propio por la derecha, y otros dos cruzaban a todo correr el callejón hacia el asesino. Entreri hizo una finta hacia la derecha y luego se volvió rápidamente hacia la izquierda. Mientras los cuatro soldados empezaban a compensar el cambio, que no era del todo inesperado, el asesino giró veloz hacia la derecha y embistió con fuerza justo cuando el soldado situado a su diestra aceleraba para perseguirlo.

El soldado tuvo que aguantar un chaparrón de tajos y puñaladas. El hombre manejaba con destreza sus propias armas -una espada y un puñal- y era obvio que no era un novato en batalla, aunque tampoco lo era Artemis Entreri. Cada vez que el soldado trataba de parar un golpe, Entreri modificaba el ángulo del ataque. La furia que sentía llenó el aire de un repiqueteo metálico, pero al fin la daga superó las defensas del soldado y le abrió un profundo tajo en el brazo derecho. Tras inutilizarle el brazo, Entreri giró rápidamente sobre sí mismo para bloquear con la *Garra de Charon* una estocada por detrás y, completando el movimiento, le atravesó el pecho al soldado herido.

En esa misma maniobra la diabólica espada de Entreri creó una cortina de ceniza negra. La línea, horizontal, no obstruía la visión de sus adversarios, aunque su presencia los hizo vacilar unos segundos que Entreri aprovechó para acabar con el soldado de su derecha. A continuación, el asesino descargó un aluvión de golpes, blandiendo la espada y levantando un muro infranqueable.

Los tres soldados restantes se reunieron detrás de ese muro, confusos, tratando de coordinar mínimamente sus movimientos. Cuando al fin se armaron del valor suficiente para atacar atravesando la cortina de ceniza, descubrieron que el asesino había desaparecido.

Entreri, que los observaba desde el tejado, sacudió la cabeza ante tanta ineptitud, admirado al mismo tiempo por la *Garra de Charon*, un arma que le gustaba más y más con cada batalla.

-¿Dónde está? -le preguntó Sharlotta en voz alta.

Entreri la miró burlón.

-La puerta mágica. ¿Dónde está? -insistió la mujer.

-Tal vez Da'Daclan ha interferido -replicó Entreri, tratando de disimular la satisfacción que le producía el comprobar que Rai'gy y Kimmuriel no seguían de cerca todos los

movimientos de Sharlotta-. O tal vez se han desentendido de nosotros -añadió, con la intención de sembrar una semilla de duda en la visión que Sharlotta Vespers tenía del mundo y de sus aliados drows.

Pero Sharlotta se limitó a fruncir el entrecejo ante esa inquietante posibilidad.

Un ruido a sus espaldas les indicó que los soldados del callejón no habían tirado la toalla y les recordó que se hallaban en territorio hostil. Entreri pasó corriendo junto a Sharlotta y le hizo señas para que lo siguiera, tras lo cual fue saltando de un tejado a otro, por encima de los callejones, hasta que descendió al final de una calleja y se introdujo en las cloacas. No era lo más prudente, siendo tan reciente la muerte de Domo, por lo que procuró pasar el menor tiempo posible bajo tierra. El asesino salió a la superficie en territorio más amistoso, cerca de la casa Basadoni.

Aún en cabeza, Entreri avanzó a paso ligero hasta llegar al callejón situado junto a La Ficha de Cobre, donde se detuvo bruscamente.

Sharlotta, que parecía más enfadada que agradecida y que, obviamente, dudaba que su huida del territorio de Da'Daclan hubiese sido necesaria, siguió caminando sin molestarse en mirar a Entreri.

-Creo que no -afirmó el asesino, desenvainando la espada y amenazando con ella el cuello de la mujer.

Sharlotta lo miró de soslayo, y él le hizo señas para que avanzara por el callejón hacia el establecimiento de Dwahvel.

-¿Qué pasa? -inquirió Sharlotta.

-Te estoy dando una oportunidad de seguir con vida.

En vista de que la mujer no se movía, la agarró del brazo y, con una fuerza aterradora, la obligó a colocarse delante de él. A continuación la incitó a avanzar con la punta de la espada.

Tras atravesar una entrada secreta, entraron en una habitación de dimensiones diminutas. El único mobiliario consistía en una silla, en la que Entreri obligó rudamente a Sharlotta a sentarse.

-¿Es que has perdido el poco sentido común que tenías? -lo increpó la mujer.

-¿Y eso me lo dice alguien que pacta en secreto con elfos oscuros?

Sharlotta se repuso casi al instante de su sorpresa, pero la mirada que le dirigió confirmó a Entreri que sus sospechas estaban bien fundadas.

-Ambos pactamos con quien nos conviene -se defendió la mujer, indignada.

-Pero tú te traes entre manos un doble juego. Hay una diferencia, incluso con elfos oscuros.

-No dices más que estupideces -le espetó Sharlotta.

-Es posible, pero no es mi vida la que corre peligro ahora -le recordó el asesino, que se acercó mucho a la mujer con su enjoyada daga en la mano y una expresión en el rostro que convenció a Sharlotta de que no bromeaba. La mujer conocía perfectamente que esa horrible arma tenía el poder de absorber la energía vital-. ¿Dónde ibas a reunirte con el bajá Da'Daclan? -le preguntó Entreri directamente.

-El cambio en Dallabad ha levantado sospechas -contestó Sharlotta. Era una respuesta honesta y evidente, aunque obviamente incompleta.

-Al parecer, a Jarlaxle no le preocupan tales sospechas -dijo Entreri.

-Algunas podrían dar lugar a problemas muy serios -prosiguió Sharlotta. Entreri sabía que la mujer estaba improvisando-. Tenía que reunirme con el bajá Da'Daclan para asegurarle que la situación en las calles, y en todas partes, pronto regresaría a la normalidad.

-¿Para asegurarle que la casa Basadoni da por acabada su expansión? Creo que mientes, y que eso despertará una cólera aún mayor cuando Jarlaxle realice su próxima conquista.

-¿De qué conquista me hablas?

-No me dirás que crees que nuestro jefe ya ha cumplido todas sus ambiciones.

-Por lo que sé, la casa Basadoni pronto empezará a replegarse sobre sí misma, al menos eso parece -dijo Sharlotta tras reflexionar largo rato-. Siempre y cuando no haya ninguna otra influencia externa.

-Como los espías en Dallabad.

Sharlotta asintió con lo que a Entreri se le antojó un entusiasmo excesivo.

-Así pues, por fin Jarlaxle ha satisfecho sus ansias de poder y podemos volver a una rutina más tranquila y segura -comentó el asesino.

Sharlotta no contestó.

Los labios de Entreri esbozaron una sonrisa. Desde luego, sabía que Sharlotta le había mentido descaradamente. En el pasado habría creído a Jarlaxle muy capaz de jugar a enfrentar a sus subordinados, empujando a Entreri en una dirección y a Sharlotta en la contraria. Pero desde que el jefe mercenario se hallaba en las garras de la Piedra de Cristal, y teniendo en cuenta la información que le había proporcionado Dwahvel, sabía la verdad. Y era una verdad muy distinta a la mentira que trataba de venderle Sharlotta.

Al acudir a la reunión con Da'Daclan y afirmar que cumplía órdenes de Jarlaxle, confirmaba a Entreri que los organizadores de la reunión habían sido Rai'gy y Kimmuriel, y que el tiempo se le acababa.

El hombre retrocedió e hizo una pausa para asimilar toda esa información, tratando de desentrañar cuándo y dónde estallarían las luchas internas. Asimismo se daba cuenta de que Sharlotta no le quitaba ojo de encima.

La mujer se movió con la gracia y la rapidez de un gato salvaje; se dejó caer de la silla al suelo sobre una rodilla, mientras desenvainaba una daga y la lanzaba al corazón de Entreri, tras lo cual corrió como una exhalación hacia la otra puerta de la habitación, que en nada llamaba la atención.

Entreri interceptó la daga al vuelo, la giró en su mano y la lanzó hacia esa puerta, en la que fue a clavarse con un ruido sordo. El puñal vibró ante los asombrados ojos de Sharlotta. El asesino la agarró con rudeza, la obligó a darse la vuelta y le propinó un puñetazo en la cara.

Sharlotta desenvainó otra daga, o al menos lo intentó, pero Entreri le inmovilizó la muñeca cuando sacaba el arma de la vaina oculta, la hizo girar rápidamente bajo el brazo y tiró con tal violencia, que Sharlotta se quedó sin fuerza en la mano y la daga cayó al suelo. Entreri tiró de nuevo y luego la soltó. De un salto se colocó frente a la mujer, a la que propinó dos bofetones, mientras la agarraba con fuerza por los hombros. Entonces, la obligó a retroceder rápidamente hacia la silla y la sentó en ella de golpe.

-No tienes ni idea de con quién estás jugando -le gruñó el asesino a la cara-. Te utilizarán para su provecho y luego se desharán de ti. A sus ojos, tú eres una *iblith*, un término que significa no drow y también basura. Esos dos, Rai'gy y Kimmuriel, son los mayores racistas entre los lugartenientes de Jarlaxle. Con ellos no sacarás nada bueno, estúpida; sólo una muerte horrible.

-¿Y qué pasa con Jarlaxle? -gritó ella.

Era justo la explosión instintiva y emocional que el asesino esperaba obtener. Sharlotta acababa de admitir que se había conjurado con los dos aspirantes al trono de Bregan D'aerthe. Entreri se apartó un poco de la alterada mujer.

-Te brindo una oportunidad. No porque te tenga ninguna simpatía, sino porque tienes algo que necesito.

Sharlotta se alisó la blusa y la túnica, tratando de recuperar la dignidad.

-Quiero saberlo todo sobre el golpe que se prepara: cuándo, dónde y cómo. Te aconsejo que no trates de engañarme, pues sé más de lo crees.

Sharlotta le dirigió una sonrisa de duda.

-Tú no sabes nada -replicó-. Si lo supieras, te darías cuenta de que has hecho el idiota.

No había acabado todavía de pronunciar esas palabras cuando Entreri ya se había situado detrás de ella, la cogía brutalmente por el pelo con una mano, le tiraba bruscamente la cabeza hacia atrás y, con la otra mano, le colocaba la punta de su daga en el cuello desnudo.

-La última oportunidad -le dijo fríamente-. Y recuerda que no te soporto, querida Sharlotta.

La mujer tragó saliva, con los ojos prendidos en la mortífera mirada de Entreri. La reputación del asesino respaldaba su amenaza, por lo que Sharlotta, que no tenía nada que perder y ninguna razón para ser leal a los elfos oscuros, vomitó todo lo que sabía del plan, incluyendo cómo Rai'gy y Kimmuriel pensaban anular la Piedra de Cristal -con una especie de magia mental transformada en linterna.

Desde luego, nada de lo que dijo Sharlotta fue una sorpresa para Entreri, aunque oírlo de viva voz le causó una cierta conmoción, pues le recordaba lo precario de su situación. El asesino musitó para sí la letanía de que debía crear su propia realidad entre las hebras de la compleja red, y se recordó varias veces que era tan experto en los juegos de intriga como sus dos rivales.

Entreri se alejó de Sharlotta, fue hasta la puerta interior, sacó la daga y golpeó tres veces. Inmediatamente la puerta se abrió y una atónita Dwahvel Tiggerwillies irrumpió en la habitación.

-¿Qué haces aquí? -empezó a preguntar a Entreri, pero se interrumpió al ver a la alterada Sharlotta. Se volvió hacia Entreri con una expresión de sorpresa y furia-. Pero ¿qué has hecho? ¡No quiero tener nada que ver con las rencillas internas de la casa Basadoni!

-Tú harás lo que yo diga -replicó fríamente el asesino-. Quiero que cuides de Sharlotta y no permitas que se marche hasta que yo regrese para liberarla.

-¿Eh? Pero ¿en qué locura me metes, insensato? -Dwahvel miraba alternativamente a Entreri y Sharlotta con expresión de duda.

-Un insulto más, y te arranco la lengua -dijo Entreri en tono gélido, interpretando a la perfección su papel-. Harás lo que he dicho, ni más ni menos. Cuando todo esto acabe, la misma Sharlotta te dará las gracias por haberla mantenido en un lugar seguro mientras todos los demás corríamos peligro.

Mientras Entreri hablaba, Dwahvel clavó una dura mirada en Sharlotta, comunicándose con ella en silencio. La humana asintió con la cabeza de modo casi imperceptible.

-Vete -ordenó Dwahvel al asesino.

Entreri miró la puerta que daba al callejón, tan perfectamente disimulada que apenas se percibía su contorno en la pared.

-No, por ahí no. Sólo se abre hacia adentro -declaró Dwahvel en tono desabrido, al tiempo que señalaba hacia la puerta convencional-. Por ahí. -La halfling se acercó al asesino y lo empujó fuera del cuarto, tras lo cual se volvió para cerrar la puerta con llave.

-¿Tan lejos han llegado ya las cosas? -preguntó a Entreri en el pasillo.

El asesino asintió con gravedad.

-¿Y estás decidido a seguir adelante con tu plan? ¿A pesar de este súbito giro?

La sonrisa de Entreri recordó a Dwahvel que nada de lo que hubiera ocurrido o pudiera ocurrir lo cogía por sorpresa.

-Ya veo, improvisación lógica -comentó la halfling.

-Ya sabes cuál es tu papel.

-Me parece que lo he interpretado bastante bien -replicó Dwahvel con una sonrisa.

-Demasiado bien. No bromeaba cuando dije que te arrancaría la lengua.

Con estas palabras, abrió otra puerta que daba al callejón y salió por ella, dejando a Dwahvel temblando. Pero, al cabo de un momento, la halfling ya se reía entre dientes. Dudaba que Entreri le arrancara la lengua por muchos insultos que le dirigiera.

Lo dudaba, pero no estaba segura. Nadie podía estarlo con Entreri.

Antes del amanecer el asesino ya había abandonado la ciudad y galopaba velozmente hacia el oasis Dallabad sobre un caballo que había tomado prestado sin el permiso de su dueño. Conocía bien el camino, que solía estar infestado de bandoleros y mendigos. Saberlo no lo detuvo, aunque redujo ligeramente la marcha. Cuando el sol apareció sobre su hombro izquierdo, volvió a poner al caballo al galope, pues debía llegar a Dallabad a tiempo.

Entreri había dicho a Dwahvel que Jarlaxle había regresado a la torre cristalina, hacia donde ahora él se dirigía a galope tendido. Entreri sabía que la halfling cumpliría su parte del plan. Y una vez que soltara a Sharlotta...

El asesino bajó la cabeza y siguió galopando sin descanso a medida que el día despertaba a su alrededor. Todavía estaba a varios kilómetros de distancia pero ya distinguía el reflejo de la cima de la torre... de las torres, pues no veía un pilar sino dos pilares que se alzaban en la distancia hacia la luz de la mañana.

Desde luego, no sabía qué significaba, y tampoco le importaba. A decir de muchas fuentes -informantes independientes de Rai'gy y Kimmuriel, y fuera del alcance de los numerosos esbirros de ambos drows- Jarlaxle se encontraba en Dallabad.

Poco después empezó a sentir que era observado mágicamente, lo que hizo que el desesperado asesino se inclinara más sobre la montura robada y la azuzara para ir todavía más rápido, decidido a cumplir el brutal horario que se había impuesto a sí mismo.

-Va a toda prisa a reunirse con Jarlaxle, y no sabemos dónde se habrá metido Sharlotta Vespers -dijo Kimmuriel a Rai'gy.

Los dos drows, junto con Berg'inyon Baenre, observaban el frenético galope del asesino.

-Es posible que Sharlotta esté con el bajá Da'Daclan. No podemos estar seguros -replicó Rai'gy.

-Pues deberíamos averiguarlo -dijo un Kimmuriel obviamente frustrado y nervioso.

-Tranquilo, amigo mío. Artemis Entreri no representa ninguna amenaza para nosotros; a lo sumo es una molestia. Es mejor que todas las alimañas estén juntas.

-De este modo lograremos una victoria más rápida y completa -coincidió Berg'inyon.

Kimmuriel pensó en ello mientras levantaba una pequeña linterna de forma cuadrada, con tres de sus lados tapados y sólo uno abierto. Yharaskrik se la había entregado, asegurándole que cuando Kimmuriel la encendiera proyectando su resplandor sobre *Crenshinibon,* los poderes de la Piedra de Cristal quedarían anulados, aunque sólo temporalmente. Ni Yharaskrik, tan seguro de sí mismo, se hacía ilusiones de que nada pudiera contener el poder de la reliquia por mucho tiempo.

Pero sería suficiente, incluso si Artemis Entreri se ponía del lado de Jarlaxle. Una vez que *Crenshinibon* quedara anulada, la caída de Jarlaxle sería rápida y completa, y con él caerían todos los que lo apoyaban, incluyendo a Entreri.

Sería un día, o mejor dicho una noche, muy dulce. Rai'gy y Kimmuriel planeaban atacar de noche, cuando la Piedra de Cristal era más débil.

-Entreri es un loco, pero creo que actúa movido por temores sinceros -dijo Dwahvel Tiggerwillies a Sharlotta-. Trata de entenderlo.

La prisionera miró a la halfling con expresión de incredulidad.

-Ya se ha marchado, y lo mismo deberías hacer tú -añadió Dwahvel.

-Creí que era tu prisionera.

-¿Para siempre? -La halfling se rió entre dientes-. Artemis Entreri tiene miedo, y tú también deberías tenerlo. Admito que sé muy poco de los elfos oscuros, pero...

-¿Elfos oscuros? -repitió la humana con fingida sorpresa e ignorancia-. ¿Quién ha hablado de elfos oscuros?

Dwahvel volvió a reír.

-Corren rumores sobre Dallabad y la cofradía Basadoni. En las calles se sabe quién mueve los hilos en la cofradía.

Sharlotta farfulló algo acerca de Entreri, pero Dwahvel la atajó.

-Entreri no me ha dicho nada. ¿Crees que tengo que hacer tratos con alguien tan poderoso como Entreri para obtener una información corriente? Puedo ser muchas cosas, pero no estúpida.

Sharlotta se recostó en la silla y miró a la halfling con dureza.

-Estás convencida de que sabes más de lo que realmente sabes. Y eso es un error muy grave.

-Lo único que sé es que no quiero tener nada que ver ni con la cofradía Basadoni ni con el oasis Dallabad. Prefiero quedarme al margen de la disputa entre Sharlotta Vespers y Artemis Entreri.

-Yo diría que estás metida hasta el cuello -replicó la mujer, entrecerrando sus chispeantes ojos oscuros.

Pero la halfling sacudió la cabeza.

-Me he limitado a hacer lo que debía; nada más.

-Así pues, ¿soy libre para marcharme?

Dwahvel asintió y se apartó para dejarle el camino libre hacia la puerta abierta.

-He vuelto tan pronto como he estado segura de que Entreri se hallaba lejos. Perdóname, Sharlotta, pero no quiero convertirte en mi aliada si con eso me gano la enemistad de Entreri.

Sharlotta continuaba con la vista fija en la asombrosa halfling, aunque no podía rebatir la lógica de esas palabras.

-¿Adónde ha ido? -preguntó.

-Mis fuentes aseguran que ha abandonado Calimport. Tal vez se dirige a Dallabad, o más allá. Quizá pretende huir de Calimshan. Si yo fuera Artemis Entreri, eso es lo que haría.

Sharlotta guardó silencio, aunque interiormente no podía estar más de acuerdo con la halfling. Todavía estaba confusa por los últimos acontecimientos, pero se daba cuenta de que el supuesto «rescate» de Entreri no había sido más que una añagaza para secuestrarla y sacarle información. Mucho se temía que había hablado demasiado, más de lo que debía y de lo que Rai'gy y Kimmuriel encontrarían aceptable.

La mujer salió de La Ficha de Cobre tratando de poner en orden sus pensamientos. Sabía que los elfos oscuros no tardarían en dar con ella. Solamente podía hacer una cosa: correr hacia la casa Basadoni para comunicar a Rai'gy y Kimmuriel la traición de Entreri.

Entreri contempló el sol, ya bastante bajo en el horizonte oriental, e inspiró hondo. El tiempo había pasado. Dwahvel ya habría liberado a Sharlotta, como habían planeado y, sin duda, ésta habría ido corriendo a buscar a Rai'gy y a Kimmuriel, poniendo así en marcha acontecimientos que serían trascendentales.

Suponiendo que los dos elfos oscuros siguieran en Calimport.

Suponiendo que Sharlotta no se hubiera olido la estratagema del secuestro y no hubiera huido.

Suponiendo que los drows no hubieran descubierto a Sharlotta cuando aún estaba en La Ficha de Cobre y hubieran arrasado el local, en cuyo caso Dallabad y la Piedra de Cristal ya podrían estar en las peligrosas manos de Rai'gy.

Suponiendo que, al enterarse de que su plan había sido descubierto, Rai'gy y Kimmuriel no hubieran decidido regresar a Menzoberranzan.

Suponiendo que Jarlaxle aún estuviera en Dallabad.

Esto último era lo que más inquietaba al asesino. El impredecible Jarlaxle era acaso el elemento más volátil de una larga lista de imponderables. Si Jarlaxle ya no estaba en Dallabad, ¿cómo afectaría eso a su plan? ¿Acaso Kimmuriel y Rai'gy lo cogerían desprevenido y lo matarían fácilmente?

El asesino desechó todas sus dudas. No estaba acostumbrado a dudar de sí mismo ni de poner en tela de juicio su capacidad. Tal vez ésa era la razón por la que odiaba tanto a los elfos oscuros, porque en Menzoberranzan el siempre competente Artemis Entreri se había sentido muy poca cosa.

Entonces se recordó que la realidad es lo que uno decide que sea real. Él era quien movía los hilos de la intriga y el engaño, por lo que era él -y no Rai'gy y Kimmuriel, y tampoco Sharlotta, ni siquiera Jarlaxle y la Piedra de Cristal- quien estaba al mando.

Nuevamente miró hacia el sol y echó un breve vistazo a un lado, hacia las imponentes torres gemelas de cristal que se alzaban entre las palmeras de Dallabad, recordándole que, en esa ocasión, él y sólo él había dado la vuelta al reloj de arena.

Tras recordarse una vez más que esa arena estaba cayendo y que se le acababa el tiempo, espoleó al caballo y se lanzó al galope en dirección al oasis.

14
Cuando la arena se acaba

El principal pensamiento de Entreri era que había ido a Dallabad con la intención de robar la Piedra de Cristal, al coste que fuera para Jarlaxle, aunque no podía evitar sentir un poco de compasión hacia el jefe mercenario. El asesino no dejaba de repasar mentalmente una y otra vez ese singular pensamiento y su objetivo, sospechando que en Dallabad, donde *Crenshinibon* poseía su máximo poder, la piedra podría leer sus pensamientos.

Jarlaxle lo esperaba en el primer piso de la torre, en una habitación circular únicamente amueblada con dos sillas y un pequeño escritorio. El mercenario aguardaba dentro, justo enfrente de la puerta por la que entró Entreri. El asesino se dio cuenta de que Jarlaxle se había colocado lo más lejos posible de él.

-Saludos -dijo Entreri.

Jarlaxle, que curiosamente no llevaba parche ese día, ladeó su sombrero de ala ancha y preguntó:

-¿A qué has venido?

Entreri lo miró como si la pregunta lo sorprendiera, aunque mentalmente dio un giro irónico al propósito, nada secreto, que lo había llevado a Dallabad. «¡También a mí me gustaría saberlo!»

La inusitada expresión ceñuda de Jarlaxle indicó al asesino que *Crenshinibon* había oído sus pensamientos e instantáneamente se los había comunicado al drow. Sin duda, ahora el artilugio trataba de persuadir a Jarlaxle para que acabara con él, aunque era evidente que el jefe mercenario se resistía.

-Actúas como un estúpido -dijo Jarlaxle hablando cada vez más forzadamente a medida que se agudizaba la lucha que se libraba en su interior-. Aquí no tienes nada que ganar.

Entreri se irguió y asumió una pose pensativa.

-Entonces quizá debería irme.

Jarlaxle ni siquiera parpadeó.

Aunque no albergaba la esperanza de coger desprevenido a alguien tan astuto como Jarlaxle, Entreri pasó a la acción rápidamente, lanzándose hacia adelante y rodando sobre sí mismo, tras lo cual se levantó y corrió directamente hacia su rival.

Jarlaxle agarró la bolsa que le colgaba del cinto -ni siquiera debía sacar la piedra- y extendió la otra mano hacia el asesino, de la que salió disparada una línea de pura energía blanca.

Entreri la detuvo con el guantelete con repuntes rojos, que absorbió la energía y la contuvo. Al menos, una parte, pues era un poder demasiado grande para ser controlado por completo. El asesino sintió un dolor agónico, aunque sabía que era una parte ínfima de lo que habría sentido si no llevara el guantelete.

¿Hasta dónde llegaba el poder de la reliquia?, se preguntó Entreri sobrecogido, y pensando que quizá no saldría de ésa.

Temeroso de que la energía fundiera el guantelete o lo consumiera, Entreri devolvió la magia hacia la fuente de donde procedía. No apuntó a Jarlaxle, pues no tenía intención de matarlo, sino que la arrojó contra la pared, al lado del drow. La energía estalló en una explosión abrasadora, cegadora y atronadora, que hizo tambalearse tanto al humano como al elfo.

Entreri siguió avanzando en línea recta, esquivando o interceptando con la espada la lluvia de dagas que le arrojaba el mercenario. El asesino paró una, otra lo rozó y esquivó otras

dos más. Entonces se abalanzó hacia el elfo oscuro con la idea de superarlo por su mayor fuerza física.

Pero falló estrepitosamente y fue a estrellarse contra la pared, detrás de Jarlaxle.

El drow llevaba una capa de desplazamiento o quizás era cosa de ese extravagante sombrero, se dijo Entreri, aunque apartó tales reflexiones de su mente al darse cuenta de que se encontraba en una posición vulnerable. Rápidamente se dio media vuelta, dibujando con la *Garra de Charon* un amplio arco de ceniza que impedía verse a los dos adversarios.

El asesino atravesó con ímpetu la barrera visual con tal decisión, que Jarlaxle quedó momentáneamente confundido, lo que Entreri aprovechó para llegar hasta él y, esta vez, calcular bien el ángulo del ataque y acercarse lo suficiente para que su propia forma de magia funcionara.

Con una destreza superior a la de casi cualquier hombre vivo, Entreri guardó la *Garra de Charon* en su vaina y empuñó la daga con la mano enguantada, mientras que con la otra mano sacaba la bolsa idéntica a la del drow. Girando sobre sí mismo, pasó junto a Jarlaxle, que justamente se ponía en pie a toda prisa, y rápidamente le cortó la bolsa que le pendía del cinturón, la atrapó con la mano enguantada y dejó caer la bolsa falsa a los pies del mercenario.

Jarlaxle descargó sobre el humano una serie de fuertes golpes con lo que parecía un martillo de hierro. Entreri se alejó rodando sobre sí mismo y echó un vistazo hacia atrás justo a tiempo de interceptar otra daga, aunque la siguiente se le hundió en un costado. El asesino se dobló sobre sí mismo, gruñendo de dolor, y se apartó dificultosamente de su rival que, ahora lo veía, sostenía un pequeño martillo de guerra.

-¿Crees que necesito la Piedra de Cristal para destruirte? -preguntó Jarlaxle muy confiado, inclinándose para recoger la bolsa. Entonces alzó el martillo de guerra, susurró algo y el arma se encogió hasta convertirse en una diminuta réplica, que el mercenario se guardó bajo la cinta de su gran sombrero.

Entreri apenas podía oírlo ni verlo. Aunque la daga no se le había clavado muy profundamente, el dolor era muy intenso. Para empeorar la situación, en su cabeza empezaba a sonar una nueva canción, una voz que le exigía que se rindiera al poder de la reliquia que ahora tenía en sus manos.

-Puedo matarte de cien formas distintas, mi antiguo amigo -dijo Jarlaxle-. Tal vez sea mejor dejárselo a *Crenshinibon,* pues admito que a mí no me apetece demasiado torturarte.

Entonces Jarlaxle agarró firmemente la bolsa, y en su rostro se pintó una curiosa expresión.

Entreri seguía sin poder apenas oír nada de lo que decía Jarlaxle ni ver sus movimientos. La Piedra de Cristal le invadía la mente y le mostraba imágenes de total desesperación tan abrumadoras, que el poderoso asesino casi cayó de rodillas y se puso a llorar.

Jarlaxle se encogió de hombros, se secó el sudor de la mano en la capa y se sacó del brazalete encantado otra daga de su reserva inagotable. Entonces se dispuso a rematar al en apariencia indefenso humano.

-Por favor, dime por qué debo hacer esto -pidió el drow-. ¿Es que la Piedra de Cristal te estaba llamando? ¿O es que te has vuelto demasiado ambicioso?

Entreri únicamente veía imágenes de desesperación y sentía una angustia más profunda que nada que hubiera conocido.

En la maltratada mente del asesino un pensamiento logró abrirse paso: ¿por qué la Piedra de Cristal no invocaba toda su energía y lo consumía allí mismo?

¡Porque no puede!, respondió la fuerza de voluntad de Entreri. Porque ahora tú la posees, aunque a ella no le guste.

-¡Dímelo! -insistió Jarlaxle.

Entreri hizo acopio de toda su fortaleza mental, echó mano de la última pizca de disciplina que tantas décadas había tardado en adquirir y ordenó a la reliquia que interrumpiera toda conexión con él. La piedra se resistió, aunque sólo momentáneamente. El muro que había alzado Entreri era de pura disciplina y pura ira, por lo que *Crenshinibon* quedó tan aislada como lo había estado durante el tiempo que estuvo en poder de Drizzt Do'Urden. En esa ocasión, el artilugio había quedado anulado por los principios morales de Drizzt, que era un íntegro vigilante, mientras que Entreri utilizaba su fuerza de voluntad. Pero el efecto era el mismo; la piedra nada podía hacer.

Justo a tiempo, pues en un parpadeo, Entreri vio una andanada de dagas que volaban en su dirección. El asesino esquivó algunas y otras las desvió a duras penas con su propia daga, evitando al menos que le dieran de lleno. Una le alcanzó en la cara, en la mejilla justo bajo un ojo, pero Entreri le había dado la vuelta, por lo que lo golpeó con la empuñadura y no con la punta. Otra le pasó rozando el brazo, abriéndole un largo tajo.

-¡Podría haberte matado con el rayo que devolví! -gritó con dificultad el asesino.

Nuevamente el brazo de Jarlaxle se movió y arrojó una daga baja, que dio a Entreri en el pie. Pero las palabras que había gritado el humano surtieron efecto, pues el mercenario se detuvo con el brazo alzado, daga en mano lista para ser arrojada. Sus ojos se clavaron con curiosidad en los de Entreri.

-Podría haberte matado con tu propio ataque -gruñó entre dientes Entreri, presa del dolor.

-Temías destruir la Piedra de Cristal -arguyó Jarlaxle.

-¡La energía de la piedra no puede destruirla a ella!

-Has venido a matarme -lo acusó Jarlaxle.

-¡No!

-¡Has venido para arrebatarme la Piedra de Cristal, al coste que sea!

Entreri tuvo que apoyarse contra la pared pues el dolor era tan intenso que las piernas le fallaban. Armándose de valor, clavó la mirada en los ojos del drow, aunque con un solo ojo ya que el otro lo tenía tan hinchado que no podía abrirlo.

-He venido aquí justo para que creyeras eso, a pesar de la piedra -declaró el asesino muy lentamente, acentuando cada palabra.

Jarlaxle contrajo el rostro en una expresión de confusión insólita en él, y el brazo que empuñaba la daga empezó a descender lentamente.

-¿Qué te propones? -preguntó. La curiosidad había reemplazado la cólera.

-Vienen a por ti -se explicó Entreri vagamente-. Debes prepararte.

-¿Quiénes vienen?

-Rai'gy y Kimmuriel. Han decidido que tu reinado sobre Bregan D'aerthe ha llegado a su fin. Has expuesto a la banda a demasiados enemigos muy poderosos.

La expresión de Jarlaxle reflejó todo un espectro de emociones que iban de la confusión a la cólera. Entonces bajó la mirada hacia la bolsa que sostenía en una mano.

-La Piedra de Cristal te ha engañado -afirmó Entreri. Por fin, el dolor remitió un poco y el asesino pudo erguirse ligeramente. Con dedos temblorosos, se arrancó la daga del costado y la dejó caer al suelo-. *Crenshinibon* te está haciendo perder la razón. Y, al mismo tiempo, le irrita tu habilidad para...

El asesino se interrumpió cuando Jarlaxle abrió la bolsa y metió dentro una mano para tocar la piedra, mejor dicho la imitación. Antes de proseguir, Entreri percibió un brillo en el aire, un resplandor azulado que atravesaba la habitación. Entonces, se encontró de pronto mirando hacia el oasis Dallabad como si mirara a través de una ventana.

Rai'gy, Kimmuriel, Berg'inyon y otros dos soldados de Bregan D'aerthe aparecieron en el portal.

Entreri se obligó a erguirse y gruñó, tratando de olvidar el dolor, consciente de que si no daba el cien por cien estaba perdido. Mientras Rai'gy levantaba una curiosa linterna, el asesino se fijó en que Kimmuriel no había cerrado la puerta dimensional.

Tal vez esperaban que la torre se desplomara o querían mantener abierta una vía de escape.

-No os he hecho llamar -dijo Jarlaxle a modo de saludo, mientras sacaba la Piedra de Cristal de su bolsa-. Os convocaré cuando os necesite.

El imponente mercenario se mantenía erguido, con la vista clavada en Rai'gy. Su expresión era la de alguien totalmente capaz e investido de gran autoridad, pensó Entreri.

Rai'gy levantó la linterna, cuyo resplandor bañó a Jarlaxle y a *Crenshinibon* en su suave luz.

Entreri se dio cuenta de que ése era el objeto que debía neutralizar la Piedra de Cristal, lo único que podía decantar la balanza hacia uno u otro lado. Los intrusos habían cometido un error táctico con el que Entreri ya contaba; se habían concentrado en la Piedra de Cristal y habían dado por hecho que el juguete de Jarlaxle sería el artilugio mágico dominante.

Ya ves qué pensaban hacerte, dijo telepáticamente Entreri a la piedra, que se había metido debajo del cinturón. *¿Y a éstos has elegido para que te lleven a la gloria que mereces?*

Entreri notó la momentánea confusión de *Crenshinibon,* sintió que replicaba que Rai'gy únicamente iba a inutilizarla para hacerse con ella y que...

En ese instante de confusión, Artemis Entreri pasó a la acción mientras gritaba telepáticamente a *Crenshinibon* que derrumbara la torre. Al mismo tiempo, se abalanzó sobre Jarlaxle y desenvainó la *Garra de Charon.*

Tan de sorpresa cogió a la piedra, que ésta a punto estuvo de obedecer. Una violenta sacudida estremeció la torre y, si bien no causó daños reales, bastó para desequilibrar a Berg'inyon y a los otros dos guerreros que se disponían a interceptar a Entreri, y para interrumpir el hechizo que estaba conjurando Rai'gy.

El asesino cambió de dirección y cargó contra el soldado drow más cercano, cogiéndolo con la guardia baja. Después de arrancarle la espada de las manos de un golpe, lo apuñaló. El elfo oscuro cayó al suelo, y el asesino alzó la espada, llenando el aire de ceniza negra y confusión.

Entonces se lanzó hacia Jarlaxle rodando lateralmente. El jefe estaba transfigurado, con la mirada fija en la piedra que sostenía en una mano como si hubiera sido traicionado.

-Olvídalo -gritó el asesino, mientras tiraba del drow a un lado. Un instante después una flecha (naturalmente envenenada) disparada por una ballesta de mano pasó junto a él silbando-. Hacia la puerta -le susurró, empujándolo en esa dirección-. ¡Lucha por tu vida!

Lanzando un gruñido, Jarlaxle se guardó la piedra en la bolsa y pasó a la acción, uniéndose al asesino, que luchaba con su espada. Veloz como el rayo, lanzó una andanada de dagas a Rai'gy, aunque, como era de prever, el hechicero se defendió con un conjuro que tornó su piel tan dura como una piedra. La siguiente andanada fue dirigida a Kimmuriel, el cual se limitó a absorber el poder de las dagas, levantando una barrera cinética.

-¡Vamos, dásela de una vez! -gritó de pronto Entreri. El asesino se estrelló contra el costado de Jarlaxle, le arrebató la bolsa y se la lanzó a Rai'gy y Kimmuriel, o mejor dicho más allá de los dos drows, al otro extremo de la habitación, lo más lejos posible de la puerta mágica que había abierto el psionicista. Inmediatamente Rai'gy se volvió, intentando que el resplandor de la linterna siguiera bañando la poderosa reliquia, mientras Kimmuriel corría a recuperarla. El asesino vio entonces su oportunidad, por desesperada que fuera.

Agarró violentamente al sorprendido Jarlaxle y lo arrastró hacia el portal mágico.

Berg'inyon les cortó el paso cargando contra ellos, moviendo furiosamente sus dos espadas para tratar de hallar un hueco en las defensas de Entreri. Pero el asesino, digno rival de Drizzt Do'Urden, conocía a la perfección el estilo de lucha con espada a dos manos. Así

pues, fue parando los golpes limpiamente mientras se movía alrededor del avezado guerrero drow.

Jarlaxle se agachó rápidamente para esquivar el arco que el otro soldado trazaba con su espada, arrancó la espléndida pluma que adornaba el sombrero, se la llevó a los labios y sopló con fuerza. El aire se llenó de plumas delante de él.

El soldado lanzó un grito y trató de apartarlas a manotazos. Para su horror, al golpear una que se resistía a moverse, se convirtió en una monstruosa criatura de tres metros de altura semejante a un pájaro; un *diatryma.*

Entreri contribuyó a crear más confusión blandiendo la espada como un loco y llenando el aire de cenizas. No obstante, no perdía de vista su objetivo y se movía alrededor de los aceros rivales en dirección a la puerta dimensional. Sabía que él solo podría abrirse paso fácilmente hasta allí, pues tenía la auténtica Piedra de Cristal pero, por alguna razón que no comprendía y en la que prefería no pensar, se volvió, agarró de nuevo a Jarlaxle y lo arrastró tras de sí.

Pagó cara la dilación. Rai'gy logró lanzar una lluvia de misiles mágicos que se hundieron profundamente en el asesino. Éste se fijó amargamente en que los que el hechicero había lanzado contra Jarlaxle eran absorbidos por el broche que adornaba la cinta de su sombrero. El jefe mercenario parecía un pozo sin fondo de trucos.

-¡Mátalos! -oyó Entreri que decía Kimmuriel, y de inmediato sintió la espada de Berg'inyon a su espalda que se le acercaba con intenciones asesinas.

Entreri se encontró de pronto que atravesaba rodando la puerta mágica y caía, desorientado, sobre las arenas de Dallabad. No obstante, conservó la suficiente presencia de ánimo para levantarse a duras penas, agarrar al también desorientado Jarlaxle y arrastrarlo con él.

-¡Tienen la piedra! -protestó el mercenario.

-¡Deja que se queden con ella! -gritó a su vez Entreri.

A sus espaldas, al otro lado de la puerta dimensional, el asesino oyó las carcajadas de Rai'gy. El hechicero drow creía que poseía la Piedra de Cristal y muy pronto trataría de utilizarla para conjurar un rayo de energía igual al que había acabado con el espía huido. Tal vez ésa era la razón por la que no los perseguían por el portal.

Mientras corría, Entreri se llevó la mano una vez más hacia la auténtica Piedra de Cristal. Percibió que la reliquia estaba encolerizada y desconcertada, y comprendió que no le había hecho ninguna gracia que Entreri se hubiera aproximado a Jarlaxle y hubiera hecho caer sobre ella parte de la luz neutralizadora que emitía la linterna de Rai'gy.

-Cancela la puerta mágica. Déjalos dentro atrapados y aplástalos -ordenó a la piedra.

Al mirar atrás, comprobó que la puerta de Kimmuriel, la mitad de la cual se hallaba dentro de los dominios absolutos de *Crenshinibon,* había desaparecido.

-Ahora la torre. ¡Derríbala y juntos construiremos muchas más en todo Faerun! -prometió Entreri con ardor y entusiasmo. La reliquia aceptó de inmediato la oferta que el humano le hacía, y que era justamente lo que ella siempre ofrecía a sus poseedores.

Entreri y Jarlaxle oyeron un ruido sordo que sacudía el suelo bajo sus pies.

Ambos siguieron corriendo hacia un campamento montado junto al pequeño estanque de Dallabad. A su espalda resonaban los gritos de los soldados de la fortaleza así como exclamaciones de asombro de los mercaderes que hacían escala en el oasis.

El griterío aumentó cuando los mercaderes distinguieron a las dos figuras que corrían hacia ellos y vieron que una de ellas era, nada más y nada menos, que un elfo oscuro.

Ni Entreri ni Jarlaxle disponían de tiempo para negociar con el asustado y confuso grupo, por lo que corrieron directamente hacia los caballos atados a un carro cercano, y los liberaron. Instantes más tarde, humano y drow abandonaban Dallabad al galope en medio de un coro de gritos airados y maldiciones.

Jarlaxle no parecía sentirse muy a gusto montando un caballo a plena luz del día, pero Entreri era un buen jinete y pronto impuso su ritmo a su compañero, pese a que debía cabalgar inclinado hacia adelante y a un lado, en un intento por tratar de restañar las heridas.

-¡Tienen la Piedra de Cristal! -gritó enfadado Jarlaxle-. ¿De veras crees que podremos huir?

-Con su propia magia han vencido a la Piedra de Cristal, y ahora no puede ayudarlos a capturarnos -mintió Entreri.

Detrás de ellos, la primera torre se desplomó con estrépito, mientras que la segunda cayó sobre la primera con una atronadora explosión provocada por las energías que se liberaban de golpe. Toda la magia se disipó rápidamente en el viento.

Pero Entreri no se hacía ilusiones de que la catástrofe hubiera afectado a Rai'gy y Kimmuriel ni a sus secuaces. Eran demasiado rápidos y astutos. Su única esperanza era que lo ocurrido los distrajera el tiempo suficiente para que él y Jarlaxle pudieran alejarse cuanto fuera posible. No conocía el alcance de sus heridas, pero sabía que eran graves y se sentía muy débil. Lo último que necesitaba en esos momentos era otra lucha con el hechicero y el psionicista, o con un espadachín tan experto como Berg'inyon Baenre.

Por suerte los minutos fueron pasando, y no había ni rastro de perseguidores. Al cabo de una hora, tanto jinetes como monturas tuvieron que reducir el ritmo porque estaban exhaustos. En su cabeza el asesino oía las promesas que le susurraba *Crenshinibon*, instándolo a que construyera otra torre allí mismo que les diera refugio y donde pudieran descansar.

Casi lo hizo y por un momento llegó a preguntarse por qué llevaba la contraria a la Piedra de Cristal, cuyos métodos parecían conducir a los mismos objetivos que ahora se marcaba él mismo.

El asesino descartó la idea con una sonrisa de comprensión que más bien parecía una mueca dirigida a sí mismo. *Crenshinibon* era realmente inteligente y no dejaba nunca de buscar la manera de vencer cualquier resistencia.

Además, Artemis Entreri ya había previsto que debería huir del oasis Dallabad por el desierto. Al desmontar del caballo, se dio cuenta de que apenas podía sostenerse en pie. No obstante, se las arregló para quitarse la mochila de la espalda y tirarla al suelo ante él, tras lo cual hincó una rodilla y empezó a tirar de los cordeles.

Jarlaxle acudió inmediatamente en su ayuda.

-Una poción -le explicó el asesino, tragando con fuerza y respirando entrecortadamente.

El drow rebuscó en la mochila hasta encontrar un frasco pequeño lleno de un líquido blanco azulado.

-¿Una medicina? -inquirió.

Entreri hizo un gesto de asentimiento e indicó por señas que se lo entregara, pero Jarlaxle lo apartó de él.

-Tienes mucho que explicar. Me atacaste y les entregaste la Piedra de Cristal.

Entreri, con la frente perlada de sudor, volvió a reclamar la poción curativa. Se llevó una mano a un costado y, al mirarla, vio que la tenía manchada de sangre.

-Buen disparo -comentó al elfo oscuro.

-No pretendo entenderte, Artemis Entreri. Tal vez por eso disfruto tanto con tu compañía -dijo Jarlaxle, al tiempo que le entregaba la poción.

Entreri se tragó el líquido de un solo trago y se sentó sobre los talones, al mismo tiempo que cerraba los ojos y dejaba que el brebaje calmante hiciera efecto y le curara alguna de sus heridas. Ojalá tuviera cinco frascos más como ése, pero con uno tendría que bastar para mantenerlo con vida e iniciar su restablecimiento.

Jarlaxle se quedó mirándolo unos momentos, tras lo cual centró su atención en un problema más inmediato.

-Este sol nos matará -afirmó, alzando la vista hacia el ardiente y abrasador astro rey.

En respuesta, Entreri metió una mano en su mochila y sacó un pequeño modelo a escala de una tienda marrón. Se la acercó, susurró unas palabras y la arrojó a un lado. Inmediatamente el modelo se expandió hasta alcanzar un tamaño más que respetable.

-¡Ya basta! -dijo Entreri cuando fue lo suficientemente grande para albergar cómodamente a él mismo, a Jarlaxle y a los dos caballos.

-Será un magnífico reclamo -comentó Jarlaxle.

-No creas -replicó Entreri, hablando dificultosamente-. Una vez que nos metamos dentro, se encogerá por sí misma hasta llegar a un tamaño de bolsillo.

-Nunca mencionaste que poseías una herramienta tan útil para el desierto -comentó Jarlaxle risueño.

-Porque no la poseía, hasta anoche.

-Así pues, sabías que acabaríamos así: como fugitivos en el desierto -razonó el jefe mercenario, creyéndose muy astuto.

Pero, en vez de discutir, Entreri se limitó a encogerse de hombros mientras Jarlaxle lo ayudaba a levantarse.

-Era más bien una esperanza.

Jarlaxle le lanzó una mirada de curiosidad, pero no insistió. Ya habría tiempo. Entonces volvió la vista hacia la lejana Dallabad, obviamente preguntándose qué suerte habrían corrido sus antiguos lugartenientes y cómo se había llegado a aquella situación. No solía suceder que el astuto Jarlaxle se sintiera confundido.

-Tenemos lo que deseábamos -recordó Kimmuriel a su indignado compañero-. Ahora Bregan D'aerthe es nuestro y podremos regresar a nuestro hogar: la Antípoda Oscura y Menzoberranzan.

-¡Ésta no es la Piedra de Cristal! -protestó Rai'gy, arrojando la imitación al suelo.

-¿Acaso nuestro objetivo era conseguir la reliquia? -inquirió Kimmuriel, suspicaz.

-Jarlaxle aún la tiene. ¿Cuánto tiempo crees que nos permitirá mandar Bregan D'aerthe? Debería estar muerto, y *Crenshinibon* debería estar en mi poder.

La taimada expresión de Kimmuriel no cambió ante la curiosa elección de palabras del hechicero, pues comprendía que estaban inspiradas por la misma *Crenshinibon* en su afán de esclavizar a Rai'gy. Por suerte Yharaskrik le había descubierto la verdadera naturaleza del poderoso y peligroso artilugio. Sin embargo, con Jarlaxle todavía con vida, Kimmuriel admitía que su posición era muy inestable.

El psionicista nunca había deseado convertir a Jarlaxle en su enemigo, no porque ese drow más experimentado que él le inspirara ningún sentimiento de amistad, sino por miedo. Tal vez Jarlaxle se encontraba en esos mismos momentos de camino a Menzoberranzan para reunir a la parte de Bregan D'aerthe que se había quedado en la Antípoda Oscura -más de la mitad- y lanzarlos contra Rai'gy, Kimmuriel y sus seguidores. Era posible que Jarlaxle reclutara los servicios de Gromph Baenre, el archimago de Menzoberranzan, para que midiera sus poderes mágicos contra los de Rai'gy.

No era una perspectiva halagüeña, pero Kimmuriel veía que la frustración de Rai'gy nacía más bien del hecho de que la Piedra de Cristal se les hubiera escapado que de que el propio Jarlaxle hubiera huido.

-Tenemos que encontrarlos -declaró el mago-. Quiero a Jarlaxle muerto. Si no, jamás estaremos seguros.

-Ahora eres el jefe de una banda de mercenarios varones con sede en Menzoberranzan. Jamás estarás a salvo de los juegos de las matronas ni de las intrigas de otros drows. Es el precio que hay que pagar por el poder, amigo mío.

Pero la mirada que le lanzó Rai'gy no era de amistad. Estaba enfadado, más de lo que Kimmuriel jamás lo hubiera visto. Anhelaba desesperadamente poseer a *Crenshinibon*, al igual que Yharaskrik, como bien sabía Kimmuriel. Si conseguían atrapar a Jarlaxle y a *Crenshinibon*, pensaba asegurarse de que la piedra fuera a parar a manos del *illita*. Prefería que Yharaskrik y otros desolladores mentales se hicieran cargo de *Crenshinibon* para estudiarla y luego destruirla, antes que Rai'gy se la llevara a Menzoberranzan, aunque dudaba de que con la piedra accediera a regresar, pues, según Yharaskrik, el artilugio absorbía la mayor parte de su poder de la luz solar. Con *Crenshinibon* como aliada, Kimmuriel no podría bajar la guardia. La reliquia nunca lo aceptaría, nunca aceptaría que la disciplina mental del psionicista le impedía penetrar en su mente y controlarla.

Kimmuriel se sentía tentado de trabajar contra Rai'gy para frustrar como fuera sus planes de perseguir a Jarlaxle, pero era consciente de que, con Piedra de Cristal o sin ella, Jarlaxle era un adversario demasiado peligroso como para dejarlo libre.

Un golpe en la puerta lo arrancó de sus reflexiones. Berg'inyon Baenre entró seguido de varios soldados drows que arrastraban a una Sharlotta Vespers encadenada y golpeada. Otros soldados drows escoltaban a un fornido e imponente hombre rata.

Kimmuriel hizo señas al grupo de Sharlotta para se hiciera a un lado y poder encararse con el hombre rata.

-Gord Abrix a vuestro servicio, honorable Kimmuriel Oblodra -dijo el hombre rata, haciendo una profunda reverencia.

-¿Ahora eres tú el jefe de los hombres rata de Calimport? -le preguntó el drow con dureza.

-Sí. Los hombres rata están al servicio de la casa Basadoni. Al servicio de...

-Silencio. No necesitas saber más y mucho menos decirlo en voz alta -le gruñó Rai'gy y, pese a su tamaño, el hombre rata se encogió ante los elfos oscuros.

-Lleváoslo de aquí -ordenó Kimmuriel a los escoltas drows en su propio idioma-. Decidle que lo llamaremos cuando hayamos decidido qué función van a desempeñar los hombres rata.

Gord Abrix logró hacer una última reverencia antes de que lo echaran a empellones de la habitación.

-¿Y tú qué tienes que decir? -preguntó Kimmuriel a Sharlotta. El simple hecho de que pudiera preguntárselo en idioma drow le recordó que se hallaba ante una mujer de muchos recursos y, por tanto, potencialmente muy útil.

-¿Qué he hecho para merecer este trato? -replicó Sharlotta.

-¿Qué te hace pensar que debías hacer algo especial? -repuso Kimmuriel tranquilamente.

Sharlotta iba a responder, pero se dio cuenta de que nada podía decir para rebatir la lógica irrefutable de esa pregunta.

-Te encomendamos una importante misión, entrevistarte con el bajá Da'Daclan, y fallaste -le recordó Rai'gy.

-Entreri me engañó y me secuestró -protestó la mujer.

-No hay excusa para el fracaso. Y el fracaso merece un castigo... o algo peor.

-Pero escapé y os avisé de que Entreri se había puesto del lado de Jarlaxle -arguyó Sharlotta.

-¿Escapar? -repitió Rai'gy en tono incrédulo-. Según tú misma nos contaste, la halfling te dejó marchar porque estaba demasiado asustada para mantenerte prisionera.

Las palabras del hechicero resonaron en la cabeza de Kimmuriel, dándole muy mala espina. ¿Acaso eso formaba parte del plan de Entreri? Era muy sospechoso que él y Rai'gy hubieran llegado a la torre cristalina de Dallabad precisamente en el momento menos

adecuado para atacar, con la verdadera Piedra de Cristal oculta y una imitación como señuelo. Kimmuriel se dijo que, más adelante, tendría que hablar con esa Dwahvel Tiggerwillies para hacer algunas averiguaciones.

-Vine enseguida a informaros. -Sharlotta se defendía con energía, hablando como alguien que, por fin, ha comprendido que no tiene nada que perder.

-No hay excusa para el fracaso -repitió Rai'gy con la misma vehemencia.

-Pero no somos despiadados -se apresuró a añadir Kimmuriel-. Personalmente creo incluso en la posibilidad de la redención. Según tú, has caído en desgracia por culpa de Artemis Entreri, por lo que tú misma tendrás que encontrarlo y matarlo. Tráeme su cabeza o seré yo quien te corte la tuya.

-Ni siquiera sé por dónde empezar -replicó la mujer, alzando las manos, con un gesto de impotencia-. ¿Qué recursos...?

-Dispondrás de todos los recursos y todos los soldados de la casa Basadoni y Dallabad, además de la total cooperación del jefe de los hombres rata y sus secuaces -respondió Kimmuriel.

La expresión de Sharlotta era de escepticismo, pero a Kimmuriel no se le escapó el fugaz centelleo que apareció en sus ojos. La mujer estaba tan indignada con Artemis Entreri como Kimmuriel y Rai'gy. Sharlotta era una adversaria astuta y peligrosa. Sin duda, sus esfuerzos por hallar a Entreri y destruirlo los ayudarían a neutralizar a Jarlaxle y a la peligrosa Piedra de Cristal.

-¿Cuándo empiezo? -inquirió la mujer.

-¿Qué haces todavía aquí? -preguntó Kimmuriel.

La mujer se puso en pie dificultosamente. Los guardias drow corrieron en su ayuda y le quitaron las cadenas a toda prisa.

15
Querida Dwahvel

-Ay, amigo mío, cómo me has decepcionado -susurró Jarlaxle a Entreri, el cual lejos de haberse curado se hallaba tan débil que apenas se valía por sí mismo. Mientras Entreri flotaba en un estado de semiconsciencia, Jarlaxle, poseedor de la magia capaz de curarlo por completo, se había tomado su tiempo para reflexionar sobre lo ocurrido.

Trataba de decidir si Entreri lo había salvado o si lo había condenado, cuando oyó una llamada muy familiar.

La mirada del drow se posó en el humano, y una amplia sonrisa se pintó en su rostro de ébano. *¡Crenshinibon!* ¡El humano tenía a *Crenshinibon*! Jarlaxle repasó mentalmente lo sucedido e intuyó que, cuando lo había atacado por sorpresa, Entreri no sólo le había cortado la bolsa del cinturón sino que la había cambiado por una imitación que contenía una Piedra de Cristal falsa. ¡Qué listo era Entreri!

-Eres más astuto que un zorro, compañero -comentó el mercenario, aunque no estaba seguro de que Entreri pudiera oírlo-. Me alegra comprobar una vez más que no te he subestimado. -Sin dejar de sonreír, Jarlaxle fue a coger la bolsa que pendía del cinturón de Entreri.

El asesino alzó bruscamente una mano y agarró al drow por el brazo.

En un abrir y cerrar de ojos, Jarlaxle empuñaba una daga con la otra mano, lista para clavársela en el corazón al humano, que se encontraba prácticamente indefenso. Pero Entreri, que permanecía inmóvil, mirando lastimeramente al drow, desistió de coger la daga ni cualquier otra arma. En la cabeza de Jarlaxle resonaba la llamada de la Piedra de Cristal, que lo animaba a acabar con el humano y recuperar lo que le pertenecía por derecho.

Estuvo a punto de hacerlo, pese a que la llamada de *Crenshinibon* no era ni mucho menos tan poderosa ni melodiosa como cuando él poseía la reliquia.

-No lo hagas -susurró Entreri-. No puedes controlarla.

Jarlaxle retrocedió, taladrando con la mirada al humano.

-¿Y tú sí?

-Sí. Por eso te llama. A mí no puede dominarme -replicó Entreri. Su respiración se había vuelto más dificultosa, y la herida del costado volvía a sangrar abundantemente.

-¿Por qué? -inquirió Jarlaxle, receloso-. ¿Acaso Artemis Entreri ha adoptado el mismo código de moralidad que Drizzt Do'Urden?

Entreri intentó reír entre dientes, pero el dolor era tan insoportable que solamente le salió una mueca.

-Drizzt y yo no somos tan distintos en muchos aspectos, por ejemplo en la disciplina.

-¿Y sólo la disciplina impide que la Piedra de Cristal te domine? -El tono de Jarlaxle seguía delatando total incredulidad-. ¿Me estás diciendo que no soy tan disciplinado como cualquiera de vo...

-¡No! -gruñó Entreri, que casi se incorporó al agarrarse del costado en una punzada de dolor-. No -repitió instantes después, ya más calmado, relajándose y respirando entrecortadamente-. *Crenshinibon* no podía contra el código de Drizzt y tampoco puede contra mi propio código, que no es de moralidad sino de independencia.

Jarlaxle se retiró un poco, y su expresión pasó de la duda a la curiosidad.

-¿Por qué me la robaste?

El humano lo miró, dispuesto a responder, pero acabó haciendo una mueca. Jarlaxle metió una mano bajo los pliegues de su capa y sacó un pequeño orbe que sostuvo en dirección a Entreri mientras empezaba a salmodiar algo.

El asesino experimentó un alivio casi inmediato, sintió que la herida se cerraba y que podía respirar mejor. A medida que avanzaba la salmodia del drow, Entreri se iba recuperando, pero el mercenario se detuvo antes de que la curación fuese completa.

-Responde a mi pregunta -exigió el drow.

-Iban a matarte.

-Eso es evidente. ¿No podrías haberme avisado?

-No habría bastado. Eran demasiados y sabían que tu principal arma sería *Crenshinibon.* Así pues, la neutralizaron temporalmente.

La primera reacción de Jarlaxle fue exigir que le devolviera la Piedra de Cristal para regresar a Dallabad y ajustar las cuentas a los traidores. No obstante, se contuvo y dejó que Entreri siguiera hablando.

-Tenían razón al querer arrebatarte la piedra -declaró el asesino audazmente.

Jarlaxle lo fulminó con la mirada, pero sólo por un segundo.

-Mantente lejos de ella -le aconsejó el humano-. No escuches su llamada y considera tus acciones de estos últimos diez días. Aunque sabías que para permanecer en la superficie es preciso preservar vuestra verdadera identidad, no se te ocurre otra cosa que erigir torres de cristal. Pese a todo su poder, Bregan D'aerthe no puede gobernar el mundo, ni siquiera la ciudad de Calimport, ni siquiera con la ayuda de *Crenshinibon*, y mira qué trataste de hacer.

Jarlaxle quiso interrumpirlo varias veces, pero todos sus argumentos se le ahogaron en la garganta. Sabía que Entreri tenía razón; había cometido un grave error.

-No podemos regresar y explicárselo a los usurpadores -comentó el mercenario.

-Fue la Piedra de Cristal quien inspiró el ataque contra ti -replicó el asesino, y Jarlaxle reaccionó como si le hubiera dado un bofetón-. Tú eres demasiado astuto, y *Crenshinibon* se imaginó que el ambicioso Rai'gy sería una presa más fácil.

-Eso lo dices para apaciguarme.

-Lo digo porque es la pura verdad. -Entreri calló e hizo una mueca cuando otra punzada de dolor le recorrió el cuerpo-. Si lo piensas detenidamente, te darás cuenta de que es así. *Crenshinibon* te llevaba hacia donde ella quería, aunque no sin interferencias.

-¿En qué quedamos? ¿Me controlaba o no la Piedra de Cristal?

-Te manipulaba. ¿Es que aún lo dudas? Pero no te manipulaba hasta el punto que era capaz con Rai'gy.

-Fui a Dallabad para destruir la torre de cristal, lo que indudablemente desagradaba a *Crenshinibon* -razonó Jarlaxle-. ¡Podría haberlo hecho! La Piedra de Cristal no podría haberlo impedido.

Iba a proseguir, pero Entreri lo atajó diciendo:

-¿Estás seguro de que podrías haberlo hecho?

-Cla... claro que sí.

-Pero no lo hiciste.

-Una vez que comprobé que podía, no vi ninguna razón para... -empezó a explicar Jarlaxle, pero al oír las palabras que salían de su boca comprendió lo que decía. *Crenshinibon* lo había engañado a él, el maestro de la intriga, para hacerle creer que tenía el control.

-Déjamela a mí. La Piedra de Cristal no ceja en su empeño de manipularme, pero no puede ofrecerme nada que yo desee realmente, por lo que no tiene poder sobre mí.

-No se dará por vencida. Encontrará tus puntos débiles y los aprovechará.

-Lo sé, pero se le acaba el tiempo -replicó el asesino.

Jarlaxle lo miró con curiosidad.

-No habría desperdiciado tiempo ni energías para salvarte de esos desgraciados si no tuviera un plan -se explicó Entreri.

-¿De qué se trata?

-Te lo diré a su debido tiempo -prometió el asesino-. Ahora te suplico que no me arrebates la Piedra de Cristal y que me permitas descansar.

El humano se echó sobre la arena y cerró los ojos. Era plenamente consciente de que, si Jarlaxle lo atacaba, su única defensa sería la Piedra de Cristal. Pero también sabía que, si la utilizaba, probablemente *Crenshinibon* hallaría muchas maneras de debilitar su disciplina mental. En ese caso, Entreri abandonaría su misión y dejaría que la reliquia fuese su guía; su guía hacia la destrucción o hacia un destino peor que la muerte.

Cuando Entreri miró a Jarlaxle se sintió algo reconfortado al ver de nuevo en él al drow inteligente y precavido, a alguien que reflexionaba cuidadosamente antes de emprender acciones definitivas que resultaran precipitadas. Después de todo lo que había contado a Jarlaxle sobre *Crenshinibon,* tratar de recuperar la piedra sería ciertamente definitivo y precipitado. No, estaba seguro de que Jarlaxle no lo atacaría. El jefe mercenario dejaría que los acontecimientos siguieran su curso antes de hacer nada para cambiar una situación que, obviamente, no comprendía.

Con eso en mente, el asesino se quedó dormido. Mientras se iba sumiendo en un sueño cada vez más profundo, notó que la magia del orbe de Jarlaxle se derramaba de nuevo sobre él.

La halfling se sorprendió al darse cuenta de que le temblaban las manos mientras desenrollaba cuidadosamente la nota.

-Caramba, Artemis, no imaginaba que supieras escribir -comentó Dwahvel con una risita al contemplar la hermosa caligrafía que llenaba el pergamino, si bien ella prefería un estilo menos sobrio y más elaborado. «Mi querida Dwahvel», leyó en voz alta e hizo una pausa para decidir cómo debía tomarse ese saludo. ¿Era un encabezamiento formal o un signo de verdadera amistad?

La halfling comprendió entonces lo poco que entendía lo que realmente le pasaba por la cabeza a Artemis Entreri. El asesino siempre había afirmado que su único deseo era ser el mejor entre los mejores, pero, si eso era cierto, ¿por qué no había utilizado el devastador poder de la Piedra de Cristal después de hacerse con ella? Dwahvel sabía que ahora *Crenshinibon* estaba en manos de Entreri. Sus contactos en Dallabad le habían informado al detalle del derrumbe de las torres de cristal y de la huida de un humano -Entreri- y un elfo oscuro -que Dwahvel suponía que era Jarlaxle.

Todo apuntaba a que el plan de Entreri había tenido éxito. Dwahvel nunca lo había dudado, pese a la bien merecida reputación de los enemigos del asesino. No necesitaba las declaraciones de testigos oculares para saberlo.

La halfling se acercó a la puerta para asegurarse de que estuviera bien cerrada con llave. Entonces fue a sentarse junto a la mesilla de noche y desplegó encima el pergamino, aguantando los extremos con pisapapeles hechos con enorme joyas. Primero leería la carta y luego la analizaría en una segunda lectura.

Mi querida Dwahvel:

Ha llegado el momento de que nos digamos adiós, y me despido con gran pesar. Echaré de menos nuestras charlas, mi pequeña amiga. He conocido a muy pocas personas en las que pudiera confiar lo suficiente para hablar con sinceridad. Voy a confiarme a ti por última vez, ya no con la esperanza de que puedas aconsejarme, sino solamente para tratar de comprender mejor lo que siento. Pero eso ha sido siempre lo mejor de nuestras charlas, ¿no es cierto?

Mirando atrás, me doy cuenta de que pocas veces me has dado consejos. De hecho, apenas hablabas, sino que te limitabas a escuchar. Yo también me escuchaba y mientras oía cómo explicaba mis pensamientos y mis sentimientos a otra persona, los ponía en orden. ¿Qué era lo que me conducía a diferentes vías de razonamiento: tus expresiones, un simple asentimiento o el modo en que enarcabas una ceja? No lo sé.

No lo sé; ésta parece haberse convertido en la letanía de mi existencia, Dwahvel. Siento como si los cimientos sobre los que baso mis creencias y mis acciones no fueran sólidos, sino tan movibles como las arenas del desierto. Cuando era joven sabía las respuestas a todas las preguntas. Vivía en un mundo de seguridad y certeza. Pero ahora soy más viejo, ahora que he visto pasar cuatro décadas de mi existencia, únicamente sé con seguridad que no puedo estar seguro de nada.

Qué fácil era ser un joven de veinte años, qué fácil era vivir con un propósito basado en...

Supongo que basado en el odio y en la necesidad de convertirme en el mejor de los asesinos. Ése era mi propósito: ser el mejor guerrero del mundo, y que mi nombre quedara grabado en la historia de Faerun. Mucha gente ha creído que lo deseaba únicamente por orgullo, que quería que todos temblaran ante la simple mención de mi nombre, para alimentar mi vanidad.

Supongo que en parte tenían razón. Por mucho que tratemos de negarlo, todos somos vanidosos. Pero, en mi caso, el deseo de crearme una reputación no era tan fuerte como el deseo, o mejor dicho la necesidad, de ser realmente el mejor en mi oficio. Si me alegraba de ser un asesino cada vez más reputado no era por orgullo, sino porque sabía que si el miedo a mi persona penetraba el blindaje emocional de mis adversarios, tendría ventaja sobre ellos.

Una mano temblorosa no sostiene con firmeza una espada.

No temas, aún aspiro a llegar a lo más alto, aunque solamente porque de este modo tengo un propósito en una vida que cada vez me da menos alegrías.

Paradójicamente, me di verdadera cuenta de lo vacío de mi existencia cuando derroté justamente a quien había tratado de hacérmelo ver de tantas maneras distintas. ¡Cómo odio todavía a Drizzt Do'Urden! Él me hizo ver mi vida como una cosa vacía, me hizo ver que vivía en una trampa que no hacía bien a nadie y no me reportaba felicidad. Nunca discrepé de él en esta apreciación, pero creía que no importaba. Su razón de vivir eran sus amigos y la comunidad, mientras que yo vivía para mí mismo. De un modo u otro, se me antoja que la vida no es más que un juego sin sentido, un entretenimiento para los dioses que nos observan, un camino que nos lleva a escalar montañas que nos parecen inmensas y que no son más que insignificantes montículos, y a atravesar valles que se nos antojan muy profundos y en realidad no son nada que valga la pena. Me temo que de lo único que me quejo es de la banalidad de la vida.

O tal vez no fue Drizzt quien me mostró que mis cimientos eran de arena. Tal vez fuiste tú, Dwahvel, quien me dio algo que pocas veces he conocido, y nunca a fondo.

Hablo de amistad. Todavía no estoy seguro de entender ese concepto, pero si alguna vez tratara de definirlo, pensaría en el tiempo que hemos pasado juntos.

Así pues, es posible que ésta sea una carta de disculpa. No habría debido ponerte en contra a Sharlotta Vespers, aunque espero que la hayas torturado hasta la muerte, como te ordené, y que hayas enterrado su cuerpo en un lugar ignoto.

Cuántas veces me preguntaste qué planes tenía, y yo me limité a reír. Pero ahora quiero que sepas, querida Dwahvel, que mi plan consiste en robar un poderoso artilugio mágico antes de que otros interesados se hagan con él. Sé que es un intento desesperado, pero no puedo evitarlo pues el artilugio me llama, me exige que se lo arrebate a su actual poseedor, que no es digno de él.

Será mío, porque soy ciertamente el mejor en mi oficio y me marcharé muy, muy lejos de Calimport, quizá para no regresar jamás.

Adiós, Dwahvel Tiggerwillies. Que la suerte te acompañe en todo lo que hagas. Soy yo quien está en deuda contigo, y no al revés. Me espera un camino largo y lleno de peligros, pero ahora tengo una meta. Si la alcanzo, nada podrá hacerme daño.

¡Adiós!

AE

Dwahvel Tiggerwillies apartó el pergamino y se secó una lágrima, mientras se reía de lo absurdo de todo aquello. Si unos meses antes alguien le hubiera dicho que lamentaría que Artemis Entreri saliera de su vida, se hubiera echado a reír y lo hubiera llamado loco.

Pero ahí estaba esa carta, de carácter tan íntimo como cualquiera de las charlas que ella y Entreri habían compartido. La halfling ya las echaba de menos o quizá lamentaba que no fueran a repetirse en el futuro, al menos no en un futuro inmediato.

A decir de Entreri, él también echaría de menos sus charlas, lo cual tocaba la fibra sensible de Dwahvel. Parecía imposible que se hubiera ganado la amistad de ese asesino, el rey a la sombra de las calles de Calimport y más allá durante más de veinte años. ¿Había conseguido alguien acercarse tanto a Artemis Entreri?

Nadie que siguiera con vida, como bien sabía la halfling.

Dwahvel releyó el final de la carta, la parte en la que Entreri mentía de manera tan descarada acerca de sus intenciones. El asesino se había asegurado de no mencionar nada que indicara a los elfos oscuros que Dwahvel sabía algo de su existencia, del artilugio robado, ni tampoco de su ofrecimiento de la Piedra de Cristal. Ciertamente, al mentir acerca de haberle ordenado que matara a Sharlotta preservaba la seguridad de Dwahvel y, en caso necesario, podría granjearle cierta compasión por parte de la mujer y de sus oscuros patrocinadores.

Al pensar en ello, un escalofrío le recorrió la espalda. ¡No quería en modo alguno depender de la compasión de los elfos oscuros! Pero enseguida comprendió que no sería preciso. Aun en el caso de que el rastro condujera hasta ella y La Ficha de Cobre, mostraría de buen grado la carta a Sharlotta, y ésta apreciaría lo útil que podía llegar a ser la halfling.

Sí, Artemis Entreri se había tomado muchas molestias para disimular la función que había desempeñado Dwahvel en la conspiración, lo cual, más que sus amables palabras, revelaba hasta qué punto era profunda su amistad.

-Vete muy lejos de aquí, amigo, y escóndete donde no puedan encontrarte -susurró.

Dwahvel volvió a enrollar el pergamino y lo guardó en un cajón de su escritorio encantado. El sonido del cajón al cerrarse resonó con fuerza en su corazón.

Echaría mucho de menos a Artemis Entreri.

Tercera parte

¿Y ahora qué?

Existe una cierta belleza en la absoluta fealdad de los demonios. No hay ninguna ambigüedad, ni ninguna duda, ni ninguna idea falsa sobre cuál es el modo correcto de tratar con ellos.

Uno no negocia con los demonios. Uno no escucha sus mentiras, sino que deben ser expulsados, destruidos. Es preciso librar al mundo de su presencia, por muy tentado que uno esté de utilizar sus poderes para salvar lo que parece una pizca de bondad.

Ésta es una verdad que a muchos les cuesta aceptar y ha sido la perdición de muchos hechiceros y sacerdotes que cometieron el error de invocarlos y permitirles que fueran mas allá de su propósito inicial -tal vez responder una pregunta-, pues fueron seducidos por el poder que les ofrecía el demonio. Muchos de esos pobres desgraciados creyeron que hacían el bien al obligar a los demonios a ayudarlos, al reforzar su causa o su ejército con soldados demoníacos. Estaban convencidos de que un buen fin justifica los medios. ¿Acaso un rey bondadoso no hace bien al añadir demonios «controlados» a su causa a fin de defender su país de un ataque goblin?

Yo creo que no, pues si la preservación del bien depende del uso de criaturas de una maldad irredimible justamente para vencer el mal, entonces no hay nada que realmente merezca la pena salvar.

Así pues, únicamente se deben invocar a los demonios en tiempos en los que éstos deben traicionar la causa del mal, y únicamente en un entorno perfectamente controlado del que no puedan escapar. Cadderly lo ha hecho dentro de una especial cámara de invocaciones en Espíritu Elevado, al igual que probablemente muchísimos sacerdotes y magos. No obstante, invocar un demonio nunca está exento de peligros, aunque se prepare un círculo de protección perfecto, pues siempre hay que contar con la tentación asociada a la manipulación de los poderes de un balor o un nalfeshnie.

El modo de vencer la tentación es ser tener siempre presente la irredimible perversidad de tales criaturas. Irredimible, o sea sin esperanza. El concepto de redención debe ser crucial y determinante en cualquier trato con el mal. Templa tu acero cuando la redención es posible, no lo utilices cuando la redención está cerca, pero golpea con fuerza y sin ningún remordimiento cuando no hay posibilidad alguna de que tu adversario se redima.

¿Dónde cabría situar a Artemis Entreri en esa escala?, me pregunto. ¿Está realmente más allá de cualquier tipo de ayuda y esperanza?

De ayuda creo que sí, pero no de esperanza. Nadie puede ayudar a Artemis Entreri, porque él nunca aceptaría ayuda. Entreri peca de orgullo; el suyo no es el orgullo fanfarrón de tantos guerreros mediocres, sino el orgullo de la independencia total y de una inflexible confianza en sí mismo y sólo en sí mismo. Yo, al igual que cualquiera que lo conozca en mayor o menor medida, podría decirle cuáles son sus errores, pero él no escucharía.

No obstante, es posible que todavía pueda redimirse. No sé cuál es la fuente de la ira que guía sus pasos, aunque debió de ser algo muy grave. No obstante, por terrible que fuera, no justifica en modo alguno sus actos. Él decidió libremente teñir su espada y su característica daga con la sangre de otros.

Sin embargo, creo que sufre, creo que la sangre que ha derramado le quema en la piel como el aliento de un dragón negro y que lo roe por dentro. Pude verlo en nuestro último encuentro; un dolor sordo y silencioso que asomaba en el rabillo de sus ojos oscuros. Lo tenía en mis manos, podría haberlo matado y creo que, en muchos aspectos, Entreri deseaba que lo hiciera, que acabara con él y con un sufrimiento que, en gran parte, él mismo se ha impuesto.

Ese dolor fue lo que contuvo mi mano, la íntima esperanza de que en lo más profundo de su corazón Artemis Entreri sabe que debe cambiar de vida, de que el camino por el que

avanza solamente lo conduce al vacío y a la desesperación más absoluta. Mientras estaba allí, empuñando mis armas y con él indefenso, muchos pensamientos cruzaron por mi mente. ¿Cómo podía matarlo viendo ese dolor en sus ojos y sabiendo que podía ser el precursor de su redención? Pero ¿cómo dejarlo con vida, sabiendo perfectamente que si Artemis Entreri salía de esa torre de cristal muchos caerían bajo su espada?

Me encontraba en un dilema, en una crisis de conciencia y de equilibrio. En ese momento crítico, hallé la respuesta en el recuerdo de mi padre, Zaknafein. Sé que, a modo de ver de Entreri, él y Zaknafein no son tan distintos, y ciertamente tienen puntos en común. Ambos vivieron en un entorno hostil y, a sus distintos modos de ver, también malvado. Además, ambos creían que no mataron nunca a nadie que no lo mereciera. ¿Acaso los guerreros y los asesinos que trabajan para los malditos bajás de Calimport son mejores que los soldados de las casas drows? Así pues, las acciones de Zaknafein y de Entreri se parecen en muchos aspectos. Ambos eran prisioneros en un mundo de intrigas, peligros y maldad. Ambos sobrevivieron mostrándose implacables. Si Artemis Entreri considera que su mundo, su prisión, es tan horrible como Zaknafein creía que era Menzoberranzan, ¿no tiene entonces el mismo derecho que mi padre a sobrevivir a cualquier precio? Entreri es un asesino y mi padre era un maestro de armas que mató a muchísimos elfos oscuros como patrón que era de la casa Do'Urden.

Me di cuenta de estas semejanzas la primera vez que fui a Calimport persiguiendo a Entreri, el cual había secuestrado a Regis -debo admitir que incluso ese acto tenía una justificación-, y me inquietó enormemente. Teniendo en cuenta que ambos son excelentes espadachines y, en apariencia, no dudan en matar, ¿hasta qué punto son iguales? ¿Fueron mis sentimientos hacia Zaknafein los que detuvieron mi espada cuando tuve la oportunidad de cortar a Entreri en dos?

Yo digo que no y quiero creer que es así, pues Zaknafein era mucho más exigente en la elección de sus víctimas. Conozco la verdad que yacía en el corazón de mi padre. Sé que él era capaz de amar, algo de lo que Artemis Entreri parece ser incapaz.

Al menos en su actual encarnación, aunque ¿hay esperanza de que el hombre halle la luz que brilla bajo la mortífera forma del asesino?

Es posible, y me encantaría enterarme un día de que el hombre ha abrazado esa luz. Aunque, para ser sincero, dudo que nada ni nadie sea capaz de avivar esa llama perdida de compasión bajo la fría y gruesa armadura que ahora lleva.

Drizzt Do'Urden

16
Sombras en un día soleado

Danica estaba sentada en un saliente rocoso de una imponente montaña, junto al campo en el que se alzaba Espíritu Elevado, una catedral con altísimas torres rematadas por capiteles, arbotantes y adornada con grandes vidrieras de colores. Los extensos jardines estaban salpicados de setos verdes muy bien cuidados, muchos de los cuales habían sido podados imitando formas animales. Asimismo se veía un enorme laberinto formado por setos.

La catedral era obra del marido de Danica, Cadderly, un poderoso clérigo de Deneir, la diosa del conocimiento. Desde luego, el edificio era el legado más obvio de Cadderly, aunque para Danica, el mayor legado eran los gemelos que retozaban a la entrada del laberinto así como su hermano, que dormía dentro de la catedral. Para consternación del enano Pikel Rebolludo, los gemelos se habían metido corriendo en el laberinto de setos. Había sido Pikel -practicante de la magia druídica, que su hosco hermano Iván seguía negando-, quien había diseñado el laberinto así como otros jardines igualmente asombrosos.

Pikel se había internado en el laberinto en pos de los niños, gritando su nombre y otras palabras típicas suyas, mientras se mesaba los cabellos y la barba teñidos de verde. Para que el laberinto estuviera listo faltaba que los setos enraizaran adecuadamente.

Por supuesto, no bien Pikel había entrado corriendo entre los setos, los gemelos se habían escabullido afuera y ahora jugaban tranquilamente en la entrada del laberinto. Danica no sabía hasta dónde se habría internado el enano de barba verde, pero a juzgar por su voz, que se iba perdiendo en la distancia, supuso que se habría perdido, y ya sería la tercera vez en un solo día.

Una ráfaga de viento azotó el flanco de la montaña y le echó a la cara su abundante mata de cabello cobrizo. Danica se quitó algunos mechones de la boca, y estaba inclinando la cabeza, cuando divisó a Cadderly que avanzaba hacia ella.

Qué magnífica estampa presentaba, con su túnica blanca y marrón, los pantalones a juego, un ligero manto de seda azul y su característico sombrero azul de ala ancha con plumas. Durante la construcción de Espíritu Elevado el clérigo había envejecido hasta el punto que Danica creyó que iba a perderlo. Para desconsuelo de la mujer, el mismo Cadderly aceptaba su muerte como un sacrificio necesario para construir la monumental biblioteca. Pero, poco después de finalizar el edificio principal -detalles tales como la ornamentación de muchas de las puertas y los dorados con pan de oro alrededor de los hermosos arcos de entrada era posible que nunca llegaran a completarse-, el proceso de envejecimiento había empezado a invertirse, y Cadderly había rejuvenecido muy rápidamente, tanto que Danica temió que a ese paso tendría que criar a cuatro hijos en lugar de a tres. Ahora tenía el aspecto de un hombre de veintitantos años, de andar brioso y al que le brillaban los ojos cada vez que miraba a su esposa.

Cadderly volvía a ser el mismo hombre joven, sano y lleno de vida que era antes de emprender la magna tarea de construir la Biblioteca para el Espíritu, que había sido destruida a raíz de la maldición de Caos al igual que la antigua orden de Deneir. La diosa había recompensado que Cadderly Bonaduce estuviera dispuesto a sacrificarlo todo para reconstruir la catedral y la orden devolviéndole la vida, enriquecida con la presencia de su esposa y sus tres hijos.

-Esta mañana he recibido una visita -dijo Cadderly a modo de saludo. El clérigo echó un vistazo a los gemelos, y su sonrisa se ensanchó al oír otra llamada frenética de Pikel desde el laberinto.

Danica contempló maravillada cómo los ojos grises de su marido también parecían sonreír.

-Lo sé. Un hombre de Carradoon -comentó la mujer-. Lo vi entrar.

-Traía un mensaje de Drizzt Do'Urden.

Estas palabras despertaron el interés de Danica, la cual se volvió para mirarlo de frente. Ella y Cadderly habían conocido al extraordinario elfo oscuro el año anterior. Drizzt había regresado al norte en alas del viento gracias a uno de los hechizos del sacerdote.

Danica estudió por un momento el rostro de su esposo, que mostraba una expresión muy distinta a su habitual calma.

-Ha recuperado la Piedra de Cristal -decidió al fin, pues la última vez que se habían reunido con el elfo y su amiga humana, Catti-brie, habían hablado justamente de eso. Drizzt prometió que recuperaría la antigua y malvada reliquia y que se la llevaría a Cadderly para que éste la destruyera.

-Así es -confirmó Cadderly.

El clérigo tendió a Danica varios pergaminos enrollados. La mujer los cogió y los desplegó. Una sonrisa cruzó su rostro al enterarse de que, por fin, el amigo perdido de Drizzt, Wulfgar, había sido liberado de las garras del demonio Errtu. Pero al llegar a la segunda página se quedó boquiabierta al leer que la Piedra de Cristal había sido robada por un elfo oscuro, un rufián llamado Jarlaxle, el cual había engañado a Drizzt enviando a un *doppelganger* que se hizo pasar por Cadderly. Danica interrumpió la lectura y alzó la vista.

-Drizzt cree que es muy posible que la piedra se encuentre ahora en la Antípoda Oscura, en una ciudad drow llamada Menzoberranzan, donde vive Jarlaxle -dijo Cadderly, al tiempo que cogía la carta de manos de su esposa.

-Bueno, pues que les aproveche -replicó la mujer, muy seria.

Ella y Cadderly habían hablado largo y tendido sobre los poderes de la reliquia, por lo que sabía que era una herramienta de destrucción, tanto de los enemigos de su dueño, como de los aliados de éste y, en último término, del mismo dueño. Siempre había sido así y, en opinión de Cadderly, *Crenshinibon* llevaba siempre la desgracia a quienes estaban cerca de ella. Poseer la Piedra de Cristal era como padecer una enfermedad terminal.

El clérigo sacudía ya la cabeza antes de que Danica acabara de hablar.

-La Piedra de Cristal es un artilugio de luz. Necesita el sol, y simbólicamente en ello radica quizá su mayor perversión.

-Pero los drows son criaturas de la oscuridad. Dejemos que se la queden. Tal vez en la Antípoda Oscura los poderes de la piedra disminuirán o serán destruidos.

-¿Quién es más fuerte: la piedra o su dueño? -inquirió Cadderly, sacudiendo de nuevo la cabeza.

-Engañar a Drizzt no es nada fácil, así que el elfo oscuro que le robó la piedra debe de ser muy astuto.

El clérigo se encogió de hombros y sonrió.

-A no ser que ese Jarlaxle se guíe por los mismos principios morales que Drizzt Do'Urden, una vez que *Crenshinibon* llegue a su corazón dudo que le permita retirarse a las profundidades de la tierra. No se trata necesariamente de quién es el más fuerte. La piedra no domina a quien la posee, sino que lo manipula para que haga lo que ella desea. -Y manipular el corazón de un elfo oscuro es fácil -razonó Danica.

-Si se trata de un típico elfo oscuro, sí.

Ambos guardaron silencio unos momentos mientras sopesaban las palabras y la nueva información.

-¿Qué vamos a hacer, entonces? -preguntó la mujer-. Si crees que la Piedra de Cristal impedirá que se la lleven a la Antípoda Oscura, ¿vamos a permitir que cause estragos en la superficie? ¿Tenemos idea de dónde puede estar?

Cadderly no respondió, ensimismado como seguía en sus pensamientos. La pregunta de qué hacer, de cuál era la responsabilidad de ambos en esa situación lo llevaba a la cuestión filosófica de la seducción del poder. ¿Le correspondía a él, por sus poderes clericales, localizar al nuevo dueño de la Piedra de Cristal, a ese elfo oscuro, y arrebatársela para destruirla? En caso afirmativo, ¿qué pasaba entonces con todas las demás injusticias que se cometían en el mundo? Por ejemplo, los piratas que infestaban el mar de las Estrellas Fugaces. ¿Acaso debía fletar un barco para darles caza? ¿Y la tristemente famosa banda de los Hechiceros Rojos de Thay? ¿Tenía él el deber de encontrarlos y combatirlos? Por no hablar de los zhentarim, del Trono de Hierro o de los Ladrones de la Sombra.

-¿Recuerdas cuando vinieron Drizzt Do'Urden y Catti-brie? -inquirió Danica, y Cadderly tuvo la impresión de que la mujer le había leído la mente-. Drizzt se quedó consternado al enterarse de que habíamos invocado al demonio Errtu, liberándolo así del exilio al que el mismo Drizzt lo había condenado unos años antes. ¿Qué fue lo que le dijiste para tranquilizarlo?

-Le dije que el hecho de haber liberado a Errtu no era tan grave -admitió Cadderly-. Que siempre habría demonios dispuestos a servir a brujos malvados. Si no Errtu, otro.

-Errtu no es más que uno de los agentes del Caos, del mismo modo que la Piedra de Cristal. Si no es ella quien causa desgracias, lo hará cualquiera de las muchas otras herramientas del Caos. ¿Tengo o no tengo razón?

Cadderly le sonrió con la mirada fija en la profundidad, en apariencia infinita, de sus ojos castaños y almendrados. ¡Cómo la amaba! Era su compañera en todos los aspectos de la vida. Era una mujer inteligente y más disciplinada que nadie que Cadderly hubiera conocido. Danica siempre lo ayudaba a dilucidar dudas y tomar decisiones difíciles, limitándose a escucharlo y ofrecerle sugerencias.

-Es el corazón el que engendra el mal, no los instrumentos de destrucción. -Cadderly completó el pensamiento.

-¿La Piedra de Cristal es instrumento o corazón?

-Ésa es la cuestión, ¿verdad? ¿Puede equipararse *Crenshinibon* a un monstruo invocado con artes mágicas, a un instrumento de destrucción en manos de alguien con un corazón mancillado? ¿O es una manipuladora, una engendradora de un mal que sin ella no existiría? -Cadderly extendió ambos brazos, pues no poseía las respuestas-. Sea como sea, creo que voy a ponerme en contacto con algunas fuentes de otros planos para tratar de localizar la reliquia y a ese elfo oscuro, Jarlaxle. Ojalá supiera para qué ha utilizado la piedra o, lo que es más inquietante, cómo piensa la piedra utilizarlo a él.

Danica iba a preguntarle de qué estaba hablando, pero antes de formular la cuestión ella misma dedujo la respuesta y apretó los labios. ¿Acaso la Piedra de Cristal, en lugar de permitir que Jarlaxle se la llevara a la Antípoda Oscura, pensaba utilizarlo como punta de lanza de una invasión drow? ¿Acaso la Piedra de Cristal utilizaría la raza y la posición de su nuevo poseedor para causar una destrucción mucho mayor que cualquier otra en el pasado? O, lo que aún era peor para ellos personalmente, si Jarlaxle había robado la reliquia usando a un *doppelganger* disfrazado de Cadderly, entonces ese Jarlaxle sabía muchas cosas de Cadderly. Y, si Jarlaxle lo sabía, *Crenshinibon* también, y asimismo, estaría al corriente de que Cadderly conocía el modo de destruirla. Una fugaz expresión de inquietud cruzó la faz de Danica, y Cadderly, al advertirlo, se volvió instintivamente a mirar a sus hijos.

-Trataré de descubrir dónde están el drow y la piedra, y qué problemas pueden estar causando -explicó Cadderly, imputando la inquietud de Danica a causas equivocadas y preguntándose si, quizá, la mujer dudaba de él.

-Sí, hazlo. No pierdas tiempo -replicó ella muy seria y convencida.

Un chillido procedente del interior del laberinto hizo que ambos se volvieran en esa dirección.

-Pikel -explicó la mujer.

-¿Ya ha vuelto a perderse? -inquirió Cadderly, risueño.

-Tal vez nunca se ha encontrado.

Entonces oyeron un ruido sordo y vieron a Iván Rebolludo, el hermano de Pikel -un enano más tradicional-, que se dirigía al laberinto sin dejar de gruñir a cada paso.

-Tanta superchería druida y ni siquiera sabe cómo salir de un laberinto -rezongaba el enano de barba amarilla.

-¿Vas a ayudarlo? -le gritó Cadderly.

Iván dio media vuelta, curioso, y reparó en la pareja.

-Llevo toda la vida ayudándolo -resopló.

Tanto Cadderly como Danica asintieron y dejaron que Iván siguiera creyéndolo. Aunque él no fuera consciente de ello, ambos sabían que cada vez que trataba de ayudar a Pikel ambos enanos se metían en un lío aún mayor. No pasaría mucho rato antes de que los gritos de Iván, tan perdido como su hermano, se unieran a los de Pikel. Cadderly, Danica y los gemelos se sentaron justo fuera del tortuoso laberinto dispuestos a disfrutar de lo lindo.

Unas horas más tarde, después de preparar la apropiada secuencia de encantamientos y comprobar el círculo mágico de protección que el rejuvenecido sacerdote siempre usaba, incluso cuando trataba con la más insignificante criatura de los planos inferiores, Cadderly se sentó con las piernas cruzadas en el suelo de la cámara de invocaciones y empezó a salmodiar las palabras que llevarían a su presencia a una entidad menor, a un diablillo.

Al poco rato, la diminuta criatura con cuernos y alas de murciélago se materializó dentro del círculo protector. Confusa y enfadada, se puso a dar brincos hasta que, finalmente, centró su atención en el clérigo. El diablillo lo estudió detenidamente, sin duda tratando de hallar alguna clave para saber cómo comportarse. Los diablillos eran invocados con frecuencia al plano material, unas veces para que proporcionaran información, y otras para convertirse en demonios familiares de hechiceros malvados, es decir en sus espíritus servidores.

-¿Deneir? -inquirió el diablillo con una voz ronca y áspera que a Cadderly le pareció típica y muy adecuada para el humeante entorno natural de la criatura-. Vas vestido como un sacerdote de Deneir.

Cadderly notó que el diablillo miraba fijamente la cinta roja de su sombrero, de la que pendía un colgante de porcelana y oro que representaba una vela encendida encima de un ojo, el símbolo de Deneir.

El clérigo hizo un gesto de asentimiento.

-¡Aj! -exclamó el diablillo y escupió al suelo.

-¿Esperabas que fuese un hechicero en busca de un demonio familiar? -preguntó astutamente Cadderly.

-Esperaba cualquier cosa menos a ti, sacerdote de Deneir.

-Acepta lo que tienes. Después de todo, una fugaz visión del plano material es mejor que nada, y te brinda un descanso de tu infernal existencia.

-¿Qué quieres, sacerdote de Deneir?

-Información -contestó Cadderly, pero, mientras hablaba se dio cuenta de que tal vez sus preguntas serían demasiado difíciles para una criatura tan inferior-. Solamente quiero saber el nombre de un demonio más poderoso que tú al que pueda invocar.

El diablillo lo miró con curiosidad, ladeando la cabeza como un perro y relamiéndose los delgados labios con su puntiaguda lengua.

-Un nalfeshnie al menos -añadió rápidamente Cadderly al reparar en la pícara sonrisa que esbozaba el diablillo y queriendo limitar el poder de la criatura que fuese a invocar. Aunque no debían despreciarse los poderes de un nalfeshnie, el clérigo podía controlarlo perfectamente, al menos el tiempo necesario para obtener la información que buscaba.

-Oh, tengo un nombre para ti, sacerdote de De... -empezó a decir el diablillo, pero unos violentos espasmos sacudieron su cuerpo cuando Cadderly entonó un hechizo de tormento. El diablillo cayó al suelo, retorciéndose y soltando maldiciones.

-El nombre -exigió el sacerdote-. Y te lo advierto: si me engañas para que invoque a uno de los demonios mayores, te aseguro que lo enviaré inmediatamente de vuelta a su plano y entonces te buscaré. ¡Este tormento no es nada comparado con lo que te haré si me engañas!

El clérigo pronunció la amenaza con convicción y fuerza, aunque, de hecho, su bondadosa naturaleza sufría al tener que torturar incluso a una criatura tan despreciable como el diablillo. Pero al recordar la importancia de su búsqueda, su resolución fue en aumento.

-¡Mizferac! -gritó el diablillo-. ¡Un glabrezu de lo más estúpido!

Cadderly liberó al diablillo de su hechizo de tormento. La criatura batió sus alas y se irguió, mirando al hombre fríamente.

-He hecho lo que querías, maldito sacerdote de Deneir. ¡Ahora déjame ir!

-Vete pues -dijo Cadderly, y mientras el diablillo empezaba a esfumarse, dirigiéndole gestos obscenos, añadió-: Pienso comunicar a Mizferac la opinión que tienes sobre su inteligencia.

El clérigo disfrutó al ver la expresión de pánico que se pintaba en el rostro del pequeño diablillo.

Ese mismo día, unas horas más tarde, Cadderly invocó a Mizferac. El imponente glabrezu, provisto de pinzas en los brazos, resultó ser la encarnación misma de todo lo que aborrecía de los demonios. Era una criatura vil, cruel, manipuladora y totalmente egoísta que trataba de sacar el mayor provecho posible de cada palabra. Cadderly procuró que la reunión fuese breve y concisa. Mizferac tendría que hacer averiguaciones entre otras criaturas de su plano de existencia sobre el paradero de un elfo oscuro llamado Jarlaxle, que probablemente se encontraba en la superficie de Faerun. El clérigo hizo un poderoso sortilegio para impedir que el demonio pudiera andar por el plano material y regresara al Abismo, donde debería obtener la información a partir de otras fuentes.

-Me llevará más tiempo -declaró Mizferac.

-Te invocaré cada día -replicó Cadderly, tratando de expresar con su timbre de voz enojo pero ninguna pasión-. A cada día que pase, mi impaciencia crecerá, al igual que tu tormento.

-En mí te has ganado un enemigo terrible, Cadderly Bonaduce, sacerdote de Deneir -replicó el glabrezu, tratando de hacerlo flaquear demostrándole que conocía su nombre.

Pero Cadderly oía la poderosa canción de Deneir tan claramente como si naciera en su corazón, por lo que se limitó a sonreír ante esa amenaza.

-Si alguna vez rompes tus cadenas y eres capaz de caminar libremente por la superficie de Toril, ven a por mí, si eres lo suficientemente tonto. Me encantará reducir a cenizas tu forma física y exiliar tu espíritu de este mundo durante cien años.

El demonio gruñó, y Cadderly lo despidió con un simple ademán, pronunciando una única palabra. Había oído muchas veces todo tipo de amenazas de la boca de demonios. Después de todas las pruebas que había tenido que superar en su vida -enfrentarse a un dragón rojo, luchar contra su propio padre, combatir la maldición de Caos y, sobre todo, sacrificar la vida por su diosa-, no había nada que ninguna criatura, demoníaca o no, pudiera decir que asustara al joven sacerdote.

Durante los diez días siguientes invocó al glabrezu hasta que, por fin, el malvado ser pudo darle noticias acerca de la Piedra de Cristal y del drow Jarlaxle. Así supo que la reliquia ya no estaba en manos de Jarlaxle, sino que viajaba en compañía de un humano llamado Artemis Entreri.

Era un nombre que Cadderly conocía muy bien por las historias que Drizzt y Catti-brie le contaron durante su breve estancia en Espíritu Elevado. Artemis Entreri era un cruel

asesino a sueldo. Según Mizferac, Entreri junto con la Piedra de Cristal y el elfo oscuro, Jarlaxle, se dirigía a las montañas Copo de Nieve.

El clérigo se acarició el mentón mientras el demonio le comunicaba la información, que sabía que era cierta porque había usado un hechizo de autenticidad para asegurarse.

-He hecho lo que me ordenaste -gruñó el glabrezu, chasqueando ansiosamente sus apéndices acabados en pinzas-. Ahora estoy libre de tus cadenas, Cadderly Bonaduce.

-Vete. No quiero seguir viendo tu desagradable rostro -replicó el joven clérigo.

-No voy a olvidar esto -prometió el demonio, mientras entrecerraba sus enormes ojos con gesto amenazador y chasqueaba las pinzas.

-Me decepcionarías si lo hicieras -repuso Cadderly con tranquilidad.

-He averiguado que tienes hijos pequeños, idiota -comentó Mizferac mientras se desvanecía.

-¡Mizferac, *ehugu-winance*! -gritó Cadderly, reteniendo así al demonio antes de que se disipara por completo y regresara a los remolinos de humo del Abismo. Mientras lo mantenía inmovilizado gracias a la fuerza de su hechizo, Cadderly hizo que la forma física del demonio se retorciera de dolor.

-Huelo tu miedo, humano -lo desafió Mizferac.

-Lo dudo, pues tendrán que pasar cien años antes de que puedas regresar al plano material. -Al proferir esta amenaza, Mizferac quedó liberado de la invocación, aunque no era libre del todo, pues Cadderly lo había sometido con otro hechizo.

Mizferac creó un globo de oscuridad mágica que llenó la cámara. El clérigo inició una salmodia con voz trémula, fingiendo estar aterrado.

-Puedo olerte, estúpido mortal -espetó Mizferac. Cadderly oyó la voz del demonio a su lado, aunque supuso correctamente que el glabrezu utilizaba su dominio de la ventriloquia para engañarlo. El joven sacerdote se había abandonado por completo a la canción de Deneir, de la que oía cada una de sus hermosas notas mientras accedía a su magia con rapidez y sin fisuras. Primero detectó el mal y localizó fácilmente la enorme fuerza negativa del glabrezu, y a continuación otra poderosa fuerza negativa, que pertenecía a otro demonio llamado por Mizferac.

Pero Cadderly no perdió la calma y continuó tejiendo su encantamiento.

-Primero mataré a los niños, idiota -prometió Mizferac.

A continuación, añadió algo dirigido a su nuevo compañero en la gutural lengua hablada en el Abismo. Cadderly la comprendía perfectamente gracias a un hechizo que había lanzado antes de invocar al demonio. El glabrezu le estaba diciendo al otro demonio que mantuviera ocupado al estúpido sacerdote mientras él iba a por los niños.

-Los sacrificaré delante de ti para que... -el resto de la frase quedó ahogado por una serie de gritos incomprensibles. Cadderly había conjurado un círculo de afiladas espadas que giraban alrededor de ambos demonios. Acto seguido, lanzó un globo de luz para contrarrestar la oscuridad creada por Mizferac. La luz permitió contemplar al clérigo el espectáculo del glabrezu y su compañero, un demonio menor semejante a un mosquito gigante, siendo despedazados por las espadas.

Mizferac lanzó un alarido y pronunció una gutural palabra, destinada a teletransportarlo, supuso Cadderly. Pero falló. El joven clérigo, imbuido del poder de Deneir, fue más rápido y formuló una plegaria que anuló la magia del demonio antes de que pudiera huir.

Inmediatamente, Cadderly lanzó otro hechizo que inmovilizó a Mizferac mientras las espadas mágicas completaban su labor destructora.

-¡Jamás olvidaré esto! -bramó Mizferac con una voz que dejaba traslucir su indignación y su agonía.

-Mejor, así no te atreverás a regresar nunca más -replicó Cadderly.

El sacerdote conjuró una segunda barrera de espadas. Los dos demonios fueron despedazados, sus formas materiales convertidas en docenas de pedazos sanguinolentos, y fueron exiliados del plano material durante un siglo. Dándose por satisfecho, Cadderly salió de la cámara de invocaciones cubierto de la sangre de los demonios. Tendría que encontrar el hechizo adecuado para limpiarse la ropa.

En cuanto a la Piedra de Cristal, ya tenía las respuestas que necesitaba. Se alegraba de haber iniciado las averiguaciones, ya que un peligroso asesino, un elfo oscuro no menos peligroso y la poderosa Piedra de Cristal se dirigían hacia él.

Tendría que hablar con Danica y preparar tanto Espíritu Elevado como la orden de Deneir para la posible batalla.

17
Un grito de socorro

-Debo admitir que no me desagradan del todo esas bestias -comentó Jarlaxle. Él y Entreri estaban atravesando un paso de montaña.

El asesino desmontó a toda prisa y corrió hacia el borde para contemplar el sendero que discurría más abajo. Tal como sospechaba, la banda de orcos los seguía porfiadamente. Tras una dura travesía por el desierto, humano y drow se habían internado en una región accidentada, con colinas y senderos rocosos.

-Si tuviera aquí uno de mis lagartos de Menzoberranzan, me escaparía rápidamente hacia la cima de la montaña y cruzaría al otro lado -prosiguió el drow. Tras lo cual se quitó su gran sombrero de plumas y se pasó la mano por la calva. Ese día el sol brillaba con fuerza, pero el elfo oscuro parecía soportarlo bastante bien, desde luego mucho mejor de lo que Entreri hubiera esperado de cualquier elfo oscuro bajo aquel sol de justicia. Nuevamente el asesino se preguntó si Jarlaxle usaba magia para proteger sus sensibles ojos-. Son unas bestias muy útiles los lagartos de Menzoberranzan. Debería haber traído algunos a la superficie -continuó Jarlaxle.

Pero Entreri sonrió burlón y negó con la cabeza.

-Ya será bastante complicado entrar en la mitad de las ciudades con un drow a mi lado. Imagina cómo nos recibirían si llegáramos a lomos de un lagarto.

El humano bajó de nuevo la vista hacia la ladera de la montaña. No había duda; la banda de orcos los seguía, aunque era evidente que las desgraciadas criaturas no podían con su alma. No obstante, continuaban la persecución como impelidos por una fuerza mayor.

A Artemis Entreri no le costó ningún esfuerzo imaginarse de qué fuerza se trataba.

-¿Por qué no sacas tu tienda mágica y nos ocultamos en ella? -preguntó Jarlaxle por tercera vez.

-La magia es limitada -contestó Entreri también por tercera vez.

Mientras respondía, volvió los ojos hacia el elfo oscuro, sorprendido por la insistencia del astuto Jarlaxle. ¿Acaso intentaba recoger información acerca de la tienda? O, peor aún, ¿acaso la Piedra de Cristal lo incitaba a empujar a Entreri en esa dirección? Después de todo, si se ocultaban en la tienda, volverían a aparecer en el mismo sitio. De ser así, tal vez la Piedra de Cristal había hallado el modo de hacer sonar su llamada en otros planos de existencia y, cuando Entreri y Jarlaxle salieran de la tienda y regresaran al plano material, hallarían a un ejército de orcos, llamados por *Crenshinibon*, esperándolos.

-Los caballos empiezan a estar cansados -apuntó Jarlaxle.

-Aún pueden dejar atrás a los orcos.

-Tal vez, si los soltamos.

-No son más que orcos -masculló el asesino, aunque apenas podía creer que demostraran tanta persistencia.

Ciertamente los caballos estaban exhaustos, pues habían cabalgado todo el día, antes incluso de percatarse de que los orcos los seguían. En el desierto casi los habían matado de agotamiento tratando de abandonar cuanto antes esa región yerma en la que tan vulnerables eran.

Tal vez había llegado el momento de dejar de huir.

-No son más de una veintena -comentó Entreri, vigilando los movimientos de los orcos, que trepaban arrastrándose por las pendientes inferiores de la montaña.

-Veinte contra dos -le recordó Jarlaxle-. Ocultémonos en tu tienda para que los caballos puedan descansar y después reemprenderemos la caza.

-Si elegimos el campo de batalla y lo preparamos adecuadamente, podemos vencerlos y ahuyentarlos -insistió Entreri.

La reticencia de Jarlaxle sorprendió al asesino.

-No son más que orcos -insistió.

-¿De veras?

Entreri iba a responder, pero decidió guardar silencio y reflexionar acerca del sentido de las palabras del elfo oscuro. ¿Era casual esa persecución? ¿O se enfrentaban a algo peor que una simple banda de monstruos?

-Crees que Kimmuriel y Rai'gy están guiando en secreto a los orcos -afirmó más que preguntó Entreri.

Jarlaxle se encogió de hombros.

-A esos dos siempre les ha gustado usar monstruos como carnaza -explicó el drow-. Primero envían a los orcos, los kobolds o cualquier otra criatura disponible contra sus enemigos, para cansarlos, mientras ellos se preparan para asestar el golpe mortal. Es su táctica habitual. Usaron esta misma estratagema para conquistar la casa Basadoni, obligando a los kobolds a encabezar el ataque y sufrir el mayor número de pérdidas.

-Es posible -convino Entreri-, o podría tratarse de otro tipo de conspiración, una conspiración procedente de nosotros.

A Jarlaxle le costó varios segundos comprenderlo.

-¿Crees que he sido yo quien ha llamado a los orcos?

A modo de respuesta, Entreri dio unos golpecitos en la bolsa que contenía la Piedra de Cristal.

-Es posible que *Crenshinibon* desee que la liberen de nuestras garras.

-¿Piensas que la piedra preferiría estar en manos de un orco que en las tuyas o en las mías? -inquirió Jarlaxle, dubitativo.

-Yo me he negado a utilizarla y jamás pienso hacerlo -respondió Entreri con acritud-. Y si tú pensaras quitármela, ya lo hubieras hecho la primera noche después de nuestra huida de Dallabad, cuando yo estaba demasiado débil para oponer resistencia. Yo lo sé, tú lo sabes y también lo sabe *Crenshinibon*. La piedra sabe que ahora estamos fuera de su alcance y nos teme, al menos a mí, porque puede leer en mi corazón.

El asesino pronunció estas palabras con gran calma y frialdad, por lo que a Jarlaxle no le costó excesivo esfuerzo comprender a qué se refería.

-Piensas destruirla -acusó el drow.

-Y sé cómo hacerlo -admitió Entreri sin rodeos-. O, como mínimo, conozco a la persona que sabe cómo hacerlo.

La variedad de expresiones que cruzaron por la hermosa faz de Jarlaxle denotaron incredulidad, cólera y algo menos obvio, algo enterrado muy dentro de su ser. El asesino era consciente del riesgo que corría al proclamar tan abiertamente su propósito, pues el drow se había dejado embaucar por completo por la piedra y, por mucho que Entreri insistiera en recordárselo, no estaba convencido por completo de que renunciar a *Crenshinibon* hubiera sido lo más sensato. ¿Debía interpretar esa expresión hermética como la señal de que la Piedra de Cristal había hallado el modo de penetrar de nuevo en la mente del jefe mercenario y que, juntos -la piedra y Jarlaxle- buscaban el modo de deshacerse de su molesta interferencia?

-Nunca reunirás el valor necesario para destruirla -afirmó Jarlaxle.

Entonces fue Entreri quien se mostró confundido.

-Aunque descubras el modo de hacerlo, y dudo que exista, cuando llegue el momento, a Artemis Entreri le faltará valor para desprenderse de un objeto tan poderoso y potencialmente

tan útil como *Crenshinibon* -proclamó Jarlaxle astutamente. Una amplia sonrisa iluminó la oscura faz del elfo-. Te conozco, Artemis Entreri, y sé que no serás capaz de desaprovechar todo el poder, el potencial y la belleza de la Piedra de Cristal.

-Ten por seguro que no vacilaré -declaró Entreri fríamente-. Y tampoco tú lo harías si no hubieras caído bajo su hechizo. Pero lo que ofrece *Crenshinibon* no es más que una trampa; un beneficio temporal que se consigue con acciones temerarias que tan sólo conducen a la ruina total y absoluta. Me decepcionas, Jarlaxle, te creía más inteligente.

El rostro de Jarlaxle adoptó una gélida expresión, y un destello de ira iluminó sus ojos oscuros. Por un breve instante Entreri tuvo la certeza de que el elfo oscuro iba a atacarlo. Jarlaxle cerró los ojos, y su cuerpo se balanceó mientras trataba de concentrarse y poner en orden sus pensamientos.

-Resiste el impulso -le susurró el asesino involuntariamente. Entreri, el lobo solitario, el hombre que durante toda su vida no había confiado en nadie más que en sí mismo, se sorprendió al oírse.

-¿Seguimos huyendo o nos enfrentamos a ellos? -preguntó el elfo oscuro al cabo de un momento-. Si Rai'gy y Kimmuriel guían a los orcos, pronto lo sabremos, probablemente se hará evidente en lo más encarnizado de la batalla. No me asusta que luchemos diez contra uno, ni siquiera veinte contra uno, tratándose de orcos y teniendo una montaña como campo de batalla, pero admito que no me gustaría tener que enfrentarme con mis antiguos lugartenientes, aunque fuésemos iguales en número. Ni siquiera Gromph Baenre se atreve a enfrentarse a Rai'gy y su combinación de poderes mágicos y clericales y, en cuanto a Kimmuriel Oblodra, sus tácticas son tan imprevisibles como incomprensibles. Durante todos los años que me ha servido, no he logrado desentrañar el misterio que encierra. Lo único que sé es que es extremadamente eficaz.

-Sigue hablando -masculló Entreri, bajando la mirada hacia los orcos, los cuales se habían acercado mucho a ellos y a todos los posibles campos de batalla-. Empiezo a desear haberme desentendido de ti y de la Piedra de Cristal.

El asesino percibió un ligero cambio en la expresión de Jarlaxle, una sutil indicación de que, quizás, el jefe mercenario había estado todo el tiempo preguntándose por qué Entreri se había molestado en robarle la piedra y rescatarlo. Si su propósito era destruir a *Crenshinibon*, ¿por qué no había huido con ella, dejando que Jarlaxle se las arreglara solo con sus peligrosos lugartenientes?

-Tendremos que hablar de eso -replicó Jarlaxle.

-En otro momento. Tenemos mucho que hacer y nuestros amigos orcos parece que tienen prisa -dijo Entreri mientras recorría el saliente de izquierda a derecha.

-Tienen prisa por morir -comentó Jarlaxle en voz baja, al tiempo que desmontaba y se acercaba a la posición de Entreri.

Para la batalla eligieron la cara más septentrional de la cadena de montañas, la zona más empinada. A Jarlaxle le preocupaba la posibilidad de que algunos orcos treparan por los mismos senderos que ellos habían tomado, arrebatándoles así la ventaja de hallarse en terreno elevado, pero Entreri estaba convencido de que *Crenshinibon* llamaba insistentemente a las criaturas y que éstas alterarían el rumbo para tratar de llegar hasta ella del modo más directo posible. Y la línea más directa hasta la Piedra de Cristal los obligaría a salvar varios riscos de considerable altura y a avanzar por sendas estrechas y fácilmente defendibles.

Efectivamente, a los pocos minutos de haberse instalado en esa posición privilegiada, Entreri y Jarlaxle divisaron a la obediente y anhelante banda de orcos que trepaba penosamente por los riscos de las estribaciones.

Como de costumbre, Jarlaxle empezó a parlotear, pero Entreri no lo escuchaba. El asesino se replegó sobre sí mismo para tratar de percibir la voz de *Crenshinibon*, consciente de que llamaba a los orcos. Aunque él había repudiado la Piedra de Cristal, dejándole bien claro que no tenía nada que ofrecerle, la reliquia no había parado de llamarle sutilmente, por

lo que ahora el asesino no tenía dificultad alguna en reconocer las emanaciones que la piedra dirigía a los orcos.

La llamada de *Crenshinibon* flotaba por los pasos montañosos hasta llegar a los orcos, a los que instaba a subir a por el tesoro.

Detén la llamada, ordenó mentalmente Entreri a la piedra. *Los orcos no son dignos de servirnos ni a ti ni a mí como esclavos.*

Entonces lo sintió, un momento de confusión de la reliquia, un momento de fugaz esperanza, y lo supo sin lugar a dudas: ¡*Crenshinibon* deseaba que él fuera su dueño! Inmediatamente se sucedieron las preguntas. Entreri aprovechó la oportunidad para interferir con sus propios pensamientos en la llamada telepática de la piedra. No eran palabras, pues él no hablaba la lengua de los orcos y dudaba que ellos comprendieran ninguna de las lenguas humanas que dominaba, sino que envió imágenes de orcos esclavizados por un elfo oscuro. Suponía que Jarlaxle les impresionaría más que él, tratándose de un humano. Entreri les mostró imágenes de un drow devorando a un orco y luego maltratando y haciendo pedazos a otro.

-¿Qué estás haciendo, amigo mío? -preguntó Jarlaxle en voz alta, lo que indicó a Entreri que había repetido varias veces esa pregunta.

-Trato de sembrar la semilla de la duda en las mentes de nuestros repugnantes perseguidores. He unido mis pensamientos a la llamada de *Crenshinibon* y espero que no puedan distinguir mis mentiras de las suyas.

Jarlaxle estaba perplejo. Sin necesidad de expresarlas, Entreri comprendió todas las dudas que el elfo oscuro debía albergar, pues él compartía muchas de ellas. «Distinguir mis mentiras de las suyas», había dicho el asesino. Pero ¿mentía realmente *Crenshinibon*? Además de esta confusión fundamental, Entreri sabía que Jarlaxle temía sus posibles motivaciones, y no le faltaba razón. ¿Acaso él mismo no maquillaba sus palabras para tratar de convencer a Jarlaxle de que era mejor que Entreri y no él portara la Piedra de Cristal?

-Aparta de la cabeza todas las dudas que *Crenshinibon* está sembrando en ti -dijo Entreri con calma, leyendo a la perfección la expresión del drow.

-Aun en el caso de que estés diciendo la verdad, me temo que juegas a algo muy peligroso con un artilugio que escapa a nuestra comprensión -replicó el drow tras otra breve pausa de reflexión.

-Lo sé y me consta que *Crenshinibon* conoce el tipo de relación que tenemos. Es por esto por lo que está tan desesperada por deshacerse de mí y por lo que te está llamando de nuevo.

Jarlaxle lo fulminó con la mirada y, por un breve instante, Entreri volvió a tener la certeza de que el drow se iba a abalanzar contra él.

-No me decepciones -fue todo cuanto dijo.

Jarlaxle parpadeó, se quitó el sombrero y volvió a secarse el sudor de la calva.

-¡Mira! -exclamó Entreri, señalando hacia las laderas inferiores donde había estallado una lucha entre diferentes facciones de orcos. Algunas de esas desagradables bestias trataban de poner paz al modo usual en esa caótica raza. Una ligera chispa bastaba para encender la llama de la guerra en el seno de una tribu de orcos, y las luchas solían prolongarse hasta que uno de los bandos simplemente era exterminado. Al enviar esas imágenes de tortura y esclavitud a manos de un drow, Entreri había hecho más que prender una ligera chispa-. Parece que algunos orcos han hecho caso de mi advertencia sobre la piedra.

-Y yo que creía que hoy me divertiría un poco -se lamentó Jarlaxle-. ¿Nos unimos a la fiesta antes de que se maten entre ellos? Para ayudar al bando que lleve las de perder, por supuesto.

-Para que, con nuestra ayuda, ese bando adquiera ventaja.

-Eso es -repuso inmediatamente Jarlaxle-, claro que después, nuestro honor nos obligará a ponernos de nuevo al lado del bando perdedor. Podría ser una tarde muy entretenida.

Entreri sonrió mientras recorría el borde de la posición en la que se encontraban, buscando un modo rápido de bajar hasta donde luchaban los orcos. La idea de Jarlaxle no le sorprendía en absoluto.

Al aproximarse a la lucha, se dieron cuenta de que se habían equivocado de medio a medio al calcular que sólo había una veintena de orcos. Al menos contaron cincuenta, todos corriendo frenéticamente de un lado a otro, aporreándose salvajemente con garrotes, ramas, palos afilados y unas pocas armas.

Jarlaxle ladeó su sombrero en dirección a Entreri y le indicó por señas que fuera por la izquierda. Acto seguido se confundió con las sombras tan perfectamente que Entreri tuvo que parpadear para asegurarse de que los ojos no le engañaban. Sabía que, al igual que todos los elfos oscuros, Jarlaxle era sigiloso y tampoco se le escapaba que, aunque no se trataba de la típica *piwafwi* drow, la capa que llevaba su compañero poseía poderes mágicos. No obstante, era increíble que sin usar un hechizo de invisibilidad el drow lograra ocultar ese enorme sombrero de plumas.

Entreri apartó esos pensamientos de su mente y corrió hacia la izquierda, avanzando sin ser visto entre las sombras de los escasos árboles, las peñas y las crestas rocosas. Su objetivo era un grupo de cuatro orcos enzarzados en una batalla de tres contra uno. Moviéndose silenciosamente, el asesino se acercó por la espalda al trío atacante con la idea de equilibrar la balanza mediante un ataque por sorpresa. Sabía que no hacía ningún ruido y que nadie podía verlo avanzar buscando el amparo de árboles, rocas y crestas. Tenía una experiencia de casi treinta años en ese tipo de ataque por sorpresa, lo cual lo convertía en un auténtico maestro. Además, en esa ocasión se enfrentaba a orcos, unas bestias simples y estúpidas.

No obstante, dos del trío atacante lanzaron un alarido, dieron media vuelta y cargaron directamente contra él. El orco al que atacaban sólo un momento antes se olvidó por completo de la batalla que estaba librando y asimismo corrió hacia el humano. Pero el último componente del trío se apresuró a cortarle el paso.

Viéndose en apuros, Entreri blandió la espada a derecha e izquierda, deteniendo las estocadas de dos improvisadas lanzas, una de las cuales desmochó. Apoyado sobre los talones, guardaba un precario equilibrio. Si se hubiese enfrentado a un adversario digno, sería hombre muerto, pero, para su suerte, se trataba de orcos con unas armas pésimas y unas tácticas completamente predecibles. Habían desaprovechado su única oportunidad de vencerlo al no acabar con él en el primer asalto pero, aun así, seguían atacándolo con frenesí.

La *Garra de Charon* se agitó en el aire, creando una opaca cortina de ceniza negra que, por supuesto, los orcos no dudaron en atravesar. Pero Entreri, que ya se había desplazado hacia la izquierda, giró sobre sí mismo por detrás de la carga del orco más cercano y le hundió la daga en el costado. En lugar de retirar de inmediato el arma y matar fácilmente al segundo orco, que se tambaleaba, la usó para extraer la fuerza vital de la moribunda bestia, de modo que su organismo la absorbiera y acelerara el proceso de curación de sus heridas.

Para cuando dejó que el cuerpo sin vida del orco cayera al suelo, el segundo atacante se le venía encima, tratando de clavarle la lanza. Entreri la paró con el travesaño de la daga, la giró fácilmente hacia arriba, por encima del hombro, se agachó y dio un paso hacia adelante, al tiempo que trazaba un amplio arco con la *Garra de Charon.* Instintivamente, el orco trató de detener la espada con el brazo, pero el acero le atravesó sin problemas la carne y fue a clavársele profundamente en un costado, rompiéndole varias costillas, horadándole un pulmón y acabando, finalmente, alojada en el corazón.

Entreri apenas podía creer que el tercero del grupo arremetiera contra él después de ver la facilidad con la que había liquidado a sus dos compañeros. Sin el menor esfuerzo, el asesino plantó un pie sobre el pecho del orco muerto, aún empalado con su espada y esperó hasta el último momento para darle la vuelta, liberarlo de un puntapié y lanzarlo justo en el camino del tercer orco, que atacaba lanzando alaridos.

El orco tropezó y cayó de bruces en dirección a Entreri. El asesino aprovechó para clavarle con fuerza la daga bajo el mentón y hundírsela hasta el cerebro. En el momento en que la bestia caía, el asesino se inclinó y sostuvo la cabeza del orco sobre el suelo, mientras éste se estremecía espasmódicamente y finalmente expiraba.

Tras girar la daga para liberarla de un tirón, Entreri hizo una breve pausa para limpiar ambas armas en la espalda de la bestia muerta antes de echar de nuevo a correr en busca de más víctimas.

Esta vez pensaba actuar con más cautela, pues su fracaso al tratar de aproximarse al trío por detrás lo había puesto en alerta. Creía saber qué había ocurrido: seguramente la Piedra de Cristal había avisado al grupo con un grito. La idea de que, llevar encima ese maldito artilugio, le obligaba a renunciar a su modo de ataque predilecto, que al mismo tiempo era su mejor defensa, lo intranquilizaba sobremanera.

Corrió por el borde de la roca, tratando de ocultarse en las sombras aunque sin excesiva precaución. Con la Piedra de Cristal en su poder se ponía tanto en evidencia como si estuviera sentado junto a una resplandeciente hoguera en una noche oscura. Tras atravesar una pequeña zona cubierta de maleza, se halló en el borde inferior de una pendiente de roca pelada. El asesino maldijo el terreno abierto, pero no se detuvo.

Por el rabillo del ojo vio a un orco que se disponía a cargar contra él, echando hacia atrás un brazo a la carrera, listo para arrojarle una lanza.

La bestia le lanzó el arma a menos de cinco pasos de Entreri, pero éste ni siquiera tuvo que molestarse en desviar la lanza, que pasó a su lado sin rozarlo siquiera. No obstante, reaccionó con un dramático movimiento destinado a incitar al anheloso orco.

La criatura se abalanzó sobre el humano, al que creía vulnerable, tratando de hacerle un placaje por la cintura. Pero Entreri evitó el ataque apartándose dos pasos y, cuando el orco pasó por su lado volando, descargó sobre él la poderosa espada, rompiéndole el espinazo. El orco aterrizó pesadamente en el suelo de cara, agitando frenéticamente el cuerpo, a excepción de las piernas, que permanecieron inmóviles.

Entreri ni siquiera se molestó en rematar a la desgraciada bestia, sino que siguió corriendo en dirección a la inconfundible risa de un drow que al parecer se lo pasaba de miedo.

Jarlaxle se encontraba encaramado sobre una peña, rodeado de un numeroso tumulto de orcos que luchaban entre sí. El elfo oscuro azuzaba a uno de los bandos con palabras que Entreri no logró entender, mientras iba diezmando sistemáticamente al otro, lanzando una daga tras otra.

Entreri se detuvo a la sombra de un árbol para contemplar el espectáculo.

Como era de esperar, pasado un momento Jarlaxle cambió de bando, empezó a lanzar gritos y a arrojar dagas a los orcos a los que poco antes animaba.

El número de orcos iba disminuyendo a ojos vista, tan evidente era que incluso las estúpidas bestias acabaron por entender la mortal estrategia del drow y, todos a una, se lanzaron contra él.

Sin embargo, el elfo oscuro no se amedrentó cuando una docena de lanzas volaron en su dirección. Ninguna de ellas dio en el blanco, en parte gracias a la magia de desplazamiento que poseía su capa y en parte también a la mala puntería de los orcos. Jarlaxle contraatacó lanzando una daga tras otra, mientras giraba sobre sí mismo en la peña, apuntando por turnos al orco que más cerca tenía y haciendo gala de una infalible puntería.

Entreri emergió de las sombras hecho una furia, esgrimiendo eficazmente la daga y creando con la espada cortinas de ceniza que flotaban en el aire, dividiendo el campo de batalla a su conveniencia. Inevitablemente se las arregló para enfrentarse contra un solo orco cada vez e, inevitablemente, le bastaban unas pocas estocadas y puñaladas para que el orco en cuestión cayera al suelo herido de muerte.

Poco después, Entreri y Jarlaxle ascendían lentamente por la ladera de la montaña. El drow se lamentaba del mísero botín de monedas de plata que había hallado en los orcos muertos. Entreri apenas le prestaba atención, pues le preocupaba mucho más la llamada que había atraído a los orcos, la súplica, el grito de socorro de *Crenshinibon.* En esa ocasión se había tratado de una desordenada banda de orcos, pero ¿a qué otras criaturas más poderosas podría recurrir la Piedra de Cristal la próxima vez?

-La llamada de la piedra es muy potente -admitió a Jarlaxle.

-Tiene siglos de existencia y sabe cómo sobrevivir.

-Esa existencia acabará pronto -declaró el asesino con acritud.

-¿Por qué? -inquirió el drow con auténtica inocencia.

Fue el tono más que las palabras en sí lo que hizo que Entreri se detuviera bruscamente y diera media vuelta para clavar la mirada en su sorprendido compañero.

-¿Ya empiezas otra vez?

-Amigo mío, sé por qué crees que ni tú ni yo debemos poseer la Piedra de Cristal pero, ¿significa eso que deba ser destruida? -El elfo oscuro hizo una pausa e indicó por señas a Entreri que lo siguiera hasta situarse al borde de un barranco bastante profundo, desde el que se dominaba un remoto valle-. ¿Por qué no la arrojas a este barranco? Tírala y que caiga donde sea.

Entreri observó el remoto valle y a punto estuvo de seguir el consejo de Jarlaxle. Pero, en el último momento, la verdad acudió con fuerza a su mente.

-Porque pronto hallaría el modo de regresar con nuestros enemigos -replicó-. La Piedra de Cristal ha detectado un gran potencial en Rai'gy.

-Es muy probable -convino Jarlaxle-. El gran defecto de Rai'gy ha sido siempre su excesiva ambición. Pero ¿por qué te preocupas? Deja que Rai'gy posea la piedra y se haga con todo Calimport, si es que *Crenshinibon* se la consigue. ¿Qué le importa a Artemis Entreri? Tú te has ido de la ciudad y no regresarás en mucho tiempo. Mi antiguo lugarteniente estaría tan ocupado tratando de sacar el máximo provecho de la piedra, que no pensaría en nosotros. Si nos libramos de la carga que representa *Crenshinibon,* no tendremos que preocuparnos de que nadie nos persiga.

Entreri ponderó las palabras de Jarlaxle, aunque había algo que le inquietaba.

-La Piedra de Cristal sabe que pretendo destruirla. Sabe que la odio profundamente y que hallaré el modo de deshacerme de ella. Rai'gy es consciente de la amenaza que representas; mientras tú vivas, él nunca podrá estar seguro de su posición en Bregan D'aerthe. ¿Qué ocurriría si regresaras a Menzoberranzan con la intención de reclutar a tus antiguos camaradas y destronar a los insensatos que trataron de arrebatarte Bregan D'aerthe?

Jarlaxle no respondió, pero un centelleo en sus ojos oscuros le dijo al asesino que esa idea le resultaba de lo más tentadora.

-Rai'gy te quiere muerto -afirmó Entreri sin ambages-. Necesita que mueras y, con la Piedra de Cristal en sus manos, no le sería muy difícil matarte.

El brillo en los ojos de Jarlaxle no se apagó, pero tras un breve momento de reflexión, el elfo oscuro se limitó a encogerse de hombros y decir:

-Después de ti.

Humano y drow regresaron junto a los caballos y enfilaron las sendas que habrían de conducirlos al noreste, a las montañas Copo de Nieve y a Espíritu Elevado. A Entreri le complacía bastante cómo había manejado a Jarlaxle y le satisfacía la fuerza de los argumentos que había esgrimido para defender la necesidad de destruir la Piedra de Cristal.

No obstante, sabía que no eran más que paja, una justificación de lo que sentía. Sí, estaba decidido a destruir la Piedra de Cristal y no pararía hasta conseguirlo, pero no porque temiera represalias ni persecuciones. Entreri quería acabar con *Crenshinibon* simplemente porque la mera existencia de esa reliquia le revolvía el estómago. La piedra lo había ofendido

mortalmente al tratar de manipularlo. No le importaba que el mundo fuese un lugar mejor sin *Crenshinibon*, pero creía que disfrutaría mucho más de su propia existencia sabiendo que no compartía el mundo con un objeto tan repugnante y perverso como la Piedra de Cristal.

Desde luego, *Crenshinibon* conocía los sentimientos de Entreri y estaba furiosa, pero únicamente le quedaba la esperanza de hallar a alguien más débil de espíritu pero más fuerte físicamente que acabara con Artemis Entreri y la liberara.

18
Dignos adversarios

-Fue Entreri -declaró Sharlotta Vespers con una maliciosa mueca tras examinar el cadáver del orco que llevaba un par de días tendido en la ladera de la montaña-. La precisión de los cortes y... mirad, aquí se ve la marca de una daga y aquí la de una espada.

-Muchos guerreros luchan con espada y puñal -objetó Gord Abrix, que en esos momentos había adoptado su forma humana. Mientras hablaba, extendió ambas manos para mostrar la espada y la daga que le colgaban del cinto.

-Pero pocos lo hacen con tal maestría -repuso Sharlotta.

-Fijaos en esos otros -dijo Berg'inyon Baenre en su deficiente dominio de la lengua común. El drow abarcó con un movimiento del brazo los numerosos orcos muertos que yacían alrededor de una gran peña-. Son muchos y todos murieron por herida de daga. Sólo conozco un guerrero capaz de hacerlo.

-¡Estás contando heridas, no dagas! -protestó Gord Abrix.

-En este caso son lo mismo. Mira las heridas; son pinchazos limpios, sin desgarros; eso indica que no fueron apuñalados sino que les lanzaron las dagas. No creo probable que alguien arrojara unas cuantas dagas contra un enemigo, descendiera de la roca para recuperarlas y luego se las lanzara a otro.

-¿Y qué se ha hecho de las dagas, eh, drow? -El jefe de los hombres rata no estaba convencido del todo.

-Jarlaxle usa dagas mágicas que desaparecen -respondió Berg'inyon fríamente-. Posee un número casi ilimitado de ellas. Esto es obra de Jarlaxle, lo sé y os advierto que es capaz de hacerlo mucho mejor.

Sharlotta y Gord Abrix intercambiaron miradas nerviosas, aunque el hombre rata conservaba la misma expresión de duda.

-¿Todavía no has aprendido a respetar a los drows como se merecen? -inquirió Berg'inyon directamente y en tono amenazador.

Gord Abrix retrocedió unos pasos y alzó las manos vacías hacia el elfo oscuro.

Sharlotta lo estudiaba atentamente. Sabía que Gord Abrix quería pelea, incluso con el drow que tenía delante. La mujer nunca había visto a Berg'inyon Baenre en acción, pero había presenciado cómo lo hacían otros elfos oscuros que hablaban del joven Baenre con gran respeto. Incluso el drow más torpe sería capaz de hacer pedazos al arrogante Gord sin dificultad. En ese momento Sharlotta comprendió que, para sobrevivir, debía alejarse en lo posible de Gord Abrix y de sus compañeros, pues los pobladores de las cloacas no habían aprendido a respetar a sus enemigos, sino que odiaban profundamente a Artemis Entreri y les desagradaban los elfos oscuros. Gord Abrix conduciría a sus hombres rata y a cualquiera que anduviera cerca, a la total aniquilación.

Pero Sharlotta Vespers era una superviviente y no iba a dejar que a ella la afectara.

-Los cuerpos ya están fríos y la sangre seca, pero las alimañas aún no han empezado a devorarlos -observó Berg'inyon.

-No llevan muertos más de un par de días -añadió Sharlotta, mirando a Gord Abrix al igual que Berg'inyon.

El hombre rata asintió y esbozó una perversa sonrisa.

-Los encontraré -afirmó. Gord se alejó para conferenciar con sus compañeros, que no habían entrado en el campo de batalla.

-Me parece que ha cogido el camino más corto al reino de los muertos -comentó en voz baja Berg'inyon a Sharlotta cuando ambos se quedaron solos.

La mujer miró al drow con curiosidad. Estaba de acuerdo, por supuesto, pero no comprendía por qué, si pensaban así, los elfos oscuros habían asignado a Gord Abrix un papel tan crucial en esa importante persecución.

-Gord Abrix cree que los va a encontrar, pero tú no pareces muy convencido de ello -comentó la mujer.

Berg'inyon se rió quedamente ante tan absurdo comentario.

-No hay duda de que Entreri es un adversario muy peligroso -dijo.

-Más de lo que crees -repuso enseguida Sharlotta, que conocía bien las hazañas del asesino.

-No obstante, es un hecho que será el más fácil de cazar. Jarlaxle ha sobrevivido durante siglos gracias a su inteligencia y sus habilidades. Se ha abierto camino en un entorno mucho más violento de lo que jamás llegará a ser Calimport. Ha alcanzado las máximas cotas de poder en una ciudad en guerra que impide el ascenso de los varones. Ese desgraciado hombre rata no sabe de qué es capaz Jarlaxle, y tú tampoco. En estos últimos diez días te has ganado mi respeto, y es por eso que te lo digo: guárdate de Jarlaxle.

Sharlotta guardó silencio y se quedó mirando larga y duramente al asombroso guerrero drow. ¿Berg'inyon le ofrecía su respeto? La idea la complacía y al mismo tiempo la asustaba, pues había aprendido a no fiarse nunca de lo que decían los elfos oscuros. Tal vez Berg'inyon era sincero y generoso en su cumplido, aunque también era posible que planeara quitarla de en medio.

La mujer bajó la mirada y se mordió el labio inferior, sumida en sus propios pensamientos, tratando de sacar algo en claro. Quizá Berg'inyon le estaba tendiendo una trampa, tal como Rai'gy y Kimmuriel habían hecho con Gord Abrix. Cuanto más pensaba en el poderoso Jarlaxle y en el artilugio mágico que llevaba, menos verosímil le parecía que Rai'gy creyera realmente que Gord y su desorganizada banda de hombres rata tuvieran alguna oportunidad frente al gran Entreri y al gran Jarlaxle. Si llegaban a vencerlos, Gord Abrix tendría la Piedra de Cristal, y Rai'gy y Kimmuriel se las verían y desearían para arrebatársela. No, Rai'gy y Kimmuriel no creían posible que el cabecilla de los hombres rata pudiera siquiera acercarse a la piedra y tampoco lo deseaban.

Sharlotta volvió la mirada hacia Berg'inyon, al que pilló con una ladina sonrisa en el rostro; diríase que había leído sus pensamientos tan claramente como si los hubiera expresado a viva voz.

-Los drows solemos colocar en la vanguardia a miembros de una raza inferior -dijo el guerrero drow-. Uno nunca sabe con qué pueden sorprendernos nuestros enemigos.

-Carnaza -sentenció Sharlotta.

Berg'inyon mantuvo el semblante perfectamente inexpresivo y desprovisto de cualquier tipo de compasión, lo cual proporcionó a Sharlotta la confirmación que buscaba.

Un escalofrío le recorrió la columna al contemplar esa expresión gélida, desapasionada e inhumana, que le recordó vívidamente que los elfos oscuros eran gente muy distinta y, sobre todo, muy peligrosa. Tal vez Artemis Entreri fuera la persona más similar en temperamento a los drows que Sharlotta hubiera conocido pero, en términos de pura maldad, incluso él palidecía a su lado. Los longevos drows disponían de mucho tiempo para desarrollar su despiadada eficacia hasta un punto que los humanos no alcanzaban a comprender y mucho menos a igualar. Sharlotta miró entonces a Gord Abrix y sus ansiosos hombres rata y se prometió a sí misma mantenerse lo más alejada posible de esas criaturas ya sentenciadas.

El demonio se retorcía en el suelo, desesperado de dolor; la piel le humeaba y la sangre le hervía.

Cadderly no sentía ninguna compasión por él, aunque le dolía tener que rebajarse hasta ese nivel. El clérigo no disfrutaba con la tortura, ni siquiera cuando se trataba de alguien tan merecedor de ella como un demonio. De haber podido escoger, hubiera preferido no tener ningún tipo de trato con los moradores de los planos inferiores, pero debía hacerlo por el bien de Espíritu Elevado así como el de su mujer y sus hijos.

Sabía que la Piedra de Cristal se dirigía hacia él seguramente para matarlo, y la inminente batalla que debería librar contra la malvada reliquia podría ser tan crucial como la guerra contra *Tuanta Quiro Miancay*, la aterradora Maldición de Caos, tan vital como la construcción de Espíritu Elevado, pues ¿qué ocurriría si *Crenshinibon* reducía a escombros la imponente catedral?

-Sabes la respuesta -dijo Cadderly con la mayor calma posible-. Dímela y serás libre.

-¡Eres un loco, sacerdote de Deneir! -bramó el demonio. Los espasmos de dolor que sacudían su forma mortal interrumpían sus guturales palabras-. ¿Eres consciente de que te has creado un enemigo en Mizferac?

-Otra vez ése -suspiró Cadderly como si hablara consigo mismo, aunque sabía perfectamente que Mizferac oiría sus palabras y comprendería sus desagradables implicaciones con una claridad meridiana.

-¡Déjame ir! -exigió el glabrezu.

-*Yokk tu Mizferac be-enck do-tu* -recitó el clérigo, y el demonio empezó a aullar y a agitarse frenéticamente en el suelo, aunque sin salirse del perfecto círculo protector.

-Que esto dure más o menos sólo depende de ti. Te aseguro que no siento ninguna piedad hacia los de tu especie -le aseguró fríamente el sacerdote.

-Métete... tu... piedad... donde... te... quepa -gruñó Mizferac. A continuación, la bestia sufrió un violento espasmo y empezó agitarse salvajemente, rodando sobre sí misma y gritando maldiciones en la blasfema lengua de los demonios.

Sin inmutarse, Cadderly salmodió el resto del hechizo de captura, evitando que su resolución flaqueara recordándose que muy pronto sus hijos correrían un peligro mortal.

-¡No estabas perdido! ¡Sólo jugabas! -bramó Iván Rebolludo a su hermano.

-¡Fui yo quien creó el laberinto! -arguyó con vehemencia el enano de barba verde.

Ese tono, en alguien por lo general tan dócil, sorprendió a su hermano.

-Estás tan orgulloso de tu obra que te has vuelto de lo más parlanchín.

-¿Y qué si lo soy? -replicó Pikel, alzando un puño.

-Es una vergüenza que te dediques a jugar en el laberinto cuando Cadderly debe resolver asuntos tan serios -le riñó Iván.

-Es mi laberinto -susurró Pikel, al tiempo que bajaba la mirada.

-Eso nadie lo niega -refunfuñó Iván, quién nunca había aceptado que su hermano sintiera la llamada del bosque, pues no lo consideraba natural en un enano-. Es posible que pronto nos necesite, idiota. -Mientras hablaba, Iván flexionó los músculos de su corto pero poderoso brazo y levantó un hacha enorme.

Pikel respondió con una de sus especiales sonrisas de oreja a oreja y a su vez levantó una porra de madera.

-Vaya arma para luchar contra demonios -masculló Iván.

-*Sha-la*... -empezó a decir Pikel.

-Sé perfectamente cómo se llama -lo atajó Iván-: *Sha-la-la-la*. Lo que se reiría un demonio al verte con ella.

La sonrisa de Pikel se convirtió en una grave expresión de enojo.

La puerta de la cámara de invocaciones se abrió y por ella salió un Cadderly muy débil, o al menos lo intentó, pues tropezó con algo y cayó de bruces.

-¡Uy! -exclamó Pikel.

-Este hermano mío ha colocado una de sus trampas mágicas en el umbral -explicó Iván, mientras ayudaba al clérigo a levantarse-. Por si acaso a un demonio se le ocurría salir.

-Naturalmente, en ese caso, el demonio tropezaría y Pikel le aplastaría la cabeza con la porra -dijo Cadderly secamente, levantándose.

-¡Sí, con *Sha-la!* -exclamó Pikel alegremente, sin captar en absoluto el tono de sarcasmo del sacerdote.

-No va a salir ninguno, ¿verdad? -inquirió Iván, mirando más allá de Cadderly.

-He enviado al glabrezu Mizferac de vuelta a su propio plano inmundo de existencia -aseguró Cadderly a los enanos-. Lo llamé otra vez, para lo cual tuve que revocar el exilio de cien años que yo mismo le había impuesto, para que contestara una pregunta específica. Y espero no tener que necesitarlo nunca más.

-Qué lástima que ya no esté. Mi hermano y yo le habríamos dado una buena tunda -comentó Iván.

-¡*Sha-la!* -convino con él Pikel.

-Guardad vuestras fuerzas, que las vamos a necesitar. He descubierto el secreto de cómo destruir la Piedra de Cristal o, al menos, me he enterado de quién puede hacerlo.

-¿Un demonio? -preguntó Iván.

-¿Yo? -inquirió esperanzado Pikel.

Cadderly negó con la cabeza e iba a responder a Iván pero hizo una pausa y puso cara de absoluta perplejidad por las palabras del enano de barba verde. Sintiéndose incómodo, Pikel se encogió de hombros y dijo:

-Oh, oh.

-No, un demonio no. Una criatura de este mundo -respondió al fin el clérigo.

-¿Un gigante?

-Mayor aún.

Iván iba a decir algo, pero se calló al reparar en el gesto agrio de Cadderly, considerándolo a la luz de todas las vicisitudes por las que habían pasado.

-Espera, déjame pensar -le pidió el enano, y Cadderly guardó silencio-. Un dragón.

-Oh, oh -dijo Pikel.

Cadderly continuó callado.

-Un dragón rojo -aclaró Iván.

-Un dragón rojo de los grandes. ¡Un dragón rojo realmente enorme! Tan antiguo como las montañas.

-Oh, oh -repitió Pikel por tercera vez.

Cadderly se limitó a suspirar.

-El viejo Fyren está muerto -dijo el audaz enano con voz ligeramente trémula, pues la batalla contra ese gran dragón rojo había estado a punto de costarles la vida a todos.

-Fyrentennimar no era el último de su especie y tampoco el de mayor tamaño, te lo aseguro -repuso Cadderly sin alterarse.

-¿Estás pensando en llevar esa cosa a otra de esas enormes bestias? -inquirió Iván, incrédulo-. ¿A una mayor que el viejo Fyren?

-No hay más remedio. Debe ser un dragón rojo muy viejo y realmente enorme.

Iván sacudió la cabeza y lanzó una rápida mirada a Pikel, el cual se limitó a decir una vez más:

-Oh, oh.

Iván no pudo reprimir una risita. Se habían topado con el imponente Fyrentennimar mientras buscaban la fortaleza en la montaña que alojaba a los secuaces del propio padre de Cadderly, un hombre realmente malvado. Gracias a su potente magia, Cadderly lo había «domesticado» para que lo transportara a él y a los demás volando por encima de las montañas Copo de Nieve. No obstante, una batalla que se libró en las cumbres rompió el hechizo, y el viejo Fyren se volvió con saña en contra de sus nuevos amos. De algún modo, Cadderly consiguió debilitar a la bestia para que Vander, un gigante amigo, le cercenara la cabeza, pero tanto Iván como los otros sabían que la victoria sobre Fyren se había debido en gran parte a la suerte.

-Drizzt Do'Urden te habló de otros rojos, ¿verdad? -quiso saber Iván.

-Sé dónde podemos encontrar uno -replicó Cadderly con una mueca sombría en el rostro.

Justo entonces apareció Danica con una amplia sonrisa, que se esfumó al notar la expresión en las caras de los otros tres.

-¡Buf! -musitó Pikel y abandonó la habitación emitiendo unos ruiditos pequeños agudos.

La mujer, perpleja, contempló cómo se iba, y después se volvió hacia su hermano.

-Pikel no teme a ninguna criatura natural -explicó Iván-. Pero no hay nada menos natural que un dragón rojo, por lo que supongo que ahora mismo no debe sentirse demasiado satisfecho.

Dicho esto, el enano resopló y fue en pos de su hermano.

-¿Un dragón rojo? -preguntó Danica a Cadderly.

-¡Buf! -replicó el clérigo.

19
Porque nunca tuvo que hacerlo

Entreri arrugó el entrecejo al apartar la mirada de la cercana aldea para posarla en su compañero drow, ataviado con un ridículo sombrero adornado con plumas. Bastaría ese sombrero de ala ancha y la enorme pluma de dyatrima -que siempre volvía a crecer después de que Jarlaxle la usara para llamar a un pájaro gigante de verdad-, para despertar sospechas y, probablemente, el desdén de los campesinos de la aldea. Eso, sin tener en cuenta que bajo ese sombrero había un elfo oscuro.

-Creo que deberías considerar la posibilidad de disfrazarte -dijo Entreri secamente, mientras sacudía la cabeza deseoso de conservar una máscara mágica muy útil que permitía transformar el aspecto de quien la portaba. En una ocasión, Drizzt Do'Urden se había servido de ella para viajar del norte a Calimport haciéndose pasar por un elfo de la superficie.

-Ya he pensado en esa posibilidad -repuso el drow y, para alivio de Entreri, se quitó el extravagante sombrero. Era un comienzo prometedor.

Pero el alivio de Entreri fue sólo temporal, pues Jarlaxle se limitó a sacudirlo y encasquetárselo de nuevo.

-Tú también llevas uno -protestó el drow al advertir la expresión ceñuda de Entreri, señalando el sombrero negro de ala estrecha del asesino. Era conocido como bolero, por el nombre del hechicero drow que lo había inventado y que lo había imbuido de propiedades mágicas.

-¡No es sólo el sombrero! -exclamó Entreri, frustrado, frotándose el rostro con una mano-. Vamos a tratar con simples campesinos que, muy probablemente, no sienten ninguna simpatía hacia los elfos oscuros.

-Hacia la mayoría de los elfos oscuros -lo corrigió Jarlaxle, y sin añadir palabra, continuó cabalgando hacia la aldea, como si Entreri no le hubiese dicho nada de nada.

-¡Eh! ¿Qué me dices del disfraz? -le gritó el asesino.

-Una idea genial -repuso Jarlaxle, y siguió cabalgando.

Entreri espoleó a su montura con los talones para ponerla a medio galope y así poder atrapar al escurridizo elfo oscuro.

-Quería decir que deberías ponerte uno -dijo Entreri sin andarse por las ramas.

-Ya voy disfrazado. Es increíble que justamente tú, Artemis Entreri, no me reconozcas. ¡Soy Drizzt Do'Urden, tu más odiado rival!

-¿Qué? -El asesino no daba crédito a sus oídos.

-Drizzt Do'Urden es el disfraz perfecto para mí -se explicó Jarlaxle con toda tranquilidad-. Drizzt va de ciudad a ciudad sin esconderse, sin ocultar ni negar su herencia, ni siquiera allí donde no es aún demasiado conocido.

-¿Va, has dicho? -inquirió Entreri, al que no se le había escapado el uso del presente de su compañero.

-Quería decir que iba -se corrigió rápidamente Jarlaxle, pues Artemis Entreri creía que Drizzt Do'Urden había muerto.

Entreri le clavó una dura mirada al elfo.

-Bueno, ¿era o no era así? Justamente el valor que mostraba al no tratar de esconderse evitaba que los lugareños se organizaran contra él para matarlo. Era absolutamente evidente que no tenía nada que ocultar. Así pues, yo usaré la misma técnica e incluso el mismo nombre. A partir de ahora soy Drizzt Do'Urden, el héroe del valle del Viento Helado, amigo

del rey de Mithril Hall, Bruenor Battlehammer. Alguien de quien esos simples campesinos no tienen nada que temer, más bien podría serles de utilidad en caso de peligro.

-Naturalmente, hasta que uno de ellos se cruce en tu camino, en cuyo caso arrasarás toda la aldea.

-Siempre cabe la posibilidad -admitió el drow, pero no aflojó el paso. Ahora se encontraban lo suficientemente cerca de la aldea para que sus habitantes los divisaran o al menos vieran a quienes pretendían ser.

No había guardias, por lo que humano y drow siguieron adelante sin que los detuvieran. Los cascos de sus monturas chacoloteaban sobre los adoquines. Fueron a detenerse frente a un edificio de dos plantas del que colgaba un letrero de madera en el que había pintada una espumeante jarra de aguamiel y que anunciaba en letras antiguas y medio borradas por las inclemencias del tiempo:

antina del
de M ese Briar

-Antina -leyó Jarlaxle, rascándose la cabeza, tras lo cual soltó un profundo y dramático suspiro-. El tabernero debe de ser un tipo que se pasa el día deshecho en lágrimas.

-No pone llantina, sino cantina -replicó Entreri. El humano miró a Jarlaxle, resopló y desmontó de un brinco.

-¿Qué más da, llantina o cantina? -repuso el drow, que pasó la pierna derecha por encima del caballo, hizo una voltereta hacia atrás y aterrizó graciosamente sobre sus pies después de ejecutar un salto mortal-. Tal vez sea un poco ambas cosas -añadió con una confiada sonrisa de oreja a oreja.

Entreri volvió a fulminarlo con la mirada y se limitó a sacudir la cabeza, mientras pensaba que quizá debería haberlo dejado atrás junto con Rai'gy y Kimmuriel.

Dentro del local había una docena de parroquianos, diez hombres y dos mujeres, además del tabernero, un hombre viejo y entrecano con una expresión agria permanentemente grabada en su cara regordeta entre profundas arrugas y cicatrices de acné. Los trece pares de ojos se fijaron en los dos recién llegados e, inevitablemente, todos los presentes hicieron gestos de asentimiento o simplemente apartaron la mirada, observando con perplejidad al dúo, en especial al elfo oscuro. Muchos se llevaron la mano a la empuñadura de la espada. Un hombre incluso se levantó de un salto de su silla, que apartó bruscamente tirándola por el suelo.

Entreri y Jarlaxle se limitaron a saludar levantándose el sombrero y se aproximaron a la barra sin hacer movimientos bruscos y con una expresión perfectamente amistosa.

-¿Qué queréis? -les gruñó el tabernero-. ¿Quiénes sois y qué os trae por aquí?

-Somos viajeros cansados del viaje, que buscan un pequeño descanso -contestó Entreri.

-¡Pues aquí no vais a encontrarlo! ¡Poneos otra vez esos sombreros y sacad el culo de aquí! -les gritó el hombre.

Entreri miró a Jarlaxle y vio que el elfo oscuro se mantenía imperturbable.

-Creo que nos quedaremos un rato -dijo el drow-. Comprendo tus recelos, mi estimado... Ese Briar -añadió, recordando el nombre escrito en el letrero.

-¿Cómo que «ese»? -repitió el tabernero, confuso.

-Ese Briar. Es lo que pone en el letrero de fuera -contestó Jarlaxle, haciéndose el inocente.

Los ojos amarillos del anciano se iluminaron al comprender la fuente de la confusión.

-Maese Briar. La «a» se ha caído. Es maese Briar.

-Mil perdones, maese Briar -dijo el encantador Jarlaxle con una inclinación de cabeza. Entonces lanzó un profundo suspiro y guiñó un ojo a Entreri. Como ya esperaba, el asesino mostraba una expresión enfurruñada-. Hemos venido a tu llantina, o cantina, para descansar y beber algo. No queremos problemas y tampoco los causaremos, te lo aseguro. ¿No has oído hablar de mí? Soy Drizzt Do'Urden del valle del Viento Helado, quien ayudó al rey enano Bruenor Battlehammer a recuperar el trono de Mithril Hall.

-Nunca he oído hablar de un tipo llamado Drizzt Dudden -replicó Briar-. ¡Ahora salid fuera de mi local antes de que yo y mis amigos os echemos a patadas! -Su tono de voz se fue elevando a medida que hablaba, y varios de los presentes se levantaron, con las armas listas.

Jarlaxle echó un vistazo alrededor, sonriente, como si se lo estuviera pasando en grande. Entreri también se divertía, pero no se molestó en mirar a su alrededor, sino que se recostó en el taburete que ocupaba, mirando a su amigo y tratando de imaginarse cómo se las arreglaría para salir de ese lío. Desde luego, esa panda de pobres campesinos no preocupaba en absoluto al avezado asesino, especialmente teniendo a su lado al peligroso Jarlaxle. Si tenían que arrasar la aldea, pues la arrasarían.

Así pues, Entreri ni siquiera trató de captar la siempre presente llamada silenciosa de la cautiva Piedra de Cristal. ¡Si la reliquia pretendía que unos campesinos simples e insensatos se la arrebataran, que lo intentara!

-¿No habéis oído lo que acabo de decir? Gracias a mí un rey enano recuperó su reino. Escúchame bien, Ese Briar; si tú y tus amigos tratáis de echarme a la fuerza, esta temporada vuestros parientes plantarán algo más que trigo -amenazó Jarlaxle.

No fue tanto lo que dijo sino cómo lo dijo; con absoluta tranquilidad y confianza, convencido de que ese grupo nada podría contra él. Los hombres que se aproximaban se detuvieron e intercambiaron miradas, buscando a un cabecilla entre ellos.

-Os aseguro que no quiero problemas -prosiguió Jarlaxle con serenidad-. He dedicado mi vida a luchar contra los prejuicios que existen contra los de mi raza, aunque en muchos casos reconozco que tienen fundamento. No soy sólo un viajero cansado, sino un guerrero dispuesto a poner mi espada al servicio de los hombres sencillos. Si los goblins atacaran vuestra hermosa aldea, estad seguros de que lucharía a vuestro lado hasta expulsarlos o hasta dar mi vida en el intento. -La voz del drow fue elevándose hasta alcanzar un tono de dramatismo-. Si un dragón se abatiera sobre vuestra villa, desafiaría su ardiente aliento, desenvainaría mis armas y saltaría a los parapetos...

-Creo que ya lo han entendido -lo interrumpió Entreri, cogiéndolo por el brazo y arrastrándolo hasta su asiento.

-Ni siquiera llevas armas, drow -resopló el tabernero Briar.

-Un millar de hombres dijeron eso antes que tú, y todos están muertos -declaró Entreri muy serio. Jarlaxle se lo agradeció alzándose ligeramente el sombrero-. Pero ya basta de bromas -añadió, saltando del taburete al suelo y retirando la capa para dejar ver sus dos fabulosas armas: la daga enjoyada y la espléndida *Garra de Charon* con su característica empuñadura hecha de hueso-. Si vais a atacarnos, hacedlo ya. Así nos quedará tiempo antes de que anochezca para acabar con todos vosotros y hallar otro lugar donde nos ofrezcan comida, bebida y una cama caliente. En caso contrario, volved a vuestras mesas, os lo suplico, y dejadnos en paz, de lo contrario olvidaré la insensata ilusión de mi amigo de convertirse en el héroe local.

Nuevamente los parroquianos intercambiaron nerviosas miradas y algunos rezongaron por lo bajo.

-Maese Briar, espero tu señal -dijo Entreri-. Elige bien o tendrás que hallar el modo de mezclar sangre con tu aguamiel, pues correrán litros y litros por tu taberna.

Con un ademán Briar indicó a los parroquianos que regresaran a sus mesas, tras lo cual resopló y gruñó con fuerza.

-¡Espléndido! -exclamó Jarlaxle, dándose una palmada en la pierna-. Mi reputación está a salvo de las impetuosas acciones de mi amigo. Ahora, si fueses tan amable de servirme una de tus buenas y delicadas bebidas, maese Briar... -pidió el drow al mismo tiempo que sacaba una bolsa repleta de monedas.

-En mi taberna no pienso servir a ningún maldito drow -insistió Briar, cruzando sus delgados pero musculosos brazos sobre el pecho.

-En ese caso, me serviré yo mismo -replicó Jarlaxle sin dudarlo, alzando educadamente el ala de su extravagante sombrero-. Por supuesto, no debes esperar propina.

Briar lo fulminó con la mirada.

En vez de amedrentarse, Jarlaxle clavó la mirada en el amplio surtido de botellas colocadas en estantes detrás de la barra. El elfo oscuro se dio unos golpecitos en el labio con un delicado dedo, examinando los colores y la escritura de las pocas que aún conservaban la etiqueta.

-¿Alguna sugerencia? -preguntó a Entreri.

-Mientras se pueda beber, cualquier cosa -replicó el asesino.

Jarlaxle señaló con el dedo una botella, pronunció una sencilla orden mágica y, al retirar el dedo, la botella voló del estante hasta su mano. Bastó con señalar dos veces más y pronunciar sendas órdenes para que dos vasos aparecieran sobre la barra.

Jarlaxle fue a coger la botella, pero Briar, tan perplejo como enfadado, extendió bruscamente una mano para agarrar al drow del brazo.

No llegó ni a acercarse.

Más rápidamente que lo que Briar podría llegar a imaginar, Entreri inmovilizó el brazo del tabernero sobre la barra y lo retuvo con firmeza. Con gran agilidad, empuñó la daga con la otra mano y la clavó profundamente en el estante de madera situado justo al lado de los dedos de Briar. El rubicundo tabernero palideció.

-Si no cambias de actitud, poco quedará en pie de tu local -le advirtió Entreri con la voz más fría y amenazadora que Briar hubiese oído en toda su vida-. Con suerte, lo suficiente para construirte un ataúd de madera.

-Lo dudo -apuntó Jarlaxle.

El drow se hallaba a sus anchas y apenas prestaba atención, como si ya hubiera esperado que Entreri interviniera. Tras escanciar la bebida, se acomodó en el taburete, olió el licor y empezó a beberlo a sorbos.

Entreri soltó al tabernero, echó una mirada en torno para asegurarse de que nadie se movía y volvió a guardarse la daga en el cinturón.

-Mi estimado maese Briar, te repito una vez más que no tenemos nada contra ti ni buscamos problemas -aseguró el elfo oscuro-. Hemos recorrido un largo y árido camino, y sin duda el que nos espera será igualmente duro. Por esta razón hemos entrado en tu acogedora taberna situada en esta bonita villa. ¿Por qué deseas negarnos el descanso?

-Yo más bien preguntaría: ¿por qué ese empeño en que te matemos? -intervino Entreri.

El tabernero miró alternativamente a uno y a otro, y alzó las manos dándose por vencido.

-Idos a los Nueve Infiernos los dos -gruñó, mientras daba media vuelta y se alejaba.

Entreri miró a Jarlaxle, el cual se limitó a encogerse de hombros *y* comentar:

-Ya he estado allí, y no merece la pena regresar. -Entonces cogió la botella y el vaso y fue a sentarse a una de las mesas libres de la pequeña taberna. Entreri lo siguió.

Naturalmente, las dos mesas contiguas a la suya pronto quedaron libres, pues los parroquianos que las ocupaban se apresuraron a coger sus vasos y demás pertenencias y alejarse del elfo oscuro.

-Esto no cambiará nunca -comentó Entreri a Jarlaxle.

-Según mis espías, no era así con Drizzt Do'Urden. Gozaba de tal reputación que incluso los humanos más estrechos de miras olvidaban el color de su piel en las tierras en las que era conocido. Y pronto ocurrirá lo mismo conmigo.

-¿Pretendes labrarte una buena reputación? -inquirió Entreri, poniéndolo en duda con una carcajada-. ¿Piensas convertirte en un héroe?

-Me forjaré una reputación, bien por mis hazañas o por dejar tras de mí una estela de aldeas quemadas. A mí me da igual.

Las palabras del elfo oscuro hicieron florecer una sonrisa en el semblante de Entreri, que empezaba a confiar en que él y su compañero iban a entenderse de fábula.

Kimmuriel y Rai'gy contemplaban en el espejo encantado cómo unos veinte hombres rata, con aspecto humano, entraban en la aldea.

-Todo está a punto -dijo Kimmuriel-. Si Gord Abrix desempeña bien su función, los aldeanos se unirán a él contra Entreri y Jarlaxle. Treinta contra dos; buena proporción.

-Lo suficiente para que Jarlaxle y Entreri se cansen un poco antes de que lleguemos nosotros -replicó Rai'gy, resoplando de desdén.

Kimmuriel miró a su amigo pero, tras reflexionar brevemente, se limitó a encogerse de hombros y sonreír. No iba a llorar la pérdida de Gord Abrix y de un puñado de piojosos hombres rata.

-Si logran entrar y tienen suerte, deberemos actuar con rapidez -comentó el psionicista-. La Piedra de Cristal está allí.

-*Crenshinibon* no llama a Gord y a sus estúpidas ratas -replicó Rai'gy, y sus ojos negros brillaban de anhelo-. Me llama a mí. Percibe que estamos cerca y sabe que en mis manos llegará a las más altas cotas de poder.

Kimmuriel permaneció en silencio, pero estudió atentamente la faz de su amigo. Sospechaba que si el hechicero se hacía con la piedra, muy pronto tendría que enfrentarse a él y a *Crenshinibon.*

-¿Cuántos habitantes debe de tener este villorrio? -preguntó Jarlaxle cuando las puertas de la taberna se abrieron y entró un grupo de hombres.

Entreri se disponía a replicar al punto pero se contuvo y examinó con mayor atención a los recién llegados.

-No tantos -respondió, sacudiendo la cabeza.

Jarlaxle lo comprendió y estudió los movimientos del nuevo grupo así como las armas que llevaban en su mayoría espadas más ornamentadas que las de los demás campesinos.

Entreri volvió bruscamente la cabeza al percibir otras formas que se movían en torno a las dos pequeñas ventanas. Entonces lo supo sin lugar a dudas.

No son campesinos, dijo Jarlaxle en silencio, utilizando el complejo lenguaje de signos de los drows, aunque movía los dedos mucho más despacio de lo habitual en deferencia a los rudimentarios conocimientos de Entreri de esa forma de comunicación.

-Hombres rata -susurró a su vez el humano.

-¿Oyes cómo la piedra los llama?

-No, los huelo. -Entreri hizo una pausa para dilucidar si realmente la Piedra de Cristal llamaba o no a los hombres rata, como si se tratara de un faro que atrajera a los enemigos. Pero, en el fondo, poco importaba.

-Tienen el calzado manchado con agua de las cloacas -observó Jarlaxle.

-Son alimañas -espetó el asesino-. Vámonos de aquí -dijo en voz suficientemente alta para que los hombres rata situados más cerca lo oyeran, al tiempo que se levantaba y hacía ademán de irse.

Entreri empezó a andar hacia la puerta, consciente de que todos los ojos estaban posados en él y en su extravagante compañero, el cual se estaba levantando del asiento. El asesino dio un tercer paso y, entonces, saltó a un lado y hundió la daga en el corazón del hombre rata que tenía más cerca sin darle tiempo a desenvainar su espada.

-¡Asesinos! -chilló alguien, pero Entreri apenas lo oyó, pues ya saltaba hacia adelante con la *Garra de Charon* desenvainada.

Un fuerte ruido metálico resonó en el aire al interceptar brutalmente la estocada de otro hombre rata, golpeando el acero de éste con tanta fuerza que se lo arrebató de las manos. Rápidamente giró el arma y abrió un tajo en el rostro del hombre rata, que cayó hacia atrás llevándose ambas manos a los ojos heridos.

Entreri no tuvo tiempo de rematarlo, pues la taberna se había convertido en el escenario de una batalla campal. Tres hombres rata se acercaban rápidamente a él, blandiendo sus espadas. El asesino agitó la *Garra de Charon* para crear una cortina de ceniza, saltó a un lado y rodó bajo una mesa. Sus adversarios reaccionaron y se dispusieron a perseguirlo, pero antes de que pudieran orientarse, Entreri emergió bruscamente de debajo de la mesa llevándose ésta por delante y arrojándosela a la cara. A continuación, lanzó un cortapiés que alcanzó a dos de ellos en las rodillas; la magnífica espada cercenó limpiamente una pierna y casi hizo otro tanto con una segunda.

Más hombres rata se le echaron encima, pero una lluvia de dagas los obligó a retroceder.

Entreri blandía la espada con violencia, creando un largo y ondulante muro que tapaba la visión. Al echar un rápido vistazo hacia atrás, vio que Jarlaxle lanzaba, furioso, una daga tras otra contra sus enemigos. No obstante, un grupo de hombres rata alzaron una mesa, como había hecho Entreri, y la usaron a modo de escudo. Varias dagas se clavaron en el tablero con fuerza. Protegidos bajo el improvisado escudo, el grupo cargó contra el drow.

El asesino no logró ver cómo acababa el ataque, porque, en ese momento, lo atacaban varios enemigos, entre ellos, un par de campesinos. Alzó la espada apuntando al frente, interceptó el acero de un campesino y lo levantó por el aire. Entonces, levantó la punta de la espada -la parada de rigor destinada a apartar la espada del contrario-, pero cuando el campesino empujó, tratando de evitarlo, Entreri lo engañó elevando la empuñadura de la espada, girando hacia abajo el arma y colocando la espada del adversario en una forzada posición cruzada sobre su cuerpo. Antes de que el campesino pudiera reaccionar con un golpe de revés, Entreri estrelló su mano y la empuñadura de su espada, en forma de calavera, en la cara del hombre, dejándolo fuera de combate.

La *Garra de Charon* retrocedió en diagonal, interceptando con fuerza la espada de otro hombre rata y, de paso, despuntó la horca de otro campesino. El asesino no cejó en su ataque sino que presionó con ímpetu blandiendo la espada con furia y dureza contra el acero del hombre rata, obligándolo a retroceder y a hacerse a un lado, forzando aberturas.

Al mismo tiempo, imprimía a la daga enjoyada rápidos movimientos circulares por encima del mango de la horca rota, volviéndola ora a un lado ora al otro, y manteniendo siempre al inexperto campesino en una tambaleante posición avanzada y desequilibrada. Hubiese sido muy sencillo matarlo, pero Entreri tenía otras intenciones.

-No tienes ni idea de con quién os habéis aliado -gritó al campesino y, mientras hablaba, acosó al hombre rata, golpeó la espada de éste, desviándola ligeramente y, a continuación le propinó un cimbronazo en la cabeza. No quería matarlo, sino solamente despertar su ira. La espada del asesino magullaba, hostigaba y pinchaba al hombre rata, sin darle tregua.

Entreri percibió una especie de tic en la criatura y supo qué se avecinaba.

Tras obligar al hombre rata a retroceder con una puñalada repentina pero más corta de lo normal, el asesino arremetió contra el campesino, haciendo bailar su daga por encima y alrededor de la horca, forzándola hacia abajo en ángulo. A continuación avanzó un paso hacia

el hombre, lo obligó a bajar aún más el mango de madera y lo colocó en un incómodo ángulo, inclinado sobre el asesino. De pronto, Entreri se apartó.

El campesino no pudo evitar trastabillar hacia adelante. El asesino lo rodeó con el brazo que empuñaba la espada y lo forzó a volverse, de modo que quedara frente al hombre rata que se agitaba y empezaba a transformarse.

Atrapado en la llave de Entreri y con una daga en la espalda, el hombre se sintió perdido y lanzó un grito ahogado. No obstante, al comprobar que la daga no se le hundía en la carne se calmó lo suficiente para darse cuenta de lo que ocurría ante sus ojos.

La horrorosa transformación del hombre rata le arrancó un chillido que rasgó el aire y atrajo las miradas de todos hacia el hombre rata, cuyo rostro se contraía y desgarraba, transformándose en la cabeza de un roedor gigante.

Entreri empujó al campesino hacia el hombre rata en plena mutación y, para su satisfacción, vio que el mango roto de la horca que el hombre seguía empuñando se clavaba en el vientre de la horrible criatura.

El asesino giró sobre sus talones, listo para enfrentarse a todos sus enemigos. Los campesinos se habían quedado paralizados y perplejos, sin saber de qué bando ponerse. Entreri sabía lo suficiente sobre criaturas de naturaleza dual para comprender que había iniciado una reacción en cadena, que los enfurecidos y excitados hombres rata, al mirar al que se estaba transformando, no podrían evitar adoptar su forma animal.

Dirigió una fugaz mirada a Jarlaxle y vio que el drow levitaba en el aire moviéndose en círculos, arrojando dagas sin tregua. Siguiendo la trayectoria de las dagas, Entreri vio a un hombre rata y luego a otro más que trastabillaban hacia atrás. Un campesino se llevó una mano a la pantorrilla, donde una daga se le había clavado profundamente.

Entreri se dio cuenta de que Jarlaxle había evitado ex profeso matar al humano, aunque hubiera podido hacerlo.

De pronto, se estremeció al ver una descarga de proyectiles dirigidos a Jarlaxle. Pero el drow se anticipó y dejó de levitar, aterrizando graciosamente en el suelo, ligero como una pluma. Con gran rapidez se sacó en un movimiento cruzado dos dagas más, éstas de fundas ocultas en el cinturón y no del brazalete mágico, para enfrentarse al tropel de adversarios que se le echaba encima. Devolvió ambos brazos a su posición normal, y giró bruscamente las muñecas mientras murmuraba algo entre dientes. Las dagas se convirtieron en dos espadas delgadas, alargadas y relucientes.

El elfo oscuro plantó los pies en el suelo con las piernas separadas, y con los brazos empezó a describir rápidos círculos arriba, abajo y a los lados, fustigando el aire con sonidos semejantes a pequeños estallidos. Jarlaxle cruzó una espada delante del pecho y luego la otra, y las hizo girar en frenéticos molinetes. Si detenerse, alzó un brazo y colocó el arma sobre su cabeza apuntando hacia adelante.

Entreri hizo una mueca. Esperaba algo más de su compañero drow. Había visto ese estilo de lucha, que era especialmente habitual entre los piratas que infestaban las costas de Calimshan, muchas veces. Se trataba de una técnica sibilina, y asimismo engañosamente sencilla, más propia de aventureros fanfarrones que de guerreros experimentados. Su éxito se basaba en que el adversario de turno se asustara y vacilara, propiciando así el ataque. Aunque era muy efectivo contra oponentes débiles, a Entreri le parecía un estilo ridículo contra contrincantes de verdadera talla. Él mismo había acabado con muchos aventureros y piratas que lo utilizaban -en una ocasión con dos cuando las espadas que hacían girar se les quedaron trabadas por accidente- y nunca había supuesto un gran reto.

Por lo visto, el grupo de hombres rata que se disponía a atacar a Jarlaxle tampoco tenía mucho respeto por esa técnica, pues rápidamente rodearon al drow, encerrándolo, y lo fueron atacando alternativamente, obligándolo a girar ora a la derecha ora a la izquierda y así sucesivamente.

Jarlaxle respondía a todas las estocadas y cargas tentativas haciendo girar ambas espadas en una armonía perfecta.

-Intentan cansarlo -susurró Entreri, mientras trataba de zafarse de su siguiente adversario para llegar hasta su compañero y ayudarlo a salir del apuro. El asesino miró fugazmente a Jarlaxle con la esperanza de llegar a tiempo, aunque honestamente se preguntaba si merecía la pena correr tal riesgo para salvar al drow que tanto lo había decepcionado.

Entonces tuvo que ahogar una exclamación de confusión y luego otra de admiración.

Jarlaxle había ejecutado una súbita voltereta hacia atrás, girando en el aire en pleno salto mortal, de modo que aterrizó de cara al hombre rata que antes tenía a la espalda. El hombre rata se apartó tambaleándose, herido dos veces por sendas estocadas más cortas de lo habitual, pues Jarlaxle pensaba ya en otras víctimas.

El drow rodó sobre sí mismo, se puso de cuclillas, y se lanzó hacia arriba con una devastadora estocada doble dirigida a otro hombre rata. La criatura dio un salto hacia atrás, con las caderas por delante, y bajó la espada en un intento desesperado.

Al instante, Entreri lanzó un grito de advertencia, convencido de que su amigo drow estaba perdido, pues un hombre rata lo atacaba por la izquierda, otro por atrás y por la derecha, sin dejar al elfo espacio de maniobra.

-Se están poniendo en evidencia -dijo Kimmuriel con una carcajada. Él, Rai'gy y Berg'inyon observaban la acción a través de una puerta dimensional abierta en lo más encarnizado de la batalla.

También Berg'inyon se divertía de lo lindo contemplando la transformación de los hombres rata. De pronto, saltó hacia adelante para agarrar a un campesino que involuntariamente había atravesado la puerta mágica. El guerrero drow lo apuñaló en un costado y volvió a lanzarlo al suelo de la taberna.

Más formas borrosas pasaron delante de la puerta, y se oyeron nuevos gritos. Kimmuriel y Berg'inyon observaban con atención mientras, detrás de ellos, Rai'gy, con los ojos cerrados, preparaba sus hechizos, un proceso que requería más tiempo del habitual debido a la llamada continua y anhelante de la Piedra de Cristal en su condición de prisionera.

Gord Abrix pasó un momento ante la puerta.

-¡Cógelo! -gritó Kimmuriel, y el ágil Berg'inyon atravesó de un salto el portal, agarró al hombre rata con una llave debilitadora y volvió a zambullirse hacia la puerta mágica, arrastrando consigo a Gord.

Mientras el elfo oscuro lo mantenía prisionero, Gord Abrix no dejaba de protestar a gritos dirigidos a Kimmuriel.

Pero el psionicista no lo escuchaba, porque su atención se centraba por completo en su compañero mago. La sincronización para cerrar la puerta debía ser perfecta.

Jarlaxle ni siquiera trató de huir, y Entreri se dio cuenta de que había previsto esos ataques, que incluso los había provocado.

Agachado y con la pierna izquierda adelantada, ambos brazos y armas totalmente extendidos delante de él, Jarlaxle se las arregló para darles media vuelta e, impulsándose de pronto en un movimiento perfectamente equilibrado, volverse a poner de pie. A continuación, lanzó una estocada hacia la izquierda con la espada que empuñaba con la siniestra. La espada de la mano derecha estaba girada, de modo que cuando Jarlaxle inclinó la muñeca hacia abajo, la punta del arma apuntaba en ángulo hacia atrás.

Los dos hombres rata que se abalanzaban sobre él se detuvieron de repente, con el pecho abierto.

Jarlaxle retiró las espadas, las hizo girar de nuevo en molinete y se volvió hacia la izquierda. Los aceros abrieron surcos de sangre por todo el cuerpo del hombre rata herido y,

al completar el giro, el drow atacó repetidamente al hombre rata que tenía detrás, al que remató con un poderoso revés que le separó la cabeza del cuerpo.

Entreri ya no volvería a pensar que la técnica de ataque con doble molinete era ridícula y poco efectiva.

El drow corrió a interceptar al primer hombre rata que había herido, desvió el acero de su rival con sus dos espadas y lo hizo girar junto con ellas. Al cabo de un instante, las tres espadas describían círculos en el aire, aunque Jarlaxle solamente empuñaba dos de ellas: las suyas. La tercera flotaba en la estela creada por las otras dos.

Jarlaxle enganchó la empuñadura de la tercera espada con la hoja de una de las suyas, la inclinó en ángulo hacia un lado y la lanzó hacia el pecho de otro atacante, al que tumbó al suelo de espaldas.

De pronto, se adelantó violentamente, haciendo girar ambas espadas con impecable maestría a fin de herir al hombre rata en un brazo y a continuación inutilizarle el otro brazo con un golpe muy preciso dirigido a la clavícula. Luego sólo tuvo que rajarle la cara y el cuello.

El elfo oscuro plantó un pie sobre el pecho del estupefacto hombre rata y le propinó una patada que lo tumbó de espaldas, y luego lo pisoteó.

Finalmente, Entreri no se acercó a Jarlaxle, sino que fue el drow quien corrió hacia el humano, mientras susurraba un hechizo que convirtió una de sus espadas en daga. Rápidamente se la guardó de nuevo en su funda y, con la mano libre, agarró a Entreri por el hombro y lo empujó.

Desconcertado, el asesino miró a su compañero. Por la puerta y las ventanas entraban más hombres rata en la taberna, pero los escasos campesinos supervivientes adoptaban posiciones claramente defensivas. A pesar de que todavía quedaban más de una docena de hombres rata, Entreri estaba convencido de que, con sus respectivos talentos, él y su compañero drow los harían pedazos sin ningún problema.

Lo más asombroso del caso era que Jarlaxle corría hacia la pared más cercana. Aunque en ocasiones, cuando uno se enfrentaba a muchos enemigos a la vez resultaba efectivo defenderse las espaldas con una barrera sólida, dado el extravagante estilo de lucha de Jarlaxle -que requería mucho espacio- a Entreri le parecía ridículo.

El elfo oscuro soltó a Entreri y se llevó la mano hacia la punta de su enorme sombrero.

De algún lugar oculto, sacó un disco negro hecho de un material que Entreri no conocía y lo lanzó contra la pared. Mientras surcaba el aire, el disco se iba alargando, hasta que chocó con la pared por su lado plano, y allí se quedó pegado.

Pero ya no era un disco, sino un agujero, un agujero muy real en la pared.

Jarlaxle empujó a Entreri para que pasara por él, se escurrió justo detrás y solamente se detuvo brevemente para recuperar el agujero mágico, dejando la pared nuevamente cerrada.

-¡Corre! -gritó el elfo oscuro, e hizo lo propio con Entreri a la zaga.

Antes de que el asesino pudiera preguntarle la razón de su huida, el edificio explotó y se convirtió en una enorme bola de fuego que consumió la taberna y a los hombres rata que aún rondaban por las entradas y las salidas, así como a los caballos atados cerca, entre ellos las monturas de Entreri y de Jarlaxle.

Humano y drow cayeron al suelo, pero enseguida volvieron a ponerse en pie y corrieron como alma que lleva el diablo para alejarse de la aldea y ocultarse en las sombras de las cercanas colinas y de los bosques.

Siguieron corriendo largo rato, sin hablar, hasta que, finalmente, Jarlaxle se detuvo tras un risco en una colina y se dejó caer encima de la hierba, jadeando y resoplando.

-Qué lástima -comentó-. Me había encariñado con mi caballo.

-No vi al hechicero -dijo Entreri.

-No estaba en la habitación, al menos, no físicamente.

-¿Y cómo percibiste su presencia? -empezó a preguntar el asesino, pero se interrumpió al comprender el razonamiento lógico que había llevado a Jarlaxle a la conclusión que les había salvado la vida a los dos-. Porque Kimmuriel y Rai'gy nunca se arriesgarían a que Gord Abrix y sus compinches se hicieran con la Piedra de Cristal. Y tampoco imaginarían que esa banda de desgraciados pudiera vencerlos.

-Ya te dije que es su táctica habitual: envían por delante carnaza para entretener a sus enemigos, y Kimmuriel abre una ventana por la que Rai'gy lanza su potente magia.

Entreri volvió la vista hacia la aldea, hacia la columna de humo que se elevaba en el aire.

-Muy listo -felicitó al drow-. Nos has salvado la vida.

-A ti seguro -replicó Jarlaxle. Entreri lo miró con curiosidad y vio que el drow se frotaba la mejilla con los dedos de una mano, mostrando un anillo dorado y rojizo que no había visto antes.

-No ha sido más que una bola de fuego -dijo Jarlaxle con una amplia sonrisa.

Entreri hizo un gesto de asentimiento y le devolvió la sonrisa, mientras se preguntaba si había algo, fuera lo que fuera, para lo que Jarlaxle no estuviera preparado.

20
Entre la prudencia y el deseo

Gord Abrix ahogó un grito cuando la pequeña esfera de fuego le pasó rozando, atravesó la puerta mágica y se perdió en la taberna. Apenas había traspasado el umbral cuando Kimmuriel cerró la puerta. No era la primera vez que Gord Abrix veía bolas de fuego conjuradas por hechiceros y podía imaginarse la devastación que habría causado en la taberna. Sabía que, probablemente, acababa de perder a casi veinte de sus leales soldados.

Se puso en pie, tambaleante, y miró a su alrededor buscando a los tres elfos oscuros, como siempre sin saber muy bien qué esperar de ellos.

-Tú y tus soldados habéis estado espléndidos -lo alabó Rai'gy.

-Los has matado -osó decir Gord Abrix, aunque controlando el tono de su voz para que no pareciera una acusación.

-Ha sido un sacrificio necesario. No creerías en serio que tenían alguna oportunidad de vencer a Artemis Entreri y a Jarlaxle, ¿verdad? -replicó el hechicero.

-¿Entonces, por qué los enviasteis? -empezó a preguntar el frustrado jefe de los hombres rata; pero apenas había acabado de pronunciar estas palabras cuando una vocecita interior le recordó con quién estaba tratando. Gord Abrix y sus esbirros habían sido enviados para distraer a Entreri y a Jarlaxle mientras Rai'gy y Kimmuriel preparaban el golpe de gracia.

Kimmuriel abrió la puerta dimensional, por la que vieron la taberna devastada y los cuerpos carbonizados diseminados por el suelo. Nada se movía. Los labios del drow esbozaron una perversa sonrisa mientras estudiaba la truculenta escena. Gord Abrix sintió un escalofrío que le recorría la espalda al darse cuenta de que se había librado por los pelos.

Berg'inyon Baenre atravesó la puerta, se internó en lo poco que quedaba de la taberna, de la que no quedaban ni siquiera las paredes, y regresó un momento después.

-Un par de hombres rata aún siguen vivos, pero no por mucho tiempo -informó a sus compañeros.

-¿Y qué hay de nuestros amigos? -inquirió Rai'gy.

-No he visto ni a Jarlaxle ni a Entreri. Podrían estar enterrados bajo los escombros o estar tan quemados que será difícil reconocerlos.

Tras un momento de reflexión Rai'gy indicó por señas a Berg'inyon y a Gord que regresaran a la taberna y los buscaran.

-¿Y mis soldados? -preguntó el hombre rata.

-Traedlos, si es que pueden salvarse -contestó Rai'gy-. Lloth me concederá el poder para curarlos... si se lo pido.

Gord Abrix se encaminó hacia la puerta dimensional, pero la curiosidad lo impulsó a detenerse y a lanzar una mirada al oscuro y peligroso hechicero sacerdote, sin saber cómo tomarse sus palabras.

-¿Crees que Entreri y Jarlaxle siguen ahí todavía? -preguntó Kimmuriel a Rai'gy en la lengua drow, a fin de que el hombre rata no comprendiera.

-Os digo que ahí no están -respondió con seguridad Berg'inyon desde la puerta, aunque aún no había tenido tiempo de registrar los escombros-. Se necesita algo más que una pequeña distracción y el simple hechizo de un mago para acabar con esos dos.

Rai'gy entrecerró los ojos ante tamaña afrenta a sus artes mágicas aunque, en el fondo, coincidía con el guerrero. Albergaba la esperanza de cazar a sus presas de manera limpia, pero en su corazón sabía que Jarlaxle no era una presa nada fácil.

-Haced un registro rápido -ordenó Kimmuriel.

Hacia la taberna corrieron Berg'inyon y Gord, que husmearon bajo las humeantes ruinas.

-No están ahí -dijo Rai'gy al psionicista un momento después.

-¿Estás de acuerdo con Berg'inyon?

-Oigo la llamada de la Piedra de Cristal, y no procede de la taberna -explicó Rai'gy con un resoplido, pues la prisionera *Crenshinibon* volvía a llamarlo con insistencia.

-¿Pues de dónde viene?

Pero Rai'gy sacudió la cabeza, frustrado. No lo sabía. Oía las súplicas de la piedra, prisionera del obcecado Entreri, pero no podía determinar de dónde procedían.

-Haz que vuelvan Berg'inyon y Gord -pidió el hechicero. Kimmuriel atravesó la puerta y regresó al cabo de un momento con el guerrero drow, el hombre rata y un par de secuaces de éste, que seguían vivos a pesar de las horribles quemaduras que tenían en el cuerpo.

-Ayúdalos -le suplicó Gord Abrix, arrastrando a sus abrasados amigos delante del hechicero-. Éste es Poweeno, uno de mis más leales consejeros y amigos.

Rai'gy cerró los ojos y empezó a salmodiar. Inmediatamente volvió a abrirlos otra vez y extendió ambas manos hacia el postrado Poweeno, que se retorcía. El drow acabó el hechizo agitando los dedos y pronunciando otra retahíla de palabras arcanas. De la yema de sus dedos se desprendió una brillante chispa, y el cuerpo del desgraciado hombre rata dio una sacudida. La criatura lanzaba alaridos y se retorcía en espasmos, presa de un dolor insoportable, mientras que de sus terribles heridas empezaba a rezumar sangre humeante y otros fluidos.

Poco después Poweeno se quedó inmóvil, muerto.

-¿Qué... qué has hecho? -preguntó Gord a Rai'gy. El hechicero ya tejía otro encantamiento.

En vista de que el drow no respondía, Gord hizo ademán de acercársele, o al menos lo intentó, porque descubrió que tenía los pies pegados al suelo como con un pegamento muy potente. La mirada del hombre rata fue a posarse en Kimmuriel y, por la expresión de satisfacción que se pintaba en la cara del psionicista, supo que era él quien le impedía moverse.

-Me has fallado -dijo Rai'gy, abriendo los ojos y extendiendo una mano hacia el otro hombre rata herido.

-Pero si acabas de decir que habíamos estado espléndidos -protestó Gord Abrix.

-Eso fue antes de saber que Jarlaxle y Artemis Entreri lograron escapar -explicó Rai'gy.

El hechicero acabó el encantamiento y descargó un rayo de energía tremendamente potente hacia el segundo herido. La criatura se dio la vuelta de manera grotesca, tras lo cual se encogió en posición fetal, a un paso de seguir a su compañero a la tumba.

Gord Abrix lanzó un alarido y desenvainó la espada, pero Berg'inyon intervino y se la arrebató de un golpe de su magnífico acero. El guerrero miró a sus dos compañeros drows y, tras la señal de asentimiento de Rai'gy, degolló al hombre rata. Gord cayó con los pies pegados todavía al suelo, clavando en Rai'gy una mirada suplicante.

-No acepto el fracaso -declaró el hechicero fríamente.

-El rey Elbereth ha mandado aviso a todos nuestros exploradores -aseguró la elfa Shayleigh a Iván y Pikel.

Cadderly los había enviado en calidad de emisarios al bosque Shilmista, situado al oeste de las montañas Copo de Nieve, confiando en que ningún viajero escaparía a la atención de la vasta red de exploradores del rey Elbereth.

Pikel emitió un sonido que a Iván le pareció más de inquietud que de esperanza, aunque Shayleigh acababa de darles garantía de lo que habían ido a buscar. ¿O no?

Iván Rebolludo estudió atentamente a la doncella elfa. Con sus ojos color violeta y su espesa melena rubia que le llegaba por debajo de los hombros, no cabía duda de que era bella, incluso para un enano cuyos gustos se decantaban por féminas más bajas, más rellenitas y más barbudas. Se percibía algo especial en la postura y la actitud de la elfa, así como en el sutil tono de su melodiosa voz.

-No debéis matarlos, ¿está claro? -espetó Iván sin andarse por las ramas.

Shayleigh apenas se movió.

-Por lo que dices, son muy peligrosos: un asesino y un drow -replicó la elfa.

Iván notó que el ominoso tono en la voz de la elfa Shayleigh se hacía más intenso al pronunciar la palabra drow, como si la raza de su oscuro primo la ofendiera más que la profesión de su compañero humano.

-Cadderly tiene que hablar con ellos -gruñó Iván.

-¿Acaso no sabe cómo hablar con los muertos?

-Oh, oh -dijo Pikel Rebolludo. El enano saltó de pronto a un lado, internándose en la maleza, de la que volvió a salir enseguida con una mano detrás de la espalda-. Drizzit -recordó a la elfa, mostrando lo que escondía detrás: una delicada y bella flor que acababa de coger para ella.

Aunque lo intentó, Shayleigh no pudo mantener su actitud severa ante ese arranque sentimental. La elfa sonrió, cogió la flor silvestre y se la acercó a la nariz para oler su agradable fragancia.

-Muchas veces, entre las malas hierbas crece una flor -dijo, interpretando correctamente el gesto de Pikel-. Del mismo modo que puede surgir un druida en un clan enano. Pero eso no significa que haya más.

-Esperanza -dijo Pikel.

Shayleigh se rió quedamente, sin saber qué replicar.

-Cadderly dice que debes tener el corazón en el lugar correcto o la Piedra de Cristal lo encontrará y te lo robará -la advirtió Iván-. Esperanza es lo que te hace falta, elfa.

El enano no necesitaba más garantías que la sincera sonrisa de Shayleigh.

-El hermano Chaunticleer ha trazado un plan espléndido para mantener a los niños ocupados -dijo Danica a Cadderly-. Estará listo para partir tan pronto como la piedra llegue.

La expresión de Cadderly no era precisamente de confianza.

-No creerás que pienso dejar que vayas solo a visitar a un viejo dragón, ¿verdad? -inquirió Danica, sintiéndose herida. Cadderly lanzó un suspiro-. Ya nos topamos con uno y no habríamos tenido ningún problema si no hubiéramos atravesado las montañas montados en su lomo -le recordó la mujer.

-Esta vez es posible que sea más difícil -explicó Cadderly-. Necesitaré mucha energía para controlar a la Piedra de Cristal al mismo tiempo que me ocupo del dragón. Aún peor, pues estoy seguro de que la piedra le hablará al dragón. ¿Quién mejor que un poderoso dragón rojo para controlar un instrumento de caos y destrucción?

-¿Es tu magia lo suficientemente poderosa?

-Me temo que no -admitió el sacerdote.

-Razón de más para que Iván, Pikel y yo te acompañemos.

-Sin la ayuda de Deneir, ¿de veras crees que tenemos alguna oportunidad de vencer a un wyrm como ése? -inquirió el clérigo sinceramente.

-Si Deneir no está contigo, nos necesitarás para sacarte de allí lo antes posible -repuso la mujer con una amplia sonrisa-. ¿Acaso los amigos no están para eso?

Cadderly iba a responder algo, pero no había mucho que pudiera decir contra esa expresión de determinación y de algo más -de serenidad- grabada en el hermoso semblante de

Danica. La mujer estaba del todo decidida a acompañarlo, y Cadderly sabía que el único modo de impedírselo sería marchándose mágicamente y en secreto. Naturalmente, Iván y Pikel se empeñarían en ir también, aunque se estremecía al imaginarse al aspirante a druida, Pikel, enfrentándose a un dragón rojo. No tenía intención de hacer ningún daño al dragón, sino solamente robarle un poco de su abrasador aliento, que les lanzara una única bola de fuego. Pero era posible que Pikel, el cual había consagrado su vida a la natura, no se conformara con dejar en paz a un dragón, que era quizá la mayor perversión de la naturaleza que existía.

Danica obligó a Cadderly a levantar la cabeza alzándole el mentón para que la mirara fijamente a los ojos. Ahora estaban muy cerca.

-Lo haremos juntos y conseguiremos lo que queremos -afirmó y lo besó en los labios con suavidad-. Hemos pasado por cosas peores, amor mío.

Cadderly no trató de negar esas palabras, ni su presencia, ni su determinación en acompañarlo en ese importante y azaroso viaje. El clérigo la acercó más a sí y la cubrió de besos.

-No podemos estar en todo -intentó explicar Sharlotta Vespers a Kimmuriel y Rai'gy. A los dos drows no les había hecho ni pizca de gracia enterarse que espías enviados por los grandes caudillos de Memnon se habían infiltrado en Dallabad.

Los elfos oscuros intercambiaron miradas de preocupación. Sharlotta había asegurado una y otra vez que se habían cazado y eliminado a todos los espías, pero ¿y si se equivocaba? ¿Y si un espía había logrado escapar e informaba a los caudillos de Memnon acerca del cambio acaecido en Dallabad? ¿Y si otros espías habían descubierto cuál era el poder que manejaba la casa Basadoni?

-Es posible que pronto den fruto todos los peligros que sembró Jarlaxle -dijo Kimmuriel a su compañero en la lengua drow.

Aunque Sharlotta entendió las palabras a la perfección, no captó la sutileza de ese dicho drow que se refería a la venganza contra una casa drow por crímenes cometidos contra otra casa. Las palabras de Kimmuriel eran una severa advertencia, un recordatorio de que, por mucho que ahora trataran de remediarlo, se encontraban en una posición vulnerable por culpa de la influencia de *Crenshinibon* sobre Jarlaxle.

Rai'gy asintió y se frotó el mentón, susurrando algo en voz tan baja que los otros no lo oyeron. De repente, avanzó un paso hasta colocarse justo delante de la mujer, alzó ambas manos con los pulgares unidos, pronunció otra palabra y en sus manos estalló una lengua de fuego que envolvió la cabeza de la mujer. Ésta trató de apagar las llamas dando manotazos mientras chillaba, corría por toda la habitación y, finalmente, se arrojaba al suelo y rodaba sobre sí misma.

-Asegúrate de eliminar a todos los que saben demasiado -dijo Rai'gy fríamente cuando Sharlotta expiró en el suelo, a sus pies.

Kimmuriel hizo un gesto de asentimiento. Su expresión era grave, aunque en las comisuras de la boca se adivinaba una ansiosa sonrisa.

-Voy a abrir de nuevo la puerta de regreso a Menzoberranzan -explicó el hechicero-. No me gusta la superficie, y los dos sabemos que las posibles ganancias no compensan los riesgos que amenazan a Bregan D'aerthe. Ya no lamento que Jarlaxle se comportara como un loco y sobrepasara los límites de lo que racionalmente es prudente.

-Sí, en el fondo ha sido una suerte -convino con él Kimmuriel-. Ahora podremos regresar a las cavernas, donde pertenecemos. -El elfo oscuro echó un vistazo a Sharlotta, cuya cabeza quemada seguía humeando, y sonrió de nuevo. Se inclinó para despedirse de su compañero y amigo de espíritu, y salió de la habitación, ansioso por ocuparse de los demás.

Rai'gy también se marchó, aunque por otra puerta, una que lo condujo a la escalera que llevaba al sótano de la casa Basadoni, donde podría relajarse en la intimidad de sus seguros aposentos. Las palabras que había dirigido a Kimmuriel resonaban en su mente.

Eran palabras dictadas por la lógica; palabras necesarias para sobrevivir en un lugar que se había vuelto demasiado peligroso.

No obstante, en su cabeza aún oía una llamada, una voz que le suplicaba ayuda y le prometía una grandeza más allá de lo que el hechicero podía imaginar.

Sentado en una cómoda silla en sus aposentos privados, el hechicero se recordó una y otra vez que lo más conveniente para Bregan D'aerthe era retirarse a la Antípoda Oscura, que el riesgo de permanecer en la superficie, aunque fuese con el objetivo de encontrar la poderosa reliquia, era excesivo comparado con los potenciales beneficios.

Poco después, el exhausto elfo oscuro cayó en una especie de ensueño, lo más parecido al sueño verdadero que podía conocer un drow.

Y durante ese «sueño», la llamada de *Crenshinibon* le llegó de nuevo. Era una llamada de socorro, pidiéndole que la rescatara y prometiéndole a cambio la victoria.

La intensidad de esa predecible llamada fue aumentada cien veces, con promesas aún más grandes de gloria y poder y con imágenes no de espléndidas torres cristalinas en el desierto de Calimshan, sino de una torre de puro ópalo situada en el corazón de Menzoberranzan, una estructura negra que brillaba con calor y energía interiores.

Toda la prudencia de Rai'gy no pudo contra esa imagen, contra el desfile de las madres matronas -entre ellas la tan odiada Triel Baenre- que acudían a la torre para rendirle homenaje.

Los ojos del elfo oscuro se abrieron de golpe. El mago pensó un momento e inmediatamente se levantó de la silla de un brinco, para localizar a Kimmuriel y cambiar las órdenes. Sí, abriría la puerta de regreso a Menzoberranzan y, sí, la mayor parte de Bregan D'aerthe regresaría.

Pero ellos dos aún tenían un asunto pendiente en la superficie. Kimmuriel y él mismo se quedarían allí junto con una fuerza de ataque hasta que la Piedra de Cristal estuviera en manos de alguien digno de ella: de un hechicero sacerdote drow que la llevaría a sus máximas cotas de poder, y a él con ella.

En su oscura cámara situada bajo el oasis Dallabad, Yharaskrik se felicitó en silencio por la idea que había tenido de intensificar las promesas de la Piedra de Cristal para tentar a Rai'gy. Kimmuriel lo había informado del cambio en los planes de Bregan D'aerthe y, aunque había fingido aceptarlo, el *illita* no pensaba permitir que *Crenshinibon* quedara libre, al menos no todavía. Concentrándose al máximo y controlando su mente, Yharaskrik había podido captar las sutiles notas de la suave llamada de la reliquia, aunque todavía no había podido determinar de dónde procedían exactamente.

Yharaskrik aún necesitaba por un tiempo la ayuda de Bregan D'aerthe para encontrar la Piedra de Cristal, aunque después, él y Rai'gy estarían en bandos enfrentados en la inevitable batalla por el control de *Crenshinibon.*

Que así fuera. Seguramente, Kimmuriel Oblodra, con el que compartía ciertos poderes mentales y comprendía la naturaleza de la piedra y sus puntos flacos, se pondría de su lado.

21
La máscara de un Dios

-¿Por qué vivir en un desierto cuando existe tal belleza y tan cerca? -preguntó Jarlaxle a Entreri.

En los días que siguieron al desastre en la taberna de Maese Briar, humano y drow habían viajado rápidamente, en parte con la ayuda de un hechicero con el que toparon en una torre muy apartada y al que Entreri convenció para que los transportara mágicamente muchos kilómetros más cerca de su meta: Espíritu Elevado y el sacerdote, Cadderly.

Por supuesto, el que Jarlaxle poseyera una provisión de monedas inagotable ayudó a convencer al mago.

Las impresionantes montañas Copo de Nieve ya se divisaban. Aunque el verano se aproximaba a su fin y soplaba un viento frío, Entreri tenía que darle la razón a Jarlaxle sobre el paisaje. Al asesino le sorprendió que un elfo oscuro fuese capaz de apreciar la belleza de la superficie. Acurrucado a los pies de las laderas occidentales de las montañas Copo de Nieve se extendía un ancho y largo valle poblado de enormes árboles milenarios. Incluso Entreri, el cual parecía pasar la mayor parte de su tiempo negando la belleza, no podía sustraerse a la majestuosidad de esas altas y recortadas montañas coronadas de nieve que relucían intensamente bajo el sol.

-En Calimport me gano la vida -respondió el asesino al rato.

Pero Jarlaxle resopló.

-Con tu talento, podrías ganarte la vida en cualquier parte: en Aguas Profundas, en Luskan, en el valle del Viento Helado o incluso aquí. Tanto en grandes ciudades como en pequeñas aldeas se necesitan los servicios de un poderoso guerrero. Nadie osaría expulsar a Artemis Entreri, a no ser, naturalmente, que te conocieran tan bien como yo.

El asesino lo miró entrecerrando los ojos, pero ambos sabían que no era más que una broma, o tal vez no. Pero, incluso en el caso de que la cosa fuese en serio, Entreri no podía ofenderse, pues las palabras de Jarlaxle encerraban demasiada verdad.

-Debemos bordear las montañas hacia el sur hasta Carradoon y después tomar los senderos que suben hasta Espíritu Elevado -explicó Entreri-. Si nos damos prisa, llegaremos junto a Cadderly en pocos días.

-Pues, en marcha. Librémonos de la piedra y... -El elfo oscuro se interrumpió y miró curiosamente al humano.

¿Y qué? Aunque no había sido pronunciada, la pregunta flotaba en el aire entre ellos. Desde que huyeron de la torre cristalina de Dallabad, ambos tenían claro que se dirigían a Espíritu Elevado para deshacerse del peligroso artefacto, pero, ¿y luego? ¿Regresaría Jarlaxle a Calimport para gobernar de nuevo Bregan D'aerthe?, se preguntaban ambos. Si era así, Entreri no pensaba acompañarlo. Incluso si Jarlaxle lograba arrancar las semillas del cambio sembradas por Rai'gy y Kimmuriel, el asesino no tenía ningún deseo de unirse de nuevo a la banda drow. No deseaba medir cada paso que daba sabiendo que la gran mayoría de quienes se decían sus aliados preferiría verlo muerto.

¿Adonde irían? ¿Seguirían juntos o se separarían? Ambos se lo estaban preguntando cuando una voz, fuerte pero melodiosa, sonora y llena de poder, llegó hasta ellos.

-¡Alto! ¡Rendíos!

Al mirar hacia atrás, Entreri y Jarlaxle vieron una figura solitaria, una grácil y hermosa elfa que se aproximaba a ellos directamente, con una espada finamente forjada en la cadera.

-¿Rendirnos? -masculló Jarlaxle-. Qué manía tiene todo el mundo en que nos rindamos. ¿Y alto? ¡Pero si ya estamos quietos!

Entreri apenas lo escuchaba, pues tenía puesta toda su atención en los árboles que los rodeaban. Los andares de la doncella eran muy reveladores. Inmediatamente el asesino confirmó sus sospechas al descubrir a varios arqueros elfos apostados entre las ramas, con flechas que los apuntaban a él y a Jarlaxle.

-No está sola -susurró al drow, esforzándose por no dejar de sonreír y mostrar a la elfa una expresión amistosa.

-Los elfos raras veces van solos -replicó Jarlaxle en voz baja-. Especialmente si se enfrentan a un drow.

La sonrisa de Entreri se desvaneció ante esa simple verdad y esperó que las flechas empezaran a lloverles en cualquier momento.

-¡Saludos! -gritó Jarlaxle. El drow se quitó el sombrero con un elegante gesto, exhibiendo su herencia drow.

Entreri notó que la doncella elfa se estremecía y se detenía unos segundos, pues, aunque la separaban todavía unos treinta pasos de distancia, sin su extravagante sombrero Jarlaxle era evidentemente un drow.

La elfa se acercó un poco más con paso firme y una expresión serena que nada dejaba traslucir. A Entreri se le antojó que ése no era un encuentro casual y escuchó un momento la queda llamada de *Crenshinibon* para tratar de averiguar si la piedra había atraído a esos elfos para librarse de él.

Pero el asesino no notó nada fuera de lo normal, ningún contacto entre la reliquia y esa elfa.

-Estáis rodeados por un centenar de guerreros que estarían encantados de atravesar vuestros diminutos corazones con sus flechas, aunque no lo harán si vosotros no los obligáis -dijo la doncella, deteniéndose a unos veinte pasos de distancia del humano y el drow.

-¡Esto es ridículo! -exclamó Jarlaxle-. ¿Por qué deseas matarnos, bella elfa? Yo soy Drizzt Do'Urden del valle del Viento Helado, un vigilante con un corazón afín al tuyo, estoy seguro.

La elfa apretó los labios.

-Parece que no te conoce, amigo mío -apuntó Entreri.

-Shayleigh del bosque Shilmista conoce a Drizzt Do'Urden -les aseguró la doncella-. Y también conoce a Jarlaxle de Bregan D'aerthe y a Artemis Entreri, el más vil de los asesinos.

Las palabras de la elfa hicieron parpadear a ambos varias veces.

-Supongo que la Piedra de Cristal se lo habrá dicho -susurró Jarlaxle a su compañero.

Entreri no lo negó, aunque no lo creía. Cerró los ojos para tratar de percibir algún tipo de conexión entre la reliquia y la doncella elfa pero, nuevamente, no notó nada en absoluto.

¿Cómo sabía entonces sus nombres?

-¿Y tú eres Shayleigh de Shilmista? -inquirió Jarlaxle educadamente-. ¿O acaso hablabas de una amiga?

-Yo soy Shayleigh. Yo y mis amigos que os rodean ocultos en los árboles hemos sido enviados para interceptaros, Jarlaxle de Bregan D'aerthe. Llevas un objeto de gran importancia para nosotros.

-Yo no -protestó el drow, fingiendo una confusión que no sentía, contento de poder enmascarar dicha confusión diciendo la verdad.

-La Piedra de Cristal está en manos de Jarlaxle y de Artemis Entreri -afirmó Shayleigh con toda seguridad-. No me importa quién de los dos la lleve, sólo sé que la tenéis vosotros.

-La piedra los está persuadiendo para que ataquen de un momento a otro -susurró Jarlaxle a Entreri-. Me temo que no querrán negociar.

Pero no era eso lo que percibía Entreri. La Piedra de Cristal no hablaba a Shayleigh ni a ninguno de los demás elfos. Si realmente lo había intentado, los elfos no la habían escuchado.

El asesino se fijó en que Jarlaxle se movía imperceptiblemente, supuso que para lanzar un encantamiento, y lo detuvo poniéndole una mano sobre el brazo.

-Es cierto; el objeto que buscáis está en nuestro poder -dijo Entreri a Shayleigh, dando un paso por delante del drow. Tenía una corazonada-. Se lo queremos entregar a Cadderly de Espíritu Elevado.

-¿Con qué propósito? -quiso saber la elfa.

-Para que libre al mundo de su existencia -contestó Entreri audazmente-. Has dicho que conoces a Drizzt Do'Urden. Si eso es cierto y si también conoces a Cadderly de Espíritu Elevado, de lo cual estoy convencido, ya sabrás que Drizzt pensaba entregarle la piedra a Cadderly.

-Pero le fue robada por un *doppelganger*, enviado por un elfo oscuro, que se hizo pasar por Cadderly -declaró Shayleigh en tono decidido. De hecho, eso era todo lo que Cadderly le había dicho acerca de ese drow y ese humano que poseían la piedra.

-Hay razones que un observador casual no imagina -intervino Jarlaxle-. Lo único que debes saber es que tenemos la Piedra de Cristal y que nos dirigimos a Espíritu Elevado para entregársela a Cadderly, a fin de que él libre al mundo de su amenaza.

Respondiendo a una seña que Shayleigh hizo en dirección a los árboles, sus compañeros salieron de las sombras. Había docenas de adustos elfos, todos guerreros, y armados con arcos bellamente trabajados, magníficas armas y relucientes y flexibles armaduras.

-He recibido órdenes de entregaros en Espíritu Elevado -explicó Shayleigh-, aunque las órdenes no especificaban si vivos o muertos. Caminad rápidamente y en silencio, no hagáis ningún movimiento hostil, y es posible que lleguéis a contemplar los portalones de la catedral, aunque debo deciros que espero que no sea así.

La doncella dio media vuelta y echó a andar. Los elfos empezaron a rodear al drow y a su compañero, con los arcos alzados y las flechas apuntándolos.

-Esto va mejor de lo que esperaba -comentó Jarlaxle secamente.

-Tú siempre tan optimista -repuso Entreri en el mismo tono. El asesino miró alrededor en busca de alguna brecha en el anillo de elfos, pero lo único que vio fue una muerte rápida e inevitable estampada en su rostro.

Jarlaxle también lo vio, más claramente que el humano si cabía.

-Estamos atrapados -constató.

-Y si conocieran todos los detalles de nuestro encuentro con Drizzt Do'Urden... -dijo Entreri en tono ominoso, sin concluir la frase.

Jarlaxle reprimió una irónica sonrisa hasta que Entreri se dio media vuelta. El drow esperaba no tener que revelar a su compañero la verdad sobre ese asunto. No quería decirle a Entreri que Drizzt seguía vivo. Aunque creía que su compañero humano ya había superado esa obsesión destructiva por Drizzt, si se equivocaba y Entreri se enteraba de la verdad, seguramente tendría que luchar contra el avezado guerrero para salvar la vida.

Jarlaxle echó un vistazo a los hoscos semblantes elfos que lo rodeaban y decidió que ya tenía suficientes problemas.

En un momento dado en el curso de la reunión en Espíritu Elevado, Cadderly soltó un comentario malhumorado cuando Jarlaxle dejó entender que él y Entreri no podían confiar en nadie que los llevara a su presencia escoltados por un grupo de airados elfos.

-Claro que ya has dicho que no es por nosotros -razonó Jarlaxle. El drow echó una fugaz mirada a Entreri en busca de apoyo, pero el asesino no estaba por la labor.

De hecho, no había abierto la boca desde el momento que llegaron, al igual que la ayudante de Cadderly, una mujer muy segura de sí misma llamada Danica. Ella y Entreri parecían hechos de la misma pasta y a ninguno de ellos parecía gustarle la semejanza. Ambos

se habían dedicado a fulminarse mutuamente con la mirada casi todo el tiempo, como si entre ambos hubiera algo pendiente, algo personal.

-Muy cierto -admitió finalmente Cadderly-. En otras circunstancias tendría mucho que preguntarte sobre tus acciones, Jarlaxle de Menzoberranzan, y no serían preguntas agradables para ti.

-¿Un juicio? -preguntó el elfo oscuro, resoplando-. ¿Es que ahora eres juez, además de sacerdote?

El enano de barba amarilla situado detrás del clérigo y que obviamente era el más serio de los dos, gruñó y rebulló, nervioso. Su hermano de barba verde mantuvo su estúpida sonrisa bobalicona. Para Jarlaxle, que nunca se daba por satisfecho con las apariencias, esa sonrisa lo señalaba como el más peligroso de los dos enanos.

-Todos debemos responder de nuestras acciones -afirmó Cadderly, mirando al elfo oscuro sin parpadear.

-La cuestión es ante quién -replicó el drow-. No te imaginas el tipo de vida que me ha tocado vivir, clérigo que te atreves a erigirte en juez-. Me pregunto cómo habrías sido tú de haber nacido en la oscuridad de Menzoberranzan.

Antes de que pudiera continuar, Entreri y Danica rompieron su silencio al exclamar al unísono:

-¡Ya basta!

-Oh, oh -murmuró el enano de barba verde, pues se hizo un silencio total. Entreri y Danica, los primeros sorprendidos por haber coincidido al unísono, se miraron con dureza como si se aprestaran a lanzarse uno contra otro.

-Acabemos con esto de una vez -dijo Cadderly-. Entregadme la Piedra de Cristal y seguid vuestro camino. Que el pasado pese en vuestras conciencias. Yo sólo me fijaré en lo que hagáis en el futuro. Pero, si decidís quedaros cerca de Espíritu Elevado, debéis saber que vuestras acciones serán de mi incumbencia y que os estaré vigilando.

-Mira cómo tiemblo -replicó Entreri antes de que Jarlaxle se le avanzara con un comentario similar aunque menos crudo-. Por desgracia para todos, aún no ha llegado el momento de las despedidas. Yo te necesito para que destruyas esta maldita reliquia, y tú me necesitas porque está en mis manos.

-Entrégasela -ordenó Danica en tono gélido.

-No -repuso Entreri con una sonrisa de suficiencia dirigida a la mujer.

-He jurado destruirla -afirmó Cadderly.

-No es la primera vez que lo oigo. Pero, hasta ahora, yo he sido el único capaz de resistir la tentación, por lo que seré el guardián de la piedra hasta que sea destruida. -Mientras pronunciaba estas palabras, el asesino sintió una punzada, mezcla de súplica, amenaza y fría cólera que emanaba de la prisionera *Crenshinibon.*

Danica se mofó de la declaración de Entreri, como si fuese totalmente ridícula, pero Cadderly la contuvo.

-No es preciso que hagas algo tan heroico -le aseguró-. De verdad que no.

-Lo es -repuso Entreri, aunque al mirar a Jarlaxle le pareció que su compañero se ponía del lado del clérigo.

El asesino comprendía ese punto de vista. Los perseguían unos enemigos muy poderosos y, por si no fuera suficiente, no era probable que la Piedra de Cristal se dejara destruir sin oponer resistencia. Sin embargo, su corazón le decía que debía verlo. Entreri odiaba a *Crenshinibon* con todas sus fuerzas y necesitaba ver ese detestable artilugio totalmente destruido. No sabía por qué albergaba unos sentimientos tan intensos contra la piedra, pero los tenía y no pensaba entregarla ni a Cadderly ni a Danica, y mucho menos a Rai'gy y Kimmuriel, ni a nadie mientras le quedara un soplo de vida.

-Yo la destruiré -declaró el sacerdote.

-Palabras y más palabras -repuso el asesino sarcásticamente.

-Soy un sacerdote de Deneir -protestó Cadderly.

-Podría nombrar a algunos sacerdotes que se suponen bondadosos entre las criaturas menos dignas de confianza -lo interrumpió Entreri fríamente-. En mi escala de valores, los clérigos están justo por debajo de los trogloditas y los canallas; son los mayores hipócritas y mentirosos del mundo.

-Por favor, amigo mío, contrólate un poco -le dijo Jarlaxle secamente.

-Yo diría que esos calificativos corresponden más bien a los asesinos y los ladrones -dijo Danica con una voz y una expresión que evidenciaban el odio que sentía hacia Artemis Entreri.

-Mi querida señora, Artemis Entreri no es ningún ladrón -repuso Jarlaxle, sonriendo de oreja a oreja, tratando de rebajar la tensión antes de que estallara. En ese caso, él y Entreri deberían hacer frente a los formidables enemigos que tenían tanto dentro de esa habitación como fuera de ella, donde grupitos de sacerdotes y de elfos sin duda comentaban con inquietud la llegada de esos dos personajes que distaban mucho de ser ejemplares.

Cadderly posó una mano en un brazo de Danica para calmarla, inspiró profundamente y se dispuso a exponer de nuevo sus argumentos.

-Te pongas como te pongas, los hechos son que la Piedra de Cristal está en mis manos -lo interrumpió Entreri- y que, de todos los que lo han intentado, he sido el único capaz de controlarla.

»Si quieres arrebatármela, inténtalo -prosiguió el asesino-, pero pienso ponértelo muy difícil y, en caso necesario, usaré incluso los poderes de la piedra contra ti. Yo quiero destruirla, y tú afirmas que también. Así pues, hagámoslo juntos.

Cadderly guardó silencio un largo rato, durante el cual lanzó un par de miradas a Danica y a Jarlaxle, pero ninguno le dio la respuesta que buscaba. Finalmente, el clérigo se encogió de hombros y dijo a Entreri:

-Se hará como quieres. Para destruir a *Crenshinibon* debe ser envuelta en oscuridad mágica y recibir el aliento de un antiguo y enorme dragón rojo.

Jarlaxle asintió, pero de pronto abrió mucho sus ojos negros y dijo a Entreri:

-Vamos, entrégasela.

Aunque Artemis Entreri no albergaba ningún deseo de enfrentarse con un dragón rojo, fuese cual fuese su tamaño o su edad, todavía temía más lo que podría ocurrir si *Crenshinibon* volvía a estar libre. Ahora sabía cómo destruirla, todos lo sabían, por lo que la Piedra de Cristal nunca toleraría que continuaran con vida, a no ser que vivieran para ser sus esclavos.

Ésa era la posibilidad que Entreri más detestaba.

Jarlaxle estuvo a punto de mencionar que Drizzt Do'Urden también había sido capaz de controlar la piedra, pero guardó silencio, pues no quería mencionar el nombre del vigilante drow en ningún contexto. Dada la comprensión de la situación que demostraba Cadderly, era evidente que el clérigo estaba al corriente del resultado del duelo con Drizzt, y Jarlaxle quería evitar a toda costa que Entreri descubriera que su más odiado rival seguía vivo. Teniendo tantos otros problemas más urgentes que resolver, ése no era el mejor momento.

El elfo oscuro consideró la posibilidad de contarlo todo, pues quizá si se enteraba de la verdad, Entreri desearía acabar con ese asunto cuanto antes y entregaría la piedra a Cadderly, para que él y Jarlaxle pudieran emprender la búsqueda del vigilante drow.

Pero entonces se dio cuenta de dónde le venía esa inspiración y sonrió; era una sutil artimaña telepática de *Crenshinibon.*

-Muy lista -susurró, y se limitó a sonreír cuando todos los ojos se posaron en él.

Poco después, mientras Cadderly y sus amigos hacían los preparativos para el viaje hasta la guarida del dragón rojo, Entreri y Jarlaxle paseaban por el espléndido jardín que rodeaba Espíritu Elevado, naturalmente conscientes de que muchos ojos atentos vigilaban todos y cada uno de sus movimientos.

-Realmente es bella, ¿no crees? -inquirió Jarlaxle, volviendo la vista hacia la imponente catedral con sus altas agujas y sus enormes vidrieras de colores.

-La máscara de un dios -repuso Entreri con acritud.

-¿La máscara o el rostro? -preguntó el siempre sorprendente Jarlaxle.

Entreri lanzó una dura mirada a su compañero y luego miró a la catedral.

-La máscara -respondió-, o quizá la ilusión, creada por aquellos que anhelan elevarse por encima de los demás pero no poseen la habilidad para conseguirlo.

Jarlaxle se quedó mirándolo con curiosidad.

-De este modo, incluso alguien mediocre con la espada y que carezca de la suficiente inteligencia, si es capaz de hacer creer a los demás que un dios habla a través de él, puede elevarse -explicó Entreri de manera cortante-. Es el mayor engaño del mundo, un engaño en el que caen reyes y señores, mientras que a los rateros que pueblan las calles de Calimport y otras ciudades se les corta la lengua por tratar de robar a los demás la bolsa.

Era el pensamiento más doloroso y revelador que Jarlaxle había oído de boca del escurridizo Artemis Entreri, una clave esencial para descubrir quién era realmente ese hombre.

Hasta entonces Jarlaxle había buscado el modo de quedarse al margen mientras Entreri, Cadderly y cualquiera que acompañara al clérigo se enfrentaban con el dragón para destruir la Piedra de Cristal.

Pero ahora, después de vislumbrar fugazmente el corazón de Artemis Entreri, el drow se dio cuenta de que debía implicarse.

22
Todo está en los ojos del observador

El leviatán descansaba, pero incluso dormido tenía el aspecto de una bestia terrible y colérica. Estaba hecho un ovillo como un gato, con su larga cola enrollada alrededor de la cabeza, mientras que su descomunal lomo cubierto de escamas subía y bajaba como una ola gigante. Al respirar lanzaba volutas de humo gris por los orificios nasales y emitía un ruido sordo que hacía vibrar el suelo de piedra de la caverna. La única luz que había en la rocosa cámara era el propio resplandor amarillo rojizo del dragón, una especie de cálida luz que emitía la bestia, pues estaba demasiado llena de energía y de fuego para que las escamas bastaran para contenerlos.

Al otro lado del espejo mágico, los seis insólitos compañeros -Cadderly, Danica, Iván, Pikel, Entreri y Jarlaxle- observaban al dragón con una mezcla de reverencia y temor.

-Podríamos recurrir a Shayleigh y a sus arqueros -apuntó Danica, aunque los elfos se habían negado de plano a colaborar con un drow, fuese por la causa que fuese, y habían regresado a sus hogares en el bosque Shilmista.

-Podríamos recurrir a todo el ejército del rey Elbereth -añadió Cadderly.

-Oh, oh -dijo Pikel, que parecía totalmente fascinado por la bestia, ese gran wyrm al menos tan grande y terrorífico como el viejo Fyrentennimar.

-Ése es el dragón. ¿Estás seguro de que quieres acompañarme? -preguntó el clérigo a Entreri, aunque, al ver el brillo en los ojos del asesino, acabó la pregunta conociendo la respuesta.

Entreri se metió la mano en la bolsa y sacó la Piedra de Cristal.

-Contempla al agente de tu destrucción -susurró a la reliquia. El asesino sintió cómo la piedra lanzaba una llamada desesperada y poderosa, y Cadderly también lo percibió. Primero *Crenshinibon* apeló a Jarlaxle, y el oportunista drow hizo ademán de cogerla, pero al fin resistió.

-Guárdala -musitó Danica con dureza, mirando alternativamente a la piedra, que emitía un resplandor verde, y al dragón, que empezaba a rebullir-. ¡Vas a despertar al dragón!

-¿Querida, de verdad esperas que el dragón lance su abrasador aliento estando dormido? -le dijo Jarlaxle, y la mujer se volvió hacia él, furiosa.

Entreri, que oía claramente la llamada de la Piedra de Cristal, se dio cuenta de sus intenciones y comprendió que la mujer hablaba con sensatez. Ciertamente tendrían que despertar al leviatán, pero sería mucho mejor que éste no supiera por qué. El asesino bajó la mirada hacia la reliquia, esbozó una sonrisa confiada y atrevida, y volvió a guardarla en la bolsa, tras lo cual indicó a Cadderly con una inclinación de cabeza que anulara el hechizo del espejo.

-¿Cuándo partimos? -preguntó al clérigo en un tono que ponía claramente de manifiesto que la visión del monstruoso dragón no le había afectado y que ansiaba destruir de una vez por todas el malvado artilugio.

-Tengo que preparar los hechizos apropiados. No tardaré mucho.

El sacerdote hizo una seña a Danica y a los enanos para que escoltaran fuera a los dos indeseables, mientras hacía desaparecer del espejo la imagen del leviatán. Pero, tan pronto como se quedó solo, volvió a conjurar la imagen de la guarida del dragón tras lanzar un encantamiento que le permitía ver en la oscuridad. Los ojos del espejo mágico recorrieron la enorme e intrincada cueva que albergaba al dragón.

Cadderly reparó en las enormes grietas que había en el suelo y, al seguir una, descubrió el laberinto de túneles y cámaras que se extendían por debajo de la bestia dormida. Por lo

visto, la caverna del dragón no era estructuralmente demasiado segura. De hecho, no lo era en absoluto.

Debería tenerlo en cuenta cuando eligiera los hechizos que los llevarían al hogar del gran dragón rojo llamado Hephaestus.

Rai'gy estaba muy concentrado, con los ojos cerrados, para dejar que las llamadas de *Crenshinibon* invadieran su mente. Pero solamente percibía destellos de cólera y desesperación, súplicas de ayuda y promesas de gloria.

El mago drow también veía otras imágenes, en especial una de un gran dragón rojo enroscado sobre sí mismo y oyó una palabra, un nombre que resonó en su cabeza: Hephaestus.

Rai'gy sabía que debía actuar rápidamente. Así pues, regresó a sus aposentos privados situados bajo la casa Basadoni y rezó con todo su corazón a la diosa Lloth, hablándole de la Piedra de Cristal y del glorioso caos que la reliquia le permitiría causar en el mundo.

Rai'gy rezó durante horas y despidió de malos modos a cualquiera que llamase a su puerta, incluso a Kimmuriel y a Berg'inyon.

Entonces, cuando le pareció que había llamado la atención de la oscura reina araña, o al menos de una de sus servidoras, el hechicero usó su magia para abrir una puerta a otro plano.

Como siempre ocurría cuando lanzaba tal hechizo, Rai'gy debía estar muy atento a que ningún morador indeseable de los planos inferiores o demasiado poderoso atravesara esa puerta. Pero sus sospechas eran fundadas pues la criatura que apareció por la puerta era una *yochlol*, una de las doncellas de Lloth, bestias más semejantes a velas a medio fundir con apéndices más largos que los de la misma reina araña.

Rai'gy contuvo la respiración, preguntándose, de pronto asustado, si se había equivocado al hablar de *Crenshinibon.* ¿Y si la misma Lloth la quería para sí y le ordenaba que se la entregara?

-Has implorado la ayuda de la Señora -dijo la *yochlol* con una voz al mismo tiempo débil y gutural, un sonido horrible.

-Deseo regresar a Menzoberranzan, pero ahora mismo no puedo. Un instrumento de Caos va a ser destruido por...

-Lloth ya conoce a *Crenshinibon*, Rai'gy de la casa Teyachumet -replicó la *yochlol*, dándole un tratamiento que sorprendió al sacerdote hechicero.

Ciertamente pertenecía a la casa Teyachumet de Ched Nasad, pero todos los miembros de su familia habían sido eliminados hacía más de un siglo. Era una manera sutil de recordarle que tanto Lloth como sus doncellas tenían muy buena memoria.

Y tal vez también era una advertencia para que no tratara de usar la poderosa reliquia contra las grandes sacerdotisas de Lloth en Menzoberranzan.

En ese instante, sus sueños de dominio sobre Menzoberranzan se hicieron añicos.

-¿Dónde se halla el objeto? -preguntó la *yochlol.*

-En la guarida de Hephaestus... un dragón rojo. No sé dónde... -tartamudeó Rai'gy, que tenía la cabeza en otra parte.

-Tendrás la respuesta que pides -prometió la *yochlol.*

La doncella de Lloth dio media vuelta y atravesó la puerta, que se cerró a su espalda inmediatamente, aunque el mago no había hecho nada para que desapareciera.

¿Acaso la misma Lloth había presenciado la entrevista?, se preguntó Rai'gy, muy asustado. Nuevamente comprendió la futilidad de sus planes para conquistar Menzoberranzan. Ciertamente la Piedra de Cristal era muy poderosa, quizá lo suficiente para que Rai'gy la manipulara y derrocara a suficientes madres matronas para alcanzar una posición de tremendo poder, pero algo en el modo en el que la *yochlol* había pronunciado su nombre completo le

dijo que debía andarse con mucho cuidado. La diosa Lloth no toleraría tal cambio en el equilibrio de poder de Menzoberranzan.

Por un breve instante el mago consideró la posibilidad de abandonar la busca de la Piedra de Cristal, reunir a los aliados que le quedaban, recoger beneficios y regresar a Menzoberranzan como uno de los jefes -el otro era su amigo Kimmuriel- de Bregan D'aerthe.

Pero el momento pasó al oír de nuevo la llamada de la Piedra de Cristal, que le susurraba promesas de poder y gloria y le mostraba que la superficie no era un lugar tan hostil como él creía. Con *Crenshinibon* Rai'gy podría llevar a buen término los planes de Jarlaxle, pero en una región más apropiada -tal vez un área montañosa repleta de goblins- y crear una magnífica y eterna legión de leales súbditos, de esclavos.

El mago drow se frotó los delgados dedos negros mientras esperaba, ansioso, la respuesta que la *yochlol* le había prometido.

-No se puede negar que es muy bella -comentó Jarlaxle. Él y Entreri estaban de nuevo sentados fuera de la catedral, relajándose antes de emprender el viaje. Ambos eran conscientes de que ojos recelosos los vigilaban desde puntos estratégicos.

-Su propósito niega su belleza -replicó Entreri, en tono que daba a entender claramente que no deseaba volver a tocar ese tema.

El drow escrutó a su compañero humano como si tratara de leer en su rostro el oscuro episodio que intuía en su pasado. A Jarlaxle no le extrañaba que Artemis Entreri no pudiera soportar a los sacerdotes «hipócritas». En muchos aspectos, Jarlaxle estaba de acuerdo con él. En el curso de su larga vida el drow se había aventurado a menudo fuera de Menzoberranzan -y había estado al tanto de los movimientos de casi todos los visitantes de la ciudad subterránea- y también había visto lo suficiente de las muchas y variadas sectas de Toril para percibir la hipocresía de tantos de los que se llamaban a sí mismos sacerdotes. Pero las raíces de la aversión de Artemis Entreri eran más profundas y viscerales. Tenía que haberle ocurrido algo en el pasado, algo relacionado con un sacerdote. Tal vez había sido acusado injustamente de un crimen y había sido torturado por un clérigo, que en algunas de las comunidades pequeñas de la superficie solían ser los carceleros. O tal vez en una ocasión había amado, y un sacerdote le había robado a su amada o la había asesinado.

Fuera lo que fuera, Jarlaxle podía leer claramente el odio en los oscuros ojos de Entreri posados en la magnífica -pues según todos los criterios era magnífica- catedral de Espíritu Elevado. Incluso Jarlaxle, una criatura de la Antípoda Oscura, debía admitir que el lugar estaba a la altura de su nombre, ya que cuando contemplaba esas altas torres sentía como si su alma se elevara y su espíritu se iluminara.

Pero, obviamente, el humano no sentía lo mismo. Era otro misterio de Artemis Entreri que Jarlaxle debía desentrañar. Realmente el asesino era un hombre muy interesante.

-¿Adónde irás después de que la piedra sea destruida? -preguntó Entreri inesperadamente.

Jarlaxle tuvo que tomarse unos momentos para digerir la pregunta y pensar en la respuesta pues, de hecho, todavía no se lo había planteado.

-Si la piedra es destruida, dirás -replicó el drow, poniendo énfasis en el «si»-. ¿Has tratado alguna vez con dragones rojos, amigo mío?

-Cadderly lo ha hecho, y estoy seguro de que tú también.

-Sólo una vez y preferiría no hablar nunca más con una bestia como ésa -admitió Jarlaxle-. Es imposible razonar con un dragón rojo más allá de un cierto límite, porque no anhelan ningún beneficio personal. Ven, destruyen y se llevan los restos. La suya es una existencia muy simple, y es esto lo que los hace tan peligrosos.

-Pues, entonces, que vea la Piedra de Cristal y la destruya -comentó Entreri, que sintió una punzada cuando *Crenshinibon* protestó.

-¿Por qué? -inquirió de pronto el drow, y el asesino se dio cuenta de que su oportunista amigo había oído la silenciosa llamada de la piedra.

-¿Por qué? -repitió Entreri, mirando de frente a Jarlaxle.

-Tal vez nos estamos precipitando -explicó Jarlaxle-. Ahora que ya sabemos cómo destruir la Piedra de Cristal, podemos usar este conocimiento para obligarla a hacer siempre nuestra voluntad.

Entreri sintió deseos de echarse a reír.

-No es ninguna tontería. Ambos saldríamos ganando -insistió el elfo oscuro-. Admito que *Crenshinibon* empezaba a manipularme, pero ahora que has dejado bien claro que tú, y no ella, eres el amo, ¿por qué destruirla? ¿Por qué no intentas controlarla en nuestro provecho?

-Porque, si sabes sin lugar a dudas que puedes destruirla y la Piedra de Cristal también lo sabe, es posible que no sea necesario hacerlo. -Entreri seguía el juego al drow.

-¡Exacto! -exclamó Jarlaxle, muy excitado.

-Porque si sabes que puedes destruir la torre de cristal, es imposible que no sólo no la destruyas sino que, encima, construyas otra más -replicó Entreri sarcásticamente. En un instante de perplejidad, la sonrisa se borró de la negra faz de Jarlaxle.

-Ha vuelto a hacerlo -comentó éste.

-Te has vuelto a tragar el mismo anzuelo.

-Es una catedral realmente bella -comentó Jarlaxle, apartando la vista y cambiando de tema.

Entreri se echó a reír.

En ese caso, retrásalo, replicó telepáticamente Yharaskrik a Kimmuriel cuando el drow le comunicó el plan para interceptar a Jarlaxle, Entreri y al sacerdote Cadderly y sus amigos en la guarida del dragón rojo Hephaestus.

El único modo de detener a Rai'gy es luchando, explicó Kimmuriel. *Quiere conseguir la Piedra de Cristal al coste que sea.*

Porque está bajo su influjo, replicó el *illita.*

No obstante, parece que se ha liberado, al menos en parte, de su control. Ha enviado a muchos soldados drows de vuelta a nuestro cuartel de Menzoberranzan y ha cancelado sistemáticamente nuestros intereses en la superficie.

Cierto, repuso Yharaskrik, *pero te engañas a ti mismo si crees que la Piedra de Cristal permitirá que Rai'gy se la lleve a la Antípoda Oscura. Recuerda que es una reliquia que basa su poder en la luz del sol.*

Rai'gy cree que mediante unas cuantas torres cristalinas en la superficie, Crenshinibon *podrá canalizar el poder de la luz solar hasta Menzoberranzan,* explicó Kimmuriel. Era una idea que la misma Piedra de Cristal había inspirado a Rai'gy.

De pronto Rai'gy ve muchas posibilidades, dijo Yharaskrik con un sarcasmo que dejaba traslucir las dudas que sentía. *Y la fuente de todas esas maravillosas posibilidades es siempre la misma.*

Era ése un punto en el que Kimmuriel Oblodra, atrapado en medio de cinco peligrosos adversarios -Rai'gy, Yharaskrik, Jarlaxle, Artemis Entreri y la propia Piedra de Cristal-, prefería no ahondar. Él poco podía hacer para cambiar el curso de los acontecimientos. No podía ir contra Rai'gy por el respeto que le inspiraban la habilidad y la inteligencia del hechicero sacerdote, y asimismo por la relación de amistad que los unía. De todos sus enemigos potenciales a quien menos temía era a Yharaskrik, pues el *illita* sabía que no podía vencer a Rai'gy y Kimmuriel juntos. Kimmuriel se encargaría de neutralizar los poderes mentales de Yharaskrik mientras Rai'gy lo destruía.

Aunque no despreciaba en modo alguno los poderes de manipulación de la Piedra de Cristal y sabía que a la poderosa reliquia no le gustaban los psionicistas, Kimmuriel empezaba

a creer honestamente que *Crenshinibon* y Rai'gy harían buena pareja, y que su unión los beneficiaría a ambos. Jarlaxle no había sido capaz de controlar la piedra, pero porque desconocía sus poderes de manipulación. Seguramente, Rai'gy no cometería ese mismo error.

Pese a todo, el psionicista creía que todo sería más simple y limpio si se destruía la Piedra de Cristal, aunque no pensaba ponerse en contra de Rai'gy para que eso sucediera.

Kimmuriel miró al desollador mental y se dio cuenta de que, en cierto modo, ya había actuado contra su amigo al informar al *illita* -enemigo de Rai'gy- de que el hechicero tenía la intención de aliarse con la piedra.

El psionicista inclinó la cabeza ante Yharaskrik como muestra de respeto y, montado en vientos por él conjurados, flotó de regreso a la casa Basadoni y a sus aposentos privados. Sabía que, a pocas puertas de distancia, Rai'gy esperaba una respuesta de la *yochlol* y maquinaba el ataque contra Jarlaxle y los nuevos compañeros que éste se había buscado.

Kimmuriel no tenía ni idea de cuál iba a ser su función en todo aquello.

23
La faz del desastre

Artemis Entreri miró al sacerdote de Deneir con evidente desconfianza cuando éste se puso frente a él y empezó una lenta salmodia. El clérigo ya había impuesto hechizos defensivos, previamente preparados, sobre sí mismo, Danica, Iván y Pikel, pero a Entreri se le ocurrió que Cadderly podría aprovechar la oportunidad para librarse de él. ¿Qué mejor modo para destruirlo que hacer que se enfrentara al aliento de un dragón rojo creyéndose mágicamente protegido cuando, en realidad, no lo estaba?

El asesino lanzó una mirada a Jarlaxle, el cual había rechazado la ayuda de Cadderly arguyendo que tenía sus propios métodos. El elfo oscuro le hizo un gesto de asentimiento y movió los dedos, asegurándole mentalmente que Cadderly lo había protegido con el encantamiento contra el fuego.

Al acabar, el clérigo retrocedió e inspeccionó al grupo.

-Sigo creyendo que sería mejor que fuese solo -declaró, y sus palabras provocaron muecas de enojo en los rostros de Danica y Entreri.

-Si fuera tan sencillo como levantar una barrera de fuego y arrojar la piedra para que el dragón le echara el aliento, estaría de acuerdo contigo -replicó Jarlaxle-. Pero me temo que tendrás que irritar al dragón para que te lance su fuego. Los wyrms no usan de buenas a primeras su arma más poderosa.

-Si nos ve a todos, será mucho más probable -intervino Danica.

-¡Puf! -convino con ella Pikel.

-Contingencias, mi querido Cadderly. Debemos tener en cuenta cualquier contingencia, debemos estar preparados para cualquier eventualidad y cualquier giro en los acontecimientos. Cuando se trata con un dragón viejo e inteligente, se puede esperar cualquier cosa -recordó el drow.

La conversación cesó al reparar en que Pikel daba brincos en torno a su hermano, que protestaba y daba manotazos, echándole encima algún tipo de polvos y entonando una canción sin sentido. Al acabar, el enano de barba verde esbozó una amplia sonrisa, se arrimó a su hermano de un salto y le susurró algo al oído.

-Dice que tiene un encantamiento propio que añadir a los otros -explicó Iván-. Lo ha usado conmigo y con él y se pregunta si vosotros también lo queréis.

-¿Qué tipo de encantamiento?

-Otra protección contra el fuego. Dice que los druidas pueden hacerlo.

Jarlaxle se echó a reír, no porque pusiera en duda las palabras del enano, sino porque la idea de un druida enano le parecía encantadora. El drow inclinó la cabeza hacia Pikel y aceptó su hechizo. Los demás siguieron su ejemplo.

-Debemos actuar con gran rapidez -explicó Cadderly, mientras los conducía a todos hacia el gran ventanal que se abría al fondo de una sala en el último piso de una de las altas torres de Espíritu Elevado-. Nuestro objetivo es destruir la Piedra de Cristal, nada más. No queremos luchar contra el dragón ni despertar su cólera y -añadió, mirando significativamente a Entreri y a Jarlaxle-, sobre todo, no queremos robar nada al poderoso Hephaestus.

»Recordad; los hechizos de protección que lleváis es posible que amortigüen una descarga de fuego de Hephaestus, o quizá dos, pero no mucho más.

-Una bastará -replicó Entreri.

-Eso ya sería demasiado -masculló Jarlaxle.

-¿Sabéis todos qué hacer y dónde colocaros cuando entremos en la guarida del dragón? -preguntó Danica, haciendo caso omiso de las quejas del drow.

Cadderly interpretó el silencio como una afirmación, por lo que empezó a tejer un hechizo que los transportara en un abrir y cerrar de ojos de la catedral hasta las cavernas, situadas a muchos kilómetros al sudeste, donde moraba el poderoso Hephaestus. El clérigo no los depositó en la puerta principal, sino que hizo que se internaran en la estructura situada bajo el complejo de la caverna, flotando, hasta llegar a la gran antecámara de la guarida del dragón.

Al cesar el sortilegio y depositar sus formas materiales en la cueva, todos pudieron oír los sonoros suspiros del wyrm dormido, que tomaba aire con fuerza y volvía a expulsarlo mezclado con humo.

Jarlaxle se llevó un dedo a los labios fruncidos y fue avanzando despacio, tan silenciosamente como le era posible. El drow desapareció tras un afloramiento de rocas y, cuando volvió a aparecer, casi de inmediato, se apoyaba en las paredes para mantener el equilibrio. Entonces miró a los otros e hizo un sombrío gesto de asentimiento, aunque por la expresión de su rostro, normalmente tan seguro de sí mismo, era evidente que había visto a la bestia.

Cadderly y Entreri se pusieron en cabeza, seguidos por Danica y Jarlaxle y los hermanos Rebolludo atrás. Tras el afloramiento rocoso se abría un corto y sinuoso túnel que daba a una enorme caverna con el suelo plagado de grietas y surcos.

Pero los intrusos apenas repararon en las características físicas de la cueva, pues ante ellos apareció la mole del perverso Hephaestus. Sus escamas rojas y doradas relucían por el calor interior de la bestia. Incluso aovillado, el dragón era realmente inmenso. Solamente su tamaño ya constituía una burla que les inspiraba el deseo de postrarse de rodillas y reverenciarlo.

Ésa era una de las trampas de los dragones; esa imponente aura de poder en estado puro y esa sensación de indefensión que sentían todos los que contemplaban su horrible esplendor.

Pero ellos no eran guerreros novatos tratando de alcanzar la celebridad por la vía más rápida, sino avezados veteranos, todos y cada uno de ellos. Todos, con la única excepción de Artemis Entreri, ya se habían enfrentado antes a un dragón. Pero, a pesar de su inexperiencia en tales lides, nada en el mundo -ni siquiera un archidemonio ni un príncipe de la oscuridad- podría acobardar a Artemis Entreri.

Tan pronto como el grupo penetró en la cueva, el wyrm abrió de repente un ojo muy semejante al de un gato, con un iris verde y una pupila hendida que rápidamente se ensanchó para adaptarse a la tenue luz. Hephaestus no los perdía de vista.

-¿Creíais que me sorprenderíais dormido? -inquirió el dragón en voz baja, aunque a los intrusos les sonó atronadora.

Cadderly gritó a sus compañeros una palabra clave y chasqueó los dedos, encendiendo una luz mágica que iluminó toda la cueva.

Hephaestus alzó su enorme testa con cuernos, y sus pupilas volvieron a convertirse en meras rendijas. El leviatán se puso en pie y giró para encararse directamente al impertinente clérigo.

Entreri, situado a un lado, sacó la Piedra de Cristal de la bolsa, listo para arrojarla ante la bestia justo antes de que Hephaestus lanzara su ardiente aliento. Jarlaxle también estaba preparado para hacer su parte, que consistía en conjurar con la ayuda de la magia innata de los drows un globo de oscuridad que envolviera a la reliquia mientras las llamas la consumían.

-¡Ladrones! -bramó el dragón. La cueva tembló con la voz de Hephaestus, y el suelo se estremeció, lo que recordó vívidamente a Cadderly que la caverna era muy inestable-. Habéis venido a robar el tesoro de Hephaestus. Traéis encantamientos y objetos mágicos que creéis poderosos, pero, ¿estáis realmente preparados? ¿Puede un simple mortal estar preparado para enfrentarse al terrible esplendor de Hephaestus?

Cadderly hizo oídos sordos a estas palabras y se sumió en la canción de Deneir, buscando un hechizo potente, tal vez algún tipo de poderoso caos mágico, como el que había usado contra Fyrentennimar, un truco con el que engañarlo y acabar de una vez. Con Fyrentennimar había usado hechizos para reverter la edad y lo había debilitado con potentes sortilegios, pero en este caso no podía usarlos, pues necesitaba el aliento del dragón en toda su potencia para destruir a *Crenshinibon.* No obstante, poseía otros recursos mágicos, y la canción de Deneir resonaba triunfante en su cabeza. Pero, junto con esa canción, el clérigo oía la llamada de la piedra, notas discordantes en la melodía de la diosa y, sin duda, una distracción.

-Algo va mal -susurró Jarlaxle a Entreri-. El dragón nos estaba esperando y se anticipa a nuestros movimientos. Es muy raro que solamente nos ataque verbalmente.

Entreri echó un rápido vistazo al elfo oscuro y luego a Hephaestus, el cual balanceaba su enorme testa adelante y atrás, una y otra vez. Entonces bajó la vista hacia la Piedra de Cristal, preguntándose si habría sido ella quien los había traicionado.

Crenshinibon dirigía sus súplicas al dragón para que detuviera a Cadderly, pero no había sido ella quien había avisado al dragón de los intrusos. No, ese honor recaía en un elfo oscuro, un hechicero sacerdote oculto en un túnel cercano junto con un puñado de compañeros drows. Justo antes de que Cadderly y los demás se materializaran en la guarida del dragón, Rai'gy había lanzado un mágico susurro a Hephaestus advirtiéndole que unos intrusos pretendían robarle y que usarían la magia para volver contra él su propio aliento.

Ahora Rai'gy esperaba la aparición de la Piedra de Cristal, momento que él y sus compañeros, entre los que se contaba Kimmuriel, aprovecharían para atacar y marcharse con la preciada piedra en su poder.

-¡Sí, somos ladrones y tendremos tu tesoro! -gritó Jarlaxle en un idioma que nadie, excepto Hephaestus, comprendió. Era la lengua de los dragones rojos, una lengua que los grandes wyrms creían que nadie salvo ellos conocía. Jarlaxle, usando un silbato que le colgaba de una cadena al cuello, la hablaba con la entonación perfecta. Hephaestus inclinó bruscamente la cabeza hacia él y lo miró con ojos desorbitados.

Entreri se echó a un lado dando una voltereta y volvió a ponerse de pie inmediatamente.

-¿Qué le has dicho? -quiso saber el asesino.

Cree que soy un dragón rojo como él, contestó Jarlaxle, moviendo los dedos a un ritmo muy acelerado.

Sobrevino un largo momento de absoluto silencio; la calma total antes de la tormenta. Pero, entonces, todo pareció ponerse de pronto en movimiento, comenzando por Cadderly, que saltó hacia adelante con el brazo extendido y un dedo apuntando acusador al leviatán.

-¡Hephaestus! -bramó el clérigo en el momento justo del hechizo-. ¡Abrásame si puedes!

Fue más que un desafío, más que un reto, más que una amenaza. Era una coacción mágica que le era impuesta a través de un poderoso hechizo. Aunque algo le advertía que no lo hiciera, Hephaestus inspiró profundamente, con tanta fuerza que a Cadderly le cayeron sobre el rostro los rizos castaños.

Entreri se lanzó hacia adelante al tiempo que sacaba a *Crenshinibon* y la tiraba al suelo delante del clérigo. Mientras Hephaestus inclinaba hacia atrás la cabeza, listo para descargar su aliento, Jarlaxle conjuró un globo de oscuridad.

¡No!, gritó *Crenshinibon* en la cabeza de Entreri, tan fuerte y con tanta rabia que el asesino tuvo que taparse los oídos y se tambaleó hacia un lado, totalmente abrumado.

La llamada de la reliquia se interrumpió de repente.

Hephaestus adelantó la cabeza, y de su boca surgió una rugiente lengua de fuego que se burlaba del globo de oscuridad de Jarlaxle así como de Cadderly y todos sus hechizos.

Justo cuando el globo de oscuridad se abatía sobre la Piedra de Cristal, Rai'gy la recuperó lanzando súbitamente un potente encantamiento de telequinesia. *Crenshinibon* pasó volando velozmente ante Hephaestus, el cual pareció no darse cuenta, y recorrió el pasadizo hasta donde aguardaba el mago sacerdote con la mano extendida.

Rai'gy entornó sus relucientes ojos rojos para posarlos en Kimmuriel, pues se suponía que debía ser el psionicista quien recuperara el objeto, pero no lo había hecho.

No he sido suficientemente rápido, dijo Kimmuriel a su compañero en el idioma gestual drow.

Pero ni Rai'gy ni *Crenshinibon* lo creyeron, pues los poderes mentales eran más rápidos que cualquier otro tipo de magia. Sin dejar de fulminar a su amigo con la mirada, Rai'gy empezó a tejer un nuevo sortilegio dirigido a la cámara principal.

En medio de esa ardiente vorágine que no tenía visos de cesar, Cadderly rezaba a Deneir con ambos brazos extendidos pidiéndole ayuda.

Danica, Iván y Pikel lo miraban fijamente, también rezando, pero Jarlaxle estaba más preocupado por el globo de oscuridad, y Entreri miraba al drow.

-¡Ya no oigo la llamada de *Crenshinibon*! -gritó Entreri, con la esperanza de hacerse escuchar por encima del rugiente bramido.

Pero Jarlaxle negó con la cabeza.

-La destrucción de *Crenshinibon* debería haber consumido el globo de oscuridad -gritó a su vez. El elfo oscuro presentía que algo iba terriblemente mal.

Cuando las llamas se apagaron, vieron a un furioso Hephaestus que seguía mirando fijamente al ileso sacerdote de Deneir. El dragón entrecerró amenazadoramente los ojos hasta que no fueron más que dos rendijas.

Jarlaxle disipó el globo de oscuridad. En la piedra fundida y borboteante no quedaba ni rastro de *Crenshinibon.*

-¡Lo hemos logrado! -exclamó Iván.

-¡A casa! -suplicó Pikel.

-No -insistió Jarlaxle.

Antes de poder explicarse, un débil zumbido llenó la cueva. Era un sonido que el elfo oscuro conocía y que no auguraba nada bueno en un momento tan peligroso.

-¡Un encantamiento de disipación! -avisó el drow-. ¡Nuestros hechizos peligran!

Sin esos hechizos de protección, se encontrarían encerrados dentro de una caverna con un viejo y enorme dragón rojo hecho un basilisco.

-¿Qué vamos a hacer? -gruñó Iván, golpeándose la palma de la mano abierta con el mango del hacha.

-¡Pipí! -respondió Pikel.

-¿Pipí? -repitió el perplejo enano de barba amarilla, mirando fijamente a su hermano con gesto agrio.

-¡Pipí! -insistió Pikel y para dar más fuerza a su argumento, agarró a Iván por el cuello de la camisa y corrió hacia un lado arrastrándolo, hasta el borde de una grieta. El enano druida saltó adentro, llevándose a Iván con él.

Las gigantescas alas de Hephaestus batieron el aire, alzando la parte delantera de su colosal cuerpo a medio camino del techo, aunque mantenía las garras de las patas traseras clavadas en el suelo, grabando profundos surcos en la piedra.

-¡Corred todos! ¡Vamos! -gritó Cadderly, totalmente de acuerdo con la elección de Pikel.

Danica corrió hacia adelante, al igual que Jarlaxle, e hizo una voltereta que completó quedando de cuclillas ante Hephaestus. Sin pensárselo dos veces, el gran wyrm bajó la cabeza

con la intención de atraparla en sus enormes fauces. Pero la mujer logró apartarse a un lado y volvió a ponerse en cuclillas, provocando a la bestia.

Cadderly era incapaz de mirarlo y tenía que recordarse que debía confiar en ella. Danica estaba ganando unos segundos preciosos para que él lanzara otro ataque mágico contra Hephaestus o conjurara un hechizo de defensa. Nuevamente el clérigo se sumergió en la canción de Deneir y, mientras seleccionaba el hechizo más adecuado entre los muchos posibles, empezó a percibir las notas con mayor claridad.

Entonces oyó un grito, un grito de Danica, y al alzar la vista vio cómo Hephaestus lanzaba contra ella su abrasador aliento, que descargó contra el suelo y salpicó creando un abanico invertido de fuegos.

También Cadderly gritó y buscó desesperadamente en la canción de Deneir el primer encantamiento que pudiera encontrar para detener esa horrible escena, el primer hechizo que pudiera recordar para pararlo.

Lo que produjo fue un temblor de tierra que creó una violenta convulsión y un ruido sordo, como las olas en un estanque, que onduló y elevó el suelo. Inmediatamente Jarlaxle atrajo la atención del dragón lanzándole una lluvia de afiladas dagas.

También Entreri reaccionó y él mismo fue el primer sorprendido cuando, en lugar de retroceder, empezó a avanzar hacia Hephaestus, que acababa de soltar su aliento.

Pero donde poco antes se encontraba el dragón, ahora sólo quedaba piedra que burbujeaba.

Cadderly llamó a Danica desesperadamente, pero su voz se apagó cuando el suelo se hundió a sus pies.

-Vámonos de aquí ahora mismo, antes de que el wyrm se dé cuenta de que hay más de seis intrusos en su guarida -dijo Kimmuriel.

Él y los demás drows ya se habían alejado un poco por el túnel de la cámara principal. Marcharse era lo más prudente, por lo que Berg'inyon Baenre y los otros cinco soldados drows asintieron con entusiasmo, pero, por alguna razón, el severo Rai'gy no estaba de acuerdo.

-No -replicó con firmeza-. Ninguno de ellos debe salir con vida de aquí.

-Lo más probable es que el dragón los mate a todos -dijo Berg'inyon, pero Rai'gy sacudió la cabeza, dando a entender que él quería tener la seguridad.

El mago y la Piedra de Cristal ya habían establecido una profunda relación, y *Crenshinibon* exigía que Cadderly y su grupo, esos infieles que sabían cómo destruirla, fuesen aniquilados. Su muerte no debía abandonarse a la suerte. Además, ¿no creía Rai'gy que un dragón rojo sería un magnífico aliado de Bregan D'aerthe?

-¡Encontradlos y matadlos a todos! -ordenó Rai'gy.

Berg'inyon consideró esas palabras, dividió a sus soldados en dos grupos y, poniéndose al frente de uno, corrió en una dirección mientras el otro grupo tomaba otra. Kimmuriel se quedó mirando fijamente a Rai'gy con expresión hosca. Finalmente también él desapareció, como si el suelo se lo hubiese tragado.

Rai'gy se quedó solo con su nuevo y muy querido aliado.

En un hueco en la pared del túnel, un poco más allá de donde se encontraba Rai'gy, la forma casi incorpórea de Yharaskrik se deslizó a través de la piedra para materializarse. El *illita* sostenía en una mano la linterna capaz de vencer a *Crenshinibon.*

24
Caos

Gracias a su extraordinaria destreza, Danica eludió las llamas por los pelos, aunque se libró por tan poco que sentía arder el lado izquierdo del rostro. La mujer sabía que ahora ninguna magia podía ayudarla; sólo las miles de horas de duro entrenamiento, esos largos años que había pasado perfeccionando su estilo de lucha y, sobre todo, practicando la forma de esquivar ataques. Danica no tenía ninguna intención de combatir contra el gran wyrm, de lanzar un agresivo ataque a una bestia a la que dudaba que pudiera herir, y mucho menos matar. Todas sus habilidades, su energía y su concentración las utilizaría para defenderse. También su postura, acuclillada pero en equilibrio, le permitiría desplazarse en cualquier dirección, tanto lateralmente como atrás o adelante.

Hephaestus trató de cerrar sus fauces sobre la mujer, pero los colmillos de la bestia sólo mordieron el aire con un tremendo chasquido, pues Danica se había lanzado hacia un lado. Siguió un tremendo zarpazo que, sin duda, habría cortado a la mujer monje en pedazos, pero ésta se frenó en plena voltereta y retrocedió hasta colocarse de nuevo en cuclillas.

El dragón lanzó de nuevo su aliento, otra descarga de fuego que se hizo eterna.

Danica tuvo que echarse a un lado y rodar varias veces sobre sí misma para apagar las llamas que habían prendido en la ropa, a su espalda. Presintió que Hephaestus había reparado en su huida y supuso que seguramente alteraría la dirección en la que lanzaba su aliento, por lo que dobló a toda prisa una recortada esquina en la pared de roca y se lanzó de plancha al suelo detrás de la roca protectora.

Entonces reparó en las otras dos figuras. Artemis Entreri corría hacia ella pero, poco antes de llegar a su posición, saltó dentro de una ancha grieta que había abierto el terremoto provocado por Cadderly. Jarlaxle, el extraño elfo oscuro, se escabulló detrás del dragón y, para asombro de la mujer, lanzó un hechizo en dirección al leviatán. Un repentino relámpago llamó la atención de Hephaestus y dio a Danica un momento de respiro que ésta aprovechó.

La mujer salió disparada y pegó un brinco justo cuando el dragón daba media vuelta y trataba de aplastarla con un golpe de su inmensa cola. Pero Danica desapareció en la misma grieta en la que se había introducido Entreri.

Tan pronto como se metió en la abertura, Danica supo que estaba en apuros, aunque suponía que cualquier cosa sería mejor que lo que le esperaba en la guarida del dragón. El descenso era sinuoso, flanqueado por paredes de roca cortante y muchas veces con cantos irregulares. Nuevamente Danica tuvo que recurrir a su entrenamiento y agitó frenéticamente manos y piernas para amortiguar los golpes y frenar la caída. Al cabo de un par de minutos, la grieta daba a una cámara, y Danica se encontró sin ningún asidero en los últimos seis metros de caída. Sin embargo, logró coordinar sus movimientos y aterrizar de pie, aunque con las piernas ligeramente torcidas, que la impulsaron a ejecutar un salto mortal lateral. La mujer fue dando tumbos, absorbiendo con las volteretas el ímpetu de la caída.

Casi al instante se puso en pie. Ante ella, recostado en una pared, sin más heridas que algunas magulladuras, la esperaba Artemis Entreri. El asesino la miraba fijamente y sostenía una antorcha encendida en una mano, que se apresuró a arrojar cuando Danica lo vio.

-Creí que el fuego de Hephaestus te había consumido -la saludó Entreri, alejándose de la pared y desenvainando espada y daga. La daga relucía con una intensa luz blanca.

-Uno no siempre obtiene lo que desea -repuso fríamente la mujer.

-Me has odiado desde el mismo instante en que me viste -afirmó el asesino, y se rió entre dientes para demostrarle que no le importaba en lo más mínimo.

-Te odiaba mucho antes, Artemis Entreri -replicó Danica, avanzando un paso y estudiando las armas del asesino.

-No sabemos qué enemigos podemos encontrar aquí abajo -dijo Entreri, aunque al mirar la faz de la mujer convertida en una máscara de odio, supo que nada de lo que dijera serviría, que solamente podría apagar su cólera rindiéndose ante ella. Artemis Entreri no deseaba luchar con ella, no deseaba enzarzarse en un combate inútil justo entonces, pero tampoco pensaba rehuirlo.

-Lo sé -fue la respuesta de Danica, que continuaba avanzando.

Los dos sabían que el enfrentamiento era inevitable y, pese al hecho de que ambos habían perdido a sus respectivos compañeros, que tenían a un dragón furioso a apenas quince metros por encima de sus cabezas y que la caverna estaba a punto de desplomarse, Danica sentía la necesidad imperiosa de batirse con el asesino.

A pesar de lo que dictaba la lógica y el sentido común, Artemis Entreri incluso se alegró de ello.

Tan pronto como Hephaestus inició un giro increíblemente rápido, Jarlaxle se preguntó si habría sido sensato lanzar un rayo para distraerlo. Pero el drow había reaccionado como lo habría hecho cualquiera, llamando la atención de la bestia para permitir la huida de Entreri y Danica.

De hecho, después de la impresión inicial que le causó ver a un enfurecido dragón rojo que se volvía contra él, el mercenario no estaba especialmente preocupado. A pesar del potente hechizo de disipación que saturaba la cueva -demasiado poderoso para poder ser obra de un dragón, como bien sabía Jarlaxle- el drow confiaba en salir bien librado gracias a sus muchos trucos.

Hephaestus trató de agarrar entre sus tremendas mandíbulas al drow, que se mantenía totalmente inmóvil y parecía un blanco fácil. Pero la capa mágica del mercenario hizo que el dragón fallara, y Hephaestus bramó con todas sus fuerzas cuando su cabeza se estrelló contra una pared sólida.

Como era de esperar, el gran wyrm arrojó su abrasador aliento, pero mientras preparaba la gran exhalación, Jarlaxle movió un anillo para abrir una puerta dimensional que lo transportó hasta detrás de la bestia. Entonces tuvo la oportunidad de escabullirse, pero quería mantener a Hephaestus a raya un poco más. El drow sacó una de las múltiples varitas mágicas que llevaba encima y lanzó un fluido verdoso sobre la punta de la cola que Hephaestus agitaba.

-¡Ya eres mío! -proclamó Jarlaxle en voz alta cuando, por fin, el aliento del dragón cesó.

Hephaestus volvió a dar media vuelta aunque, por mucho que lo intentó, no logró levantar la cola, que estaba pegada al suelo mediante una sustancia viscosa de efecto temporal pero increíblemente potente.

Jarlaxle arrojó otro pegote con la varita; éste dirigido a la cara de Hephaestus.

Fue entonces cuando el drow recordó por qué no había querido nunca volver a enfrentarse con una bestia de ese tamaño, pues el dragón se puso frenético y soltaba gruñidos por la boca que no podía abrir, haciendo vibrar todas las rocas de la caverna. Tanto se debatió, que la cola arrancó piedras del suelo.

Tras inclinar levemente su extravagante sombrero, el elfo oscuro recurrió nuevamente al anillo mágico para abrir un portal dimensional, gastando uno de los últimos hechizos de ese tipo que le quedaban, y volvió a desaparecer detrás del wyrm, en un punto de la pared algo alejado de donde había abierto la primera puerta dimensional. Allí había otra salida de la cámara, que Jarlaxle intuía que lo llevaría hasta donde se encontraban unos viejos amigos suyos.

Unos amigos que, probablemente, tenían la Piedra de Cristal, pues estaba convencido de que no había sido destruida por la primera descarga de fuego de Hephaestus. La habían

robado mágicamente antes de que el poderoso encantamiento de disipación de magia llenara la caverna.

Lo último que Jarlaxle deseaba era que Rai'gy y Kimmuriel se hicieran con la piedra y que volvieran a buscarlo.

Por suerte para él, un instante más tarde ya se encontraba fuera de la guarida del dragón, que seguía bramando y sacudiendo violentamente el cuerpo. Jarlaxle se llevó una mano a su maravilloso sombrero y cuando la retiró, llevaba una pieza de tela negra en forma de pequeño murciélago. Susurró unas palabras mágicas y la arrojó al aire. El trozo de tela se transformó en una criatura viva que respiraba y que fue a posarse sobre el hombro de su creador, al que servía. El drow le susurró unas instrucciones al oído y lo lanzó de nuevo al aire. Luego, miró cómo su pequeño explorador se internaba en la oscuridad del túnel.

-Debemos reclutar a Hephaestus -susurró Rai'gy a la Piedra de Cristal, mientras pensaba en todo lo que podía ganar ese día. Lógicamente, el drow era consciente de que debería hallarse ya lejos de esa cueva pues, ¿acaso Kimmuriel y los demás podrían realmente vencer a Jarlaxle y a sus poderosos compañeros que habían invadido la guarida del dragón?

El mago sonrió. Esa posibilidad no le inquietaba, ya que a nada temía teniendo a *Crenshinibon* a su lado. Pronto, muy pronto, se habría aliado con un gran wyrm. Rai'gy dio media vuelta y echó a andar por el ancho túnel hacia la cámara principal, hacia la guarida de Hephaestus.

Entonces percibió un movimiento a un lado, en un hueco de la pared, y *Crenshinibon* chilló una advertencia en su mente.

Yharaskrik apareció a menos de diez pasos de distancia, agitando amenazadoramente los tentáculos que le rodeaban la boca.

-Sin duda eres el amigo de Kimmuriel, el que traicionó a Soulez -dijo el drow.

No hay traición si antes no hubo alianza, respondió telepáticamente el *illita. Así pues, no hubo tal traición.*

-Si querías venir con nosotros, ¿por qué lo has hecho con tanto sigilo?

He venido a por ti, no contigo, repuso Yharaskrik, siempre seguro de sí mismo.

Rai'gy comprendió perfectamente lo que ocurría, pues la Piedra de Cristal le susurraba en su cabeza el odio que le inspiraba el *illita.*

-Drows e *illitas* se han aliado muchas veces en el pasado -comento Rai'gy-, y casi nunca hemos tenido motivos para luchar entre nosotros. ¿Cambiará eso ahora?

El mago no trataba de persuadir al desollador mental por miedo, ni mucho menos. De hecho, consideraba la posibilidad de ganarse a alguien tan poderoso como Yharaskrik como aliado.

Pero el grito que resonaba en su mente, la total animadversión que *Crenshinibon* sentía hacia el desollador mental lo hacía menos probable.

Y aún resultó más disparatado cuando, un momento más tarde, Yharaskrik encendió la linterna mágica y dirigió el resplandor hacia la Piedra de Cristal. En la mente del drow, las protestas se fueron apagando lentamente.

Devuelve la piedra donde estaba, ante el dragón, ordenó Yharaskrik telepáticamente, usando sus poderes mentales para hacerse obedecer. Involuntariamente, Rai'gy avanzó un paso hacia la cámara principal.

Pero el astuto elfo oscuro había sobrevivido durante más de un siglo en el territorio hostil que era su patria y tenía experiencia en todo tipo de batallas. Así pues, resistió el impulso que sentía de cumplir esa orden y plantó con firmeza ambos pies en el suelo, tras lo cual se volvió para mirar a la criatura con cabeza de pulpo, entrecerrando amenazadoramente sus relucientes ojos rojos.

-Apaga esa linterna y quizá te perdonemos la vida -dijo el mago.

¡Crenshinibon *debe ser destruida!*, gritó Yharaskrik en su mente. *Es un objeto de destrucción para todos, incluso para ella misma.* Todavía no había acabado de hablar, cuando el *illita* alzó más la linterna y avanzó un paso. Sus tentáculos culebreaban hambrientos en dirección a Rai'gy, aunque el drow se hallaba aún demasiado lejos para ningún tipo de ataque físico. Una fracción de segundo después, el elfo oscuro comprobó que no estaba suficientemente cerca para intentar un ataque psionicista, por lo que empezó a tejer su propio hechizo.

El drow recibió una apabullante descarga de energía, que lo sumió en la confusión. La energía lo penetraba, tratando de introducirse en su mente. Rai'gy sintió que caía hacia atrás y contempló indefenso cómo su línea de visión ascendía por la pared hasta el alto techo.

Rai'gy llamó a *Crenshinibon*, pero la Piedra de Cristal estaba demasiado lejos, perdida en el remolino del mágico resplandor de la linterna. El mago se imaginó entonces cómo los horribles tentáculos del desollador mental hurgaban bajo su piel, tratando de llegar a su cerebro.

El mago se calmó y luchó desesperadamente hasta recuperar el equilibrio. Al mirar atrás, vio a Yharaskrik cerca, muy cerca, y sus tentáculos casi lo tocaban.

Estuvo a punto de defenderse lanzando rápidamente otro hechizo, pero se dio cuenta de que debía actuar con mayor sutileza, que debía hacer creer al desollador mental que estaba vencido. Como bien sabían los drows, el secreto para combatir a los *illitas* era aprovecharse de su arrogancia. Yharaskrik, como todos los de su raza, no podría creer que un elfo oscuro, un ser inferior, hubiera resistido su descarga de energía mental.

Rai'gy tejió un sencillo hechizo con sutiles movimientos, mientras se fingía impotente.

¡La piedra debe ser destruida!, gritó Yharaskrik en su cabeza. Los tentáculos se movieron hacia el rostro de Rai'gy, mientras con la mano trataba de coger la Piedra de Cristal.

Rai'gy liberó el hechizo. No sobrevino una devastadora y estruendosa explosión, ni un rayo de energía, ni una lengua de fuego. Simplemente de una mano del drow surgió una ráfaga de viento, tan intenso y repentino que lanzó los horribles tentáculos de Yharaskrik contra su propia cara, le levantó la túnica hacia atrás y lo obligó a retroceder un paso. La linterna se apagó.

Yharaskrik bajó la mirada dispuesto a encender de nuevo la linterna con su energía mental, tras lo cual alzó los ojos y pensó que acaso sería mejor descargar sobre Rai'gy otra ráfaga de abrumadora energía, para evitar que lanzara otro hechizo.

Pero antes de que el *illita* tomara una decisión, *Crenshinibon* lo invadió con una oleada de abrumadoras emociones: consternación, desesperanza y, paradójicamente, esperanza, con sutiles promesas de que todo podría arreglarse para mayor gloria de todos.

Casi inmediatamente Yharaskrik levantó sus defensas mentales, amortiguando así la insistente voz de la piedra.

Rai'gy le lanzó una descarga de energía que le dio de pleno en el pecho, lo levantó del suelo y lo lanzó contra éste. El desollador mental cayó de espaldas cuan largo era.

-¡Idiota! -gruñó Rai'gy-. ¿Crees que necesito a *Crenshinibon* para destruir a un maldito *illita*?

Cuando Yharaskrik volvió a mirar al mago drow, pensando en atacarlo, se encontró observando el extremo de una pequeña varita negra. De todos modos, el *illita* lanzó su descarga de energía, obligando a Rai'gy a retroceder tambaleándose, pero el drow ya había activado el poder de la varita. Era similar a la que había utilizado Jarlaxle para pegar al suelo la cola de Hephaestus e impedirle temporalmente que abriera la boca.

A Rai'gy le costó lo suyo resistir el potente estallido de energía del *illita* pero, cuando se levantó, lanzó una risotada al ver el espectáculo que ofrecía Yharaskrik: despatarrado en el suelo y sin poder moverse debido a una viscosa sustancia verde.

Crenshinibon intentó de nuevo dominar mentalmente al *illita* y romper su resolución. Rai'gy se aproximó al indefenso Yharaskrik y miró fijamente el bulboso ojo de la criatura de un modo que le indicó claramente que su fin estaba cerca.

Al parecer, no llevaba ninguna arma, pero Entreri sabía perfectamente de qué era capaz esa experta luchadora y ni se le ocurrió exigirle que se rindiera. En el pasado se había enfrentado ya a algunos monjes guerreros, por lo que sabía que estaban llenos de sorpresas. El asesino veía perfectamente cómo los bien afinados músculos de las piernas de la mujer temblaban ansiosos. Danica se moría de ganas de luchar con él.

-¿Por qué me odias tanto? -le preguntó Entreri con una irónica sonrisa, deteniéndose a apenas tres pasos de la mujer-. ¿O es que me tienes miedo y no quieres demostrarlo? Porque deberías tenerme miedo, ¿sabes?

Danica lo fulminó con la mirada. Ciertamente odiaba a ese hombre por todo lo que Drizzt Do'Urden, y en especial Catti-brie, le habían contado de él. Todo lo referente a ese asesino hería su sensibilidad. Para Danica, hallar a Artemis Entreri en compañía de elfos oscuros era un motivo de condena para los drows.

-Tal vez sería mejor resolver nuestras diferencias lejos, muy lejos de este lugar -sugirió Entreri-. Aunque, por lo que se ve, a ti la lucha te parece inevitable, ¿me equivoco?

-La respuesta lógica a ambas cuestiones es sí -replicó Danica. Todavía no había acabado de hablar cuando se lanzó súbitamente hacia adelante, se deslizó por el suelo bajo la espada extendida de Entreri y lo hizo caer-. Pero ninguno de nosotros es esclavo de la lógica, ¿verdad, repugnante asesino?

Entreri no opuso resistencia. De hecho, incluso ayudó a la mujer trastabillando hacia atrás, rodando sobre sí mismo y elevando los pies en el aire sobre la pierna que Danica balanceaba. Entonces invirtió el impulso, plantó la punta de los pies en el suelo y se lanzó hacia adelante en un súbito y devastador movimiento.

Danica, tendida boca abajo, se retorció para colocar los pies de modo que interceptaran la carga de Entreri. Entonces dio una voltereta hacia atrás y, con una coordinación perfecta, puso un pie en el muslo del asesino mientras éste caía sobre ella, con la intención de hundirle la espada en el abdomen. Con una precisión fruto de la desesperación, la monje guerrera rodó sobre la espalda hasta quedar apoyada sobre los hombros. Todos los músculos del tronco y las piernas trabajaron con total coordinación para empujar lejos a Entreri y su horrible espada.

El asesino se irguió, voló por encima de Danica y hasta el último momento no escondió la cabeza para dar una voltereta hacia adelante. Se puso en pie e inmediatamente dio media vuelta para encararse con la mujer, que ya estaba de pie y arremetía contra él. Danica se frenó de golpe al verse de nuevo frente a la letal espada y la peligrosa daga.

Entreri sentía una descarga de adrenalina en todo el cuerpo, la excitación de un auténtico desafío. Luchar allí y entonces era una locura, pero se estaba divirtiendo.

Y Danica también.

-Muy bien. Mataos el uno al otro y así nos ahorraréis el trabajo -dijo una melodiosa voz procedente de un lado. Berg'inyon Baenre entró en la pequeña área acompañado por un par de soldados drows. Cada uno de ellos empuñaba dos espadas mágicas que relucían.

Tosiendo y sangrando por una docena de arañazos, Cadderly se puso penosamente en pie en la rampa rocosa y avanzó a trompicones por un pequeño pasadizo. Tras rebuscar en una bolsa, sacó su tubo de luz, un objeto cilíndrico que emitía un haz de luz regulable por un extremo gracias a un encantamiento permanente. Tenía que hallar a Danica. Tenía que volver a verla. Aún temblaba al recordar la última imagen que tenía de ella recibiendo el abrasador aliento del dragón.

El clérigo no quería ni imaginarse cómo sería su vida sin Danica. ¿Qué iba a decirle a los niños? Todo en la vida de Cadderly Bonaduce giraba alrededor de esa maravillosa y capaz mujer.

Mientras avanzaba a trompicones por el polvoriento pasadizo, Cadderly se repetía una y otra vez que Danica era una experta guerrera. Solamente se detuvo para curarse un tajo muy profundo que tenía en un hombro con un simple hechizo de curación. El sacerdote se dobló por la cintura, tosió y expulsó un poco de tierra que se le había introducido en la garganta.

Entonces sacudió la cabeza y murmuró de nuevo que tenía que encontrarla. Así pues, se irguió y dirigió la luz al frente, que se reflejó en la piel negra de un drow.

El chorro de luz hirió los sensibles ojos de Kimmuriel Oblodra, aunque no lo cogió por sorpresa.

El inteligente Cadderly ligó cabos enseguida. Sabía mucho de Jarlaxle por las conversaciones mantenidas con el drow y el asesino humano, y aún había deducido mucho más por la información que había obtenido de los moradores de los planos inferiores. Ciertamente le sorprendió toparse con otro elfo oscuro -¿quién no se hubiera sorprendido?- pero no se sintió abrumado.

El elfo oscuro y Cadderly se quedaron a diez pasos de distancia, mirándose fijamente, midiéndose mutuamente. Kimmuriel lanzó contra el clérigo una descarga de energía psiónica suficiente para aplastar la voluntad de un hombre normal.

Cadderly no podía atacar del mismo modo que Kimmuriel, pero sí que podía defenderse de ese ataque y, lo más importante, se dio cuenta de cómo trataba de doblegarlo el drow.

Entonces pensó en la Piedra de Cristal, en todo lo que sabía de ella, sus peculiaridades y sus poderes.

El psionicista hizo un gesto con la mano para romper la conexión mental y desenvainó una reluciente espada. Acto seguido activó uno de sus poderes para ayudarlo en el combate físico.

Cadderly no hizo ningún preparativo similar, sino que se quedó mirando fijamente a Kimmuriel con una sonrisa cómplice en el rostro. El único hechizo que lanzó fue de traducción.

El elfo oscuro le lanzó una mirada de curiosidad, invitándolo a explicarse.

-Tú deseas tanto como yo ver a *Crenshinibon* destruida -dijo el clérigo. Gracias a la magia, sus palabras eran traducidas a medida que las pronunciaba-. Tú eres un psionicista, la pesadilla de la Piedra de Cristal, su más odiado enemigo.

Kimmuriel guardó silencio unos instantes mientras clavaba con dureza su ojo físico y mental en el humano.

-¿Qué sabes, estúpido humano? -preguntó.

-Sé que la Piedra de Cristal no permitirá que sigas con vida. Y tú también lo sabes.

-¿Crees que voy a ayudar a un humano contra Rai'gy? -inquirió Kimmuriel, incrédulo.

Cadderly no sabía quién era ese tal Rai'gy, pero por la pregunta de Kimmuriel dedujo que debía de tratarse de un elfo oscuro poderoso e importante.

-Pues vete y salva tu vida -sugirió Cadderly demostrando tal calma y confianza en sí mismo que Kimmuriel entornó los ojos y lo estudió aún con mayor atención.

Nuevamente se produjo una intrusión mental en la cabeza del clérigo. Esta vez, Cadderly se lo permitió parcialmente y guió el perspicaz ojo mental del drow hacia la canción de Deneir, para que viera el verdadero poder de ese armonioso flujo, así como su muerte si persistía en la batalla.

La conexión mental se interrumpió, y Kimmuriel se irguió en toda su estatura, mirando fijamente al humano.

-Normalmente no soy tan generoso, elfo oscuro, pero ahora mismo tengo problemas más graves -dijo Cadderly-. Tú detestas a *Crenshinibon* y deseas verla destruida tal vez con más anhelo que yo. Si no es destruida, si permitimos que ese compañero tuyo, ese Rai'gy que has mencionado, se la quede, puedes darte por muerto. Así pues, te pido que me ayudes a destruir la Piedra de Cristal. Después, si tú y los demás drows queréis regresar a la Antípoda Oscura, yo no me interpondré.

Kimmuriel mantuvo su pose impasible durante unos segundos, tras lo cual sonrió y sacudió la cabeza.

-Ya te darás cuenta de que Rai'gy es un adversario formidable, especialmente ahora que tiene a *Crenshinibon* -dijo el drow.

Antes de que Cadderly pudiera replicar, Kimmuriel agitó una mano y su cuerpo se desdibujó. Esa forma transparente dio media vuelta y simplemente atravesó la pared de roca.

Cadderly esperó un poco, tras lo cual soltó un profundo suspiro de alivio. Había improvisado y se había marcado faroles. Los hechizos que había preparado eran para luchar contra dragones, no contra elfos oscuros, y ése en particular era verdaderamente poderoso; lo había notado vívidamente en sus intrusiones mentales.

Ahora ya tenía un nombre, Rai'gy, y había confirmado lo que se temía: que Hephaestus no había destruido la Piedra de Cristal con su aliento. Al igual que Jarlaxle, Cadderly sabía lo suficiente de la poderosa reliquia para comprender que, si el aliento del dragón la hubiera destruido, todos los que se hallaban en la zona lo hubieran sabido sin lugar a dudas. El clérigo suponía dónde se encontraba la reliquia y cómo había llegado hasta allí. La presencia de elfos oscuros en la zona, que se sumaba al problema de un dragón rojo muy enfadado, no auguraba nada bueno para sus tres amigos desaparecidos.

Cadderly se puso en marcha y avanzó tan aprisa como pudo, al mismo tiempo que se sumergía de nuevo en la canción de Deneir y rogaba para que la diosa lo condujera al lado de Danica.

-Parece que mi destino es proteger a quienes más desprecio -susurró Entreri a Danica, haciéndole señas con la mano para que se apartara a un lado.

Los elfos oscuros se desplegaron. Uno fue hacia Danica, mientras que Berg'inyon y otro soldado se dirigían hacia el asesino. Berg'inyon empujó a su compañero a un lado.

-Mata a la mujer, y rápido -le ordenó en el idioma drow-. El hombre déjamelo a mí.

Entreri lanzó una fugaz mirada a Danica y alzó dos dedos, señalando a los dos que iban a atacarla y después señalándola a ella. Danica asintió levemente. En ese instante se comunicaron muchas cosas. Ella trataría de mantener ocupados a los dos soldados drows, aunque ambos sabían que Entreri tendría que acabar con el tercero rápidamente.

-Muchas veces me he preguntado qué habría pasado si me hubiera batido con Drizzt Do'Urden -dijo Berg'inyon al asesino-. Pero, como eso es imposible, me conformaré contigo, de quien dicen que eres tan bueno como él.

Entreri inclinó la cabeza.

-Me alegra saber que puedo serte de ayuda, cobarde hijo de la casa Baenre -replicó.

Mientras alzaba la cabeza, sabía que Berg'inyon no vacilaría en atacarlo por esas palabras. No obstante, lo hizo con tal ferocidad que a punto estuvo de vencerlo antes de que el duelo llegase a comenzar. El asesino saltó hacia atrás y se apoyó sobre los talones tratando de eludir las dos espadas que el drow blandía hacia abajo, otra vez abajo, luego arriba y después hacia su abdomen. Entreri dio un salto hacia atrás, luego otro y otro más antes de conseguir golpear las espadas de Berg'inyon con la suya propia en la cuarta estocada doble, con la esperanza de desviar las armas drows hacia abajo. Ahora no se enfrentaba con un campesino, ni con un orco, ni con un hombre rata, sino con un avezado y veterano guerrero drow. Berg'inyon presionó hacia arriba con la espada izquierda el acero de Entreri, pero dejó caer la derecha en un rápido círculo y volvió a alzarla con ímpetu.

En el último segundo, la daga enjoyada la detuvo y la desvió a un lado. Entreri giró la otra mano, y la punta de su espada se dirigió a Berg'inyon. Sin embargo, en lugar de completar la estocada, continuó el giro, bajando la espada, rodeando por debajo el arma del elfo oscuro y, finalmente, tratando de clavársela.

Rápidamente, Berg'inyon cruzó la espada de la mano izquierda delante de su cuerpo y abajo, destrabó la derecha de la daga y la llevó por encima de la izquierda, obligando a la *Garra de Charon* a descender. En el mismo movimiento fluido, el avezado guerrero drow giró hacia arriba la espada de la diestra, la cruzó por encima de la siniestra y la dirigió hacia la cabeza del asesino. Era un movimiento brillante, con el que Berg'inyon sabía que pondría fin a la vida de Artemis Entreri.

A Danica no le iban mejor las cosas. Su batalla era una mezcla de caos absoluto y vertiginoso movimiento violento. La mujer se agachaba, se levantaba de un salto y corría de un lado a otro, esquivando una estocada tras otra. Los dos drows no eran ni de lejos tan buenos como su jefe pero cualquier guerrero drow, por débil que fuera, en la superficie sería considerado un hábil luchador. Además, se conocían muy bien y complementaban los respectivos movimientos con letal precisión, impidiendo que Danica pudiera contraatacar. Cada vez que uno de ellos arremetía contra Danica, dándole esperanzas de rodar sobre sí misma para eludir una doble estocada o deslizarse bajo las espadas gemelas y golpear una rodilla, el otro drow la obligaba con sus dos relucientes aceros a permanecer en la zona de ataque potencial.

Con esas largas espadas y la precisión de sus movimientos la estaban llevando al borde del agotamiento. Tenía que reaccionar, incluso de manera excesiva, ante cada estocada y cada tajo. Tenía que apartarse de un salto de las armas con las que los drows trataban de alcanzarla simplemente girando de manera imperceptible una muñeca.

Danica miró a Entreri y al otro elfo oscuro, cuyas armas interpretaban una salvaje canción. Parecía que el drow llevaba las de ganar, por lo que la mujer supo que tenía que hacer un intento desesperado.

La monje guerrera se lanzó súbitamente hacia adelante, giró bruscamente a la izquierda y corrió hacia un lado, aunque se hallaba sólo a tres pasos de la pared. Creyéndola atrapada, el drow más cercano a ella se apresuró a seguirla y hundió una de sus espadas en... la nada.

Danica trepó por la pared, se dio media vuelta y se lanzó en un salto mortal hacia atrás, tras el cual aterrizó al lado del drow. Al posarse se lanzó al suelo y giró vertiginosamente sobre sí misma, extendiendo un pie con el que golpeó al drow en las piernas.

Hubiera sido suyo, de no ser por su compañero, que hundió una de sus espadas en la cadera de la mujer. Danica chilló y retrocedió dificultosamente, tratando en vano de patear a los drows.

Un manto de oscuridad cayó sobre ella. Danica pegó la espalda a la pared. Estaba atrapada.

El casi incorpóreo Kimmuriel seguía de cerca al clérigo, que corría a toda prisa.

-¿Buscas una salida? -inquirió el psionicista con una voz que sonaba increíblemente débil.

-Busco a mis amigos.

-Probablemente ya estarán fuera -comentó Kimmuriel, y Cadderly redujo considerablemente el paso.

Ciertamente, tanto Danica como los enanos habrían buscado una salida fuera de las montañas y, como bien sabía por sus exploraciones mágicas del lugar, existían muchas salidas fácilmente accesibles desde los túneles inferiores. Allí abajo docenas de pasadizos se entrecruzaban, pero bastaba con detenerse un momento y alzar un dedo humedecido para

percibir las corrientes de aire. Sin duda, Iván y Pikel no habrían tenido ningún problema en hallar la salida de ese laberinto subterráneo, pero ¿y Danica?

-Alguien se acerca -advirtió Kimmuriel. Cadderly miró hacia atrás y vio cómo el drow se pegaba a la pared y se mantenía perfectamente inmóvil, con lo que se hizo casi invisible.

El clérigo sabía que el elfo oscuro no lo ayudaría en ninguna lucha y que, si quien se aproximaba era drow, Kimmuriel se pondría de parte de sus compañeros de raza en contra del humano.

Pero apenas tuvo tiempo de preocuparse, pues enseguida se dio cuenta de que no eran los pasos de ninguna sigilosa criatura.

-¡Estúpido druida! -bramó una voz muy familiar-. ¿Cómo se te ocurre hacerme caer en un agujero lleno de rocas?

-¡Uy! ¡Uy! -exclamó Pikel, cuando ambos doblaron un recodo del túnel y quedaron justo dentro del haz de luz de Cadderly.

Inmediatamente, Iván chilló y quiso lanzarse a la carga, pero Pikel lo agarró y tiró de él hacia atrás, susurrándole algo al oído.

-Eh, tienes razón -admitió el enano de barba amarilla-. Los malditos drows no necesitan luz.

-¿Dónde está Danica? -preguntó el clérigo, acercándose a ellos.

El alivio que ambos enanos pudieran sentir al verlo, se desvaneció ante esa pregunta.

-¡Ayudadme a encontrarla! -gritó Cadderly a los enanos y a Kimmuriel.

Pero, seguramente, Kimmuriel Oblodra temía que el clérigo y sus amigos no fueran compañeros de viaje seguros, por lo que se había esfumado.

Su sonrisa, más bien una mueca perversa, se ensanchó al alzar una de sus espadas por encima de la otra, pues sabía que a Entreri ya no le quedaba nada con que intentar pararlas. Berg'inyon Baenre descargó el golpe de gracia.

¡Pero el asesino ya no estaba!

A Berg'inyon la cabeza empezó a darle vueltas. ¿Dónde se había metido el humano? ¿Cómo era posible que sus armas siguieran allí con las paradas anteriores? Sabía que Entreri no podía haber ido muy lejos y, sin embargo, allí no estaba.

El ángulo de la súbita desconexión entre las armas le dio la respuesta, el drow comprendió que, en el mismo momento en que él había ejecutado el giro, Entreri también se había avanzado, pero por abajo, usando la propia espada de Berg'inyon para taparle la visión.

Mientras notaba cómo la daga enjoyada se le hundía en la espalda, directa al corazón, el elfo oscuro felicitó en silencio al astuto humano, del que se rumoreaba que era tan bueno como Drizzt Do'Urden.

-Deberías haber mantenido a tus lacayos junto a ti -susurró Entreri al oído del drow, tras lo cual dejó caer al moribundo Berg'inyon al suelo-. De este modo, habrían muerto a tu lado.

El asesino retiró la daga y giró sobre sus talones para ver cómo Danica recibía varias estocadas, trataba de alejarse y, entonces, el manto de oscuridad caía sobre ella.

Entreri se estremeció cuando los dos elfos oscuros -que estaban demasiado lejos para que él pudiera hacer nada- se abrían en direcciones opuestas, flanqueando a la mujer y se internaban en esa oscuridad con las espadas prestas.

Una fracción de segundo antes de que la oscuridad cayera, el elfo oscuro situado de frente y a la derecha de Danica empezó a ejecutar una voltereta hacia ella, describiendo un círculo para impulsarse. Ésa era la única pista con la que contaba la mujer.

Danica supuso que el otro se movía a su izquierda, aunque ambos se le debían de acercar en ángulo cerrado para impedir que huyera pasando entre ellos. Así pues, no podía

huir ni por la izquierda, ni por la derecha, ni hacia adelante, y detrás tenía una sólida pared de roca.

Podía percibir sus movimientos, no de manera precisa pero sí lo suficiente para darse cuenta de que se disponían a rematarla.

Sólo le quedaba una opción. Una sola.

Danica saltó hacia arriba, con las piernas recogidas bajo el cuerpo, y tal era su desesperación que la monje guerrera apenas sintió el dolor de la cadera.

No pudo ver la doble estocada baja del drow de la derecha, ni tampoco la doble estocada alta del de la izquierda, pero sí notó cómo las armas hendían el aire por debajo de su cuerpo. Nuevamente saltó con la piernas recogidas, y las descargó a ambos lados súbitamente.

Hizo diana en ambos lados, propinando una tremenda patada en la frente a uno de sus adversarios y otra en la garganta del drow de la izquierda. Danica extendió las piernas al máximo e hizo volar por los aires a ambos drows. Tras aterrizar en perfecto equilibrio, corrió tres pasos hacia adelante, se impulsó y emergió del manto de oscuridad con una voltereta. Al ponerse de pie y echar un vistazo alrededor, vio que el drow que ahora tenía a la izquierda, el mismo al que había propinado una patada en la frente, seguía tambaleándose hacia atrás, hasta quedar al alcance de Artemis Entreri.

El drow sufrió una repentina y violenta convulsión cuando la delgada espada de Entreri le atravesó el pecho de parte a parte. El asesino le dejó clavado el acero un momento, para que la *Garra de Charon* descargara su demoníaco poder, y la faz del elfo oscuro empezó a humear y luego a arder hasta que se consumió, dejándole el cráneo pelado.

Danica apartó los ojos para posarlos en el manto de oscuridad, aguardando a que el segundo elfo saliera de él. Una pierna le sangraba abundantemente, y la mujer notaba cómo perdía fuerza por momentos.

Un instante después, ya se sentía demasiado mareada para oír el gorgoteo final del drow que expiraba dentro del globo de oscuridad, estrangulado, pero oír ese tranquilizador sonido, tampoco la habría animado.

Danica ya no era capaz de mantenerse en pie ni seguir consciente. Artemis Entreri, su enemigo, seguía muy vivo y estaba muy, muy cerca.

Yharaskrik no podía más. El ataque combinado de la magia de Rai'gy y la continua intrusión mental de la Piedra de Cristal lo habían debilitado. En esos momentos, el *illita* ya ni siquiera era capaz de concentrar sus energías mentales para fundirse con la roca y escapar de la sustancia viscosa que lo inmovilizaba.

-¡Ríndete! -gritó el mago sacerdote-. No puedes escapar de nosotros. ¡Júranos fidelidad y serás recompensado! ¡Pero, cuidado, *Crenshinibon* sabrá si mientes! -El drow hablaba ajeno a la vaga figura que se lanzaba como una flecha a su espalda para coger algo.

Mientras el elfo oscuro hablaba, *Crenshinibon* amplificaba sus palabras en lo más profundo de la mente de Yharaskrik. La idea de convertirse en el esclavo del objeto del que los desolladores mentales más abominaban repugnaba al *illita,* pero también odiaba la posibilidad de ser destruido. No había alternativa. Yharaskrik no podía vencer, ni tampoco escapar. *Crenshinibon* se encargaría de derretir su mente mientras Rai'gy haría estallar su cuerpo en mil pedazos.

Me rindo, comunicó telepáticamente el desollador mental a sus dos atacantes.

Rai'gy mitigó su magia y conferenció con *Crenshinibon.* La piedra le informó que Yharaskrik era sincero.

-Bien hecho -dijo el drow al *illita*-. Tu muerte hubiera sido un desperdicio. Ahora me servirás como vínculo de unión con tu pueblo y reforzarás mi ejército.

-Mi pueblo odia a *Crenshinibon* y no escucharán sus llamadas -dijo Yharaskrik débilmente.

-Pero tú no piensas igual. -El drow lanzó un rápido hechizo que disolvió la sustancia pegajosa que rodeaba al desollador mental-. Ahora la aprecias en lo que vale.

-Mejor eso que morir -admitió Yharaskrik, poniéndose en pie.

-Bueno, bueno, pero si es el traidor de mi lugarteniente -dijo una voz procedente de un lado. Rai'gy y Yharaskrik se volvieron al punto y vieron a Jarlaxle agazapado en un hueco de la pared, a media altura del suelo.

Rai'gy lanzó un gruñido y mentalmente instó a *Crenshinibon* para que aplastara a su antiguo amo. Pero mientras lanzaba la silenciosa llamada, Jarlaxle alzó en el aire la linterna mágica, cuyo resplandor bañó a la reliquia, anulando sus poderes.

Rai'gy volvió a gruñir.

-¡Necesitarás algo más que eso para derrotar a *Crenshinibon*! -bramó, al mismo tiempo que extendía un brazo hacia Yharaskrik-. ¿Conoces ya a mi nuevo amigo?

-Desde luego, y admito que es formidable. -El drow se alzó un poco el ala del sombrero en signo de deferencia hacia el poderoso *illita*-. ¿Y tú, conoces ya al mío? -inquirió Jarlaxle, dirigiendo la mirada hacia el ancho túnel.

Rai'gy tragó saliva. Sabía qué se le venía encima sin necesidad de darse media vuelta. Entonces empezó a mover los brazos como un loco, tratando de alzar algún tipo de defensa mágica.

Usando las habilidades innatas de su raza, el mercenario lanzó un manto de oscuridad sobre el hechicero y el desollador mental, sólo una milésima de segundo antes de que Hephaestus descargara sobre ellos una terrible lengua de fuego, inmolándolos en una terrible y devastadora explosión.

Jarlaxle echó el cuerpo hacia atrás y se protegió los ojos del resplandor del fuego y de esa línea naranja rojiza que desaparecía en la oscuridad.

De pronto, se oyó un chisporroteo y la oscuridad se esfumó. El túnel recuperó su negrura original, solamente rota por el resplandor del mismo dragón. La intensidad de esa luz se multiplicó por cien o por mil veces, convirtiéndose en un brillante fulgor, como si el sol hubiera caído sobre ellos.

Jarlaxle se dio cuenta de que se trataba de *Crenshinibon.* El aliento del dragón había hecho su trabajo, liberando la energía atrapada en la piedra. Un instante antes de que el resplandor lo deslumbrara por completo, Jarlaxle vislumbró una expresión de sorpresa en la faz del gran wyrm, el cuerpo quemado de su antiguo lugarteniente y una extraña imagen de Yharaskrik, pues el *illita* había empezado a fundirse en la piedra cuando recibió el aliento de Hephaestus. Pero de nada le había servido, pues el hálito del dragón había llevado la roca a ebullición.

Muy pronto el resplandor fue demasiado brillante para los ojos del drow.

-Buen disparo, hum, aliento, mejor dicho -felicitó a Hephaestus.

Jarlaxle dio media vuelta, se deslizó por una grieta en la pared del hueco y echó a correr sin perder un segundo. El dragón descargó sobre él su terrible aliento, que fundió la roca de la oquedad, persiguió a Jarlaxle por el túnel y le chamuscó el fondillo de los pantalones.

El elfo oscuro corrió y corrió en la aún brillante luz. El poder liberado por *Crenshinibon* llenaba hasta la más pequeña grieta en la piedra. Al poco rato, Jarlaxle se dio cuenta de que se hallaba cerca del muro exterior, por lo que utilizó el disco mágico para abrir un agujero, por el que reptó hacia la penumbra del exterior.

También esa zona se iluminó inmediatamente como si el sol acabara de salir. La luz manaba por el agujero mágico del drow. Con un giro de la muñeca, éste recuperó el mágico objeto y cerró el portal, de modo que la penumbra retornó, aunque multitud de haces de luz escapaban de la montaña por otros puntos.

-¡Danica! -gritó frenéticamente Cadderly a espaldas del drow-. ¿Dónde está Danica?

Jarlaxle dio media vuelta y vio al clérigo acompañado de los dos torpes enanos -la pareja de hermanos más rara que el drow hubiese visto en su vida- que corrían hacia él.

-Se metió en la grieta tras Artemis Entreri, un aliado lleno de recursos -contestó Jarlaxle en tono consolador.

-¡Bum! -exclamó Pikel Rebolludo.

-¿Qué es esa luz? -preguntó Iván.

Jarlaxle se volvió hacia la montaña y se encogió de hombros.

-Parece que tu método para destruir la Piedra de Cristal ha funcionado, después de todo -dijo a Cadderly.

El drow lanzó una sonrisa al clérigo, pero éste no se la devolvió. Cadderly tenía la vista fija en la montaña, con horror, preguntándose dónde estaría y qué le habría sucedido a su amada esposa.

25
La luz al final del túnel

Hephaestus era un dragón inteligente y astuto, lo que le permitía dominar un gran número de poderosos encantamientos, hablar las lenguas de una docena de razas y derrotar a la multitud de enemigos que se había enfrentado a él. A lo largo de sus siglos de existencia, el dragón había ido adquiriendo sabiduría, como suelen hacer los dragones, por lo que la voz de la experiencia le decía que no debería estar mirando fijamente la refulgente energía liberada por la Piedra de Cristal.

Pero el leviatán no podía apartar la vista de ese resplandor, del poder más intenso, brillante y en estado más puro que hubiese visto nunca.

El wyrm contempló, maravillado, cómo la sombra de un esqueleto brotaba de la relumbrante piedra, y luego otra y otra más, hasta que los siete espectros de lichs consumidos mucho tiempo atrás bailaron alrededor de la Piedra de Cristal, tal como lo habían hecho el aciago día en que fuera creada.

Entonces, uno a uno, se disiparon en la nada.

El dragón seguía mirando, incrédulo, y compartió honestamente, con toda claridad como si estuvieran empáticamente unidos, las emociones que emanaban de la siguiente forma que fluyó fuera de la piedra; la sombra de un hombre encorvado y roto por la tristeza. El alma robada del sultán muerto mucho tiempo atrás se sentó en el suelo y contempló la piedra con mirada nostálgica. Lo rodeaba un aura de tal desolación que incluso Hephaestus el Despiadado sintió un estremecimiento en su corazón, frío como el hielo.

Este último espectro también acabó por disiparse en la nada y, finalmente, la luz de la Piedra de Cristal empezó a perder intensidad.

Sólo entonces se dio cuenta Hephaestus de la gravedad del error que había cometido; sólo entonces se dio cuenta el viejo dragón rojo de que se había quedado ciego, de que el poder liberado era de tal pureza que le había quemado los ojos.

El dragón lanzó un terrible bramido, el mayor grito de furia y rabia que el siempre enfurecido Hephaestus hubiera emitido en toda su vida. Ese grito dejaba traslucir además cierto temor y lamento, pues, de pronto, fue consciente de que no osaría abandonar su guarida en pos de los intrusos que habían llevado hasta él ese condenado objeto, que no podía aventurarse al mundo exterior, donde necesitaría sus ojos y todos sus agudos sentidos si quería sobrevivir.

Su olfato le dijo que, al menos, había destruido al drow y al *illita* que estaban en el pasadizo momentos antes. Hephaestus se dio cuenta de que ése sería, probablemente, su único consuelo ese día, por lo que decidió retirarse a la gran cámara mágicamente oculta detrás de su guarida, una cámara con una única entrada en la que el dragón guardaba un tesoro de oro, piedras preciosas, joyas y fruslerías variadas.

Allí, el ultrajado y vencido wyrm se echó a dormir acurrucado, deseando descansar en paz entre sus riquezas ocultas y esperando que, con el paso de los años, sus ojos quemados sanarían. Durante ese tiempo soñaría con que abrasaba a los intrusos y trataría de hallar el modo de solucionar el problema de su ceguera, por si el sueño no surtía el efecto curativo deseado.

Cadderly a punto estuvo de saltar de alegría al ver la forma que salía corriendo de los túneles, pero al reconocer a Artemis Entreri y reparar en que la mujer que el asesino transportaba sobre un hombro apenas se movía y estaba cubierta de sangre, el corazón le dio un vuelco.

-¿Qué le has hecho? -bramó Iván, disponiéndose a lanzarse contra el humano, pero se encontró con que se movía muy lentamente, como en un sueño. Al mirar, vio que su hermano Pikel también se movía con una lentitud antinatural.

-Calmaos, calmaos -les dijo Jarlaxle-. Las heridas de Danica no las ha provocado Artemis Entreri.

-¿Y tú cómo lo sabes? -le espetó Iván.

-Porque, si no, la hubiera abandonado en la oscuridad -contestó el drow. La simple lógica de ese razonamiento tranquilizó un tanto a los imprevisibles hermanos.

Pero Cadderly corrió hacia ellos y, como se encontraba fuera de los parámetros del hechizo de Jarlaxle cuando éste lo lanzó, no lo afectó. El clérigo fue derecho hacia Entreri, el cual, al verlo se detuvo e inclinó un hombro hacia abajo, dejando a Danica en posición erguida o, mejor dicho, apoyada en él.

-Arma drow -dijo el asesino tan pronto como Cadderly estuvo lo suficientemente cerca para ver la herida y el torpe intento que había hecho Entreri para restañar la sangre.

Sin perder ni un segundo, el sacerdote se sumergió en la canción de Deneir, de la que extrajo todas las energías curativas que pudo encontrar. Para su alivio, descubrió que las heridas recibidas por su amada no eran tan críticas como parecían y que se repondría con bastante rapidez.

Al acabar, los hermanos Rebolludo y Jarlaxle se habían unido a ellos. Cadderly alzó los ojos hacia los enanos, sonrió, asintió y dirigió al asesino una mirada de perplejidad.

-Ella me salvó en los túneles, y no me gusta estar en deuda con nadie -explicó Entreri agriamente y se marchó sin mirar atrás.

Cadderly y sus compañeros, Danica entre ellos, alcanzaron a Entreri y a Jarlaxle algo más tarde ese mismo día, después de que, para alivio general, se hiciera evidente que Hephaestus no pensaba darles caza.

-Regresaremos a Espíritu Elevado con el mismo encantamiento que nos trajo aquí -anunció el clérigo-. Sería muy descortés por mi parte que no os ofreciera volver con nosotros.

Jarlaxle lo miró con curiosidad.

-Sin trucos -aseguró Cadderly al receloso drow-. No pretendo juzgaros, pues desde que llegasteis vuestras acciones han sido honorables, pero os aviso que no pienso tolerar ningún...

-¿Por qué tendríamos que regresar contigo? -lo atajó Artemis Entreri-. ¿Qué tenemos que ganar en tu catedral de hipocresía?

Cadderly iba a responder; tenía mucho que decir. Quería gritarle, coaccionarlo, convertirlo, cualquier cosa para derribar ese muro de rechazo. Pero decidió no decir nada, pues se dio cuenta de que, ciertamente, esos dos nada obtendrían en Espíritu Elevado.

Si desearan purificar sus almas y reformarse sería muy distinto. El comportamiento de Entreri hacia Danica sugería que había una pequeña posibilidad de que eso ocurriera en el futuro. Siguiendo un súbito impulso, el clérigo se sumergió en la canción de Deneir y tejió un hechizo menor que le permitiría ver, en líneas generales, el futuro del humano y el drow.

Le bastó un rápido vistazo para confirmar que Espíritu Elevado, Carradoon, el bosque Shilmista y toda esa región de las montañas Copo de Nieve saldrían ganando si ese par partía en dirección contraria.

-Adiós, entonces -se despidió, levantándose apenas el sombrero-. Al menos, has tenido la oportunidad de realizar un acto noble en tu desdichada existencia, Artemis Entreri. -Dicho esto, el clérigo se alejó, seguido por Iván y Pikel.

Danica se aproximó a Entreri sin dejar de mirarlo.

-Te agradezco lo que hiciste cuando perdí el sentido -admitió-, pero espero que algún día podamos acabar lo que empezamos en los túneles, debajo de la guarida de Hephaestus.

¿Qué sentido tendría?, quiso decir el asesino, pero cambió de idea antes de que la primera palabra saliera de sus labios. Entreri se limitó a encogerse de hombros, sonreír y dejar que la mujer se marchara sin más.

-¿Un nuevo rival para Entreri? ¿Tal vez la sustituta de Drizzt? -comentó Jarlaxle una vez que se quedaron solos.

-Lo dudo -replicó Entreri.

-¿No es digna de ello?

El asesino sólo se encogió de hombros. Ni siquiera valía la pena tratar de decidir si lo era o no.

Una carcajada del elfo oscuro lo arrancó de sus reflexiones.

-Estás madurando -comentó Jarlaxle.

-Te lo advierto: no pienso tolerar ningún juicio tuyo sobre mí.

Jarlaxle rió con más ganas.

-Así pues, ¿tienes previsto que sigamos juntos? -preguntó el drow.

Entreri lo miró con una dureza que acabó con el regocijo de elfo oscuro, mientras consideraba una pregunta para la que no tenía una respuesta inmediata.

-Excelente -dijo Jarlaxle en tono desenfadado, tomando el silencio como un sí-. Pero te lo advierto: si te cruzas en mi camino, tendré que matarte.

-Te será muy difícil desde la tumba.

Jarlaxle soltó de nuevo una carcajada y explicó:

-Cuando era joven, un amigo mío, maestro de armas cuya mayor frustración era que me tenía por mejor luchador que él (aunque, de hecho, la única vez que lo vencí fue más por suerte que por otra cosa), me comentó que, por fin, había encontrado a alguien que sería al menos tan bueno como yo o quizá mejor. Era apenas un niño, pero prometía convertirse en el mejor guerrero de todos los tiempos.

»Ese maestro de armas se llamaba Zaknafein. Es posible que hayas oído hablar de él.

Entreri negó con la cabeza.

-El joven guerrero al que se refería no era otro que Drizzt Do'Urden -añadió Jarlaxle con una amplia sonrisa.

Entreri trató por todos los medios de no demostrar ninguna emoción, aunque no pudo evitar dejar traslucir la sorpresa que sentía, y el perspicaz Jarlaxle lo notó.

-¿Y se cumplió esa profecía de Zaknafein? -preguntó el asesino.

-Si así fuera, ¿representaría una revelación para Artemis Entreri? -replicó Jarlaxle secamente-. ¿Tendría alguna importancia para ti descubrir la fuerza relativa de Drizzt y Jarlaxle? ¿Cree Artemis Entreri que puede medirse con Drizzt Do'Urden? Y, lo más importante, ¿cree realmente Artemis Entreri que venció a Drizzt?

El asesino miró largamente a Jarlaxle con dureza, pero su gesto se fue suavizando.

-¿Qué más da? -dijo al fin. Era la respuesta que Jarlaxle más deseaba escuchar de labios de su nuevo compañero, con quien esperaba compartir muchas aventuras.

-Aún no hemos acabado -dijo Jarlaxle, cambiando bruscamente de tema-. Muy cerca hay un grupo, temeroso y enfadado, cuyo cabecilla ha decidido que no pueden marcharse todavía dejando las cosas como están.

Sin hacer preguntas, Entreri siguió al elfo oscuro bordeando los afloramientos de roca de la montaña. Al ver al grupo al que se refería Jarlaxle -cuatro elfos oscuros guiados por un peligroso psionicista-, el asesino se rezagó un poco e inmediatamente se llevó ambas manos a la empuñadura de sus mortíferas armas. A pocos pasos de distancia, Jarlaxle y Kimmuriel empezaron a hablar en idioma drow, pero Entreri comprendió casi todo lo que decían.

-¿Vamos a pelear entre nosotros? -preguntó Kimmuriel Oblodra.

-Rai'gy está muerto y la Piedra de Cristal ha sido destruida. ¿Para qué luchar? -replicó Jarlaxle.

Entreri se fijó en que Kimmuriel no se inmutaba ante esas sorprendentes palabras.

-Ah, pero supongo que ya has probado la dulzura del poder, ¿verdad? -inquirió Jarlaxle, riéndose entre dientes-. Al parecer, ahora eres tú el jefe de Bregan D'aerthe y no piensas compartir ese poder con nadie. No tienes ninguna intención de ceder la posición que has ganado, ¿me equivoco?

Kimmuriel empezó a sacudir la cabeza, y para Entreri fue evidente que iba a tratar de hacer las paces con Jarlaxle, pero el extravagante drow se adelantó, diciendo con aire dramático:

-Como quieras. No deseo enzarzarme en ninguna otra lucha, Kimmuriel, y comprendo y acepto que con mis acciones en estos últimos tiempos me he ganado muchos enemigos dentro de Bregan D'aerthe, demasiados para que recupere mi posición de jefe.

-¿Te rindes? -preguntó Kimmuriel receloso poniéndose en guardia al igual que los cuatro soldados que le guardaban las espaldas.

-Claro que no -se rió Jarlaxle-. Y te lo advierto: si te empeñas en luchar contra mí o incluso tratas de descubrir mi paradero, te desafiaré para arrebatarte la posición que has ganado justamente.

Entreri escuchaba con atención, sacudiendo la cabeza, seguro de que lo estaba entendiendo mal.

Kimmuriel quiso responder, pero solamente pudo balbucir unas palabras y lanzar un hondo suspiro.

-Cuida de Bregan D'aerthe. Un día volveré y exigiré que compartas conmigo el poder. Espero hallar una banda de mercenarios tan fuerte como la que ahora te entrego voluntariamente. Servidle con honor -añadió, dirigiéndose a los soldados.

-Cualquier reunión entre nosotros no podrá tener lugar en Calimport ni en ningún lugar de esta maldita superficie -le aseguró Kimmuriel-. Regreso a casa, Jarlaxle, a las cavernas que son donde realmente pertenecemos.

Jarlaxle asintió, al igual que los soldados.

-¿Y tú? -quiso saber el psionicista.

El antiguo jefe mercenario se encogió de hombros y sonrió.

-No sé dónde quiero estar, porque aún no lo conozco todo.

Nuevamente Kimmuriel se quedó mirando fijamente a su antiguo jefe con curiosidad. Al fin, se limitó a hacer un gesto de asentimiento y, con un chasquido de los dedos y un pensamiento, abrió un portal dimensional por el que él y los soldados desaparecieron.

-¿Por qué? -preguntó Entreri, colocándose junto a ese inesperado compañero.

-¿Que por qué?

-Podrías haber regresado con ellos -se explicó el asesino-, aunque, desde luego, yo me habría quedado aquí. Pero has preferido no volver y renunciar a tu banda. ¿Por qué razón has renunciado a eso para quedarte en la superficie, conmigo?

Jarlaxle se quedó pensativo unos momentos. Luego, parafraseando al mismo Entreri, respondió lanzando una risotada:

-Tal vez odio a los drows más de lo que odio a los humanos.

Artemis Entreri se quedó tan estupefacto que una suave brisa se lo podría haber llevado volando. Ni siquiera quería saber cómo había sabido Jarlaxle decir tal cosa.

Epílogo

Durante días, Entreri y Jarlaxle recorrieron la región hasta que llegaron a una ciudad cuyos habitantes habían oído hablar de Drizzt Do'Urden y, al menos, toleraban la presencia del impostor Jarlaxle.

En la insulsa y destartalada casa comunitaria que hacía las veces de taberna, Artemis Entreri descubrió un destino que, a la luz de la situación en la que se encontraban, parecía prometedor.

-¿Cazadores de recompensas? -repitió Jarlaxle, sorprendido, cuando Entreri se lo sugirió. El drow estaba sentado en una esquina, con la espalda pegada a la pared, bebiendo vino a pequeños sorbos-. ¿La justicia necesita cazadores de recompensas?

-Digamos que es una buena ocupación para cualquiera, busque o no justicia -lo corrigió Entreri, mientras tomaba asiento en una silla, enfrente del drow.

Jarlaxle lo contempló con una irónica sonrisa.

-¿De veras? -inquirió-. ¿Y qué beneficio sacaste de no abandonar a Danica en los túneles?

-El beneficio de evitar que un poderoso sacerdote se convirtiera en mi enemigo -respondió Entreri fríamente.

-Tal vez hubo algo más. Tal vez Artemis Entreri no tuvo corazón para dejar que la mujer muriera sola.

Entreri se encogió de hombros como si no tuviera importancia.

-¿Cuántas víctimas de Artemis Entreri se sorprenderían? -insistió el elfo oscuro.

-¿Cuántas víctimas de Artemis Entreri merecían un final mejor? -repuso el asesino.

Jarlaxle sabía que ésa era la justificación de una existencia vivida en las sombras. Hasta cierto punto él, un drow que había sobrevivido en unas sombras más oscuras que las que Entreri había conocido, no tenía derecho a disentir. Tal vez, en ese contexto, Artemis Entreri demostraría toda su valía. Sin embargo, la transformación de asesino en defensor de la justicia era ciertamente curiosa e insólita.

-¿Artemis el Compasivo? -preguntó el drow.

Entreri se quedó totalmente inmóvil un segundo, asimilando esas palabras.

-Es posible -dijo al fin-. Y, tal vez, si sigues diciendo estupideces, te demostraré lo compasivo que soy matándote rápidamente. Aunque también es posible que no lo haga.

Jarlaxle soltó una sonora carcajada por lo absurdo de todo eso, de la nueva vida que estaba a punto de emprender. El elfo comprendía lo suficiente a Entreri para tomarse muy en serio sus amenazas aunque, en verdad, confiaba en Entreri tanto como en uno de sus propios hermanos.

No obstante, Jarlaxle Baenre, tercer hijo de la matrona Baenre, que fuera sacrificado a la diosa Lloth por su madre y sus hermanas, sabía que un drow jamás debía confiar en un hermano.